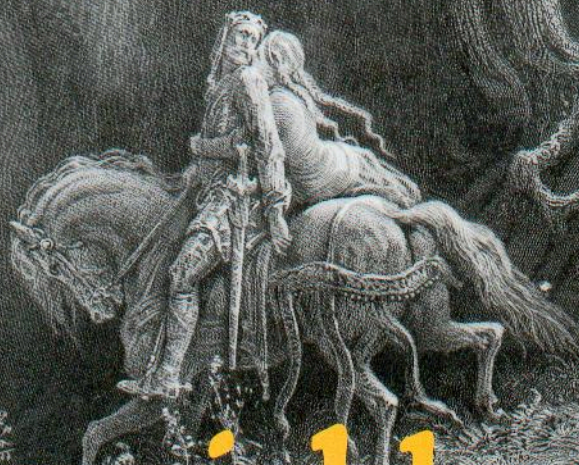


acervo ciencia / ficción

MARION ZIMMER BRADLEY

EXPERTA EN MAGIA



Las nieblas de Avalon

Libro I

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Marion Zimmer Bradley

LAS NIEBLAS DE AVALÓN

**LETRAS
DE BOLSILLO**

SALAMANDRA

Título original: *The Mists of Avalon*
Traducción: Edith Zilli

Copyright © Marion Zimmer Bradley, 1983
Published in agreement with the author, c/o Baror International Inc.,

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Armonk, New York, U.S.A.
Copyright © Ediciones Salamandra, 2000

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Mallorca. 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-7888-603-6
Depósito legal: B-45.646-2000

1ª edición, enero de 2000
2ª edición, noviembre de 2000
Printed in Spain

Impresión: Domingraf, S.L. Impressors
Pol. Ind. Can Magarola, Pasaje Autopista, Nave 12
08100 Mollet del Vallés

Scan/Revisión
Elfowar/Melusina
ULD, Octubre 2003

«... el Hada Morgana no se casó, sino que fundó una escuela

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia
en un convento y fue una gran maestra de magia. »

THOMAS MALORY, *Morte d'Arthur*

Prólogo

HABLA MORGANA...

Marion Zimmer Bradley

Libro I

Las Nieblas de Avalón

Maestra de Magia

En mi vida me han llamado de muchas maneras: hermana, amante, sacerdotisa, hechicera, reina. Ahora, ciertamente, soy hechicera, y acaso haya llegado el momento de que estas cosas se conozcan. Pero, a decir verdad, creo que serán los cristianos quienes digan la última palabra, pues el mundo de las hadas se aleja sin pausa del mundo en el que impera Cristo. No tengo nada contra Él, sino contra sus sacerdotes, que ven un demonio en la Gran Diosa y niegan que alguna vez tuviera poder en este mundo. A lo sumo, dicen que su poder procede de Satanás. O bien la visten con la túnica azul de la señora de Nazaret (que también, a su modo, tenía poder) y dicen que siempre fue virgen. Pero ¿qué puede saber una virgen de los pesares y tribulaciones de la humanidad?

Y ahora que el mundo ha cambiado, ahora que Arturo (mi hermano, mi amante, el rey que fue y el rey que será) yace muerto (dormido, dice la gente) en la sagrada isla de Avalón, es necesario contar la historia tal como era antes de que llegaran los sacerdotes del Cristo Blanco y lo ocultaran todo con sus santos y sus leyendas.

Pues, como digo, el mundo ha cambiado. Hubo un tiempo en que un viajero, si tenía voluntad y conocía algunos secretos, podía adentrarse con su barca por el mar del Estío y llegar, no al Glastonbury de los monjes, sino a la sagrada isla de Avalón, pues en aquellos tiempos las puertas entre los mundos se difuminaban entre las brumas y estaban abiertas, según el viajero pensara y deseara. Y éste es el gran secreto, que era conocido por todos los hombres instruidos de nuestros días: el pensamiento del hombre crea un mundo nuevo a su alrededor, día a día.

Y ahora los sacerdotes, pensando que esto atenta contra el poder de su Dios, que creó el mundo inmutable de una vez para siempre, han cerrado esas puertas (que nunca fueron tales, salvo en la mente de los hombres), y los senderos llevan sólo a la isla de los Sacerdotes, que ellos salvaguardan con el tañido de las campanas de sus iglesias, ahuyentando toda idea de que otro mundo se extienda en la oscuridad.

E incluso dicen que ese mundo, si en verdad existe, es propiedad de Satanás y la entrada del Infierno, si no el Infierno mismo.

No sé qué puede o no puede haber creado su Dios. Pese a las leyendas que se cuentan, nunca supe mucho de sus sacerdotes ni vestí el negro de sus monjas esclavizadas. Si los cortesanos de Arturo, en Camelot, quisieron verme de ese modo (puesto que siempre usé la túnica oscura de la Gran Madre en su función de hechicera), no los saqué de su error. En verdad, hacia el final del reinado de Arturo, hacerlo habría sido peligroso, y yo inclinaba la cabeza ante la conveniencia, algo que no habría hecho nunca mi gran maestra: Viviana, la Dama del Lago, en otros tiempos la mejor amiga de Arturo, exceptuándome a mí, y más tarde su más tenebrosa enemiga... también exceptuándome a mí.

Pero la lucha ha terminado; cuando Arturo agonizaba pude tratarlo, no como a mi enemigo y el de mi Diosa, sino como a mi hermano, como a un moribundo que necesitaba el socorro de la Madre, a la que todos los hombres acaban por acudir. También los sacerdotes lo saben, pues su siempre virgen, María, vestida de azul, se convierte a la hora de la muerte en la Madre del mundo.

Así, Arturo yacía por fin con la cabeza en mi regazo, sin ver en mí a la hermana, a la amante o a la enemiga, sino sólo a la hechicera, la sacerdotisa, la Dama del Lago. Y así descansaba en el seno de la Gran Madre, del que salió al nacer y al que tenía que volver al final, como todos los hombres. Y mientras yo conducía la barca que lo llevaba, no ya a la isla de los Sacerdotes, sino a la verdadera isla Sagrada que está en el mundo de las tinieblas, más allá del nuestro, tal vez se arrepintió de la enemistad que se había interpuesto entre nosotros.

En esta narración hablaré de sucesos acontecidos cuando yo era demasiado niña para comprenderlos, y de otros que sucedieron cuando yo no estaba presente. Y tal vez mi oyente se distraerá pensando: «He aquí su magia.» Pero siempre he tenido el don de la videncia y el de ver dentro de la mente humana, y en todo este tiempo he estado cerca de hombres y mujeres. Por eso a veces sabía, de un modo u otro, todo lo que pensaban. Y así contaré esta leyenda.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Pues un día los sacerdotes también la contarán, tal como la conocieron. Quizás, entre una y otra versión, se pueda ver algún destello de la verdad.

Porque esto es lo que los sacerdotes no saben, con su único Dios y su única Verdad: que no hay leyenda veraz. La verdad tiene muchos rostros. Es como el antiguo camino hacia Avalón: de la voluntad de cada cual y de sus pensamientos depende el rumbo que tome y que al final se encuentre en la sagrada isla de la Eternidad o entre los sacerdotes, con sus campanas, su muerte, su Satanás, el infierno y la condenación... Pero tal vez soy injusta con ellos. Incluso la Dama del Lago, que detestaba las vestiduras sacerdotales tanto como a las serpientes venenosas (y con sobrados motivos), me censuró cierta vez por hablar mal de su Dios.

«Porque todos los dioses son un solo Dios —me dijo, como había dicho muchas otras veces, como yo he repetido a mis novicias, como lo dirán todas las sacerdotisas que me sucedan—, y todas las diosas son una sola Diosa, y sólo hay un Iniciador. A cada hombre su verdad y el Dios que hay en su interior. »

Así, tal vez, la verdad flote entre el camino de Glastonbury, isla de los Sacerdotes, y el camino de Avalón, para siempre perdido en las brumas del mar del Estío.

Pero ésta es mi verdad; yo, Morgana, os la cuento. Morgana, la que en épocas más actuales se llamó Hada Morgana.

LIBRO I

Maestra de magia

1

Incluso en pleno verano, Tintagel era un lugar espectral; Igraine, esposa del duque Gorlois, contemplaba el mar desde el promontorio. Con la mirada clavada en la niebla y en la bruma, se preguntó cómo podría saber

en qué momento la noche y el día duraban lo mismo, para poder celebrar la fiesta del Año Nuevo. Aquel año las tormentas de primavera habían sido inusualmente violentas; en el castillo, el estruendo del mar resonaba noche y día, sin dejar dormir ni a hombres ni a mujeres; hasta los perros aullaban lúgubrementes.

Tintagel... había quienes aún creían que el castillo había sido edificado, en los riscos del largo arrecife que penetraba en el mar, por la magia del antiguo pueblo de los Ys. El duque Gorlois respondía, riendo, que si él hubiera tenido algo de esa magia la habría usado para impedir que el mar fuera invadiendo la costa año tras año. En los cuatro años transcurridos desde que llegara allí como esposa de Gorlois, Igraine había visto desmoronarse la buena tierra en el mar de Cornualles. Largos brazos de roca negra se adentraban en el océano desde la costa. Cuando brillaba el sol, el cielo y el agua resplandecían como las joyas con las que Gorlois la colmó el día en que supo que le iba a dar su primer hijo. Pero a Igraine no le gustaba lucirlas. La joya que pendía de su cuello le fue entregada en Avalón: una piedra lunar que reflejaba el fulgor azul del cielo y del mar; pero aquel día brumoso, incluso la piedra parecía ensombrecida.

En la niebla, los sonidos atraviesan largas distancias. Igraine, mientras miraba el mar, tuvo la sensación de estar oyendo pisadas de caballos y muías, sonido de voces. Voces humanas allí, en la aislada Tintagel.

Igraine se dio lentamente la vuelta para volver al castillo. Allí, en el último rincón del mundo, donde el mar devoraba interminablemente la tierra, era fácil creer en extensiones anegadas hacia el oeste. También se contaba que había estallado una gran montaña de fuego, muy al sur, devorando una gran extensión de tierra. Igraine nunca supo si creerlo o no.

Sí, indudablemente, oía voces en la niebla. No podían ser invasores llegados del mar o de las costas salvajes de Erin. Estaba lejos el tiempo en que se sobresaltaba ante una sombra o ante cualquier sonido extraño. El duque no era su marido: éste se encontraba lejos, en el norte, combatiendo contra los sajones al lado de Ambrosio Aureliano, gran rey de Britania. Si hubiera tenido la intención de volver, le habría mandado aviso.

Y no tenía nada que temer. De tratarse de jinetes hostiles, los guardias y los soldados de la fortaleza dejados por el duque para proteger a su esposa y a su hija, les hubieran detenido. Sólo un ejército habría podido pasar. ¿Y quién podía enviar un ejército contra Tintagel?

En otros tiempos, recordaba Igraine sin amargura mientras entraba lentamente en el patio, habría adivinado quién cabalgaba hacia su castillo. Pensarlo ya no la ponía triste. Desde el nacimiento de Morgana ya no lloraba por su hogar. Y Gorlois era bondadoso con ella. Había calmado el miedo y el odio que sintió al principio con joyas y hermosos objetos, trofeos de guerra; la rodeaba de damas para que la atendieran y la trataba siempre de igual a igual, salvo en los consejos de guerra. No se podía pedir más, a menos que se hubiera casado con un hombre de las Tribus. Y no había tenido elección. Una hija de la isla Sagrada tenía que hacer lo que fuera mejor para su pueblo: ya fuera entregar la vida en el sacrificio, ya renunciar a su virginidad en el sagrado matrimonio, ya casarse convenientemente para cimentar alianzas. Y esto era lo que había hecho Igraine al desposarse con el romanizado duque de Cornualles, que vivía a la usanza romana aunque ya no quedaran romanos en toda Britania.

Se quitó el manto de los hombros. Hacía calor en el patio, que la protegía del fuerte viento. Y allí, una figura se irguió ante ella, materializándose entre la niebla y la llovizna: su media hermana Viviana, la Dama del Lago, la Dama de la isla Sagrada.

—¡Hermana! —susurró, poniéndose las manos en el pecho—. ¿Estás aquí de verdad?

La expresión era de reproche. Las palabras parecieron perderse en el viento, más allá de las murallas.

«¿Has renunciado a la Videncia, Igraine? ¿Por voluntad propia?»

Ofendida por la injusticia, la joven replicó:

—Fuiste tú quien decretó que me casara con Gorlois...

Pero la silueta de su hermana se había fundido con las sombras. Nunca había estado allí. Igraine parpadeó: la breve aparición se había esfumado. Y luego se estremeció, sabiendo que el padre Columba consideraría

aquello una obra del demonio cuando se confesara. Aunque allí, en el fin del mundo, los sacerdotes eran permisivos, una visión sería tratada como algo impuro.

Frunció el entrecejo. ¿Por qué pensar que una visita de su hermana era obra del diablo? El padre Columba podía decir lo que quisiera; tal vez su Dios fuera más sabio que él. Igraine pensó, con una sonrisa, que eso no era muy difícil. Quizás el padre se había hecho sacerdote de Cristo porque ninguna escuela de druidas habría aceptado entre sus filas a un hombre tan estúpido. Al parecer, al Dios cristiano no le preocupaba que un cura fuera estúpido siempre que pudiera farfullar su misa y leer y escribir un poco. Incluso ella, que no había tenido la voluntad de estudiar los misterios de la antigua religión, podía pasar por una señora instruida entre aquellos bárbaros romanizados.

En un cuarto que daba al patio, donde en los días despejados entraba el sol, estaba Morgause, su hermana menor, una joven de trece años, vestida con una burda túnica de lana sin teñir y una vieja capa sobre los hombros; hilaba con aire ausente, girando el huso para recoger la hebra de la rueca. En el suelo, junto al fuego, Morgana jugaba con un viejo huso, observando los erráticos movimientos que hacía al girar.

—¿Ya puedo dejar de hilar? —se quejó Morgause—. ¡Me duelen los dedos! ¿Por qué tengo que pasarme la vida hilando como si fuera una dama de compañía?

—Toda señora tiene que aprender a hilar —la regañó Igraine, como sabía que era su obligación—. Y tu hebra es una vergüenza: aquí fina, aquí gruesa... Cuando te habitúes a la labor te fatigarás menos. Los dedos doloridos indican que has sido perezosa, pues no se han encallecido con el trabajo.

Cogió el huso y la rueca y los utilizó con desenvoltura; bajo sus dedos experimentados, el hilo adquirió un grosor perfecto. Y de pronto se cansó de comportarse como correspondía.

—Bueno, ya puedes dejar la rueca; tendremos visita a primera hora de la tarde.
Morgause la miró fijamente.

—No he oído nada —comentó—. Ni siquiera a un jinete con un mensaje.

—No me sorprende, porque no lo ha habido —respondió Igraine—. Fue una visión. Viviana viene hacia aquí, acompañada por Merlín. —Supo esto sólo después de decirlo—. Lleva a Morgana con su niñera y ponte el vestido de fiesta, el teñido con azafrán.

La joven guardó prestamente el huso, pero se detuvo para mirarla fijamente.

—¿El vestido color azafrán? ¿Para recibir a mi hermana?

—A tu hermana no —corrigió Igraine—. A la Dama de la isla Sagrada y al Mensajero de los dioses.

Morgause bajó la mirada. Era una muchacha alta y fuerte que empezaba a desarrollarse y hacerse mujer. Tenía una espesa cabellera roja, como la de Igraine, y la cara llena de pecas. A los trece años ya era tan alta como su hermana. Recogió de mal grado a la niña y se la llevó, mientras su hermana ordenaba:

—Que la niñera le ponga un vestido de fiesta. Luego tráela para que Viviana la conozca.

Arriba, en su dormitorio, hacía frío; allí sólo se encendía el fuego en lo más crudo del invierno. Cuando Gorlois estaba ausente, Igraine compartía la cama con Morgana y con Gwennis, su doncella. A veces también Morgause dormía allí, bajo las pieles del cobertor. En el gran lecho matrimonial, con dosel y cortinas para protegerse de las corrientes de aire, había espacio suficiente para tres mujeres y una criatura.

La anciana Gwen dormitaba en un rincón. Igraine, sin despertarla, se quitó el vestido de lana sin teñir y se puso el de gala, adornado con una cinta de seda que Gorlois le había llevado de Londínium. Se puso unos anillos de plata, que tenía desde que era niña y que ahora sólo le entraban en los meñiques, y un collar de ámbar, regalo de Gorlois. Luego se trenzó el pelo, lo sujetó con un pasador dorado y prendió un broche de

oro auténtico en un pliegue de su manto. Se estudió en el viejo espejo de bronce, regalo de boda de Viviana. Hacía ya un año que había destetado a Morgana y sus pechos habían vuelto a ser los de antes, quizá algo más suaves y henchidos, y había recuperado su antigua esbeltez.

Gorlois, a su regreso, querría volver a yacer con ella. Cediendo a sus súplicas, le había permitido continuar amamantando a la niña durante el verano, la estación en que morían tantos niños. Igraine sabía que estaba descontento por no haber tenido el varón que deseaba; los romanos cuentan su linaje por la rama masculina, lo cual era absurdo: ¿cómo se puede saber con exactitud quién había engendrado al hijo de una mujer? Claro que los romanos daban mucha importancia a saber quién se acostaba con sus mujeres; las tenían encerradas y bajo vigilancia.

Desde luego, Igraine no lo necesitaba: un solo hombre ya era suficientemente malo; ¿quién podía querer a otros, que quizá fueran peores?

Pero Gorlois, pese a sus deseos de tener un hijo varón, había sido indulgente: le permitió amamantar a Morgana y evitó su cama para que no perdiera la leche con otro embarazo. Por la noche se acostaba con Ettarr, su doncella de cámara. Ésta, embarazada a consecuencia de las visitas, había dado en pavonearse. ¿Sería ella la que diera un varón al duque de Cornualles? Igraine no le prestó atención, pues Gorlois ya tenía otros hijos bastardos. Pero cuando la muchacha cayó enferma y abortó, tuvo la prudencia de no preguntar a Gwen por qué estaba tan complacida. La anciana sabía mucho de hierbas. Igraine resolvió que algún día le haría decir qué había puesto exactamente en la cerveza de Ettarr.

Morgause la esperaba en la cocina, con su mejor vestido. Morgana, vestida de apagado color azafrán, parecía tan oscura como un picto. Era pequeña, morena y delicada, de huesos tan menudos como los de un pajarillo. ¿De quién lo habría heredado? Igraine y Morgause eran altas y pelirrojas, como todas las mujeres de las Tribus; Gorlois, aunque moreno, tenía la estatura y la delgadez aquilina de los romanos. Y también su dignidad, que le impedía manifestar algo más que indiferencia por su hija.

Mientras daba órdenes para que asaran carne y subieran vino de la bodega, oyó el cacareo asustado de las gallinas en el patio. Los jinetes habían cruzado a través del paso. Los criados estaban atemorizados, pero la mayoría se resignaba a la Videncia del ama. Ella la había fingido, empleando algunas triquiñuelas, para conservar aquel respeto. En aquel momento pensó: «Tal vez siempre la tuve. Tal vez sólo creí perderla porque me encontré débil y falta de energía durante el embarazo. Ahora he vuelto a ser la de siempre. Mi madre fue una gran sacerdotisa hasta el día de su muerte, a pesar de tener varios hijos. » Claro que su madre tuvo a sus hijos en libertad, como corresponde a una mujer de las Tribus, y de los padres que ella escogió, no como esclava de un romano cuyas costumbres le daban poder sobre mujeres e hijos.

Bajó lentamente al patio, donde los jinetes ya estaban desmontando. Su mirada se dirigió de inmediato a la única mujer: era menuda y ya había dejado atrás la juventud; vestía una túnica de hombre y calzas de lana, y estaba envuelta en capas y chales. Aunque cruzaron una mirada cordial a través del patio, Igraine fue a inclinarse ante el anciano alto y delgado que desmontaba de una mula huesuda. Llevaba las vestiduras azules de los bardos y una lira colgada del hombro.

—Os doy la bienvenida a Tintagel, señor Mensajero; vuestra presencia honra nuestro hogar.

—Gracias, Igraine —dijo con voz resonante, y Taliesin, Merlín de Britania, druida y bardo, unió las manos ante su rostro para luego extenderlas hacia ella en un gesto de bendición.

Una vez cumplido su deber, Igraine corrió hacia su media hermana. Iba a inclinarse también ante ella, pero Viviana se lo impidió.

—No, no, criatura. Ésta es una visita familiar. Ya tendrás tiempo para rendirme honores, si quieres.

—Estrechando a su hermana, le dio un beso en la boca—. ¿Ésta es la pequeña? Ya veo que tiene la sangre del pueblo antiguo. Se parece a nuestra madre, Igraine.

Viviana rondaba los treinta años; por ser la hija mayor, había sucedido a su madre como sacerdotisa, Dama del Lago y de la isla Sagrada. Alzó a Morgana con las manos expertas de la mujer acostumbrada a tratar con niños.

—Se parece a ti —observó Igraine, asombrada de no haberlo notado antes. Claro que no veía a Viviana desde su boda. Y habían pasado muchas cosas desde que, siendo una quinceañera asustada, la entregaran a un hombre que la doblaba en edad—. Pero pasad al salón, señor Merlín, hermana mía. Venid al calor.

Libre ya de las capas y los chales, con una túnica holgada y una daga en el cinturón, envueltas las piernas en gruesas calzas, Viviana era sorprendentemente diminuta, una niña con ropa de adulto. Su rostro pequeño y cetrino tenía forma triangular; el pelo era tan oscuro como las sombras de los acantilados.

También los ojos eran oscuros, grandes para una cara tan pequeña. Igraine nunca se había dado cuenta de lo pequeña que era.

Una criada les llevó la copa de los huéspedes: vino caliente, mezclado con lo que restaba de las especias compradas por Gorlois en los mercados de Londínium. Cuando Viviana la cogió entre las manos, Igraine parpadeó: de pronto parecía alta e imponente. Se la llevó lentamente a los labios, murmurando una bendición. Después de probar el contenido, la depositó en manos de Merlín. Éste la recibió con una profunda reverencia y la acercó a su boca. Igraine a su vez recibió la copa, bebió un sorbo y pronunció las palabras formales de bienvenida, sintiendo que también formaba parte de aquel bello y solemne ritual, aunque apenas se había adentrado en los Misterios.

Cuando dejó el recipiente a un lado, la emoción del momento pasó. Viviana volvió a ser una mujer menuda y cansada, y Merlín, sólo un anciano encorvado. Los condujo rápidamente hacia el fuego.

—Largo es el viaje en estos días desde las costas del mar del Estío —comentó—. ¿Qué os trae por aquí, en época de tormentas primaverales, hermana y señora mía?

«¿Y por qué no viniste antes? ¿Por qué me dejaste sola, llena de miedo y nostalgia? ¿Por qué vienes ahora, demasiado tarde cuando ya estoy resignada a la sumisión?»

—En verdad, la distancia es larga —dijo Viviana con suavidad, e Igraine comprendió que la sacerdotisa había oído, como siempre, las palabras no dichas junto con las pronunciadas—. Y éstos son tiempos peligrosos, hija mía. En estos años te has hecho mujer, aunque te hayas sentido solitaria. Pero si hubieras escogido el camino del sacerdocio habrías sufrido la misma soledad, querida Igraine. —Luego se agachó, suavizando la expresión—. Claro que sí, puedes sentarte en mi regazo, pequeña.

Y alzó a Morgana. Igraine la observó con extrañeza y algún resentimiento, pues la niña, generalmente tan tímida como un conejo silvestre, se acomodó en el regazo de su tía.

—¿Y Morgause? Cómo ha crecido desde que te la envié, hace un año. —Miró a la hermana menor, que estaba entre las sombras que producía el fuego con gesto resentido—. Acércate a besarme, hermana. Ah, vas a ser tan alta como Igraine. Sí, siéntate a mis pies si quieres, niña.

Morgause, mohína como un cachorro a medio adiestrar, apoyó la cabeza en el regazo de Viviana. Igraine notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

«Nos tiene a todos en sus manos. ¿De dónde surge tanto poder? Acaso sea que Morgause no ha conocido a otra madre. » La madre que, demasiado anciana para tener hijos, había muerto al dar a luz. Meses antes, Viviana había tenido una criatura que no sobrevivió, y fue ella quien amamantó a Morgause.

Morgana se había acurrucado en su regazo; Morgause apoyó en su rodilla la cabeza sedosa y pelirroja, que la sacerdotisa acarició.

—Habría venido a veros cuando nació Morgana —dijo—, pero yo también estaba embarazada. Aquel año di a luz a un varón. Lo he dado a criar y creo que su madre adoptiva lo mandará con los monjes. Es cristiana.

—¿No te molesta que se críe como cristiano? —preguntó Morgause—. ¿Es hermoso? ¿Cómo se llama?

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—Le di el nombre de Balan —dijo Viviana, riendo—. Y su hermano adoptivo se llama Balin. Como se llevan apenas diez días, no dudo que se criarán como gemelos. Y no, no me molesta que lo eduquen como cristiano, porque su padre lo era y Priscila es una buena mujer. Dijiste que el viaje hasta aquí era largo, Igraine; créeme, hija, es más largo ahora que cuando te casaste con Gorlois. Tal vez sea igual desde la isla de los Sacerdotes, en la que crece el Santo Espino, pero la distancia es mucho mayor desde Avalón...

—Y por eso hemos venido —dijo Merlín de repente. Su voz sonó como el tañido de una gran campana, asustando a Morgana.

—No comprendo —dijo Igraine, súbitamente inquieta—. Si las dos islas están tan cerca...

—Las dos son una —corrigió Merlín irguiéndose—, pero los seguidores de Cristo dicen que no hay más Dios que el suyo; que Él creó el mundo, que lo gobierna solo y que solo hizo las estrellas y el resto de la creación.

Igraine se apresuró a hacer la señal sagrada contra la blasfemia.

—Pero eso es imposible —aseguró—. Ningún dios puede, por sí solo, gobernarlo todo. ¿Y qué hay de la Diosa, la Madre... ?

Viviana, con su voz serena y queda, dijo:

—Creen que no hay ninguna Diosa, pues dicen que el principio de la mujer es el principio de todo mal. A través de la mujer, dicen, entró el Mal en este mundo. Los judíos tienen una leyenda sobre una manzana y una serpiente.

—La Diosa los castigará —musitó Igraine impresionada—. ¿Y vosotros me casasteis con uno de ellos?

—Entonces ignorábamos que su blasfemia fuera de tal magnitud —explicó Merlín—. En nuestros tiempos hubo seguidores de otras deidades, pero todos respetaban a los dioses ajenos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con la distancia desde Avalón? —preguntó Igraine.

—Llegamos así al motivo de nuestra visita —dijo Merlín—. Pues como bien saben los druidas, son las creencias de la humanidad las que configuran el mundo y la realidad. Hace mucho tiempo, cuando los seguidores de Cristo llegaron a nuestra isla, comprendí que estábamos en un momento crucial, un momento que cambiaría el mundo.

Morgause miró al anciano con ojos llenos de respeto.

—¿Tan viejo eres, venerable?

—Estos asuntos son demasiado complicados para la niña, venerable padre —observó Viviana con un leve reproche—. No es ssacerdotisa. Lo que Merlín quiere decir, hermana, es que él vivía cuando los cristianos llegaron aquí y le fue permitido reencarnarse de inmediato para completar su obra. Son misterios que no tienes por qué tratar de entender. Continúa, padre.

—Comprendí que era uno de esos momentos en que cambia la historia de la humanidad. Los cristianos pretenden borrar toda sabiduría que no sea la suya, y en ese empeño están haciendo desaparecer todo misterio que no concuerde con su fe religiosa. Han declarado herejía el hecho de que los hombres vivimos más de una existencia, verdad que reconoce hasta el último de los campesinos...

—Pero si no creen que haya más de una existencia —protestó Igraine—, ¿cómo evitan la desesperación? ¿Qué dios justo haría desgraciados a algunos y felices y prósperos a otros, si les diera una sola vida?

—No lo sé —reconoció Merlín. Por un momento cerró los ojos y las arrugas de su rostro se acentuaron—. El caso es que sus opiniones están alterando este mundo, no sólo en el aspecto espiritual, sino también en el

material. Como niegan el mundo del espíritu y los reinos de Avalón, estos reinos dejan de existir para ellos. Existen, por supuesto, pero no en el mismo mundo que los seguidores de Cristo. Avalón, la isla Sagrada, no está muy lejos de donde estaba cuando nosotros, los de la antigua fe, permitimos a los monjes que construyeran su capilla y su monasterio en Glastonbury. Trataré de hacértelo sencillo, Igraine.

Mira. —Se quitó la torques de oro del cuello y luego desenvainó su daga—. ¿Puedo poner este bronce y este oro en el mismo lugar al mismo tiempo?

La joven parpadeó sin comprender.

—No, desde luego. Puedes ponerlos juntos, pero no en el mismo lugar.

—Lo mismo sucede con la isla Sagrada —dijo Merlín—. Hace cuatrocientos años, aun antes de que los romanos intentaran la conquista, los sacerdotes nos hicieron un juramento: que jamás se alzarían contra nosotros empuñando las armas, pues estábamos aquí antes y entonces ellos eran débiles y suplicantes. Tengo que reconocer que han respetado ese juramento. Pero en espíritu, en sus plegarias, nunca han dejado de luchar contra nosotros para que su Dios expulsara a los nuestros, para imponer su sabiduría. Y según creen los hombres, así se configura su mundo. Por eso los mundos que en otros tiempos eran uno solo se están separando.

»Ahora hay dos Britanias, Igraine: la suya, bajo su único Dios y Cristo; y junto, con y detrás de ésta, el mundo donde aún impera la Gran Madre, donde el pueblo antiguo eligió vivir y rezar. Ha sucedido antes. Hubo un tiempo en que el pueblo de los duendes, los refulgentes, se retiró de nuestro mundo, adentrándose más y más en las brumas, de tal forma que sólo un vagabundo casual puede pasar la noche entre los elfos y, de hacerlo así, el tiempo no pasaría por él, y al salir, después de una sola noche, descubriría que todos los suyos han muerto, pues aquella noche podría haber durado doce años. Y te digo, Igraine, que ahora está volviendo a suceder. Nuestro mundo, gobernado por la Diosa y el Astado, su consorte, está siendo separado del curso principal del tiempo. Incluso ahora, Igraine, si un viajero parte hacia la isla de Avalón, a menos que conozca muy bien el camino o lleve guía, no llegará nunca; sólo encuentra la isla de los Sacerdotes. Para la mayoría de los hombres, nuestro mundo se ha perdido en las brumas del mar del Estío. Esto comenzó a suceder aun antes de que se retiraran los romanos; ahora, a medida que las iglesias cubren la totalidad de Britania, nuestros mundos se alejan más y más. Y si no se les detiene, llegará el día en que habrá dos mundos, sin que nadie pueda ir y venir entre ambos...

—¡Así sea! —interrumpió Viviana, enfadada—. Sigo pensando que tendríamos que permitirlo. No quiero vivir en un mundo de cristianos que reniegan de la Madre...

—Pero ¿qué pasará con los otros, los que vivirán en la desesperación? —La voz de Merlín volvió a sonar como un gran tañido—. No: es preciso mantener un sendero abierto, aunque sea secreto. Hay partes del mundo que siguen siendo una misma. Los sajones cabalgan por ambos mundos...

—Los sajones son bárbaros y crueles —dijo Viviana—. Las Tribus, por sí solas, no pueden expulsarlos de estas costas. Merlín y yo hemos visto que Ambrosio no permanecerá mucho tiempo de este mundo; le sucederá su duque guerrero, el Pendragón; Uther, lo llaman. Pero hay muchos en este país que no le seguirán. Necesitamos un jefe que atraiga a todos los habitantes de Britania. De lo contrario, caerá todo el país; durante cientos y cientos de años estaremos bajo los bárbaros sajones. Los mundos se apartarán irrevocablemente y de Avalón ni siquiera quedará una leyenda que ofrezca esperanzas a la humanidad. Sólo ese líder nos hará uno.

—Pero ¿dónde hallaremos a ese rey? —preguntó Igraine—. ¿Quién nos dará ese líder?
Y de pronto tuvo miedo, pues Merlín y la sacerdotisa se volvieron a mirarla. Sus ojos parecieron inmovilizarla, como a una avecilla la sombra de un gran halcón.
Cuando Viviana habló, su voz sonó muy queda.

—Tú, Igraine. Tú gestarás a ese gran rey.

2

En el salón reinaba el silencio, salvo por el leve crepitar del fuego. Por fin Igraine suspiró profundamente, como si acabara de despertar.

—¿Qué me estáis diciendo? ¿Que Gorlois será el padre de ese gran rey?

Vio que su hermana y el mago intercambiaban una mirada. También vio el leve gesto con que la sacerdotisa acallaba al anciano.

—No, señor Merlín: esto ha de ser dicho de mujer a mujer... Gorlois es romano, Igraine. Las Tribus no seguirían al hijo de un romano; sólo a un vástago de la isla Sagrada, verdadero hijo de la Diosa. Pero necesitamos el apoyo de romanos, celtas y cimbríos, y éstos sólo seguirán a su Pendragón, hijo de un hombre en el que confían. Ha de ser hijo tuyo, Igraine... pero el padre será Uther Pendragón.

Igraine los miró fijamente, comprendiendo, y la ira se abrió paso lentamente a través del aturdimiento. Entonces estalló:

—¡ No! Ya tengo un esposo y le he dado una hija. No permitiré que sigáis jugando con mi vida. Me casé como me ordenasteis... y nunca sabréis...

Las palabras se le atascaron en la garganta. No había manera de contarles aquel primer año. Ni siquiera Viviana llegaría a saberlo. Y aunque lo comprendiera no cambiaría de idea, no exigiría menos de ella. Demasiadas veces le había oído decir: «Si tratas de evitar tu destino o retrasar el sufrimiento, sólo te condenas a sufrirlo doblemente en otra vida. » Por eso no dijo nada; se limitó a mirar a Viviana con el sofocado resentimiento de esos últimos cuatro años. Pero negó tercamente con la cabeza.

—Escúchame, Igraine —dijo Merlín—. Yo te engendré, aunque eso no me da ningún derecho; es la sangre de la Dama la que confiere realeza, y tú eres de la sangre real más antigua de la isla Sagrada. Está escrito en las estrellas, hija mía, que sólo un nacido de dos realezas, la de las Tribus y la de Roma, libraré nuestra tierra de toda esta contienda. Ha de haber una paz que permita a estos dos pueblos morar juntos. De lo contrario, nuestro mundo se esfumará en las brumas; puede que, durante milenios la Diosa y los misterios sagrados sean olvidados por la humanidad, salvo por los pocos capaces de ir y venir entre los mundos. ¿Lo permitirías, Igraine? ¿Tú, que naciste de la Dama de la isla Sagrada y de Merlín de Britania?

Igraine inclinó la cabeza, protegiendo la mente contra la ternura de esa voz. Sabía desde siempre, sin que nadie se lo hubiera dicho, que Taliesin, el Merlín de Britania, había compartido con su madre la chispa de vida que la creó, pero una hija de la isla Sagrada no mencionaba tales cosas. Una hija de la Dama pertenecía sólo a la diosa y nadie piadoso podía reclamar su paternidad. El hecho de que Taliesin utilizara este argumento la impresionó profundamente.

Aun así dijo con terquedad, negándose a mirarlo:

—Si os era preciso, ¿no podríais haber utilizado vuestros hechizos para que Gorlois fuera proclamado Gran Dragón? De ese modo, cuando nuestro hijo naciera tendríais a vuestro gran rey.

El anciano negó con la cabeza, pero fue Viviana quien habló delicadamente:

—No darás ningún hijo varón a Gorlois, Igraine.

—¿Qué? ¿Acaso eres la Diosa para decidir la fertilidad de las mujeres? —acusó la joven con violencia, aun sabiendo que sus palabras eran infantiles—. Gorlois ha engendrado varones en otras mujeres. ¿Qué me impide darle uno nacido dentro del matrimonio, como él desea?

Viviana no respondió. Sólo dijo, con voz muy suave:

—¿Amas a Gorlois?

Igraine clavó la vista en el suelo.

—Eso no tiene nada que ver. Es una cuestión de honor. Él ha sido amable conmigo. Me permitió conservar a Morgana cuando ella era lo único que tenía en mi soledad. Ha sido paciente, lo cual no ha de ser fácil para un

hombre de su edad. Quiere un hijo varón; lo considera importantísimo para su vida y su honor, y no voy a negárselo. Si acaso alumbró un hijo, será el hijo del duque Gorlois y de ningún otro hombre viviente. Lo juro por...

—¡Silencio! —La voz de la sacerdotisa acalló las palabras de su hermana como el fuerte tañido de una gran campana—. Te lo ordeno. Igraine: no jures, si no quieres ser perjura por siempre.

—¿Y por qué piensas que no voy a cumplir mi palabra? ¡Se me enseñó a ser fiel! ¡Yo también soy hija de la isla Sagrada, Viviana! No me trates como si fuera una criatura balbuciente, como a Morgana, que no entiende ni una palabra...

La niña, al oír su nombre, se incorporó bruscamente. La Dama del Lago, sonriendo, le acarició el pelo oscuro.

—No creas que esta pequeña no comprende. Los niños saben más de lo que suponemos. En cuanto a ésta... bueno, eso pertenece al futuro y no tengo que mencionarlo delante de ella, pero quién sabe si un día no será también una gran sacerdotisa.

—¡Nunca! Aunque tenga que hacerme cristiana para impedirlo —estalló Igraine—. ¿Creéis que os voy a permitir conspirar contra la vida de mi hija como habéis conspirado contra la mía?

—Paz, Igraine —dijo Merlín—. Eres libre, como lo es todo hijo de los dioses. No hemos venido a ordenar, sino a suplicarte. No, Viviana —dijo levantando la mano para impedir que la Dama lo interrumpiera—. Igraine no es un indefenso juguete del destino. Creo que, cuando lo sepa todo, decidirá lo correcto.

Morgana había empezado a revolverse en el regazo de su tía. Ésta la aquietó arrullándola con suavidad, pero Igraine se levantó para hacerse cargo de la niña, airada y furiosa. Notaba los ojos ardientes de lágrimas. No tenía más que a Morgana, y ahora también ella estaba cayendo víctima del encanto de Viviana, como todos los demás.

—Levántate de inmediato, Morgause —dijo ásperamente a la muchacha, que aún tenía la cabeza en el regazo de la Dama—. Sube a tu cuarto. Ya eres casi una mujer y no puedes comportarte como una niña malcriada.

Morgause levantó la cabeza, apartándose el pelo rojo de la cara mohína.

—¿Por qué escogiste a Igraine para tus planes, Viviana? —preguntó—. No quiere tomar parte. Pero yo soy mujer y también soy hija de la isla Sagrada. ¿Por qué no me escogiste a mí para Uther, el Pendragón? ¿Por qué no puedo ser la madre del gran rey?

Merlín sonrió.

—¿Te lanzarías tan implacablemente a los brazos del destino, Morgause?

—¿Por qué Igraine sí y yo no? No tengo esposo.

—Hay un rey en tu futuro y muchos hijos varones. Pero tienes que conformarte con eso, muchacha. Nadie puede vivir el destino ajeno. Tu destino y el de tus hijos dependen de ese gran rey. Más que eso no puedo decir —aseveró el anciano—. Ya es suficiente, Morgause.

Igraine, con la pequeña en brazos, se sintió mas dueña de sí. —Estoy faltando a la hospitalidad, hermana, mi señor Merlín —dijo con voz inexpresiva—. Permitid que mis criados os acompañen a las alcobas que hemos preparado para vosotros. Se os llevará vino y agua para lavaros; al caer el sol se preparará una comida.

Viviana se levantó. Su voz era formal y correcta. Por un momento, Igraine se sintió aliviada; volvía a ser la señora de su casa, no ya una criatura pasiva, sino la esposa de Gorlois, duque de Cornualles.

—Hasta el anochecer, pues, hermana mía.

Los servidores se llevaron a los huéspedes. Igraine, en su alcoba, acostó a Morgana en la cama y dio en pasearse, nerviosa por lo que había oído.

Uther Pendragón. No lo había visto nunca, pero Gorlois encomiaba con frecuencia su valor. Era sobrino de Ambrosio Aureliano, gran rey de Britania, pero, a diferencia de éste, era britano de pura cepa, sin rastros de sangre romana, de modo que los cimbrios y las Tribus no vacilaban en seguirlo. Había pocas dudas de que algún día Uther sería escogido gran rey. Como Ambrosio no era joven, ese día no podía estar muy lejos.

«Y yo sería reina... ¿En qué estoy pensando? ¿Sería capaz de traicionar a Gorlois y mi honor?»

Al levantar el espejo de bronce vio a su hermana detrás, en el umbral de la puerta. Viviana se había quitado los pantalones que usaba para montar y vestía una túnica suelta de lana sin teñir. Se le acercó, alzando la mano para tocarle el pelo.

—Pequeña Igraine. No tan pequeña, ahora —dijo con ternura—. ¿Sabías, pequeña, que yo te di ese nombre? Grainné, como la diosa de los fuegos de Beltane... ¿Cuánto hace que no prestas servicio a la Diosa en Beltane?

Igraine esbozó una leve sonrisa.

—Gorlois es romano y cristiano. ¿Crees que en su casa pueden celebrarse los ritos de Beltane?

—No, supongo que no —reconoció Viviana con sentido el humor—. Pero en tu lugar no creería imposible que tus crias escapen en el solsticio de verano para encender fogatas y holgar bajo la luna llena. Claro que el señor y la señora de una casa cristiana no pueden hacerlo, a la vista de sus sacerdotes y de su adusto Dios.

—No hables así del Dios de mi esposo, es un Dios de amor —dijo Igraine secamente.

—¿Eso crees? Sin embargo, ha hecho la guerra a todos los demás dioses y mata a quienes no lo adoran. Guárdeme yo de semejante amor. En virtud de los votos que una vez pronunciaste, podría reclamarte que hicieras lo que te he indicado en nombre de la Diosa y la isla Sagrada...

—Oh, magnífico —exclamó la joven con sarcasmo—. Ahora mi Diosa me exige que haga de puta, mientras Merlín de Britania y la Dama del Lago me hacen de alcahuetes.

Los ojos de Viviana lanzaban chispas. Dio un paso hacia delante y, por un momento, pareció que iba a abofetearla.

—¿Cómo te atreves! —dijo. Aunque su voz era queda, pareció levantar ecos en toda la habitación. Morgana, medio dormida bajo la manta de lana, se incorporó con un grito, súbitamente asustada.

—Ahora has despertado a la niña —protestó Igraine, sentándose en el borde de la cama para tranquilizarla.

Poco a poco, la cara de Viviana fue perdiendo el arrebol. Por fin se sentó junto a su hermana.

—No me has comprendido, Grainné. ¿Crees que Gorlois es inmortal? Te digo, hija, que he procurado leer en las estrellas los destinos de quienes serán vitales para Britania en los años venideros, y el nombre de Gorlois no está escrito en ellas.

La joven notó que le temblaban las rodillas.

—¿Uther lo matará?

—Uther no tomará parte en su muerte, te lo juro. Pero piensa, hija. Tintagel es una gran fortaleza. Cuando Gorlois ya no pueda retenerlo, ¿cuánto tardará Uther Pendragón en ordenar a uno de sus duques que se apodere del castillo y la mujer que lo habita? Antes Uther que uno de sus hombres.

—¿No puedo regresar a la isla Sagrada y pasar el resto de mi vida en Avalón, como sacerdotisa?

—No es ése tu destino, pequeña. —La voz de Viviana era otra vez tierna—. No puedes huir de tu destino. Tienes un papel asignado en la salvación de esta tierra, pero el camino de Avalón está definitivamente cerrado para ti. ¿Caminarás hacia tu destino o será preciso que los dioses te arrastren hacia él?

Y añadió sin aguardar respuesta:

—No falta mucho. Ambrosio Aureliano agoniza. Ahora sus duques se reunirán para escoger a un gran rey. Y no hay nadie, salvo Uther, en quien puedan confiar. Conque él será Pendragón y gran rey a la vez. Y necesitará un hijo.

Igraine tenía la sensación de estar dentro de una trampa que cerraba sobre ella.

—Si tanta importancia le das, ¿por que no lo haces tu misma? ¿Por qué no procuras atraer a Uther con tus hechizos y concibes a ese rey predestinado?

Para sorpresa suya, Viviana vaciló largo rato antes de decir:

—Crees que no lo he pensado? Pero olvidas lo vieja que soy Igraine. Tengo treinta y nueve años; ya dejé atrás la edad de la procreación.

En el espejo de bronce que aún tenía en la mano, Igraine vio el reflejo de su hermana, distorsionado y deforme, fluido como el agua; de pronto la imagen se aclaró, para luego empañarse y desaparecer.

—¿Eso crees? —dijo—. Sin embargo, te predigo que tendrás otro hijo.

—Espero que no. Tengo más edad que nuestra madre cuando murió al nacer Morgause. Ya no podría escapar de ese destino. Este año participaré por última vez en los ritos de Beltane; después entregaré mi puesto a una mujer más joven y pasaré a ser la anciana, la hechicera. Soñaba con entregar a Morgause el lugar de la Diosa...

—¿Por qué, pues, no la retuviste en Avalón para que fuera sacerdotisa?

La Dama se mostró muy triste.

—No es apta. Bajo la capa de la Diosa no ve el incesante sacrificio, el sufrimiento, sino sólo poder. Ese camino no es para ella.

—No creo que tú hayas sufrido —objetó Igraine.

—No sabes nada. Tú tampoco elegiste ese camino. Yo, que le he entregado mi vida, afirmo que sería más sencillo vivir como simple campesina, bestia de carga y hembra de cría. Agradece a la Diosa que tu destino sea otro.

Igraine pensó, en silencio: «¿Crees que ignoro el sufrimiento, el soportar en silencio, después de estos cuatro años?» Pero no dijo nada. Viviana se había inclinado tiernamente hacia Morgana para acariciarle el pelo sedoso.

—Ah, Igraine, no sabes cuánto te envidio. Toda la vida he deseado tanto una hija... Pero sólo tuve una niña, la que murió, y mis hijos varones están lejos. —Se estremeció—. Bueno, es mi destino y trataré de obedecerlo, como tú intentarás obedecer al yo. Sólo te pediré una cosa, Igraine, dejo el resto en manos de

quien es dueña de todos nosotros. Gorlois, a su regreso, tendrá que ir a Londínium para la elección del gran rey. Y tú tienes que ingeniártelas para acompañarlo.

Su hermana se echó a reír.

—¡Qué poco me pides, pero es más difícil que cualquier otra cosa! ¿Crees que Gorlois cargaría a sus hombres con la tarea de acompañar a una joven esposa hasta Londínium? Me gustaría ir, de verdad, pero él me llevará cuando crezcan higos y naranjas en la huerta de Tintagel.

—Aun así tienes que ingeniártelas para acompañarlo y buscar a Uther Pendragón.

La joven volvió a reír.

—¿Y me harás un bebedizo para enamorarlo irresistiblemente?

Viviana le acarició los rizos rojos.

—Eres joven, hermana. No creo que tengas conciencia de tu belleza. Dudo que Uther necesite de un encantamiento.

Igraine sintió que su cuerpo se contraía en un extraño espasmo de miedo.

—Quizá fuera mejor que me dieras el bebedizo a mí, para que no lo rechace.

Su hermana, con un suspiro, tocó la piedra lunar que le pendía del cuello, y dijo:

—Esto no es un regalo de Gorlois.

—No; me lo regalaste en mi boda, ¿recuerdas? Dijiste que fue de mi madre.

—Dámela —Viviana buscó bajo la cabellera rizada para desabrochar la cadena—. Cuando esta piedra te sea devuelta, Igraine, recuerda lo que he dicho y haz lo que la Diosa te indique.

La joven contempló la piedra en manos de la sacerdotisa. Luego suspiró, pero sin protestar. «No le he prometido nada, nada», se dijo fieramente.

—¿Irás a Londínium para la elección de ese gran rey, Viviana?

La sacerdotisa negó con la cabeza.

—Voy a la tierra de otro monarca que tiene que combatir al lado de Uther pero que aún no lo sabe. Ban de Armórica, en la Britania menor, ha sido nombrado gran rey de su país; sus druidas le han dicho que tiene que cumplir con el gran rito y se me envía para officiar el sagrado matrimonio.

—Creía que Britania era tierra cristiana.

—Oh, así es —confirmó Viviana, indiferente—, y sus sacerdotes tocarán las campanas. Pero el pueblo no aceptará a un rey que no se haya comprometido al gran sacrificio.

Igraine aspiró profundamente.

—Es tan poco lo que sé...

—Antaño —explicó la Dama—, el gran rey juraba que, si el país sufría un desastre o corrían tiempos peligrosos, él moriría para que la tierra pudiera vivir. Y si se negaba al sacrificio, la tierra perecería. Una parte de Britania menor también se ha encerrado en las brumas y ya es imposible hallar el gran altar de piedra. El camino que conduce al templo ya no se puede encontrar, a menos que se conozca el sendero a

Karkan. Pero el rey Ban ha jurado impedir que los mundos sigan apartándose y mantener abiertas las puertas de los Misterios. Por eso se someterá al matrimonio sagrado con la tierra. Resulta adecuado que mi último servicio a la Madre, antes de ocupar mi lugar entre las hechiceras, sea ligar su tierra a Avalón. Por eso he de ser la Diosa ante él, en este misterio.

Guardó silencio, pero el cuarto parecía colmado con el eco de su voz. Luego se inclinó para alzar a la niña dormida, abrazándola con gran ternura.

—Aún no es doncella, ni yo hechicera —dijo—. Pero somos las Tres, Igraine. Juntas componemos a la Diosa, que está aquí, presente entre nosotros.

La joven se preguntó por qué no había incluido a su hermana Morgause. Estaban tan abiertas la una a la otra que Viviana oyó esas palabras como si las hubiera pronunciado en voz alta. Dijo en un susurro (e Igraine la vio estremecerse):

—La Diosa tiene un cuarto rostro que es secreto. Tendrías que rogarle, como yo le ruego, que Morgause nunca utilice ese rostro.

3

Igraine tenía la sensación de llevar una eternidad cabalgando bajo la lluvia. El trayecto a Londínium era como un viaje al fin del mundo.

Hasta entonces había viajado poco: sólo de Avalón a Tintagel. Comparó a la niña temerosa y desesperada de aquel primer viaje con la mujer actual. Ahora montaba junto a Gorlois, quien se tomaba el trabajo de contarle algo sobre las tierras que atravesaban; ella reía y bromeaba, y por la noche, en la tienda, iba de buena gana a su lecho. De vez en cuando echaba de menos a Morgana, preguntándose cómo estaría. Pero resultaba grato

verse libre otra vez, volver a ser una muchacha, sin la torpeza de la verdadera juventud. Y lo estaba disfrutando. Ni siquiera le molestaba la incesante lluvia que oscurecía las colinas distantes, obligándolos a viajar envueltos en una leve bruma.

—¿Estás fatigada, Igraine?

La voz de Gorlois sonaba suave y atenta. ¡No era, desde luego, el ogro que parecía en aquellos primeros días de terror, cuatro años atrás! Ahora estaba envejeciendo; tenía el pelo y la barba canosos (aunque se afeitaba cuidadosamente, a la manera romana), y la piel curtida por las cicatrices de muchos años de combate, lo que hacía conmovedor su deseo de complacerla. Nunca había sido cruel con ella. Sí, sabía poco sobre el cuerpo de la mujer y cómo utilizarlo, mas eso no parecía ahora crueldad, sino sólo torpeza.

Le sonrió con alegría:

—No, en absoluto. Creo que podría seguir interminablemente. Pero con tanta bruma, ¿no es posible que nos extraviemos y no lleguemos nunca a Londínium?

—No temas —contestó con gravedad—. Mis guías son muy buenos y conocen cada palmo del camino. Y antes de que caiga la noche llegaremos a la antigua vía romana que conduce al centro mismo de la ciudad. Así que hoy dormiremos bajo techo y en una cama decente.

—Será un placer volver a dormir en una cama decente —dijo Igraine, pudorosa.

Tal como esperaba, vio el súbito rubor que encendía el rostro de su marido. Pero él apartó la mirada, casi como si le tuviera miedo. Y ella disfrutó de ese poder recién descubierto.

Mientras cabalgaba a su lado, reflexionó sobre el cariño de repente le inspiraba Gorlois: cariño mezclado con pena, como si hubiera llegado a quererlo sólo ahora, al saber que tenía que perderlo. De un modo u otro, era consciente de que sus días junto a él estaban contados, y recordó cómo supo por primera vez que iba a morir.

Para advertirla de su llegada, él le había enviado a un mensajero, un hombre de ojos suspicaces que lo espiaban todo; obviamente, si él hubiera tenido una esposa joven habría llegado a su casa sin darle aviso, con la esperanza de sorprenderla en alguna falta o en un gasto extravagante. Igraine, que se sabía irreproachable, le dio una buena acogida, sin prestar atención a sus miradas impertinentes. Podía interrogar a los criados cuanto quisiera; le dirían que, a excepción de su hermana y Merlín, no había recibido a nadie en Tintagel.

Cuando el hombre hubo partido, ella se detuvo en el momento de cruzar el patio, afectada por un miedo sin causa: una sombra caía sobre ella en pleno sol. Y en aquel momento vio a Gorlois, sin caballo ni cortejo. Estaba más flaco, más envejecido, ojeroso y demacrado. En la mejilla tenía un corte que ella no recordaba.

—¡Esposo mío! —exclamó—. ¿Qué te trae hasta aquí de esta manera, solo y sin armas? ¿Estás enfermo? ¿Estás...?

Y entonces se interrumpió y su voz se desvaneció en el aire, pues allí no había nadie, sólo la luz caprichosa de las nubes, el mar y las sombras, y el eco de su voz.

Durante el resto de aquel día trató de tranquilizarse, diciéndose que era sólo una visión, como la que le había advertido sobre la llegada de Viviana. Pero Gorlois no poseía la videncia. Lo que había visto era su fantasma, su doble, el precursor de su muerte.

Cuando él apareció por fin, sano e indemne, ella intentó desprenderse del recuerdo. Gorlois no estaba herido ni desanimado; por el contrario, llegaba de muy buen humor, con regalos Para ella y hasta un collar de cuentas de coral para Morgana.

Después de revolver en los sacos del botín, le dio a Morgause una capa roja.

—Debió de pertenecer a alguna ramera sajona—comentó riendo y pellizcando a la muchacha bajo la barbilla—. Está bien que la luzca una decente doncella britana. El color te va, hermana. Cuando hayas crecido un poco, serás tan guapa como mi esposa.

Morgause, entre risitas y mohines, posó con su capa nueva. Más tarde, cuando la pareja se disponía a acostarse, Gorlois dijo ásperamente:

—Es preciso que casemos a esa niña cuanto antes, Igraine. Es un putoncete al que se le iluminan los ojos ante todo lo que tenga forma masculina. ¿Viste cómo miraba a mis soldados más jóvenes, a mí mismo? ¡No quiero que alguien así deshonne a mi familia y dé mal ejemplo a mi hija!

Igraine respondió con delicadeza. No podía olvidar que había visto la muerte de Gorlois y no quería discutir con un condenado. Además, a ella también le avergonzaba la conducta de su hermana menor.

«Así que va a morir. Bueno, no hace falta ser profeta para saber que un hombre de cuarenta y cinco años, tras haberse pasado la vida combatiendo con los sajones, no vivirá para ver crecer a sus hijos. No voy a creer por eso el resto de las tonterías que se me han dicho. Ni pretenderé que él me lleve a Londínium.»

Pero al día siguiente, mientras desayunaban, él habló bruscamente.

—¿No te extraña que haya regresado tan repentinamente, Igraine?

Tras la noche pasada, ella se sentía confiada y le sonrió.

—¿Cómo cuestionar la fortuna que me devuelve a mi esposo tras un año de ausencia? Espero que se deba a que las costas están libres de sajones y nuevamente en manos britanas.

Él sonrió con aire distraído. Luego la sonrisa desapareció.

—Ambrosio Aureliano está agonizando. La vieja águila se irá pronto y no hay ningún aguilucho que vuele en su lugar. Todos los reyes britanos han sido convocados para reunirse en Londínium, a fin de elegir al gran rey y jefe guerrero; yo también he de ir. Será una gran reunión, Igraine, y muchos de los duques y reyes llevarán a sus esposas. ¿Querías acompañarme?

—¿A Londínium?

—Sí, si te atreves a hacer un viaje tan largo y a separarte de la niña. Preferiría no volver a separarme de ti, ni siquiera durante unos días.

«Tienes que ingeniártelas para ir a Londínium con él», había dicho Viviana. Y ahora resultaba innecesario pedirlo. Igraine tuvo una súbita sensación de pánico, como si montara un caballo desbocado. Para disimular su confusión bebió un sorbo de cerveza.

—Iré, si así lo deseas.

Dos días después iban camino del este, rumbo a Londínium y al campamento de Uther Pendragón y del moribundo Ambrosio, para la elección del gran rey.

A media tarde llegaron a la vía romana, lo cual les permitió viajar con más celeridad, y aquel mismo día divisaron las afueras de Londínium. Igraine nunca había imaginado que en un mismo lugar pudieran reunirse tantas casas; por un momento se sintió sofocada.

—Pasaremos esta noche en la casa de uno de mis soldados —dijo Gorlois— y mañana nos presentaremos en la corte de Ambrosio.

Aquella noche, sentados ante el fuego, ella le preguntó:

—¿Quién crees que va a ser el próximo gran rey?

—¿Qué puede importarle a una mujer quién gobierne?

Igraine le sonrió de soslayo.

—Aunque sea mujer, Gorlois, tengo que vivir en esta tierra. Y me gustaría saber a qué tipo de hombre seguirá mi esposo, en la paz y en la guerra.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—¡Paz! ¿Qué paz puede haber, con tantos pueblos salvajes como vienen a nuestras ricas costas? Tenemos que unir todas nuestras fuerzas para defendernos. Son muchos los que querrían lucir la capa de Ambrosio. Lot de Orkney, por ejemplo; hombre rudo, pero digno de confianza, jefe enérgico y buen estratega. Pero aún está soltero y no tiene descendencia. Es joven para ser gran rey pero, de esa edad, es el hombre más ambicioso que he conocido. Y Uriens, de Gales del norte. No tiene problemas de descendencia, pues ya tiene hijos varones, pero carece de imaginación: quiere hacerlo todo como se hizo siempre; dice que, si funcionó una vez, volverá a funcionar. Y sospecho que no es buen cristiano.

—¿A cuál elegirías tu?

Él suspiró.

—A ninguno. He seguido a Ambrosio toda mi vida y seguiré a quien él haya escogido. Es una cuestión de honor, y el hombre de Ambrosio es Uther. No hay más que decir, aunque Uther no me guste. Es un libertino, con diez o doce bastardos. Ninguna mujer está segura cerca de él. Va a misa porque lo hace el ejército y porque es lo apropiado. Prefiero un pagano sincero a un cristiano que lo es sólo por el provecho que de ello puede sacar.

—Sin embargo, lo respaldarás.

—Oh, sí. Es muy buen militar y los hombres lo seguirían hasta el infierno si fuera preciso. No escatima esfuerzos para hacerse querer por el ejército. Tiene mucho talento e imaginación. Consiguió un acuerdo con las tropas del tratado y este otoño logró que combatieran junto a nosotros. Sí, lo apoyaré. Pero eso no significa que me guste.

Mientras escuchaba, Igraine se dijo que Gorlois había revelado más sobre sí mismo que sobre los otros candidatos a gran rey. Por fin dijo:

—¿Nunca has pensado...? Eres el duque de Cornualles y Ambrosio os aprecia. ¿No podrías ser el elegido?

—Creedme, Igraine: no quiero la corona. ¿Deseas ser reina?

—No lo rechazaría —respondió recordando la profecía de Merlín.

—Lo dices porque eres demasiado joven para entender lo que eso significa —aseveró Gorlois con una sonrisa—. En otros tiempos, cuando era más joven... pero no quiero pasarme el resto de la vida combatiendo. Y para el gran rey no hay paz, aun cuando los enemigos abandonen nuestras costas, porque entonces comienzan a guerrear sus amigos, aunque sólo sea por sus favores. No, no habrá corona para mí. Y cuando tengas mi edad, te alegrarás de ello.

Mientras Gorlois hablaba, Igraine notó un escozor en los ojos. Así pues, aquel duro soldado, el hombre sombrío al que ella había temido, estaba ahora tan cómodo con ella que hasta le revelaba en parte sus anhelos. Deseó con todo su corazón que pudiera pasar sus últimos años al sol, viendo jugar a sus hijos. Pero aun en aquel momento, en el parpadeo del fuego, creía ver la sombra ominosa de la fatalidad que le seguía.

Aquella noche apenas durmió, dando vueltas y vueltas en la cama extraña, oyendo la serena respiración de Gorlois. Hacia la mañana cayó en un sueño inquieto; soñó con un mundo entre brumas, con la costa de la isla Sagrada, que retrocedía más y más entre la niebla. Le parecía ir remando en una barca, exhausta, buscando la isla de Avalón. Pero aunque la costa le era familiar, en el templo de su sueño no estaba la Diosa sino que se elevaba un crucifijo, y un coro de monjas cristianas vestidas de negro cantaba uno de esos himnos dolientes. Despertó llorando con angustia. Al incorporarse, oyó por doquier el tañido de campanas de iglesia. Gorlois también se inquietó.

—Es la iglesia en la que Ambrosio oye misa. Vístete pronto Igraine, e iremos juntos.

Mientras ella se ceñía un corselete de seda, por encima de la sobreveste de lino, un servidor desconocido llamó a la puerta pidiendo hablar con la señora Igraine, esposa del duque de Cornualles. Cuando le hizo la reverencia, recordó haberlo visto años antes, guiando la barca de Viviana. Al acordarse de su sueño, notó un escalofrío.

—Vuestra hermana os envía esto de parte de Merlín —dijo—, con la recomendación de que lo uséis y recordéis vuestra promesa. Nada más. —Y le entregó un paquete pequeño, envuelto en seda.

—¿Qué es, Igraine? —preguntó Gorlois, acercándose desde atrás con el entrecejo fruncido—. ¿Quién te envía regalos? ¿Reconoces al mensajero?

—Es uno de los hombres de mi hermana, de la isla de Avalón—explicó ella.

Iba a desenvolver el regalo, pero Gorlois se lo quitó con rudeza, diciendo:

—Mi esposa no recibe regalos de mensajeros que me son desconocidos.

Igraine abrió la boca, indignada; su reciente ternura desapareció en un solo instante.

—Vaya, es la piedra azul que llevabas cuando nos casamos —comentó él, intrigado—. ¿De qué promesa se trata? ¿Cómo llegó esta piedra a manos de tu hermana, si en verdad es ella quien la envía?

La joven aguzó el ingenio para mentir deliberadamente por Primera vez en su vida.

—Cuando mi hermana vino de visita, le di la piedra y la cadena para que hiciera arreglar el cierre en Avalón. Y la promesa de que hablaba es cuidar mejor de mis joyas. ¿Me devolverás ahora el collar, esposo mío? El le entregó la piedra lunar, ceñudo.

—Tengo artesanos que lo habrían compuesto sin sermonearte, tu hermana ya no tiene derecho a hacerte reproches. Tienes que comportarte como una mujer adulta, depender menos de tu hogar.

—Bueno, ahora he recibido dos sermones —replicó Igraine mientras se abrochaba la cadena—. Uno de mi hermana y otro de mi esposo, como si fuera una niña ignorante.

Aún creía ver, sobre la cabeza de Gorlois, la sombra de su muerte, el temido fantasma de los condenados. De pronto pidió con fervor no haber concebido un hijo suyo, no gestar el vástago de un hombre condenado. Sintió un frío glacial.

—No te enfades conmigo, Igraine —dijo Gorlois acariciándole el pelo—. Trataré de recordar que ya no eres una criatura de quince años, sino una mujer de diecinueve. Ven. Tenemos que prepararnos para la misa del rey.

La iglesia era pequeña y modesta; dentro, en el interior frío y húmedo, se habían encendido las lámparas. Igraine se alegró de haberse puesto la gruesa capa de lana.

—¿Está el rey aquí? —preguntó.

—Acaba de entrar: está en aquel asiento, delante del altar —murmuró Gorlois inclinando la cabeza.

Lo reconoció de inmediato por la oscura capa roja con la que cubría una túnica profusamente bordada y un tahalí cubierto de piedras preciosas. Ambrosio Aureliano parecía tener unos sesenta años; era alto, enjuto y se afeitaba a la manera romana, pero caminaba encorvado, como si tuviera alguna herida interna. Quizá en otros tiempos había sido apuesto; ahora tenía la cara amarilla y arrugada, el bigote caído y el pelo gris. Lo acompañaban dos o tres consejeros o reyes menores: uno que supuso que era Uriens de Gales del norte, y otro más delgado y apuesto, ricamente vestido, con el pelo oscuro y corto, a la manera romana.

Igraine se preguntó si el segundo sería Uther, el compañero y posible heredero de Ambrosio. Durante el largo oficio aquél permaneció junto al rey, siempre atento, aunque Igraine, acostumbrada a leer en las expresiones, vio que no estaba pendiente del servicio ni del sacerdote, sino de sus pensamientos; cuando el envejecido monarca tropezó, el hombre esbelto y moreno le ofreció el brazo. En una ocasión, volvió la cabeza para mirar directamente a Gorlois y sus ojos se encontraron brevemente con los de Igraine. Eran negros, bajo espesas cejas del mismo color, y la joven sintió una repentina repulsa. Si aquél era Uther, no tendría nada que ver con él; una corona era un precio demasiado bajo por estar a su lado. Debía de ser mayor de lo que parecía, pues aquel hombre no aparentaba más de veinticinco años.

Ya iniciado el oficio, se produjo un pequeño alboroto cerca de la puerta. Entró en la iglesia un hombre alto y marcial, ancho de hombros, aunque esbelto, seguido por cuatro o cinco soldados. El cura prosiguió sin alterarse, pero el diácono apartó la mirada de los Evangelios frunciendo el entrecejo. El hombre alto se descubrió la cabeza revelando un pelo claro, va ralo en la coronilla, y avanzó por entre la congregación. «Oremos», dijo el sacerdote. Al arrodillarse, Igraine vio que el hombre alto y rubio estaba a su lado inclinando la cabeza piadosamente.

No la levantó durante toda la larga ceremonia; incluso cuando la congregación empezó a acercarse al altar para recibir el pan y el vino consagrados, él no se movió. Gorlois tocó a su esposa en el hombro y ella lo acompañó. Los cristianos sostenían que la esposa tenía que seguir en la fe a su marido; si iba mal preparada a la comunión, ese Dios que tenían podía culpar a Gorlois.

Al volver a su asiento vio que el hombre alto levantaba la cabeza. Gorlois lo saludó secamente y continuó su marcha. El hombre miró a Igraine, y por un momento fue como si se riera de ambos; ella se descubrió sonriendo. Luego, ante un ceñudo gesto de censura de Gorlois, fue a arrodillarse mansamente a su lado. Pero notó que el rubio la observaba. A juzgar por su sayo de cuadros, al estilo del norte, debía de ser Lot de Orkney, el que Gorlois consideraba joven y ambicioso. Entre los norteños los había tan rubios como los sajones.

Terminada la bendición, el sacerdote y sus diáconos se retiraron, portando el gran crucifijo y el Libro Santo. Igraine buscó al rey con la mirada. Estaba macilento y cansado y, apoyado pesadamente en el brazo del joven moreno que lo había sostenido durante toda la misa, se volvía ya para abandonar la iglesia.

—Lot de Orkney no pierde tiempo, ¿verdad, mi señor de Cornualles?—comentó el hombre rubio del sayo de cuadros—. No se separa de Ambrosio, siempre dispuesto a servirlo.

«Conque éste no es el duque de Orkney, como yo pensaba», se dijo Igraine. Su esposo asintió con un gruñido.

—¿Es vuestra señora esposa, Gorlois?

Hosco y de mala gana, Gorlois hizo las presentaciones.

—Igraine, querida mía, he aquí a nuestro duque de guerra: Uther, a quien las Tribus llaman Pendragón, por su estandarte.

Ella le hizo una reverencia, parpadeando asombrada. ¿Aquel hombre desgarbado y rubio como los sajones era Uther Pendragón? ¿Podía ser aquél el cortesano destinado a suceder a Ambrosio? ¿Aquel torpe que entraba interrumpiendo la Santa Misa? El hombre tenía la mirada clavada, no en su cara, sino algo más abajo: en la piedra lunar que pendía sobre su pecho.

Gorlois, que también había reparado en la dirección de su mirada, dijo:

—Tengo que presentar a mi esposa al rey; buenos días os dé Dios, señor.

Y lo dejó sin aguardar más saludo. Cuando estuvieron a cierta distancia comentó:

—No me gustó la manera en que te miraba, Igraine. No es hombre al que deba tratar una mujer decente. Evítalo.

—No me observaba a mí, esposo mío —advirtió ella—, sino la joya que luzco. ¿Ambiciona riquezas?

—Ese hombre lo codicia todo —replicó Gorlois secamente.

Alcanzaron al grupo real caminando tan deprisa que el fino calzado de Igraine tropezaba con las piedras de la calle. Ambrosio, rodeado de sacerdotes y consejeros, tenía el aspecto de un anciano cualquiera que, enfermo, hubiera ido a misa en ayunas: necesitaba comida y un lugar donde sentarse. Caminaba con una mano apoyada en el costado, como para aliviar un dolor. Pero sonrió a Gorlois con sincera cordialidad. Entonces Igraine comprendió por qué toda Britania había abandonado sus rencillas para servirle y arrojar a los sajones.

—Gorlois, ¡qué pronto has vuelto de Cornualles! Tenía pocas esperanzas de verte aquí antes del consejo... o en este mundo. —Su voz sonaba débil y agitada, pero le tendió los brazos al duque de Cornualles, quien lo abrazó con cautela.

—¡Estáis enfermo, señor! ¡Tendríais que haberos quedado en cama!

Ambrosio dijo, con una pequeña sonrisa:

—Pronto tendré que quedarme allí. Y me temo que durante mucho tiempo. Ven a desayunar conmigo, Gorlois, y cuéntame cómo va todo en tu tranquila campiña.

Los dos hombres continuaron la marcha, e Igraine los siguió. Al otro lado del rey caminaba el hombre moreno y delgado, vestido de escarlata: Lot de Orkney. Una vez en su casa e instalado en una silla cómoda, Ambrosio llamó a Igraine con una seña.

—Bienvenida a mi corte, señora Igraine. Me dice tu esposo que eres hija de la isla Sagrada.

—Así es, señor —confirmó tímidamente.

—Entre mis consejeros tengo alguno de tu pueblo; a mis sacerdotes no les gusta que vuestros druidas gocen de la misma consideración que ellos, pero yo les digo que unos y otros sirven al Altísimo, cualquiera que sea el nombre que le den. Y la sabiduría es sabiduría, no importa cómo se adquiere —aseveró Ambrosio sonriéndole—. Ven, Gorlois, siéntate a mi lado.

Igraine tomó asiento en el banco acolchado, con la sensación de que Lot de Orkney rondaba el lugar como el perro apaleado que desea congraciarse con su amo. ¿Amaba a su rey o sólo quería estar cerca del trono, para recibir un reflejo de su poder? Notó que Ambrosio, aunque instaba cortésmente a sus invitados a comer el buen pan de trigo, la miel y el pescado fresco, sólo aceptaba trozos de pan remojado en leche. También reparó en el débil color amarillo que le manchaba el blanco del ojo. «Ambrosio agoniza», había dicho Gorlois; obviamente, no era más que la verdad. Y Ambrosio también lo sabía, a juzgar por sus palabras.

—Me han llegado noticias de que los sajones han hecho una especie de pacto con los del norte —dijo el monarca—. Esta vez, la lucha puede afectar a Cornualles. Uriens, tú tal vez tengas que guiar tus ejércitos por la tierra del oeste; tú y Uther, que conoce bien las colinas galesas. Es posible que la guerra llegue a tu apacible campiña, Gorlois.

—Pero estáis protegido por las costas y los acantilados —apuntó Lot de Orkney, con voz suave—. Con ese largo arrecife, Tintagel se puede defender.

—Cierto —dijo Gorlois—. Pero hay lugares donde se puede desembarcar. Y aunque no llegaran al castillo, hay granjas, sembrados y buenas tierras. Puedo defender la fortaleza, mas ¿qué será de los campesinos?

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—Me parece que un señor, duque o rey, tendría que hacer algo más que la guerra —dijo Ambrosio—. Pero no sé qué. Nunca he tenido tiempo para averiguarlo. Quizá lo hagan nuestros hijos.

En la sala contigua se produjo una súbita conmoción. Luego entró el rubio y alto Uther, con un par de perros sujetos por unas enredadas correas. Se detuvo en la puerta para desenmarañarlas pacientemente y, después de entregárselas a su criado, entró.

—Os pasáis la mañana molestándonos, Uther —dijo Lot rencoroso—. Primero, al cura durante la Santa Misa; y ahora, al rey.

¿Os he molestado, señor? Os suplico perdón —dijo Uther sonriente.
El rey alargó la mano sonriendo también, como ante el hijo favorito.

—Se te perdona, Uther; pero haz que se lleven esos perros, por favor. Ven a sentarte, muchacho.
Ambrosio se levantó con dificultad. Igraine notó que el recién llegado lo abrazaba con delicadeza y deferencia. «Realmente ama al rey —pensó—, no es sólo ambición.»

Gorlois se disponía a cederle su puesto, pero el rey le indicó que no se moviera. Uther estiró sus largas piernas por encima del banco y se sentó junto a Igraine, que apartó sus faldas al verlo tambalearse. «¡Qué torpe es! Como un cachorro grande y amistoso.» Se sirvió pan y pescado; luego ofreció a la joven una cucharada de miel, que ella rehusó cortésmente.

—No me gustan los dulces —dijo.

—No los necesitáis, señora.

Igraine notó que su mirada estaba otra vez fija en su pecho. ¿Acaso nunca había visto una piedra lunar? ¿O contemplaba la curva de sus senos?

Era alto y rubio, su piel se mantenía firme, sin arrugas. El olor de su transpiración era limpio y fresco como el de un niño. Sin embargo, ya no era tan joven; el pelo claro comenzaba a ralear. Ella sintió un extraño desasosiego, algo que no había experimentado antes; su muslo estaba junto al suyo en el banco y era muy consciente de esta circunstancia, como si fuera una parte separada de su cuerpo. Con la mirada gacha, dio un pequeño mordisco al pan con mantequilla mientras escuchaba a su esposo, que discutía con Lot lo que sucedería si la guerra llegaba al oeste.

—Los sajones son luchadores, sí —intervino Uther—, pero combaten de manera más o menos civilizada. En cambio, los del norte están locos; se lanzan al combate desnudos y gritando. Es importante adiestrar a las tropas para que resistan sin aterrorizarse.

—En eso las legiones romanas nos llevaban ventaja —comentó Gorlois—, pues no eran campesinos reclutados para luchar, sino soldados vocacionales, bien disciplinados. Lo que necesitamos son legiones. Tal vez si recurriéramos al emperador...

—El emperador ya tiene suficientes problemas —dijo Ambrosio, sonriendo levemente—. Si queremos legiones para Britania, Uther, tendremos que adiestrarlas nosotros mismos.

—Imposible —aseguró Lot—. Nuestros hombres combatirán para defender sus hogares y por lealtad a los jefes de su clan, pero no por un gran rey o emperador. Me cuesta persuadir a mis hombres para que me sigan al sur; si aquí no hay sajones, dicen con parte de razón, ¿por qué tenemos que combatirlos allí?

—¿No comprenden que si los detenemos ahora, quizá nunca lleguen a su tierra? —dijo Uther, acalorado.
Lot alzó una mano riendo.

—¡Calma, Uther! Yo lo sé; son mis hombres los que lo ignoran.
Gorlois apuntó con voz ronca:

—Tal vez convendría reponer las guarniciones en la gran muralla del norte, a fin de defender tus tierras de los sajones, Lot.

—No podemos desperdiciar tropas para eso —objetó Uther, impaciente—. ¡No podemos prescindir de ningún soldado adiestrado! Tal vez tengamos que permitir que los pueblos aliados defiendan las costas sajonas, mientras nosotros presentamos resistencia en el país del Estío. De ese modo, no podrán durante el invierno saquear nuestros campamentos, como hicieron hace tres años, pues no conocen el camino que rodea las islas.

Igraine escuchaba con atención; como hija del país del Estío, sabía que durante el invierno los mares inundaban la tierra. Lo que en verano era transitable, aunque pantanoso, en invierno se trocaba en lagos y mares interiores. Incluso a un ejército invasor le costaría adentrarse por allí, como no fuera durante la canícula.

—Es lo que me dijo Merlín —manifestó Ambrosio—, y nos ha ofrecido un lugar para acampar allí nuestros ejércitos.

Uriens adujo con voz ronca:

—No me gusta abandonar las costas sajonas a las tropas aliadas. Los sajones, sajones son; sólo respetan un juramento mientras les conviene. Creo que nuestra peor equivocación fue el pacto de Constantino con Vortigern...

—No —dijo el rey—. Constantino dio tierras a Vortigern y sus sajones combatieron para defenderlas, porque son agricultores.

—Pero ahora son tantos que exigen más tierras —dijo Uriens—. Y si no se las damos, amenazan con venir a cogerlas. Por si no bastara pelear contra los sajones de ultramar, ahora tenemos que combatir con los que trajo Constantino.

—Basta —pidió Ambrosio alzando una mano huesuda—. No puedo remediar los errores de quienes murieron antes de mi nacimiento.

—Me parece —dijo Lot— que lo mejor sería expulsar a los sajones de nuestros reinos y luego fortificarnos para impedir que vuelvan.

—No creo que sea posible —advirtió el rey—. Algunos viven aquí desde los tiempos de sus abuelos y no abandonarán el suelo que les pertenece por derecho. Tampoco debemos violar el tratado. Si peleamos entre nosotros dentro de Britania, ¿cómo tendremos fuerzas para combatir cuando nos invadan desde fuera? Además, entre los sajones aliados hay cristianos; ellos lucharán a nuestro lado contra los salvajes y sus dioses paganos.

Lot sonrió irónicamente:

—Creo que los obispos de Britania tenían razón cuando se negaron a enviar misioneros a los sajones de nuestras costas. Demasiados problemas nos causan ya en esta tierra para que soportemos también sus toscas bravatas en el cielo.

—Creo que tenéis una idea equivocada del cielo —dijo una voz familiar.

Igraine experimentó una sensación extraña y buscó con la mirada a quien había hablado. Vestía una simple túnica gris, de corte monacal. Aunque nunca habría reconocido a Merlín con ese atuendo, su voz era inconfundible.

—¿Creéis realmente que las disputas y las imperfecciones de la humanidad continuarán en el más allá, Lot?

—La verdad es que nunca he hablado con nadie que hubiera estado en el cielo, señor Merlín, y creo que vos tampoco. Pero habláis con la sabiduría de un sacerdote. ¿Acaso habéis tomado las órdenes a vuestra avanzada edad?

Merlín respondió, riendo:

—Tengo algo en común con vuestros sacerdotes: he dedicado mucho tiempo a separar las cosas humanas de las divinas. Y al terminar descubro que no hay tanta diferencia.

—¿Y por qué combatimos, pues? —preguntó Uther con una gran sonrisa, siguiendo la corriente al anciano—. Si en el Cielo se resolverán todas nuestras diferencias, ¿por qué no deponemos las armas y abrazamos a los sajones como a hermanos?

Merlín volvió a sonreír cordialmente.

—Así será cuando todos nos hayamos perfeccionado, señor Uther. Mientras tanto, hemos de cumplir nuestra parte en el juego de esta vida mortal. Pero este país necesita paz para que los hombres puedan pensar, no en la guerra, sino en el Cielo.

Uther se echó a reír.

—Poco me agrada sentarme a pensar en el Cielo, anciano. Soy guerrero, lo he sido toda mi vida y ruego que se me permita vivir batallando, como corresponde a todo hombre que no sea monje.

—Cuidaos de lo que pedís en vuestras oraciones —advirtió

Merlín, clavándole una mirada penetrante—, pues los dioses con seguridad os lo darán.

—No quiero llegar a viejo para pensar en el Cielo y en la paz—insistió Uther—. Me parece muy aburrido. Quiero guerra, saqueo y mujeres. ¡Mujeres, sí! Y los sacerdotes no aprueban nada de eso.

Gorlois dijo:

—Pues entonces no sois mucho mejor que los sajones, ¿verdad, Uther?

—Hasta vuestros sacerdotes dicen que tenemos que amar a nuestros enemigos, Gorlois. —El interpelado alargó un brazo por detrás de Igraine para dar una palmada en la espalda de su esposo—. Y yo amo a los sajones, que me dan lo que quiero de la vida. Cuando tenemos un poco de calma, como ahora, podemos disfrutar de los festines y de las mujeres. Después, de nuevo a la lucha, como corresponde a un hombre hecho y derecho.

—Podéis pensar así porque sois joven, Uther. Cuando tengáis mi edad, vos también estaréis harto de la guerra —manifestó Gorlois con seriedad.

El Pendragón rió entre dientes.

—¿Vos también estáis harto de la guerra, mi señor Ambrosio?

El rey sonrió; parecía muy fatigado.

—Poco importa, Uther, pues Dios, en su sabiduría, ha querido enviarme guerra durante todos mis días y he de cumplir su voluntad. Puede que en tiempos de nuestros hijos tengamos paz suficiente para preguntarnos por qué combatimos.

Lot de Orkney intervino, con su voz suave y equívoca:

—Vaya, nos hemos puesto filosóficos, el señor Merlín, mi rey; incluso vos, Uther, os metéis en filosofías. Pero seguimos sin decidir qué haremos con los salvajes que nos atacan desde el este y el oeste, y con los sajones de nuestras costas. Ya sabemos que no habrá ayuda de Roma; si queremos legiones, tenemos que adiestrarlas. Y creo que necesitamos también a un César propio.

Un hombre al que Igraine había oído llamar Héctor intervino:

—Los cesares gobernaron bien Britania en nuestros tiempos, pero ya vemos cuál es el peor defecto de los imperios: cuando hay problemas en su territorio de origen, retiran las legiones y nos dejan en manos de los bárbaros. Magno Máximo...

—Él no era emperador —corrigió Ambrosio, sonriendo—. Marchó con sus legiones hacia Roma porque deseaba que se le proclamara, pero sus ambiciones quedaron en nada, salvo algunas bonitas leyendas. En vuestras colinas galesas, Uther, ¿no se habla aún de Magno el grande, que volverá con su gran espada, a la cabeza de sus legiones, para rescatarnos de los invasores?

—En efecto —rió Uther—. Le achacan la antigua leyenda del rey que fue y el rey que volverá, para salvar a su pueblo en el peor momento.

—Tal vez sea eso lo que necesitamos —propuso Héctor, sombrío—: un rey de leyenda. Merlín habló serenamente.

—Vuestro sacerdote diría que el único rey que fue y será es Cristo Celestial. El otro rió con aspereza.

—Cristo no puede conducirnos a la batalla. Sin intención de blasfemar, mi señor, los soldados tampoco seguirían el estandarte de un Príncipe de la paz.

—Quizá tendríamos que buscar a un rey que les haga pensar en las leyendas —insinuó Uther.

En el salón se hizo el silencio. Igraine, que oía por primera vez las discusiones de los hombres, pudo leer en sus pensamientos lo que todos percibían en la pausa: la seguridad de que el monarca allí sentado no llegaría al verano. ¿Cuál de ellos ocuparía su alto sitio el año próximo?

Ambrosio apoyó la cabeza en el respaldo. Fue la señal para que Lot dijera, con su celo acostumbrado:

—Estáis fatigado, señor; os hemos cansado. Permitid que llame a vuestro chambelán.

El rey le sonrió con suavidad.

—Pronto tendré mucho descanso, primo.

Pero hasta el esfuerzo de hablar fue excesivo. Lanzando un suspiro largo y trémulo, permitió que Lot le ayudara a levantarse. Los hombres se dividieron en grupos para discutir en voz baja.

El hombre llamado Héctor se acercó a Gorlois.

—El señor de Orkney no pierde oportunidad de fortalecer su posición fingiendo solicitud hacia el rey.

—Lot no quiere que Ambrosio pueda expresar sus preferencias, que muchos respetarían. Yo entre ellos, Héctor.

—Cómo no? Ambrosio no tiene hijos varones ni puede nombrar un heredero, pero sabe que tiene que guiarnos con su deseo. Uther no me satisface, tiene demasiadas ganas de vestir la púrpura de los cesares, pero aun así es mejor que Lot. Si se tratara de elegir entre dos males...

Gorlois asintió lentamente.

—Nuestros hombres seguirán a Uther. Pero las Tribus no querrán a nadie tan romanizado. Obedecerían a Orkney.

—Lot no tiene madera de gran rey —aseguró Héctor—. Es preferible perder el apoyo de las Tribus que el de todo el país. Lo dividiría en facciones enfrentadas para ser el único que contara con la confianza de todos. —Escupió—. Ese hombre es una víbora.

—Pero sabe persuadir. Tiene talento, valor e imaginación.

—También Uther. Y es el preferido de Ambrosio.

Gorlois apretó los dientes.

—Cierto, cierto. El honor me obliga a cumplir su voluntad. Pero preferiría que hubiera elegido a un hombre cuya moral estuviera a la altura de su valor. No confío en Uther, pero... —negó con la cabeza, mirando a Igraine—. Pequeña, esto no puede interesarte en absoluto. Haré que mi escudero te escolte hasta casa.

Ella se dejó conducir sin protestas. Tenía mucho en que pensar. Los ojos de Uther, fijos en ella, llenaban sus pensamientos. ¡Cuánto la había mirado! No, a ella no: a la piedra lunar. ¿Acaso Merlín la había encantado?

«¿Debo hacer la voluntad de Merlín y de Viviana? ¿Debo entregarme a Uther sin resistencia, como antes a Gorlois?» La idea le disgustaba. Sin embargo... aún sentía el contacto de Uther en la mano, la intensidad de sus ojos grises.

Al llegar a su alojamiento guardó la piedra en la limosneta que llevaba atada a la cintura y se sentó a hilar. «Qué tontería —pensó—; no creo en esas viejas leyendas de encantamientos y filtros de amor.» Ya era una mujer de diecinueve años y tenía esposo; hasta era posible que estuviera gestando el hijo varón que él deseaba. Y si tuviera el capricho de comportarse lascivamente, había hombres más atractivos que aquel gran patán, desaliñado como los sajones y con modales de nortño.

¿Sería posible que lo eligieran gran rey?

Igraine dejó caer el huso en el regazo, pensando en la profecía de Viviana: que el hijo engendrado en ella por Uther salvaría el país, imponiendo la paz entre los pueblos en guerra. Por lo que había oído aquella mañana en la mesa del rey, estaba convencida de que tal monarca sería difícil de hallar.

Recogió el huso, exasperada. No era posible esperar a que un niño aún no concebido llegara a la edad adulta. Lo necesitaban ahora. Merlín estaba obsesionado por las antiguas leyendas. Era absurdo pensar que un hijo de Uther podía ser otro Magno el grande.

Más tarde, aquel mismo día, oyó doblar una campana y, al poco rato, entró Gorlois, triste y desalentado.

—Acaba de morir Ambrosio —dijo—. La campana dobla por él.

Igraine, al ver el dolor en su rostro, intentó consolarle.

—Era anciano —dijo— y recibió mucho amor. Aunque lo acababa de conocer, pude ver que era la clase de hombre a quien todos aman y siguen.

Su marido suspiró pesadamente.

—Es cierto. Y no tenemos a nadie como él para que lo reemplace; nos ha dejado sin guía. ¿Qué será ahora de nosotros?

Poco después le indicó que le preparara su mejor ropa.

—Al atardecer se oficiará una Misa de réquiem y yo tengo que asistir. Tú también, Igraine.

La joven se puso el otro vestido y trenzó su cabellera con una cinta de seda. Luego comió un poco de pan y queso. Gorlois no quiso probar bocado, diciendo que prefería rezar y ayunar hasta que su rey fuera sepultado. Igraine no lo entendía. En la isla Sagrada le habían enseñado que la muerte era tan sólo la puerta a otro nacimiento; ¿por qué los cristianos temblaban de miedo ante la idea de partir hacia su paz eterna? Recordó al padre Columba con sus salmos luctuosos. Sí: su Dios era también un Dios de miedo y de castigo.

Siguió con estas cavilaciones cuando acompañó a Gorlois a misa y mientras oía el cántico lastimero del sacerdote sobre el juicio de Dios y el día de la ira, en que el alma se enfrentaría a la condena eterna. A medio himno vio que Uther Pendragón, arrodillado al fondo de la iglesia, alzaba las manos para cubrirse la cara pálida y disimular los sollozos; poco después salía de la iglesia. Se dio cuenta de que Gorlois la estaba mirando con dureza y bajó la mirada para seguir oyendo piadosamente aquellos himnos interminables.

Pero al terminar la misa, cuando los hombres se agruparon frente a la iglesia, su marido la presentó a la esposa del rey Uriens de Gales del norte, una matrona rolliza y solemne, y a la de Héctor, que se llamaba Flavila y era una mujer sonriente, no mucho mayor que la misma Igraine. Dedicó un momento a charlar con ellas, pero su mente divagaba por otros derroteros; la cháchara de las mujeres le interesaba poco y su actitud piadosa la aburría. Le preguntaron por su hija y comentaron la eficacia de los amuletos de bronce contra las fiebres de invierno y las ventajas de poner en la cuna un misal para evitar el raquitismo.

—Lo que causa el raquitismo es la mala alimentación __dijo Igraine—. Mi hermana, que es sacerdotisa y curandera, me ha dicho que ninguna criatura sufre de raquitismo si su madre está sana y lo amamanta durante dos años completos.

—Yo digo que eso son estúpidas supersticiones __aseguró Gwyneth, le esposa de Uriens—. El misal es sagrado y eficaz contra todas las enfermedades, pero sobre todo contra las de los pequeños, que han sido bautizados contra los pecados de sus padres y no han cometido ninguno.

Igraine hizo un gesto de impaciencia y no quiso discutir semejantes tonterías. Las mujeres continuaron hablando de los encantamientos contra las enfermedades infantiles, mientras ella miraba a un lado y a otro, buscando la oportunidad de abandonarlas. Pasado un rato se les unió otra señora, y las mujeres la incluyeron inmediatamente en su conversación, sin hacer caso a Igraine. Ésta aprovechó para escabullirse discretamente, y tras decir (sin que nadie la oyera) que iba en busca de Gorlois, caminó hacia la parte trasera de la iglesia.

Allí había un pequeño cementerio y, más atrás, un manzanar de ramas blanqueadas por las flores, pálidas a la luz crepuscular. Igraine agradeció el perfume fresco de los manzanos, pues los olores de la ciudad le resultaban molestos, ya que al igual que los perros, los hombres orinaban en las calles adoquinadas. Detrás de cada puerta había un muladar maloliente donde se arrojaba de todo, desde sucios juncos malolientes y carne podrida hasta el contenido de los orinales. En Tintagel también había restos de comida y excrementos, pero ella los hacía enterrar cada pocas semanas y el olor limpio del mar lo borraba todo.

Caminó lentamente por el manzanar. Algunos árboles eran muy viejos, de troncos retorcidos y ramas inclinadas hacia el suelo. De pronto oyó un leve ruido; había un hombre sentado en una rama. No la vio, pues tenía la cabeza gacha y la cara escondida entre las manos; a juzgar por su pelo claro, era Uther Pendragón. Cuando Igraine estaba a punto de alejarse discretamente, sabiendo que no querría testigos de su dolor, el hombre oyó su paso ligero y levantó la cabeza.

—¿Sois vos, la señora de Cornualles? —Torció la cara con ironía—. Ahora podéis correr a contar al bravo Gorlois que el duque de guerra de Britania se ha escondido para llorar como una mujer.

Ella se le acercó inmediatamente, preocupada por su expresión enfadada y a la defensiva.

—¿Creéis acaso que Gorlois no sufre, señor? Frío y sin corazón habría de ser un hombre para no llorar por el rey que ha amado toda su vida. Si yo fuera hombre no seguiría a la batalla a ningún jefe que no llorara por sus muertos queridos, por los camaradas caídos y hasta por los enemigos valientes.

Uther aspiró profundamente, limpiándose la cara con la manga bordada de la túnica. Luego dijo:

—Vaya, es verdad. Cuando era joven maté en combate al jefe sajón Horsa, después de muchas batallas en que me había desafiado y había conseguido escapar, y lloré su muerte, pues era un valiente. Pero en los años transcurridos he llegado a sentirme demasiado viejo para llorar por lo que no tiene remedio. Y no obstante..., cuando oí a ese santo padre hablar del juicio y la condenación eterna ante el trono de Dios, recordé lo bueno y piadoso que era Ambrosio, y casi lamenté no poder escuchar sin condenarme a los sabios druidas, que no hablan de castigo sino de lo que cada uno atrae hacia sí por su manera de vivir.

Ella le alargó la mano, diciendo:

—No creo que los sacerdotes de Cristo sepan más que cualquier otro mortal sobre lo que hay después de la muerte. Solamente los dioses lo saben. En la isla Sagrada, donde me crié, nos dicen que la muerte es siempre la puerta de una vida nueva y de mayor sabiduría. Aunque no conocí bien a Ambrosio, me gusta pensar que ahora está aprendiendo, a los pies de su Dios, la verdadera sabiduría.

Sintió que la mano de Uther tocaba la suya y que éste decía en la oscuridad:

—Así ha de ser. Dicen que Cristo nos fue enviado para que nos enseñara, no la justicia de Dios, sino su amor.

Guardaron silencio largo rato. Luego Uther dijo: —¿Dónde aprendisteis tanta sabiduría, Igraine? En nuestra iglesia tenemos mujeres santas, pero no están casadas ni se mueven entre nosotros, los pecadores.

—Nací en la isla de Avalón; mi madre era sacerdotisa del Gran Templo.

—Avalón —repitió él—. Se encuentra en el mar del Estío, ¿verdad? Esta mañana estuvisteis en el consejo, así que ya sabéis que tenemos que ir allí. Merlín ha prometido llevarme ante el rey Leodegranz para presentarme a su corte, aunque si Lot de Orkney se sale con la suya, Uriens y yo volveremos a Gales con el rabo entre las piernas. O tendremos que combatir con él y rendirle homenaje, cosa que haré cuando el sol salga sobre la costa occidental de Irlanda.

—Gorlois está seguro de que vos seréis el próximo gran rey —dijo Igraine.

De pronto cayó en la cuenta, sorprendida, de que estaba sentada en la rama de un árbol con el futuro gran rey de Britania. En el tono de voz de Uther percibió que él también lo pensaba, cuando dijo:

—Nunca imaginé que discutiría estos asuntos con la esposa del duque de Cornualles.

—¿Creéis, en verdad, que las mujeres no sabemos nada de asuntos de estado? Mi hermana Viviana es la Dama de Avalón, como antes lo fue mi madre. El rey Leodegranz y otros monarcas iban a menudo a consultarla sobre el destino de Britania...

Uther sonrió.

—Tal vez tendría que consultarla sobre el mejor modo de conseguir la lealtad de Leodegranz y la de Ban de la baja Britania. Si ellos oyen su consejo, entonces tengo que ganarme su confianza. Decidme: ¿Está casada, la Dama? ¿Es hermosa?

Igraine se rió de manera infantil.

—Es sacerdotisa. Las sacerdotisas de la Gran Madre no pueden casarse ni establecer alianzas con ningún mortal. Pertenecen sólo a los dioses.

De repente se puso rígida, asustada por lo que hacía: al sentarse a charlar con aquel hombre, ¿no estaba cayendo en la trampa que Viviana y Merlín le habían tendido?

—¿Qué pasa, Igraine? ¿Tenéis frío? ¿Os asusta la guerra? —preguntó Uther.

Ella echó mano de lo primero que se le ocurrió.

—He estado charlando con las esposas de Uriens y de Héctor; no parecen interesarse mucho por las cuestiones de estado.

Tal vez por eso Gorlois cree que yo tampoco entiendo nada del tema.

Uther se echó a reír, diciendo:

—Conozco a las señoras Flavila y Gwyneth. Es cierto que dejan todo en manos de sus maridos, salvo lo referente a la rueda, los partos y otros asuntos de mujeres. ¿Vos no sentís interés por esas cosas o acaso sois tan joven como parecéis, casi demasiado para estar casada, por no hablar de tener hijos en quienes pensar?

—Llevo cuatro años casada —dijo Igraine— y tengo una hija de tres.

—Eso es algo que podría envidiar a Gorlois; todos los hombres queremos hijos que nos sucedan. Ahora bien... —Uther suspiró—. La gente dice que ambiciono llegar a ser gran rey, pero yo renunciaría a todas mis ambiciones por tener a Ambrosio sentado en esta rama con nosotros, o al menos a un hijo suyo al que coronar esta noche en esa iglesia.

—¿No tuvo hijos varones?

—Oh, sí, tuvo dos. Uno murió a manos de un sajón; se llamaba Constantino, como el rey que convirtió a esta isla. El otro murió de una fiebre devastadora cuando sólo tenía doce años. Él decía a menudo que yo había llegado a ser ese hijo deseado. —Volvió a esconder la cara entre las manos, sollozando—. También deseaba nombrarme heredero, pero los otros reyes no lo hubieran consentido. Algunos envidiaban mi influencia; Lot, maldito sea, era el peor. No creo que Ambrosio pueda ser feliz, ni siquiera en el Paraíso, si mira hacia abajo y ve la confusión y el dolor que imperan aquí: los reyes ya están conspirando, todos intentan adueñarse del poder. ¿Acaso habría sido su voluntad que yo matara a Lot para evitar complicaciones? Una vez nos hizo pronunciar el juramento de los hermanos de sangre; no puedo violarlo —dijo Uther.

Su cara estaba humedecida por las lágrimas. Igraine, como habría hecho con su hija, usó para secarlas el ligero velo que rodeaba su rostro.

—Sé que actuaréis como el honor os lo indique, Uther. El hombre en quien Ambrosio confiaba tanto no podría actuar de otro modo.

De pronto, el fulgor de una antorcha les hirió los ojos; ella quedó petrificada en la rama, con el velo aún tocando el rostro de Uther. Gorlois preguntó ásperamente:

—¿Sois vos, señor Pendragón? ¿Habéis visto...? Ah, señora, ¿estás aquí?

Igraine, sintiéndose avergonzada y súbitamente culpable por la dureza de aquel tono, abandonó la rama del manzano. Su falda quedó enganchada en un saliente y se le subió por encima de la rodilla, descubriendo las enaguas de hilo. Se apresuró a bajarla y oyó el ruido de la tela al desgarrarse.

—Os creía perdida. No estabais en nuestro alojamiento —acusó su marido—. ¿Qué hacéis aquí, en nombre del cielo?

Uther bajó de la rama. El hombre a quien Igraine había visto sollozar por su rey y padre adoptivo, consternado por la carga depositada sobre él, había desaparecido; su voz sonaba potente y cordial.

—Ya veis, Gorlois, estaba harto de la cháchara del cura y salí en busca de aire fresco. Y aquí me halló vuestra esposa, que no encontró de su agrado el parloteo de las dignas señoras. Señora, os doy las gracias —añadió con una fría reverencia.

Y se alejó a grandes pasos. Ella notó que evitaba la luz de la antorcha. Gorlois, a solas con Igraine, la miró con furiosa suspicacia.

—Señora—dijo, indicándole con un ademán que caminara ante él—, has de ser más prudente para evitar los chismes. Te advertí que te mantuvieras lejos de Uther; su reputación es tal que ninguna mujer casta tendría que dejarse ver charlando en privado con él.

Igraine se volvió con furia.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Me crees capaz de escabullirme para copular con cualquier desconocido, como un animal salvaje? ¿Te gustaría inspeccionar mi ropa para ver si me la he arrugado retozando con él en el suelo?

Gorlois le dio un ligero golpe en la boca.

—¡Déjate de impertinencias, mujer! Te dije que lo evitaras: ¡obedéceme! Te creo honesta y casta, pero no te confiaría a ese hombre ni quiero que estés en boca de las mujeres.

—Seguramente no hay mente más perversa que la de una buena mujer... salvo quizá la de un cura —replicó Igraine, iracunda, frotándose el labio que el golpe de Gorlois le había magullado—. ¿Cómo te atreves a levantarme la mano? Cuando te traicione podrás despellejarme a golpes, pero no voy a permitir que me castigues por hablar. En nombre de todos los dioses, ¿acaso crees que estábamos hablando de amor?

—¿Y de qué estabas hablando con ese hombre a estas horas, dime?

—De muchas cosas —respondió Igraine—. Sobre todo, de Ambrosio, del Paraíso y de lo que cabría esperar en la otra vida.

Su marido le clavó una mirada escéptica.

—Eso sí que me resulta improbable; ni siquiera es capaz de expresar respeto por los muertos quedándose hasta el final de la misa.

—Estaba tan asqueado como yo por esos salmos quejumbrosos. ¡Parecía que estaban llorando al peor entre los hombres y no al mejor rey!

—Ante Dios todos somos pobres pecadores, Igraine. Y a los ojos de Cristo, un rey no es mejor que los demás mortales.

—Sí, sí —protestó ella impaciente—, así lo he oído de vuestros sacerdotes. También insisten en decirnos que Dios es amor y que nuestro santo Padre está en el Cielo, pero se cuidan mucho de no caer en sus manos y

lloran por quienes van a su paz eterna, como quienes van a ser sacrificados ante el altar del Gran Cuervo. Te digo que Uther y yo hablábamos de lo que esos curas saben del Paraíso, y no parece ser mucho.

—¡Uther hablando de religión! Debe de ser la primera vez que ese sanguinario lo ha hecho —gruñó Gorlois. Igraine contestó, ya enfadada:

—Estaba llorando, Gorlois: lloraba por el rey, que fue para él como un padre. Y si sentarse a oír los plañidos de un cura es señal de respeto por los muertos, líbreme Dios de tal respeto. Envidié a Uther por ser hombre y poder ir y venir a voluntad. De haber sido hombre, tampoco me habría quedado en la iglesia a oír apaciblemente tales tonterías. Pero no tenía la libertad de salir, pues me arrastra la voluntad de un hombre que piensa más en curas y en salmos que en los muertos.

Habían llegado a la puerta de su alojamiento; Gorlois, lívido de ira, la empujó dentro con furia.

—No te dirijas a mí en ese tono, señora, si no quieres que te castigue de verdad.

Igraine se dio cuenta de que le estaba enseñando los dientes como una gata salvaje.

—Atrévete a tocarme, Gorlois, y te demostraré que una hija de la isla Sagrada no es esclava ni criada de nadie.

Él abrió la boca para una réplica furiosa. Por un momento Igraine pensó que volvería a golpearla, pero Gorlois se dominó con esfuerzo y le volvió la espalda.

—No es correcto que permanezca aquí discutiendo cuando mi rey y señor aún no ha recibido sepultura. Puedes dormir aquí si no te asusta estar sola. Mis hombres y yo rezaremos y ayunaremos hasta que llegue el momento de enterrar a Ambrosio, mañana al amanecer.

Igraine lo miró con sorpresa y un curioso desprecio. Así pues, por miedo al fantasma del muerto (aunque él le diera otro nombre más respetuoso), Gorlois no comería, ni bebería ni se acostaría con ninguna mujer hasta que su rey estuviera sepultado. Los cristianos decían estar libres de las supersticiones de los druidas, pero tenían las propias, que ella percibía más inquietantes por estar apartadas de la naturaleza. De pronto se alegró de no tener que pasar aquella noche junto a él.

—No —dijo—. No me asusta estar sola.

4

Ambrosio fue sepultado al amanecer. Igraine, acompañada por Gorlois, presenció la ceremonia con extraña indiferencia. Llevaba cuatro años tratando de comprometerse con la religión de su esposo. Ahora sabía que,

aunque en público la respetara y fingiera seguirla, nunca rezaría a un dios todopoderoso y vengativo como el suyo.

Durante la ceremonia vio a Uther; estaba demacrado y exhausto, con los ojos enrojecidos, y, por algún motivo, la conmovió. El pobre no tenía quién le dijera que ayunar era una tontería, como si los muertos rondaran a los vivos para ver cómo actuaban y pudieran tener celos de verlos comer y beber.

Después del entierro, Gorlois la llevó al alojamiento y allí desayunó con ella. Pero continuaba callado y ceñudo, y en cuanto terminó se excusó diciendo:

—Tengo que asistir al consejo. Lot y Uther estarán disputando, y de algún modo tengo que ayudarles a recordar lo que Ambrosio deseaba. Lamento dejarte sola aquí, pero si deseas recorrer la ciudad ordenaré a un hombre que te escolte.

Y le dio una moneda, sugiriéndole que hiciera alguna compra en el mercado.

—Puesto que has venido de tan lejos, no hay razón para que te prives de comprar lo que quieras. No soy un hombre pobre; puedes comprar sin consultarme lo que necesites para mantener decorosamente la casa. Recuerda que confío en ti, Igraine —dijo poniéndole las manos en las mejillas para besarla.

Comprendió que era su modo de disculparse, a regañadientes, por sus sospechas y la bofetada, y eso le ablandó el corazón, haciendo que le devolviera el beso con auténtica ternura.

Era apasionante caminar por los grandes mercados de Londínium; por sucia y maloliente que fuera la ciudad, era como cuatro o cinco ferias de la cosecha en una. El estandarte de Gorlois, que su escudero llevaba en alto, impedía que la empujaran un lado a otro. Aun así, le intimidó un poco cruzar la gran laza del mercado, donde cien vendedores voceaban sus mercancías. Todo lo que estaba a la vista parecía nuevo y hermoso. Compró especias y una medida de fino paño de lana de las islas, pequeñas madejas de sedas teñidas, cintas de colores y hebillas de plata para su calzado. Tenía mucha sed y le tentaba ver la sidra y los pasteles calientes en los puestos, pero decidió regresar al alojamiento para servirse allí un poco de pan, queso y cerveza. Como su acompañante parecía contrariado, le dio una moneda pequeña de las que le habían sobrado para que se comprara lo que le apeteciera, un jarro de sidra o de cerveza ligera.

Ya en su alojamiento, se sentó a contemplar sus compras. Le habría gustado comenzar a trabajar de inmediato con el telar y la rueca, pero estaba demasiado fatigada. Por fin entró Gorlois con aspecto cansado. Trató de mostrar interés por sus adquisiciones y encomió su frugalidad, pero era evidente que estaba pensando en otra cosa.

—Tendrías que comprar también un peine de plata y otro espejo. Puedes dar el de bronce a Morgause, que ya está crecida. Sal mañana a elegir uno, si quieres.

—¿Habría otra reunión del consejo?

—Me temo que sí, y varias más, probablemente, hasta que podamos persuadir a Lot y a los otros de que cumplan la voluntad de Ambrosio y coronen a Uther —gruñó Gorlois—. Pero Lot ambiciona ser gran rey y en el norte hay quienes lo respaldan porque prefieren a uno de los suyos. La verdad, creo que si finalmente escogemos a Uther, todos los reyes del norte se retirarán para no prestarle juramento de fidelidad, salvo, quizá, Uriens. —Se encogió de hombros—. Es un tema aburrido para los oídos de una mujer, Igraine. Prepárame un poco de pan y carne fría, por favor. Anoche no dormí y estoy tan cansado como si me hubiera pasado el día de campaña; discutir es un trabajo agotador.

Estuvo despierta hasta muy tarde, preguntándose si realmente Merlín la habría hechizado, pues no podía dejar de pensar en Uther. Al fin cayó en el país de los sueños, y allí se encontró en el huerto donde le había secado las lágrimas, y él cogía el extremo del velo para acercarla hacia sí y apoyaba los labios en su boca. Hubo en el beso una dulzura que ella no había conocido en todos sus años de matrimonio con Gorlois; notó que su cuerpo se disolvía en él. Cuando Uther la acercó más y la cubrió con su cuerpo, Igraine le buscó

nuevamente los labios. Y despertó, sobresaltada por el asombro, para descubrir que Gorlois la había envuelto en sus brazos mientras dormía. Con el cuerpo todavía colmado por la dulzura del sueño, ella se abrazó a su cuello en soñolienta docilidad, pero no tardó en impacientarse, aguardando a que él hiciera lo debido. Al terminar, él cayó nuevamente en un sueño pesado y quejumbroso. Igraine, trémula, siguió despierta hasta el amanecer, preguntándose qué le había sucedido.

El consejo se prolongó toda la semana. Noche tras noche, Gorlois volvía pálido e iracundo, cansado de las negociaciones. Hasta los placeres del mercado habían perdido color. Como durante la semana llovió mucho, Igraine se sentó a remendar la ropa de Gorlois y la propia, lamentando no tener su telar para hacer alguna bonita labor.

En la segunda semana le llegó el flujo lunar y se sintió abatida y traicionada: Gorlois no había sembrado en ella el varón que deseaba. Aún no había cumplido veinte años; si era estéril, pensó con resentimiento, la culpa debía de ser de Gorlois, que era anciano y tenía la sangre aguada por años de guerras y campañas. Luego pensó en su sueño, entre la culpa y la consternación. Merlín y Viviana lo habían dicho: le daría un hijo varón al gran rey. Si coronaban a Uther, sería realmente necesario que tuviera un heredero de inmediato.

«Y soy joven y estoy sana; si fuera su reina podría darle un hijo.»

Al llegar a aquel punto sollozó con una súbita desesperación. «Mi esposo es un anciano y mi vida ha terminado antes de los veinte años. Es como si fuera una mujer viejísima, a la que ya no le importa vivir o morir, apta sólo para sentarse junto al fuego a pensar en la muerte.» Se fue a la cama e hizo que dijeran a Gorlois que estaba enferma.

Durante aquella semana, Merlín le hizo una visita mientras Gorlois estaba en el consejo. Habría querido descargar contra él su ira y su angustia, pero a nadie se le ocurría ser grosero con Merlín de Britania, aunque fuera su padre.

—Me ha dicho Gorlois que estás enferma, Igraine; ¿puedo hacer algo para ayudarte con mis artes curativas? Lo miró con desesperación.

—Sólo si pudierais hacerme joven. ¡Me siento tan vieja, padre, tan vieja!

Él le acarició los relucientes rizos cobrizos.

—Estás cansada y enferma. Cuando la luna vuelva a cambiar te encontrarás mejor, sin duda. Es mejor así, Igraine. La miraba con ojos penetrantes. Comprendió que le había leído el pensamiento; era como si Merlín hablara dentro de su ente, repitiendo lo que le había dicho en Tintagel: «No darás un hijo varón a Gorlois.»

—Me siento... atrapada —dijo. Y bajó la cabeza, llorando, sin volver a hablar.

Merlín le acarició el cabello desaliñado.

—Por ahora, Igraine, dormir es la mejor medicina para tus males. Y los sueños son el verdadero remedio para lo que te aqueja. Yo, el maestro de sueños, te enviaré uno que te cure.

Alargó una mano sobre ella, en el gesto de la bendición, y se fue. Igraine se preguntó si no habría concebido un hijo de Gorlois y había abortado por algún hechizo de Merlín o de Viviana; a veces sucedían esas cosas. Luego se dijo que tal vez era mejor así. Había visto sobre Gorlois la sombra de la muerte; ¿acaso quería criar a un hijo varón sin padre? Aquella noche, cuando su marido volvió al alojamiento, creyó volver a ver suspendida tras él, la sombra del temido fantasma, la muerte al acecho, el corte de espada sobre el ojo, el rostro demacrado de dolor y desesperación. Apartó la cara y cuando él la tocó notó como si la abrazara un muerto, un cadáver.

—Vamos, querida mía, no estés tan abatida —dijo para tranquilizarla sentándose a su lado en la cama—. Sé que te encuentras mal, y que echas de menos tu casa y a nuestra hija. Pero ya falta poco. Traigo noticias.

—¿El consejo está más propicio a elegir un rey?

—Puede ser —confirmó Gorlois—. ¿Has oído, esta tarde, el bullicio en las calles? Bueno: Lot de Orkney y los reyes del norte, ya convencidos de que no escogeremos a Lot, se han ido anticipadamente permitiendo que los demás cumplamos con la voluntad de Ambrosio. Si estuviera en el pellejo de Uther no me atrevería a salir solo después de oscurecer, y así se lo dije.

Ella susurró:

—¿Crees que Lot intentará matarlo?

—Bueno, no podría medirse en combate con él. Un puñal por la espalda: ése es su estilo.

Ya en la cama, Gorlois quiso abrazarla, pero Igraine negó con la cabeza, empujándolo.

—Hoy tampoco —dijo.

Él se volvió suspirando; casi de inmediato se quedó profundamente dormido.

No podría rechazarlo muchas más veces, pero el horror se había apoderado de ella al ver nuevamente el fantasma de la muerte suspendido sobre Gorlois. Se dijo que, a pesar de todo, tenía que seguir cumpliendo sus deberes conyugales con aquel honorable hombre que la había tratado bien. Y eso le hizo pensar otra vez en el cuarto donde Viviana y Merlín habían hecho pedazos su seguridad y toda su paz. Sintió cómo las lágrimas brotaban desde muy dentro, pero trató de acallar sus sollozos para no despertar a su esposo.

Merlín había dicho que le enviaría un sueño para curar su angustia; sin embargo, todo aquello se había iniciado con un sueño. «No dormiré para no soñar...»

Si continuaba agitándose así en la cama despertaría a Gorlois. Y si la veía llorar, querría saber la causa. ¿Qué le diría entonces? Calladamente. Igraine abandonó la cama y, después de envolverse el cuerpo desnudo en una larga capa, fue a sentarse junto a los rescoldos de la fogata. Mientras los contemplaba, se preguntó por qué Merlín de Britania, sacerdote druida, consejero de reyes, mensajero de los dioses, tenía que entrometerse en la vida de una joven esposa. Más aún: ¿qué hacía un sacerdote druida como consejero real en una corte presuntamente cristiana?

«Si tan sabio creo a Merlín, ¿por qué no estoy dispuesta a cumplir su voluntad?»

Después de largo rato, con los ojos ya cansados de mirar el fuego, se preguntó si tenía que volver a la cama o ponerse a andar para no caer en el sueño que le había prometido Merlín.

Caminó sin hacer ruido hasta la puerta de la casa. Dado su estado de ánimo, no le sorprendió en absoluto ver que su cuerpo se había quedado junto al fuego, envuelto en la capa; tampoco se molestó en quitar el cerrojo de la habitación, ni el de la gran puerta principal: pasó a través de ellas como un espectro.

El patio de la casa había desaparecido, Igraine se encontró en un gran prado en cuyo centro se elevaba un círculo de grandes piedras, ligeramente iluminadas por la luz creciente del amanecer... No, no era la luz del sol, sino un gran incendio al oeste; todo el cielo parecía en llamas. Al oeste, donde se encontraban las tierras perdidas de Lyonesse e Ys y la gran isla de Atlas-Alamesios, o Atlántida, el olvidado reino del mar. En verdad había existido un gran incendio en el que las montañas estallaron, partiéndose; en una sola noche perecieron cien mil hombres, mujeres y niños.

—Pero los sacerdotes lo sabían —dijo una voz a su lado—. Durante los últimos cien años han estado construyendo el templo estelar aquí, en las llanuras, para no perder la cuenta de las estaciones o la llegada de los eclipses de sol y de luna. Los pueblos de aquí nada saben de esas cosas, pero nos reconocen sabios, sacerdotes y sacerdotisas del otro lado del mar, y construirán para nosotros, como ya hicieron antes...

Igraine, sin sorprenderse, levantó la mirada hacia la silueta vestida de azul que estaba a su lado. Aunque el rostro era muy diferente, aunque usaba un extraño tocado, alto y coronado de serpientes, y más serpientes de oro ciñéndole los brazos, sus ojos eran los de Uther Pendragón.

El viento se tornó frío en la alta planicie, donde el círculo de piedra aguardaba el sol. Igraine nunca había visto con sus ojos físicos el templo del Sol de Salisbury, pues los druidas no se acercaban a él. ¿Quién podía venerar a los dioses Mayores, objetaban, en un templo construido por manos humanas? Por eso celebraban sus ritos en bosquecillos plantados por la mano de los dioses. Pero Viviana le había hablado de aquel templo, calculado con tanta exactitud, por medio de artes hoy perdidas, que aun quienes no conocieran el secreto de los sacerdotes podían determinar cuándo se producirían los eclipses y seguir los movimientos de estrellas y estaciones.

Igraine supo que, a su lado, Uther (¿era realmente Uther aquel hombre alto, con vestimenta sacerdotal, ahogado siglos atrás en una tierra que ya era leyenda?) miraba hacia el oeste, hacia el firmamento en llamas.

—Así que al fin ha sucedido como nos lo anunciaron —dijo, poniéndole un brazo en los hombros—. Hasta ahora no lo creía del todo, Morgana.

Por un momento Igraine, esposa de Gorlois, se preguntó por qué aquel hombre la llamaba con el nombre de su hija, pero mientras se formulaba mentalmente la pregunta supo que Morgana no era un nombre, sino el título de una sacerdotisa; significaba simplemente «mujer llegada del mar», en una religión que incluso Merlín de Britania habría considerado legendaria, casi la sombra de una leyenda.

Se oyó a sí misma decir, sin voluntad de hacerlo:

—A mí también me parecía imposible que Lyonesse, Ahtarrath y Ruta cayeran y desaparecieran como si nunca hubiesen existido. ¿Crees posible que los dioses estén castigando a la tierra de los atlantes por sus pecados?

—No creo que los dioses obren así —dijo el hombre a su lado—. Más allá del océano que conocemos, la tierra también tiembla. Aunque los pueblos de la Atlántida hablaban de las tierras perdidas de Mu e Hy-Brasil, sé que en el mayor de los océanos, más allá del crepúsculo, la tierra tiembla y las islas surgen y desaparecen, aunque sus habitantes no saben de pecados. Y si los dioses de la Tierra desatan su venganza contra pecadores e inocentes por igual, entonces esta destrucción no puede ser castigo por los pecados, sino que está dentro de la naturaleza. No sé si esta destrucción tiene un propósito o si la tierra aún no está asentada en su forma definitiva, así como los hombres y las mujeres aún no somos perfectos. Quizá la tierra también se esfuerza por evolucionar y perfeccionarse. No lo sé, Morgana. Estos asuntos corresponden a los más Iniciados. Sólo sé que hemos traído de allí los secretos de los templos, aunque se nos hizo jurar que no lo haríamos. Eso nos hace perjuros.

Ella se estremeció.

—¡Pero si los sacerdotes nos indicaron que lo hiciéramos!

—Ningún sacerdote puede absolvernos por haber faltado a nuestro juramento, pues la palabra dada a los dioses resuena hasta el fin de los tiempos. Y pagaremos por ello. Porque no era justo que todo el conocimiento de nuestros templos se perdiera bajo el mar, se nos encomendó llevarlo lejos, con plena conciencia de que sufriríamos, vida tras vida, por haber faltado a nuestro voto. Así tenía que ser, hermana mía.

—¿Por qué tenemos que ser castigados más allá de esta vida por lo que se nos encomendó hacer? —protestó ella, resentida—. ¿Acaso los sacerdotes consideraron justo que sufriéramos por haber obedecido?

—No, pero recuerda el juramento que pronunciamos. Lo que juramos en un templo ahora sepultado por el mar donde el gran Orion no volverá a gobernar. —Al hombre se le quebró la voz—. Juramos compartir su sino, el sino de quien robó el fuego a los dioses para que el hombre no viviera en la oscuridad. De ese don surgió un gran bien, pero también grandes males, pues el hombre aprendió el mal uso y la perversidad. Y así, quien robó el fuego, reverenciado en todos los templos por llevar la luz a la humanidad, sufre encadenado para siempre, con un buitre devorándole las entrañas. Son misterios. El hombre sólo puede obedecer ciegamente a los sacerdotes y sus leyes, viviendo en la ignorancia, o desobedecer a conciencia y soportar los

sufrimientos de la Rueda de las reencarnaciones. Y mira... —Señaló hacia arriba, donde se mecía la figura del Mayor de los dioses, con las tres estrellas de la pureza, la rectitud y el albedrío en el cinturón—.

Continúa allí, aunque su templo haya desaparecido.

Y nosotros le hemos construido aquí un templo nuevo, para que su sabiduría no perezca.

La rodeó con un brazo; ella estaba sollozando. Le alzó bruscamente la cara para besarla; también sus labios tenían el gusto salado de las lágrimas.

—No me arrepiento —continuó él—. En el templo nos dicen que el verdadero gozo se encuentra sólo al liberarse de la Rueda, que es muerte y renacimiento. No obstante, amo la vida en esta tierra, Morgana. Y a ti, con un amor más poderoso que la muerte. Si el pecado es el precio de nuestra unión, vida tras vida a lo largo de los siglos, pecaré gozosamente y sin arrepentirme, para regresar a ti, amada mía.

En toda su vida Igraine no había conocido un beso como aquél; aunque apasionado, parecía que cierta esencia superior a la simple lascivia los ataba el uno al otro. En aquel momento la invadió el recuerdo de la primera vez que había visto a aquel hombre, el recuerdo de la ciudad de la Serpiente, de las grandes columnas de mármol y de las escaleras doradas del gran templo de Orion, donde ambos habían morado desde pequeños y donde se les había unido en el fuego sagrado, para no separarse mientras vivieran. Pero lo que acababan de hacer los uniría también más allá de la muerte.

—Amo esta tierra —repitió él con violencia—. Henos aquí, donde los templos no se hacen con plata, oro y oricalco, sino con toscas piedras. Sin embargo, amo esta tierra hasta tal punto que de buena gana daría la vida para mantenerla fuera de peligro, esta fría tierra donde el sol no brilla nunca...

Y se estremeció bajo el manto. Pero Igraine le hizo dar la espalda a los fuegos moribundos de la Atlántida.

—Mira hacia el este —le dijo—. Cuando la luz se apaga en el oeste, en Oriente siempre hay una promesa de renacimiento.

Y se abrazaron ante el fulgor del sol, que se alzaba tras la silueta de la gran piedra. El hombre susurró.

—Éste es, en verdad, el gran ciclo de la vida y la muerte. —Y mientras hablaba la estrechó contra sí—. Llegará un día en que la gente olvidará; entonces esto será sólo un círculo de piedras. Pero yo recordaré y volveré a ti, amada mía. Lo juro.

Entonces se oyó la voz de Merlín que decía en tono lúgubre: «Ten cuidado con lo que pides al rezar, pues ciertamente te será concedido.»

Y volvió el silencio. Igraine se encontró desnuda, envuelta sólo en la capa, acurrucada frente a las cenizas frías del hogar, en su alojamiento. Y Gorlois roncaba delicadamente en la cama.

Estremecida y helada hasta los huesos, se arrebujó en la capa y volvió a la cama, buscando algunos restos de calor. Morgana. Morgana. ¿Habría dado ese nombre a su hija porque ella misma lo llevó en otro tiempo? ¿Era sólo un absurdo sueño enviado por Merlín para persuadirla de que había conocido a Uther Pendragón en una vida anterior?

Pero no podía ser un sueño; los sueños eran confusos y extraños, un mundo donde todo es absurdo e ilusorio. De algún modo había llegado al país de la Verdad, adonde va el alma cuando el cuerpo está en otra parte; de algún modo se había llevado de allí, no un sueño, sino un recuerdo.

Una cosa, al menos, era obvia: si Uther y ella se habían conocido y amado en otro tiempo, ahora se explicaba por qué le inspiraba tal sensación de familiaridad. Recordó la ternura con que le había secado las lágrimas con su velo, pensando: «Sí, siempre fue así: impulsivo, juvenil, precipitándose para ir tras lo que desea, sin sopesar el coste.»

¿Sería posible que, generaciones atrás, hubieran llevado a esta tierra los secretos de una sabiduría recientemente desaparecida, incurriendo juntos en un castigo por haber faltado al juramento?

«¿Castigo?» Supuestamente, la reencarnación era el castigo, la vida en un cuerpo humano antes de la paz infinita. Curvó los labios en una sonrisa, pensando: «Vivir en este cuerpo, ¿es castigo o recompensa?» Pues el súbito despertar de su cuerpo en brazos del hombre que era, o sería, o fue una vez, Uther Pendragón, le hacía pensar que, dijeran los sacerdotes lo que dijeren, vivir, naciendo o renaciendo, en su cuerpo, era recompensa suficiente.

Se acurrucó bajo las mantas, ya sin sueño, y sonrió en la oscuridad. Así que Viviana y Merlín sabían que estaba ligada a Uther por un vínculo tan poderoso que hacía de su atadura a Gorlois algo superficial y momentáneo. Que ambos se habían entregado al destino de esta tierra muchas vidas atrás, al hundirse el templo antiguo. Y ahora, porque los Misterios estaban nuevamente amenazados, esta vez por hordas de bárbaros y hombres salvajes del norte, volvían a unirse.

«En esta vida no soy sacerdotisa. Pero sigo siendo una hija obediente de mi destino, como tienen que serlo todos los seres humanos. Y para sacerdotes y sacerdotisas no hay vínculos matrimoniales. Se dan a sí mismos como deben, según la voluntad de los dioses, para engendrar a los que son cruciales para el futuro de la humanidad.»

Pensó en la Rueda, a la que los campesinos llaman el Carro o la Osa mayor, la gran constelación que simbolizaba, en su ir y venir la interminable Rueda del nacimiento, la muerte y el renacer. Y el Gigante que recorre el cielo a grandes pasos, con la espada al cinto... Por un momento, Igraine creyó ver al héroe que llegaría, con una gran espada de conquistador en la mano. Los sacerdotes de la isla Sagrada se asegurarían de que tuviera una espada legendaria.

Gorlois, a su lado, se removió buscándola, y ella acudió a sus brazos como buena esposa. Su repugnancia se había convertido en piedad y ternura; ya no temía concebir ese hijo suyo no deseado. No era su destino. ¡Pobre hombre condenado, sin ningún papel en aquel misterio! Era uno de los que sólo nace una vez o, en todo caso, no recordaba. Igraine se alegró de que tuviera el consuelo de su sencilla religión. Más tarde, cuando se levantaron, se descubrió cantando. Gorlois la observaba con curiosidad.

—Pareces repuesta —comentó.

—Claro que sí —confirmó ella, sonriendo—. Nunca me he encontrado mejor.

—Veo que el remedio de Merlín te hizo bien.

Y ella sonrió sin responder.

5

Durante varios días no se habló de otra cosa en la ciudad: Lot de Orkney se había retirado para volver al norte. Se temía que eso retrasara la elección final pero, apenas tres días después, Gorlois volvió al alojamiento diciendo que el consejo había cumplido el deseo de Ambrosio, como era su deber desde un principio: Uther Pendragón era el escogido para gobernar sobre toda Britania, como gran rey entre los reyes del país.

—Pero ¿qué pasará con el norte? —preguntó ella.

—Tendrá que llegar a un acuerdo con Lot o combatirlo —dijo Gorlois—. Aunque Uther no me gusta, es nuestro mejor guerrero. Lot no me inspira miedo y estoy seguro de que tampoco a Uther.

Igraine sintió la antigua agitación de la videncia, segura de que Lot desempeñaría un gran papel en los años venideros, pero no dijo nada; su esposo había dejado muy claro que no le gustaba oírle hablar de asuntos de hombres; además, prefería no reñir con un hombre condenado en el poco tiempo que le restaba.

—Veo que tu vestido nuevo está terminado. Si quieres, podrás lucirlo cuando Uther sea coronado en la iglesia; después dará audiencia a todos sus hombres y a sus esposas antes de volver al oeste para que lo nombren rey. Por su estandarte le han dado el nombre de Pendragón, «el mayor de los dragones»; allí tienen un rito supersticioso sobre los dragones y la corona...

—El dragón equivale a la serpiente —explicó Igraine—: es un símbolo druídico de la sabiduría.

Gorlois frunció el entrecejo, disgustado, y dijo que le irritaban esos símbolos en un país cristiano.

—La unción de un obispo tendría que ser suficiente para ellos.

—Pero no todos los pueblos están preparados para los Misterios superiores —adujo ella. Así se lo habían enseñado de niña en la isla Sagrada y, desde que soñara con la Atlántida, tenía la sensación de que todo lo aprendido sobre los Misterios, todo lo que creía olvidado, asumía otra importancia y mayor profundidad en su mente—. Los sabios saben que no hay necesidad de símbolos, pero la gente corriente del campo necesita dragones voladores en una coronación, así como necesitan de las fogatas de Beltane y del gran matrimonio que casa al rey con el país...

—Esas cosas están prohibidas a los cristianos —dijo Gorlois adusto—. Así lo ha dicho el Apóstol. No me sorprendería que el impío de Uther se enredara en esos lascivos ritos paganos, satisfaciendo la estupidez de los ignorantes. ¡Ojalá haya algún día en Britania un gran rey que se atenga sólo a los ritos cristianos!

Igraine dijo con una sonrisa:

—No creo que ninguno de nosotros llegue a ver ese día, esposo mío. Incluso ese Apóstol de tus libros sagrados escribió que la leche es para los bebés y la carne para los hombres fuertes; la gente corriente, los que sólo han nacido una vez, necesitan sus manantiales sagrados, sus guirnaldas primaverales y sus danzas rituales.

—Hasta el diablo puede citar mal las palabras divinas —dijo Gorlois, aunque sin enfado—. Tal vez el Apóstol quiso decir eso al afirmar que las mujeres tenían que guardar silencio en las iglesias, pues son propensas a caer en esos errores. Cuando seas mayor y más sabia, Igraine, lo comprenderás. Mientras tanto, puedes acicalarte tanto como desees para el oficio eclesiástico y los festejos posteriores.

Igraine se puso el vestido nuevo y se cepilló el cabello hasta que brilló como el cobre pulido. Cuando se miró en el espejo de plata que le había llevado Gorlois se preguntó, con un súbito ataque de abatimiento, si Uther repararía en ella. Era hermosa, sí, pero había otras mujeres igualmente hermosas y más jóvenes; ¿cómo iba a quererla a ella, anciana y usada?

En la iglesia observó con atención la larga ceremonia en la que el obispo tomaba juramento a Uther y le ungía. Por una vez los salmos no eran dolientes, sino gozosas alabanzas, y las campanas no tañían airadas, sino jubilosas. Después se sirvieron manjares y vino; entre grandes ceremonias, uno a uno, los jefes guerreros de Ambrosio juraron fidelidad a Uther.

Igraine estaba cansada mucho antes de que aquello terminara. Pero por fin acabó; mientras los jefes y sus esposas se congregaban en torno del vino y la comida, ella se apartó un poco, observando a la alegre concurrencia. Y allí, por fin, la encontró Uther,

—Mi señora de Cornualles.

Ella le hizo una profunda reverencia.

—Mi señor Pendragón, mi rey.

—No hay necesidad de tantas formalidades entre nosotros, señora —dijo bruscamente. Y la asió por los hombros de una manera tan parecida a la de su sueño que ella lo miró fijamente, casi esperando verle en los brazos las ajorcas de doradas serpientes.

Pero él se limitó a decir:

—No lleváis puesta la piedra lunar. Me resultó muy extraña esa piedra la primera vez que la vi... La primavera pasada enfermé de fiebres y Merlín me atendió. Entonces tuve un sueño raro; ahora sé que fue allí donde os vi por primera vez, mucho antes de haber puesto los ojos en vos. Debo de haberos parecido un patán del campo, señora Igraine, pues no dejaba de miraros intentando recordar mi sueño y la parte que desempeñabais en él, y la piedra lunar que pende de vuestro cuello.

—Me dijeron que una de las virtudes de esa piedra es despertar los verdaderos recuerdos del alma —contestó Igraine—. Yo también he soñado...

Él le apoyó una mano liviana en el brazo.

—No logro recordar. ¿Por qué creo veros con algo dorado en las muñecas, Igraine? ¿Acaso tenéis un brazalete de oro en forma de... de dragón, tal vez?

Ella negó con la cabeza.

—Ahora no —dijo, paralizada al comprender que él había compartido aquel extraño sueño o recuerdo.

—Me tomaréis por un palurdo sin la menor cortesía, señora de Cornualles. ¿Puedo ofreceros un poco de vino?

Igraine cabeceó calladamente: si trataba de coger una copa le temblarían las manos y derramaría todo el contenido.

—No sé qué me sucede —dijo Uther, violentamente—. Todo lo que ha ocurrido en estos días..., la muerte de mi padre y rey, las disputas de todos estos reyes, el hecho de que me escogieran como gran rey... todo parece irreal. Y vos, Igraine, sois lo más irreal de todo. ¿Habéis estado en el oeste, en la llanura donde se levanta el gran círculo de piedras? Se cree que en la antigüedad fue un templo druida, pero Merlín dice que fue construido mucho antes de que los druidas llegaran a estas tierras. ¿Habéis estado allí?

—En esta vida no, señor.

—Me gustaría poder mostrároslo, pues una vez soñé que estaba allí con vos. Oh, no me toméis por loco, Igraine —pidió, con su brusca sonrisa infantil—. Charlemos muy serenamente de cosas normales. Soy un pobre jefe del norte que súbitamente, al despertar, ha descubierto que es el gran rey de Britania; tal vez la tensión me haya enloquecido un poco.

—Me comportaré de forma sosegada y normal —accedió ella, con una sonrisa—. Si fuerais casado os preguntaría por vuestra esposa y vuestro hijo mayor.

Él rió entre dientes.

—Pensaréis que soy viejo para no estar casado —dijo—. Dios sabe que he tenido mujeres de sobra; demasiadas para la salud de mi alma, diría el padre Jerónimo. Pero nunca conocí a una que me interesara al abandonar el lecho. Y siempre temí que, si me casaba con una mujer antes de acostarme con ella, tras haberlo hecho, me

cansaría de igual modo. Pienso, no obstante, que debe de existir una pasión que no se agote tan pronto; sólo así me casaría. —Y le preguntó bruscamente—: ¿Amáis a Gorlois?

Lo mismo le había preguntado Viviana y ella había contestado que no importaba. Entonces no sabía lo que estaba diciendo. Ahora respondió en voz baja:

—No; me entregaron a él cuando era tan joven que no me interesó conocer a aquel con quien me casaba. Uther le volvió la espalda para pasearse furiosamente; al fin dijo:

—Y me doy cuenta de que no sois una moza de taberna con la cual revolcarse. ¿Por qué, en el nombre de todos los dioses, ha tenido que hechizarme la mujer de uno de mis partidarios más leales...?

«Así que Merlín también ha usado su entrometida magia con Uther.» Aunque a Igraine ya no le molestaba. Era el destino de ambos, aunque le costara creer que el suyo fuera traicionar cruelmente a Gorlois. Era como una parte de su sueño, el de la gran llanura; toda su alma y su cuerpo parecían pedir a gritos la realidad de aquel beso soñado. Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Él la miró fijamente, consternado e indefenso.

—Igraine —susurró, retrocediendo un paso—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —sollozó ella—. No lo sé.

Su certidumbre se había convertido en una desgraciada confusión. ¿Acaso le habían enviado el sueño sólo para hechizarla, para instarla a traicionar a Gorlois faltando a su honor y a su palabra?

Una mano cayó sobre su hombro, pesada y desaprobadora. Gorlois la miró con suspicacia.

—¿Qué falta de decoro es ésta, señora? ¿Qué le habéis dicho a mi esposa, mi rey, que está tan angustiada? Os tengo por hombre de conducta lasciva y escasa piedad, pero aun así, la simple decencia tendría que impedirlos abordar a la esposa de un vasallo en vuestra coronación. Igraine alzó la cara, enfadada.

—¡Gorlois, no merezco esto! ¿Qué he hecho para que me hagas semejante acusación en público?

Pues ciertamente, al oír aquel tono colérico, las cabezas se habían vuelto hacia ellos.

—Dime, Igraine, si no te ha dicho nada indecoroso ¿por qué lloras? —La mano que le cogía la muñeca parecía capaz de destrozarla.

—Hacéis bien en preguntar a la señora por qué llora —intervino Uther—, pues yo no lo sé. Pero soltadle el brazo si no queréis que os obligue a hacerlo. En mi casa nadie maltrata a una mujer, sea o no su marido.

Gorlois la soltó. Las marcas de sus dedos ya empezaban a convertirse en oscuras magulladuras; ella las frotó, sin dejar de llorar. Se sentía horrorizada, como si la hubieran poseído y avergonzado ante todos los que la rodeaban, y se cubrió con el velo para llorar aún más. Gorlois se la llevó a empujones. No oyó lo que le dijo a Uther; sólo cuando estuvieron en la calle, lo miró fijamente, asombrada.

—No os acusaré delante de todos, Igraine —dijo furioso—, pero pongo a Dios por testigo de que estaría justificado. Uther te miraba como un hombre mira a una mujer que ha conocido y ningún cristiano tiene derecho a conocer a la mujer de otro hombre.

Igraine comprendió que era verdad y se sintió confusa y desesperada. Aunque sólo había visto a Uther cuatro veces, sabía que se habían mirado como si fueran antiguos amantes. Amantes, compañeros, sacerdote y sacerdotisa... como fuera que lo llamaran. ¿Cómo explicar a Gorlois que había conocido a Uther sólo en un sueño? ¿Cómo explicárselo a su esposo, que no sabía ni deseaba saber nada de los Misterios? Siguió empujándola hasta que llegaron al alojamiento. Estaba dispuesto a golpearla si hablaba, pero el silencio de Igraine lo frustró aún más.

—¿No tienes nada que decirme, esposa mía? —gritó, apretándole el brazo ya magullado con tanta fuerza que ella dejó escapar una exclamación de dolor—. ¿Acaso crees que no vi cómo mirabas a tu amor ilícito?

Ella liberó el brazo, temiendo que él llegara a arrancárselo.

—Si eso viste, también observarías que le volví la espalda cuando él sólo habría querido un beso. ¿Y no le oíste decirme que no tomaría a la esposa de su leal partidario y amigo...?

—¡Si alguna vez fui amigo suyo, ya no lo soy! —aseveró Gorlois, rojo de ira—. ¿Piensas acaso que voy a apoyar al hombre que me roba a mi esposa en público, avergonzándome ante todos los jefes reunidos?

—¡No fue así! —protestó Igraine, sollozando—. ¡Ni siquiera he rozado sus labios!

Y aquello era lo más cruel porque, realmente, ella deseaba a Uther, aunque se hubiera mantenido escrupulosamente lejos de él. «¿Por qué no hice lo que Uther quería, si iba a ser acusada aun siendo inocente?»

—¡Vi cómo lo mirabas! ¡Y me has mantenido alejado de tu lecho desde que pusiste los ojos en Uther, ramera infiel!

—¡Qué osadía! —exclamó ella, furiosa. Y le lanzó a la cabeza el espejo de plata que él le había regalado—. ¡Si no te retractas, juro arrojarme al río antes de dejarme tocar otra vez por ti! ¡Estás mintiendo a conciencia! Gorlois agachó la cabeza y el espejo se estrelló contra la pared. Igraine se arrancó el collar de ámbar, otro reciente regalo de su marido, para lanzárselo también. Luego se quitó apresuradamente el hermoso vestido nuevo y se lo arrojó a la cabeza.

—¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera, tú que me has llenado de regalos como si fuera una de las meretrices que siguen al ejército? Si soy una ramera, como dices, ¿dónde están los obsequios de mis clientes? Todo lo que tengo es lo que me ha dado mi esposo, un hombre malhablado y mal nacido que trata de comprar mi buena voluntad para satisfacer su lujuria, porque los curas lo han dejado medio eunuco. ¡En adelante sólo vestiré lo que tejan mis dedos! ¡Puedes guardarte tus asquerosos presentes, mal hombre! ¡Tienes la boca y la mente tan sucias como tus inmundos besos!

—¡Calla, maldita bruja! —Gorlois la golpeó con tanta fuerza que ella cayó al suelo—. Ahora ponte en pie y cúbrete como corresponde a una cristiana decente, en vez de arrancarte la ropa para que yo enloquezca viéndote así. ¿Fue así como sedujiste a mi rey para que cayera en tus brazos?

Ella se levantó trabajosamente, mandando el vestido tan lejos como pudo de una patada; luego se lanzó contra él para golpearle la cara una y otra vez. Gorlois, tratando de inmovilizarla, la estrujó entre sus brazos. Aunque Igraine era fuerte, se medía con un guerrero corpulento; al cabo de un momento cesó en sus forcejeos, sabiéndolos inútiles. Él la empujó hacia la cama, susurrando:

—¡Te enseñaré a no mirar más que a tu legítimo esposo!

Ella echó la cabeza atrás, despectiva.

—¿Crees que volveré a mirarte de otra forma que no sea con el odio que merecen las serpientes? Oh, sí: puedes llevarme a la cama y obligarme a hacer tu voluntad, porque la fe cristiana te permite ultrajar a tu esposa. No me importa lo que me digas, Gorlois, porque me sé inocente. Hasta este momento me sentía culpable, pensando que algún hechizo me había hecho amar a Uther. Ahora lamento no haber hecho lo que él me imploraba, aunque sólo sea porque tú estabas muy dispuesto a creerme capaz de traicionarte.

El desprecio de su voz hizo que Gorlois dejara caer los brazos y la mirase fijamente.

—¿Lo dices en serio, Igraine? —preguntó con voz ronca—. ¿De verdad eres inocente de todo mal?

—¿Crees que me rebajaría a mentirte? ¿A ti?

—Igraine, Igraine —dijo humildemente—, bien sé que soy demasiado viejo para ti, que te casaron conmigo sin amor y sin que lo desearas. Pero pensaba que habrías llegado a tenerme algún afecto. Y cuando te vi sollozar ante Uther... —Se le ahogó la voz—. No pude soportar que miraras así a ese hombre lujurioso y cruel, cuando a mí sólo me miras con resignación y por deber. Perdóname, perdóname, te lo ruego... si en verdad te juzgué mal...

—Me juzgaste mal —confirmó ella, con tono helado—. Y haces bien en implorar mi perdón, pero no lo tendrás hasta que se alcen los infiernos y la tierra se hunda bajo el océano del oeste. Sería mejor que fueras a hacer las paces con Uther. ¿Acaso crees que puedes enfrentarte a la ira del gran rey de Britania? ¿O terminarás comprando su favor como hiciste con el mío?

—¡Silencio! —ordenó Gorlois, furioso y enrojecido. Se había humillado ante ella. Era algo que tampoco podría perdonarse—. ¡Y cúbrete!

Igraine cayó en la cuenta de que aún estaba desnuda hasta la cintura. Se acercó a la cama, donde había dejado su vestido viejo, y se lo puso sin prisa. Él recogió el collar de ámbar y el espejo de plata del suelo; se los ofreció, pero ella apartó la mirada.

Gorlois los dejó en la cama y la miró fijamente. Luego salió. Una vez sola, Igraine comenzó a guardar sus cosas en las alforjas. No sabía qué iba a hacer: tal vez fuera en busca de Merlín para contárselo todo, puesto que era él quien había iniciado esa cadena de acontecimientos. Una cosa era segura: no volvería a morar con complacencia bajo el techo de Gorlois. Una pena le hirió el corazón: se habían casado según la ley romana, que concedía a su marido poder absoluto sobre su hija, Morgana. Era necesario disimular hasta que pudiera poner a la niña en un lugar seguro. Tal vez la enviara a la isla Sagrada para que Viviana la criara.

Dejó en la cama los obsequios de Gorlois, guardando sólo los vestidos que había tejido con sus manos en Tintagel; en cuanto a las joyas, sólo cogió la piedra lunar de Viviana. Más tarde comprendería que aquellos instantes de demora le habían costado la huida, pues mientras separaba los regalos Gorlois entró en el cuarto. Después de echar una breve mirada a las alforjas llenas hizo una seca señal de asentimiento.

—Bien, veo que te estás preparando para viajar. Partiremos antes del anochecer.

—¿Qué quieres decir, Gorlois?

—He retirado mi juramento en presencia de Uther, diciéndole lo que tendría que haberle dicho al principio. De ahora en adelante somos enemigos. Organizaré la defensa del oeste contra los sajones y los irlandeses; le he dicho que, si trata de entrar con su ejército en mi país, lo colgaré como al felón que es del primer árbol que encuentre.

Ella lo miró fijamente. Por fin dijo:

—Estás loco, esposo. Los hombres de Cornualles no pueden por sí solos defender el país del oeste si los sajones llegan en buen número. Ambrosio lo sabía; lo sabe Merlín. ¡Hasta yo lo sé, y no soy más que un ama de casa! Aquello por lo que Ambrosio luchó en sus últimos años, ¿vas a destruirlo en un momento, sólo por una descabellada rencilla con Uther por tus insensatos celos?

—¡Rápida eres en preocuparte por Uther!

—¡Sería igualmente rápida en compadecer al jefe de los sajones si perdiera a sus mejores partidarios por una pelea sin fundamento! ¡En el nombre de Dios, Gorlois, te suplico que resuelvas esta riña con Uther y que no rompas así la alianza! Ya se ha ido Lot; si tú haces lo mismo sólo quedarán las tropas aliadas y unos cuantos reyes menores para apoyarlo en la defensa de Britania. —Igraine negó con la cabeza, desesperada—. ¡Ojalá me hubiera arrojado desde los acantilados de Tintagel antes de venir a Londínium!

Gorlois le clavó una mirada fulminante.

—Aunque Uther nunca hubiera puesto los ojos en ti, señora, no podría seguir a un hombre tan lascivo y mal cristiano. No confío en Lot, pero ahora sé que menos aún puedo confiar en Uther. Tendría que haber escuchado desde el principio la voz de mi conciencia en vez de acceder a prestarle apoyo. Pon mi ropa en la otra alforja. He mandado por los caballos y por nuestros hombres.

Al ver el aspecto implacable de su rostro comprendió que volvería a golpearla si protestaba. Obedeció en silencio, hirviendo de ira. Ahora estaba atrapada y ni siquiera podía huir a la isla Sagrada para ponerse bajo la protección de su hermana; mientras Gorlois retuviera a su hija en Tintagel, no podía.

Aún estaba guardando camisas y jubones doblados en las alforjas, cuando empezaron a sonar las campanas de alarma. Gorlois ordenó secamente:

—¡Quédate aquí! —y salió apresuradamente.

Igraine corrió tras él, enfadada, y se encontró con un corpulento soldado al que no había visto antes. El hombre cruzó su lanza frente a la puerta, impidiéndole cruzar el umbral. Hablaba un dialecto de Cornualles tan cerrado que sus palabras eran casi incomprensibles, pero ella logró entender que el duque le había ordenado mantener a su señora sana y salva dentro de la casa. Para eso estaba él allí.

Como no era digno forcejear con él, Igraine entró con un suspiro para terminar de preparar el equipaje. Desde la calle le llegaban gritos y ruidos de hombres que corrían y las campanadas de la iglesia cercana, aunque no era la hora de ningún oficio. En una ocasión, al oír un entrechocar de espadas, se preguntó si los sajones habrían entrado en la ciudad; realmente, era buen momento para un ataque ahora que los jefes de Ambrosio reñían entre sí. Bueno, eso resolvería uno de sus problemas, pero ¿qué sería de Morgana, sola en Tintagel?

Pasó el día; al anochecer, Igraine empezó a sentir miedo. ¿Estarían los sajones a las puertas de la ciudad? ¿Se habrían vuelto a pelear Uther y Gorlois? ¿Habría muerto uno de ellos? Casi le alegró ver a Gorlois cuando abrió de golpe la puerta de la habitación; llegaba ojeroso y distante, con los dientes apretados como si sintiera un gran dolor, pero sus palabras fueron breves e inflexibles.

—Partiremos al anochecer. ¿Podrás mantenerte en la silla o he de ordenar que uno de mis hombres te lleve a la grupa? No tenemos tiempo para viajar al paso de una mujer.

Igraine quería hacerle mil preguntas, pero no quiso darle la satisfacción de manifestar interés.

—Mientras tú puedas montar, esposo, yo podré mantenerme en la silla.

—Cuida de hacerlo, pues no tendrás tiempo para cambiar de idea. Ponte la capa más abrigada; por la noche hará frío y se está cerrando la niebla.

Igraine se recogió el pelo en un moño y se echó una capa gruesa sobre el traje de montar. Gorlois la izó sobre la montura. En la calle se apiñaban los soldados con largas lanzas. Él habló en voz baja con uno de sus capitanes antes de montar; les seguían diez o doce jinetes. Gorlois cogió las riendas de Igraine, diciendo con un colérico gesto de cabeza:

—Vamos.

Insegura del rumbo, siguió en silencio a Gorlois en el anochecer. En algún lugar se veía el fuego recortarse contra el cielo, pero ignoraba si sería la fogata de la guardia, una casa en llamas o, simplemente, la lumbre en la que cocinaban los buhoneros que acampaban en el mercado. La densa niebla les dificultaba el camino; pasado un rato se oyó el crujir del cabrestante con que se manejaban las pesadas balsas de la barcaza sobre la que cruzarían el río.

Uno de los soldados de Gorlois desmontó para guiar a bordo el caballo de Igraine; Gorlois iba a su lado. Algunos de los hombres vadearon el río con los animales. Debía de ser muy tarde: a esas alturas del año la claridad se prolongaba mucho y cabalgar por la noche era casi inaudito. De pronto se oyó un grito en la orilla:

—¡Se marchan! ¡Se marchan! Primero Lot y, ahora, el señor de Cornualles. ¡Estamos desprotegidos!

—¡Todos los soldados abandonan la ciudad! ¿Qué haremos cuando los sajones desembarquen en la costa sur?

—¡Cobardes! —gritó alguien desde la costa. La barcaza, con un gran crujido, empezó a alejarse—. ¡Cobardes! ¡Huís cuando el país está en llamas!

Una piedra salió zumbando de la oscuridad y golpeó a uno de los hombres de armas en el peto de cuero; cuando profirió un juramento, Gorlois lo acalló con una palabra seca. Desde la costa siguieron insultándolos y les arrojaron varias piedras más, pero pronto estuvieron fuera de su alcance. Al habituarse los ojos a la oscuridad, Igraine vio que su marido estaba pálido y firme como una estatua de mármol. No le dirigió la palabra en toda la noche, aunque continuaron hasta el amanecer. Y cuando la aurora se alzó tras ellos, enrojeciendo el horizonte, se detuvieron para dar un breve descanso a los hombres y a las cabalgaduras. Gorlois tendió una capa para que Igraine se acostara un rato y le llevó pan, queso y una taza de vino, pero sin hablarle. Después de un corto descanso volvió a llevar los caballos. Iba a subirla a la montura cuando ella se rebeló.

—¡No daré un paso más si no me dices adonde vamos y por qué! —Mantenía la voz baja para no avergonzarlo ante sus hombres, pero se enfrentaba a él sin temor—. ¿Por qué nos escabullimos de Londínium como ladrones en la noche? Si no me dices qué está pasando tendrás que atarme a la grupa de mi caballo para llevarme a Cornualles, e iré gritando todo el camino.

—¿Crees que lo haría si no fuera necesario? —replicó él—. No trates de irritarme, pues por ti he renunciado a toda una vida de honor y juramentos respetados.

—¿Cómo osas culparme? —le espetó Igraine—. No lo hiciste por mí, sino por tus celos demenciales. Soy inocente de cualquier pecado que tu sucia mente me atribuya...

—¡Silencio, mujer! También Uther juró que eras inocente de todo mal. Pero eres mujer y supongo que le hiciste algún encantamiento. Me presenté ante Uther con la esperanza de resolver esta disputa, ¿y qué crees que me hizo ese maldito lascivo? ¡Me exigió que me divorciara para entregarte a él!

Igraine lo miró con los ojos muy abiertos.

—Si tan mal piensas de mí, si soy adúltera y bruja, ¿por qué no te regocijaste ante la perspectiva de librarte tan fácilmente de mi carga?

En su interior crecía una ira diferente: incluso Uther creía que podía darla o tomarla sin su consentimiento. ¿Acaso era un caballo para vender en la feria de primavera? Una parte de su ser se estremecía de secreto placer: Uther la deseaba tanto que estaba dispuesto a pelearse con Gorlois y a distanciar a sus aliados por una mujer. Pero la otra parte se enfurecía: ¿por qué no le había pedido que abandonara a Gorlois para unirse a él por propia voluntad?

Pero su esposo se había tomado la pregunta en serio.

—Me juraste que no eras adúltera. Y ningún cristiano puede repudiar a su esposa, salvo por adulterio.

Entre la impaciencia y una súbita contricción, Igraine guardó silencio. No podía estarle agradecida, pero al menos había escuchado sus palabras. No obstante, era sobre todo por orgullo pues, aun cuando se hubiera

creído traicionado, no habría dejado que sus soldados vieran que su joven esposa prefería a otro hombre. Tal vez habría llegado a perdonar el adulterio para ocultar que no podía conservar la fidelidad de una muchacha.

—Gorlois... —dijo.

Pero él la acalló con un gesto.

—Ya es suficiente. No tengo paciencia para cambiar muchas palabras contigo. Una vez que estemos en Tintagel podrás olvidar esta tontería. En cuanto al Pendragón, tendrá mucho que hacer en las costas sajonas. No te haré más reproches; dentro de uno o dos años tendrás un hijo varón para que distraiga tu mente del hombre que ha despertado tus fantasías.

En silencio, Igraine se dejó subir a la montura. Cuando comenzaba a aceptar que su unión con Uther era voluntad de los dioses, se alejaba de Londínium con Gorlois, con la alianza deshecha y su marido obviamente decidido a que Uther no volviera a verla. En verdad, con una guerra en las costas sajonas, el rey no tendría tiempo para viajar a Tintagel; y aunque lo hiciera, no tenía modo de entrar en aquel castillo.

Nunca volvería a verlo. Todos los planes de Merlín habían fracasado. Seguiría atada a un anciano al que, ahora lo estaba segura, odiaba, aunque hasta aquel momento no se había permitido saberlo. Más tarde tendría la sensación de haber llorado durante todo el largo viaje por los páramos y valles de Cornualles.

La segunda noche levantaron las tiendas para descansar debidamente. Ella recibió de buen grado la comida caliente y la oportunidad de dormir bajo techo, aun sabiendo que ya no podría evitar el lecho de Gorlois. No podía gritar ni forcejear, rodeados de soldados como estaban. Era su esposa desde hacía cuatro años y nadie creería que se trataba de una violación. No tendría fuerzas para resistirse ni quería perder su dignidad en una sórdida lucha. Apretando los dientes, decidió permitirle hacer lo que quisiera, aunque lamentaba no conocer alguno de los encantamientos con que se protegían las doncellas de la Diosa, que entre las hogueras de Beltane sólo concebían cuando así lo deseaban. Le parecía muy amargo que él engendrara al hijo deseado humillándola de ese modo.

Merlín lo había dicho: «No darás ningún hijo varón a Gorlois.» Pero ya no confiaba en esas profecías, puesto que todos sus planes habían fracasado. ¡Viejo taimado y cruel! La había utilizado como solían los hombres con sus hijas desde la llegada de los romanos: como peones que tenían que casarse según el deseo de los padres, como si fueran yeguas o cabras. Llorando en silencio, se preparó para acostarse, resignada y sin creerse capaz siquiera de ahuyentarlo con palabras coléricas; por su actitud era obvio que estaba dispuesto a borrarle el recuerdo de cualquier otro hombre imponiéndose de la única manera que podía.

Sus familiares manos sobre ella, el rostro sobre el suyo en la oscuridad, eran como los de un extraño. Pero cuando la atrajo hacia sí fue incapaz de continuar; aunque la manoseó desesperadamente tratando de excitarse, no lo consiguió. Por fin la soltó con un susurro furioso:

—¡Maldita bruja! ¿Has echado algún hechizo sobre mi virilidad?

—No —respondió con desprecio—, aunque si conociera tales encantamientos lo habría hecho con gusto, mi fuerte y gallardo esposo. ¿Esperas que lllore porque no puedes poseerme por la fuerza? ¡Inténtalo y me reiré en tus barbas!

Él levantó el puño apretado.

—Golpéame, sí —dijo Igraine—. No será la primera vez. Quizás así te sientas tan hombre que tu lanza se yerga para la acción.

Con un juramento furioso, él le volvió la espalda y tornó a acostarse. Pero Igraine permaneció despierta y temblorosa, sabiendo que había logrado la venganza.

Durante todo el viaje a Cornualles, Gorlois fue incapaz de tocarla, por mucho que se esforzara, e Igraine comenzó a preguntarse si en verdad, sin que ella lo supiera, su justa ira no habría arrojado algún

encantamiento sobre la virilidad de su marido. De cualquier modo supo, con la intuición segura de las sacerdotisas, que él nunca podría volver a yacer con ella como esposo.

6

Cornualles parecía, más que nunca, el fin del mundo. En aquellos primeros días, cuando Gorlois la hubo dejado allí con sus guardias, que ahora eran fríos y callados con ella, Igraine se descubrió dudando que Tintagel siguiera existiendo en el mundo real; quizá, como Avalón, sólo existía en el reino de las brumas y las hadas, sin relación con el mundo que había visitado en su única y breve aventura por el exterior.

Pese a lo breve de su ausencia, Morgana parecía haber crecido; ya no era un bebé, sino una niña seria y callada que cuestionaba incesantemente cuanto veía. También Morgause había crecido; su cuerpo se redondeaba y su rostro infantil se iba definiendo en pómulos altos y pestañas largas. Le encantaron los

regalos que Igraine le llevó y correteaba como un cachorro juguetero en torno de su hermana. También con Gorlois parloteaba con entusiasmo, dirigiéndole miradas de soslayo y tratando de sentarse en su regazo como si fuera una criatura. Igraine notó que su marido se mantenía serio y la apartaba de sí; pero sonreía al acariciarle la cabellera roja y le pellizcaba la mejilla.

—Ya estás muy crecida para esas tonterías, Morgause —la regañó Igraine—. Da las gracias al señor de Cornualles y lleva esos regalos a tu habitación. Y guarda las sedas, pues no las usarás hasta que hayas crecido. ¡No se te ocurra hacerte aquí la gran señora!

Morgause recogió los hermosos presentes y se fue llorando, en tanto Gorlois la seguía con la mirada. Más tarde Igraine los vio juntos en el salón; la muchacha apoyaba confiadamente la cabeza en el hombro de su cuñado. Igraine se enfureció, no tanto por la chica como por él. Cuando entró se separaron con aire inquieto y, tras salir Gorlois, Igraine miró a su hermana con ojos implacables, hasta hacerla bajar los ojos con una risita intranquila.

—¿Por qué me miras así, Igraine? ¿Temes que Gorlois me quiera más que a ti?

—Gorlois era demasiado viejo para mí, y aún lo es más para ti. Cree que contigo podría recuperarme tal como me conoció: demasiado joven para decirle que no o para mirar a otro hombre. Ya no soy una muchacha dócil, sino una mujer con ideas propias. Tal vez crea que sería más fácil tratar contigo.

—Entonces —replicó Morgause con insolencia—, tendrías que procurar tener satisfecho a tu esposo en vez de quejarte si otras hacen por él lo que tú no puedes.

Igraine levantó la mano para abofetearla, pero se contuvo haciendo un gran esfuerzo.

—¿Crees que me importa con quién se acueste Gorlois? No dudo que haya tenido relación con muchas prostitutas, pero preferiría que mi hermana no se contara entre ellas. Si te odiara, te entregaría a él de buena gana. Pero eres demasiado joven, como lo era yo. Y Gorlois es cristiano; si te deja embarazada no tendrá más alternativa que casarte a toda prisa con cualquiera de sus hombres que acepte mercancía usada. Estos romanos no son como nuestros hombres, Morgause. Entre nosotros la virginidad no tiene mucha importancia; una mujer de probada fertilidad, embarazada de un niño sano, es una esposa muy deseable. Pero entre los cristianos no es así: te considerarán deshonorada; el hombre que acepte casarse contigo te hará sufrir toda la vida por no haber sido quien engendró a tu hijo. ¿Es eso lo que deseas, Morgause, cuando podrías casarte con un rey? ¿Te ofrecerías de ese modo sólo por fastidiarme?

La joven palideció.

—No tenía idea... —susurró—. Oh, no, no quiero deshonorarme, Igraine. Perdóname.

Su hermana le entregó el espejo de plata y el collar de ámbar. Morgause se quedó mirándola.

—¡Pero si te los regaló Gorlois!

—He jurado no volver a usarlos en mi vida —dijo ella—. Son tuyos, para ese rey que Merlín vio en tu futuro, hermana. Pero tienes que conservarte virgen hasta que él venga por ti.

—No temas —aseguró Morgause, sonriendo otra vez.

Igraine se alegró de haber despertado su ambición con el recuerdo de lo que dijo Merlín. La muchacha era fría y calculadora; no se dejaría desviar de un objetivo por emociones o impulsos. Al observarla, lamentó no haber nacido también sin capacidad de amar.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Ojalá pudiera contentarme con Gorlois... o buscar fríamente como lo haría Morgause, la manera de librarme de él para ser la reina de Uther.» Gorlois pasó en Tintagel sólo cuatro días y dejó allí diez o doce caballeros. Antes de partir la mandó llamar.

—Aquí estaréis a salvo, tú y la niña —dijo secamente—.

Voy a reunir a los hombres de Cornualles para luchar contra los invasores irlandeses o contra los del norte... o contra Uther, si quisiera venir a apoderarse de lo que no le pertenece, sea mujer o castillo.

Igraine no dijo nada. El se alejó con sus hombres. Ahora podría poner su casa en orden, recuperar la antigua intimidad con su hija y componer la maltrecha amistad con su hermana.

Pero el recuerdo de Uther la acompañaba siempre, por muy atareada que se mantuviera con las tareas domésticas. Ni siquiera era el verdadero Uther el que la perseguía, el hombre impulsivo y un poco infantil, algo torpe y desmañado. Aquel Uther, el Pendragón, el gran rey, la asustaba un poco, como la había asustado Gorlois al principio. Cuando pensaba en Uther, en el hombre, imaginaba sus besos y volvía a experimentar la dulzura que conoció en el sueño; pero otras veces se sentía atrapada por el mismo miedo, frío y seco, que había notado la mañana siguiente a su boda.

El que volvía a ella, una y otra vez, era el Uther que había conocido ante el círculo de piedras, fuera del tiempo y el espacio: el sacerdote de la Atlántida con quien había compartido los Misterios. A ese Uther que estaba segura de amar como a su propia vida, a quien jamás podría llegar a temer. Cuando estaba junto a él era como recuperar una parte perdida de sí misma; con él se sentía completa. Más allá de lo que pudiera pasar entre ellos como hombre y mujer, había algo que nunca moriría ni perdería intensidad. Compartían un destino que, de algún modo, tenían que cumplir juntos.

A menudo, cuando la asaltaban estos pensamientos, se detenía con incredulidad. ¿Era un signo de locura fantasear con un destino compartido y con la otra mitad de su alma? Sin duda, los hechos eran más sencillos y menos hermosos. Ella, una mujer casada, matrona decente y madre de una niña, se había enamorado de un hombre más joven y apuesto que su legítimo esposo. Entonces se sentaba a hilar, apretando los dientes, sintiéndose culpable y preguntándose si pasaría toda la vida purgando un pecado cometido sólo a medias.

La primavera se convirtió en verano y las hogueras de Beltane quedaron muy atrás. El calor se extendía sobre la tierra; el mar estaba tan azul y tan límpido que, a veces, Igraine creía ver en las nubes las ciudades olvidadas de Lyonesse y la Atlántida. Cuando los días empezaron a acortarse se oyeron los primeros rumores de guerra; los hombres de la guarnición llevaron los rumores que corrían por el mercado: una incursión de irlandeses en la costa, una aldea y una iglesia incendiadas, una o dos mujeres raptadas. Había ejércitos en marcha hacia el oeste y el norte, hacia el país del Estío y Gales, y no eran los de Gorlois.

—¿Qué ejércitos? —preguntó Igraine al hombre.

—No sé, mi señora, pues no los vi. Dicen que llevaban águilas como las legiones romanas de antaño, lo cual es imposible. Pero también dicen que en su estandarte había un dragón rojo.

«¡Uther! —pensó Igraine—. Uther está cerca y ni siquiera sabe dónde encontrarme.» Sólo entonces pidió noticias de Gorlois. El hombre le dijo que también su esposo estaba en el país del Estío, donde se celebraba una especie de asamblea.

Aquella noche contempló detenidamente su viejo espejo de bronce, lamentando que no fuera el cristal de las sacerdotisas para ver en él lo que sucedía muy lejos. Deseaba pedir consejo a Viviana o a Merlín. Después de haberle causado todas esas tribulaciones, ¿la abandonaban? ¿Por qué no iban a ver cómo sus planes habían fracasado? ¿Habrían hallado a otra mujer con el linaje adecuado para ponerla en el camino de Uther?

Pero de Avalón no llegaba ningún mensaje y los hombres de la guarnición no le permitían siquiera ir al mercado, diciendo respetuosamente que Gorlois lo había prohibido por el estado del país. Cierta vez vio, desde una ventana, que un jinete se acercaba a parlamentar con el jefe de la guardia. Parecía furioso e Igraine

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

tuvo la sensación de que echaba miradas de frustración a las murallas; pero al fin volvió grupas y se alejó. ¿Acaso era un mensajero al que no se invitó a entrar?

Era, pues, prisionera en el castillo de su esposo. Pocos días después, para poner a prueba esa teoría, mandó llamar al jefe de la guardia.

—Deseo enviar un mensaje a mi hermana para que venga a visitarme —dijo—. ¿Mandaréis a un hombre a Avalón?

El hombre respondió evitando mirarla.

—No me es posible, mi señora. El señor de Cornualles fue muy explícito cuando nos ordenó permanecer aquí para proteger Tintagel en caso de sitio.

—¿No podéis contratar a un jinete de la aldea para que haga el viaje?

—Al señor no le gustaría, señora. Lo siento.

—Comprendo —dijo ella. Y lo despidió.

Aún no estaba tan desesperada como para tratar de sobornar a uno de los hombres. Pero cuanto más reflexionaba, más furiosa se sentía. ¿Cómo osaba Gorlois encerrarla allí? Por fin resolvió dar un paso desesperado.

No se la había adiestrado para la videncia; cuando era niña la utilizaba de vez en cuando, espontáneamente, pero desde que viera a Gorlois condenado a muerte se había cerrado con firmeza a cualquier otra visión. No obstante, creía poder arreglárselas para ver el futuro. Era peligroso jugar con tales artes cuando no se estaba preparada, por lo que comenzó por buscar un paso intermedio. Cuando las hojas comenzaron a amarillear llamó nuevamente al jefe de la guarnición.

—No puedo pasarme la vida encerrada aquí, como una rata en una trampa —dijo—. Tengo que ir al mercado. Necesitamos comprar tintes, una cabra lechera, agujas y alfileres y muchas otras cosas para el invierno que se acerca.

—No tengo órdenes de permitirlos salir, señora —dijo el hombre, apartando la vista.

—Entonces enviaré a una de mis damas. Irán Ettarr o Isolda, con la señora Morgause. ¿Bastará con eso?

El hombre pareció aliviado, como si ella hubiera dado con la solución; realmente, era necesario que alguien visitara el mercado antes del invierno y era ridículo impedir que la señora de la casa cumpliera con una de sus obligaciones.

Morgause enloqueció de alegría al enterarse. «No me extraña —pensó Igraine—. No hemos salido en todo el verano.» Con franca envidia, siguió con la mirada a su hermana, que partía montada en su poni, acompañada por dos hombres de la guarnición, Ettarr, Isolda y dos criadas. Las siguió con la mirada desde el arrecife, con Morgana cogida de la mano; no soportaba la idea de entrar en el castillo, convertido en su prisión.

—Madre —preguntó Morgana—, ¿por qué no podemos ir al mercado con la tía?

—Porque tu padre no quiere que vayamos, pequeña.

—¿Y por qué no quiere que vayamos? ¿Tiene miedo de que nos portemos mal?

Igraine se echó a reír.

—La verdad es que creo que sí, que eso es lo que teme, hija.

Morgana guardó silencio; era una criatura menuda, silenciosa y reservada; su pelo oscuro ya era lo bastante largo para Peinarlo en una trenza corta, pero tan lacio y fino que escapaba en guedejas que caían en los hombros. Tenía ojos oscuros y serios; y las cejas rectas eran tan gruesas que constituían su rasgo más notable. «Una pequeña —pensó Igraine—. en absoluto humana, un duende travieso.» Aunque se acercaba a los cuatro años, su tamaño era el de una criatura de dos y hablaba con la claridad y el raciocinio de una niña de ocho o nueve. Igraine la alzó para estrecharla.

—¡Mi pequeña!

Morgana soportó la caricia y hasta la devolvió con un beso, cosa que sorprendió a su madre, pues no era muy cariñosa. Pero no tardó en revolverse; no le gustaba estar en brazos y prefería hacerlo todo por su cuenta, incluso se vestía sola. Ambas volvieron tranquilamente hacia el castillo.

Igraine se sentó al telar e instaló a su hija ante la rueca. La pequeña era concienzuda y precisa, y aunque su hebra era desigual, movía el huso con destreza. De no ser por el pequeño tamaño de sus manos habría hilado tan bien como Morgause. Después de un rato dijo:

—No recuerdo a mi padre. ¿Dónde está, madre?

—En el país del Estío, con sus soldados.

—¿Cuándo volverá a casa?

—No lo sé, Morgana. ¿Quieres que vuelva?

La niña reflexionó un instante.

—No —dijo—. Cuando estaba aquí tenía que dormir con la tía; estaba oscuro y tenía miedo. Claro que era muy pequeña —añadió con solemnidad. Igraine disimuló una sonrisa—. Y no quiero que vuelva porque te hacía llorar.

«Bueno, como dijo Viviana, los pequeños entienden mucho más de lo que una piensa.»

—¿Por qué no tienes otro niño, madre? Otras mujeres tienen el segundo en cuanto destetan al primero. Ya tengo cuatro años. Isolda dijo una vez que tendrías que darme un hermano. Me gustaría tener un hermano con quien jugar. Aunque fuera una niña.

Igraine estaba a punto de decir: «Es que tu padre...» Pero se contuvo. Por muy adulta que Morgana pareciera, sólo tenía cuatro años y no era posible revelarle ciertas cosas.

—Porque la Madre Diosa no ha querido enviarme un hijo varón, hija.

El padre Columba, que salía entonces a la terraza, dijo adustamente:

—No tenéis que hablar a la niña de diosas y supersticiones. Gorlois desea que se la eduque como a una buena cristiana. Morgana, tu madre no ha tenido un hijo varón porque tu padre se enfadó con ella y Dios ha querido castigarla por sus deseos pecaminosos.

No por primera vez, Igraine sintió el impulso de arrojar su lanzadera contra aquel cuervo de mal agüero. ¿Le habría confesado Gorlois todo lo que había sucedido entre ellos? De pronto Morgana se levantó.

—Vete, viejo —dijo con claridad, haciendo una mueca al cura—. No te quiero. Has hecho llorar a mi madre. Mi madre sabe más que tú. Y si ella dice que es la Diosa la que no le ha enviado un hijo, la creo, porque no miente.

El padre Columba se dirigió a Igraine, furioso:

—¿Veis la consecuencia de vuestro capricho, señora? Esta niña merece una azotaina. Entregádmela para que la castigue por su falta de respeto.

Ante aquello estallaron la ira y la rebeldía de Igraine. El padre Columba había avanzado hacia Morgana, que se mantenía firme. Ella se interpuso.

—Si ponéis una mano sobre mi hija, sacerdote —dijo—, os mataré aquí mismo. Mi esposo os trajo a esta casa y no puedo expulsaros, pero si volvéis a presentaros ante mí os escupiré. ¡Fuera de mi vista!

Él no cedió terreno.

—El señor Gorlois me confió el bienestar espiritual de esta familia, señora. Os perdonaré estas palabras para no pecar de orgulloso.

—Vuestro perdón me importa tanto como el de una cabra. Salid de mi vista, si no queréis que os haga expulsar por mis criadas. Y no volváis a presentaros ante mí. ¡Largo!

El sacerdote vio sus ojos llameantes y su mano levantada, y se escabulló.

Tras aquel acto de abierta rebeldía, Igraine quedó paralizada por su temeridad. Pero al menos, Morgana y ella se habían librado del cura. No permitiría que enseñaran a su hija a avergonzarse de su femineidad.

Morgause regresó de la feria ya cerrada la noche, con provisiones cuidadosamente escogidas y muchas cosas que contar. Las hermanas charlaron hasta la medianoche en el cuarto de Igraine, mucho después de que la niña se durmiera con un caramelo en las manos y la cara pegajosa.

«¡Es innoble que tenga que enterarme de lo que hace mi marido por las noticias del mercado!»

—Hay una gran reunión en el país del Estío —dijo Morgause—. Dicen que Merlín ha reconciliado a Lot con Uther.

También dicen que Ban, de la baja Britania, se ha aliado con ellos y les envía caballos traídos de Hispania. Hubo una gran batalla con los sajones y allí estuvo Uther, con el estandarte del dragón. Y oí cantar a un trovador, en forma de romance, que el duque de Cornualles tiene a su señora prisionera en Tintagel...

En la oscuridad. Igraine vio a su hermana con los ojos dilatados y los labios entreabiertos.

—Dime la verdad, Igraine: ¿Uther fue tu amante?

—No, pero Gorlois cree que sí y por eso discutió con Uther. No me creyó cuando le dije la verdad. —Las lágrimas le hicieron un nudo en la garganta—. Ahora lamento que no haya sido cierto.

—Dicen que el rey Lot es más apuesto que el Pendragón —comentó Morgause—. Y que está buscando esposa. Y se rumorea que, si creyera poder hacerlo sin peligro, desafiaría a Uther para arrebatarle el trono. ¿Es más apuesto que Uther? ¿O el gran rey es tan maravilloso como dicen, Igraine?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé, Morgause. Supongo que, a los ojos del mundo, ambos son hombres de buena estampa: Lot, moreno; Uther, rubio como un nórdico. Aunque no fue por su claro semblante por lo que pensé que Uther era mejor.

—¿Por qué, entonces? —preguntó la joven, vivaz e inquisitiva.

Igraine suspiró, sabiendo que no lo comprendería. Pero la necesidad de compartir siquiera un poco de lo que sentía la impulsó a decir:

—Bueno... no lo sé bien. Sólo que... era como si lo conociera desde el principio del mundo.

—Pero si ni siquiera te besó...

—No tiene importancia. —Y por fin, sollozando, Igraine admitió lo que sabía desde mucho tiempo atrás—: Aunque no vuelva a ver su rostro en esta vida, estoy ligada a él y así será hasta mi muerte. Y no puedo creer que la Diosa haya causado este caos en mi vida si estoy destinada a no verlo nunca más.

A la escasa luz, notó que Morgause la miraba con gran respeto y un poco de envidia, como si a sus ojos se hubiera convertido en la heroína de alguna antigua leyenda romántica. Habría querido decirle: «No, no es así, esto no es romántico en absoluto», pero comprendió que no había modo de explicarlo. Morgause nunca conocería ese tipo de realidad: vivía en un mundo diferente.

Había dado un paso al enemistarse con el sacerdote, hombre de Gorlois, y otro al confesar a su hermana que estaba enamorada de Uther. Viviana había dicho algo sobre los mundos e se alejaban el uno del otro; Igraine tuvo la sensación de que empezaba a habitar en un mundo distinto del ordinario, ese en el que Gorlois tenía derecho a pretender que ella fuera su criada, u esclava... su esposa. Sólo Morgana la ataba ahora a ese mundo. Contempló a la niña dormida, con las manos pegajosas y el pelo oscuro revuelto, y a su hermana menor, con los ojos abiertos de par en par; se preguntaba si, ante la llamada de lo que le había sucedido, sería capaz de abandonar esos últimos eslabones que la retenían en la existencia real.

La idea le causó gran dolor, pero interiormente susurró: «Sí. Incluso eso.»

Así pues, el paso siguiente, el que tanto había temido, le resultó sencillo.

Aquella noche, despierta entre Morgause y su hija, trató de decidir qué haría. ¿Tenía que huir, confiando en que Uther la encontrara? Casi de inmediato rechazó la idea. ¿Tenía que enviar a Morgause a Avalón para que diera aviso de que estaba prisionera? No, si incluso se cantaba como trova en los mercados; su hermana mayor iría por ella si lo considerara necesario. Y en el fondo la carcomía siempre la voz callada de la duda y la desesperanza. Su visión había sido falsa. O tal vez, viendo que ella no lo dejaba todo por Uther, Merlín y Morgana habían abandonado el plan y tenían ya otra mujer para el gran rey y la salvación de Britania.

Al amanecer, cuando el sol comenzaba a asomar, cayó en un sueño intranquilo. Y allí encontró su guía. Al despertar fue como si una voz dijera dentro de su mente: «Líbrate, sólo por hoy, de la niña y de la doncella. Entonces sabrás qué hacer.»

El día amaneció claro y soleado. Mientras desayunaban, Morgause, contemplando el mar reluciente, dijo:

—Qué aburrido es no salir... ¡Sólo ayer, en el mercado, caí en la cuenta de lo harta que estoy de esta casa!

—Podrías llevarte a Morgana y pasar el día fuera, con las pastoras —sugirió Igraine—. Supongo que a ella también le gustaría salir.

Les preparó unos trozos de pan y de carne; para Morgana aquello era una fiesta. Ahora sólo tenía que encontrar el modo de evitar al padre Columba; aunque no se le acercaba, respetando su voluntad, sus ojos la seguían a todas partes. Pero a media mañana, mientras tejía en su telar, el sacerdote se le acercó diciendo:

—Señora...

Ella no levantó la mirada.

—Os indiqué que os mantuvierais a distancia, cura. Podéis quejaros de mí a Gorlois cuando vuelva, si así lo deseáis, pero no me dirigáis la palabra.

—Uno de los hombres de Gorlois se ha herido al caer de los acantilados. Sus compañeros creen que va a morir y me han pedido que vaya a verlo. No tenéis nada que temer; estaréis bien custodiada.

—Id y que el diablo os lleve para que no vuelva a veros —dijo, volviéndole la espalda.

—Si tenéis la osadía de maldecirme, mujer...

—¿Por qué malgastar saliva en una maldición? Lo mismo podría desearos que Dios os reciba en vuestro paraíso, y ojalá él disfrute más que yo de vuestra compañía.

En cuanto se fue, Igraine comprendió por qué había sentido la necesidad de deshacerse del cura. A su modo, también era un iniciado en los misterios, aunque no fueran los mismos; no tardaría en reconocer y desaprobando lo que tenía pensado. Fue al cuarto de Morgause en busca del espejo de plata. Luego bajó a las cocinas para indicar a las criadas que encendieran el fuego en su dormitorio. La miraron con sorpresa, pues no hacía frío, pero Igraine repitió la orden como si fuera lo más normal del mundo. Luego se proveyó de algunas cosas: sal y un poco de aceite, pan, vino y queso; las mujeres pensarían que todo era para la comida.

Salió al jardín en busca de flores de espliego y logró encontrar algunos escaramujos. También cortó unas cuantas ramas de enebro y un trocito de avellano. Ya en su cuarto otra vez, echó el cerrojo y se despojó de toda la ropa. Nunca había hecho aquello y estaba segura de que Viviana no lo aprobaría, pues quienes no dominan el arte de la hechicería pueden crearse problemas al practicarla. Pero con todo aquello podría conjurar la videncia, aun cuando no la tuviera.

Arrojó el enebro al fuego y, al elevarse el humo, se ató la rama de avellano a la frente. Luego depositó los escaramujos y el espliego ante el fuego y se untó los senos con sal y aceite; después mordió el pan y bebió un sorbo de vino. Finalmente, temblando, puso el espejo donde reflejara la luz de las llamas y vertió en la superficie de plata un poco de agua de lluvia, susurrando:

—Por las cosas comunes y las que no lo son, por el agua y la sal, el aceite y el vino, por las frutas y las flores, te Diosa, que me permitas ver a mi hermana Viviana.

La superficie del agua se agitó lentamente. Una súbita corriente de aire estremeció a Igraine; por un momento se preguntó si el hechizo fracasaría, si su magia era también blasfemia. La cara borrosa que se formaba en el espejo era la suya, pero fue cambiando poco a poco y se convirtió en el sobrecogedor rostro de la Diosa, con las bayas de serbal ciñéndole la frente.

Y entonces según se aclaraba y cobraba firmeza, Igraine vio.

No fue, como esperaba, un rostro vivo y parlante, sino una habitación que conocía bien. En otros tiempos había sido la alcoba de su madre, en Avalón. Allí había mujeres vestidas con la túnica oscura de las sacerdotisas. Al principio buscó en vano a su hermana, pues las mujeres entraban y salían y en la habitación reinaba la confusión. Por fin vio a Viviana; parecía exhausta, enferma y demacrada; caminaba de un lado a otro, apoyada en el brazo de una sacerdotisa. Igraine se horrorizó al comprender lo que veía: Viviana, con su túnica clara de lana sin teñir, tenía el vientre hinchado por el embarazo y el rostro contraído por el sufrimiento. Caminaba y caminaba, tal como las parteras habían hecho caminar a Igraine, cuando estaba a punto de dar a luz a Morgana...

«¡No, no! Oh, madre Ceridwen, diosa bendita, no... Nuestra madre murió así, pero Viviana estaba segura de haber dejado atrás la edad fértil... Y ahora va a morir. A su edad no puede sobrevivir a un parto. ¿Por qué no tomó alguna pócima para librarse de la criatura? Éste es el fin de todos sus planes. Y yo también he destrozado mi vida por un sueño...»

Inmediatamente Igraine se avergonzó por pensar en su angustia cuando Viviana se enfrentaba a un alumbramiento que difícilmente podría superar. Horrorizada, sollozando de miedo, no pudo siquiera apartar la vista del espejo. Y de pronto Viviana levantó la cabeza; en sus ojos turbios, ojerosos y angustiados, asomó la ternura. Fue como si hablara directamente a la mente de su hermana:

«Pequeña..., hermana..., Grainné...»

Igraine habría querido gritarle su dolor y su miedo, pero en esos momentos no podía cargarla con sus penas. Vertió todo su corazón en un solo clamor:

«Te escucho, madre mía, hermana mía, sacerdotisa y diosa.»

«No pierdas las esperanzas, Igraine, no desesperes. Todos nuestros sufrimientos tienen sentido. Lo he visto. No desesperes...»

Y por un momento, con un escalofrío. Igraine sintió en su mejilla un roce ligero, como el más leve de los besos, y un susurro:

«Hermana...»

Luego, con la cara contraída de dolor, Viviana cayó en brazos de la sacerdotisa, como desmayada, y una brisa agitó el agua del espejo. Igraine vio su rostro, borroso por el llanto, y se estremeció. Cogió una prenda cualquiera para abrigarse y arrojó el espejo embrujado al fuego. Luego se lanzó de bruces en la cama y lloró hasta no poder más.

Por fin, cuando ya no pudo derramar otra lágrima, se levantó para lavarse la cara con agua fría. Viviana estaba agonizando; quizá ya había muerto. Pero con sus últimas palabras le había recomendado no perder la esperanza. Se vistió y se colgó al cuello la piedra lunar que ella le había regalado. Y entonces, en una leve conmoción del aire, Uther apareció ante ella.

Esta vez no era él en persona, sino una visión. Ningún ser humano, mucho menos Uther Pendragón, habría podido entrar en su custodiada alcoba sin que algún soldado se lo impidiera. Se cubría con una gruesa manta escocesa, pero tenía en los brazos las serpientes que le había visto al soñar con la Atlántida. Sólo que ya no eran ajorcas de oro, sino serpientes vivas que alzaban la cabeza, siseando. Aun así no la asustaron.

—Amada mía —dijo. Y aunque era su misma voz, el cuarto permaneció silencioso; a través del susurro creyó oír el crepitar de las ramas de enebro—. Vendré por ti el día que señala la mitad del invierno. Lo juro: vendré por ti, a pesar de todos los obstáculos. Espérame ese día.

Un momento después estaba sola en el cuarto, con el sol dentro, el reflejo del mar fuera y en el patio, abajo, las voces risueñas de Morgause y su hija.

Igraine respiró hondo y bebió con calma el resto del vino. Así, en ayunas, le subió a la cabeza, provocándole una especie de aturdido regocijo. Luego bajó a paso lento para esperar la noticia que no tardaría en llegar.

7

Lo primero que sucedió fue que Gorlois volvió.

Debido a los nervios de aquella visión momentánea (y asustada, pues nunca había pensado que Viviana pudiera morir), Igraine esperaba otra cosa: algún mágico mensaje de Uther o la noticia de que Gorlois había muerto, dejándola en libertad. La aparición de su marido, cubierto de polvo, hambriento y ceñudo, parecía

calculada para inducirla a pensar que su visión era sólo un engaño que ella misma había creado o una alucinación enviada por el Maligno.

«Bueno, en ese caso tiene su parte positiva, pues si mi visión fue ilusoria, significa que mi hermana está viva.» Así que recibió serenamente a Gorlois con comida, un baño, ropa limpia y palabras cordiales, absteniéndose de interrogarlo. También llevó a Morgana a su presencia para que le hiciera una reverencia y luego la envió a la cama.

Gorlois, con un suspiro, apartó su plato.

—Está muy guapa, pero es como un duende, como las gentes de las colinas huecas. ¿De dónde le viene esa sangre? En mi familia no hay nadie así.

—Pero mi madre era de la estirpe antigua —dijo Igraine—. Y también Viviana. Creo que su padre debió de ser del pueblo de las hadas.

Su marido se estremeció.

—Ni siquiera sabes quién la engendró. Si algo bueno hicieron los romanos fue terminar con esa gente de las colinas huecas, con sus círculos encantados y esas pócimas que lo envían a uno al infierno. El diablo los creó para perdición de los cristianos. ¡Creo que matarlos es obra de Dios!

Igraine pensó en las hierbas y los preparados con que las mujeres del pueblo de las hadas curaban aún a sus conquistadores; en los dardos envenenados que derribaban presas imposibles; en su madre y en el desconocido padre de Viviana. Gorlois, como los romanos, ¿quería terminar con todas aquellas gentes sencillas en nombre de su Dios?

—Bueno —dijo—, supongo que es la voluntad de Dios.

—Sería conveniente educar a Morgana en un convento, para que jamás la contamine el gran mal que ha heredado de tu sangre antigua —reflexionó su marido—. Ya nos ocuparemos de eso, cuando tenga la edad suficiente. Un santo hombre me dijo una vez que las mujeres llevan la sangre de su madre desde los tiempos de Eva, mientras que el varón hereda la sangre de su padre, así como Cristo fue hecho a imagen de Dios. Por eso, Igraine, si tenemos un hijo varón no habrá peligro de que en él asome la sangre del maligno pueblo de las colinas.

Un acceso de ira recorrió a Igraine, pero había decidido no irritarlo.

—Eso también será como tu Dios quiera. —Pues sabía, aunque él lo hubiera olvidado, que no podría volver a tocarla como el hombre toca a la mujer. Poco importaba ya lo que dijera o hiciera—. Dime, esposo, ¿qué te trae tan inesperadamente a casa?

—Uther, por supuesto. Ha habido una gran ceremonia de coronación en la isla del Dragón, que está próxima al Glastonbury de los sacerdotes; no sé como éstos permanecen allí, siendo un lugar pagano donde se rinde homenaje al astado de los bosques, a las serpientes erectas y demás estupideces indignas de un país cristiano. Leodegranz, el rey del país del Estfo, me apoya y se ha negado a pactar con Uther, pero todavía no está dispuesto a hacerle la guerra; no está bien que peleemos entre nosotros mientras los sajones se reúnen en las costas del este. Si este verano vinieran los escoceses nos veríamos entre la espada y la pared. Y ahora Uther ha presentado un ultimátum: tengo que poner a mis hombres bajo su mando, de lo contrario vendrá personalmente a imponérmelo. Por eso estoy aquí. Si fuera preciso, podríamos defender indefinidamente Tintagel, pero he advertido a Uther que, si pone un pie en Cornualles, presentaré batalla. Leodegranz ha pactado una tregua hasta que los sajones lleguen a estas costas, pero no es mi caso.

—Por Dios, es una locura —adujo Igraine—. Leodegranz tiene razón: los sajones no podrían resistir contra todos los hombres de Britania unidos. Pero si peleáis entre vosotros os atacarán reino por reino, y así no pasará mucho tiempo sin que toda Britania sirva a los dioses caballo.

Gorlois apartó sus platos.

—No se puede pretender que una mujer entienda las cuestiones de honor, Igraine. Ven al lecho.

Estaba convencida de que ya no le importaba lo que él quisiera hacerle, pero no había previsto que Gorlois luchara tan desesperadamente por su orgullo. Acabó por golpearla otra vez, entre maldiciones.

—¡Has usado tu magia contra mi virilidad, maldita bruja!

Cuando él cayó en un sueño de agotamiento, Igraine siguió despierta, llorando calladamente a su lado, con la cara amoratada y palpitante. ¿Conque ése era el premio a su mansedumbre, el mismo que había recibido por sus palabras hirientes? Ahora su odio estaba justificado; en cierto modo, era un alivio no sentirse culpable por detestarlo. De pronto deseó ardientemente que Uther lo matara.

Gorlois partió al rayar el día con todos sus hombres, dejando apenas a cinco o seis para defender Tintagel. Por lo que se dijo en el salón antes de la partida, esperaba tender una emboscada al ejército de Uther cuando bajara de los páramos al valle. Privaría a Britania de su gran rey, dejando a la tierra desnuda como una mujer para que fuera violada por las hordas sajonas, sólo porque no era lo bastante hombre con su esposa y temía que Uther lo fuera.

Tras su partida los días pasaron con penosa lentitud, lluviosos y callados. Llegaron las primeras heladas; la nieve cubrió los páramos. Ella deseaba tener noticias; se sentía como un hurón atrapado en la madriguera invernal.

Uther había dicho que iría el día de mitad del invierno... pero Igraine comenzaba a preguntarse si no habría sido sólo un sueño. Al sucederse los días del otoño, oscuros y fríos, empezó a dudar de la visión. Y de nada serviría tratar de repetirla; se le había enseñado que la magia no tenía que convertirse en unas muletas, pues se corría el peligro de no atreverse a dar un solo paso sin buscar la guía de lo sobrenatural.

«Nunca he podido confiar en mí misma», pensó con amargura. Cuando niña, había buscado la orientación de Viviana; en cuanto fue mujer, la casaron con Gorlois.

Ahora, ante la oportunidad de comenzar a pensar por sí sola, se volvió hacia su interior. Enseñaba a su hija a manejar la rueca y a Morgause a tejer en el telar; administraba con prudencia la reserva de alimentos, pues el invierno amenazaba ser más largo y frío que de costumbre, y escuchaba ávidamente las más ínfimas noticias que le llegaban a través de los pastores o los viajeros. Pero éstos eran pocos, pues el invierno se cernía ya sobre Tintagel.

Pasado Samhain, llegó al castillo una buhonera, envuelta en harapos y chales desgarrados, fatigada y con llagas en los pies. No estaba muy limpia, pero Igraine le dio un lugar junto al fuego y una escudilla de estofado de cabra, le vendó los pies y le compró dos agujas. Después, considerando que se lo había ganado, preguntó a la mujer si había noticias del norte.

—Soldados, señora—dijo la anciana, suspirando—. Y los sajones también se están congregando en los caminos del norte. Y una batalla... y Uther, con los sajones al norte y el duque de Cornualles que va contra él desde el sur. Guerra en todas partes, hasta en la isla Sagrada.

—¿Vienes de la isla Sagrada? —inquirió Igraine.

—Sí, señora. Me sorprendió la noche en aquellos lagos y me perdí en la bruma. Los curas me dieron pan seco y quisieron que oyera misa y me confesara, pero ¿qué pecados tiene una vieja como yo? Todos han quedado atrás, olvidados y perdonados, y ya no los lamento —dijo con una risa cascada—. Los viejos y los pobres tenemos pocas oportunidades de pecar, como no sea dudando de la bondad divina. Y como dentro de la iglesia hacía más frío que fuera, me adentré en la niebla. Luego vi una barca y de algún modo llegué a la isla Sagrada, donde las mujeres de la Dama me dieron comida y lumbre, como vos... Je, je, je...

—¿Viste a la Dama? —quiso saber Igraine, inclinándose para mirarla de frente—. Oh, dame noticias de ella, es mi hermana.

—Sí, eso me dijo y me dio un mensaje para vos. Por eso he venido, cruzando esos páramos. Ahora... ¿qué fue lo que me dijo? Pobre de mí, no recuerdo. Creo que perdí el mensaje entre las brumas que rodean la isla Sagrada. ¿Sabéis qué me dijeron los curas? Que la isla Sagrada ya no existe, que Dios la ha hundido en el mar.

Se detuvo, doblándose por la risa. Igraine esperaba; por fin preguntó:

—Háblame de la Dama de Avalón. ¿La viste?

—Oh, claro que la vi. No se parece a vos; es como el pueblo de las hadas, menuda y morena. —Los ojos de la mujer cobraron brillo—. ¡Ahora recuerdo el mensaje! Era: «Di a mi hermana Igraine que tiene que recordar sus sueños y no perder las esperanzas.» Y yo me eché a reír... ¿De qué sirven los sueños? Ah sí, y también esto: que en la temporada de la cosecha tuvo un hermoso varón. Y que está bien, contra todo lo que cabía esperar. Y que ha dado al niño el nombre de Galahad.

Igraine dejó escapar un largo suspiro de alivio. Así que Viviana, había sobrevivido al parto, pese a todo. La vendedora ambulante prosiguió:

—Y agregé que era hijo de un rey y que era justo que el hijo de un rey sirviera a otro. ¿Comprendéis algo de eso, señora? Suena a delirios y disparates.

La mujer se deshizo en risas y, encorvada en sus harapos, alargó las manos flacas hacia el calor del fuego. Pero Igraine conocía el significado del mensaje. «El hijo de un rey tiene que servir a otro.» Viviana había tenido un hijo del rey Ban, de la baja Britania, tras el rito del Gran Matrimonio. Y si Igraine, como lo anunciaba la profecía, daba un hijo a Uther, gran rey de Britania, el uno tendría que servir al otro. Durante un momento se sintió al borde de la misma risa histérica que encorbaba a aquella anciana demente. «¡La novia aún no ha sido desflorada y henos aquí, disponiendo la crianza de los hijos!»

En su exultante estado vio a aquellos niños, el que había nacido y el que tenía que nacer, rodeándola como sombras entre la luz parpadeante del fuego: uno moreno y esbelto, con los ojos de Viviana; el otro alto y delgado, con el pelo brillante como el de los nortños. Y luego, centelleando al fulgor de las llamas, vio la Sagrada Regalía de los druidas, que se conservaba en Avalón desde que los romanos incendiaran los bosques sagrados: el plato, la copa, la espada y la lanza, centelleantes ante los cuatro elementos: el plato por la tierra, la copa por el agua, la espada por el fuego y la lanza o vara por el aire. Se dijo, soñolienta, que había una parte de regalía para cada uno de ellos. «Qué suerte...»

Parpadeó con energía, obligándose a erguir la espalda. El fuego se había reducido a ascuas. La anciana dormía, con los pies arropados bajo chales y harapos. El salón estaba casi vacío. Su doncella dormitaba en un banco, bien envuelta en una manta; los otros servidores se habían acostado. ¿Acaso lo había soñado todo?. Despertó a la criada, que se fue a la cama, gruñendo. Luego, dejando que la buhonera siguiera durmiendo junto al fuego, subió a su cuarto. Se metió en la cama junto a Morgana, temblando de frío, y la abrazó con fuerza, como para ahuyentar el miedo y las fantasías.

Aquel invierno fue muy crudo. En Tintagel no había mucha leña: sólo una especie de piedra que ardía, pero humeaba endemoniadamente ennegreciendo las puertas y los techos. A veces tenían que quemar algas secas, con lo que todo el castillo hedía a pescado muerto, como el mar durante la marea baja. Y al fin empezaron a llegar rumores de que los ejércitos de Uther se acercaban a Tintagel, dispuestos a cruzar los grandes páramos.

En condiciones ordinarias, Uther habría podido someter a los hombres de Gorlois. «Pero ¿y si le tendían una emboscada? Uther no conocía la zona.» Se sentiría amenazado por el agreste y desconocido terreno,

sabiendo que los ejércitos de Gorlois estarían agrupándose junto a Tintagel. ¡Uther no esperaría una emboscada tan próxima!

Igraine no podía hacer otra cosa que esperar. Por la noche permanecía despierta, pensando en su esposo y en su amado. Lamentaba no ser hechicera o sacerdotisa, como Viviana. Le habían enseñado que era malo utilizar la magia para imponer la propia voluntad a los dioses; ¿estaba bien, en cambio, permitir que Uther fuera muerto con todos sus hombres en una emboscada? Sin duda habría algo que ella pudiera hacer, algo mejor que esperar.

Pocos días antes de la mitad del invierno estalló una feroz tormenta que duró dos días. En los páramos del norte sólo podrían sobrevivir los que estuvieran guarecidos como un conejo en su madriguera. Incluso la gente del castillo se acurrucaba junto a los pocos hogares encendidos, temblando al oír la furia del viento. Durante el día, entre la nieve y la ventisca, la oscuridad era tal que Igraine ni siquiera tenía suficiente luz para hilar. Las reservas de velas eran tan limitadas que no se atrevía a utilizarlas, pues aún quedaba mucho invierno que soportar, de modo que pasaban la mayor parte del tiempo en la oscuridad. Igraine trataba de recordar viejos cuentos de Avalón para mantener a Morgana entretenida y a Morgause libre del aburrimiento y la fatiga.

Pero cuando finalmente se dormían las dos, Igraine se arrebujaba en su capa, junto a los restos de la pequeña fogata, demasiado tensa para dormir; sabía que, si se acostaba permanecería en vela, con los ojos doloridos abiertos en la oscuridad, tratando de enviar sus pensamientos... ¿hacia dónde? ¿Hacia Gorlois, para averiguar dónde lo había conducido su perfidia? ¿O hacia Uther, que estaría tratando de acampar en aquellos páramos desconocidos, castigado por la tempestad, perdido y a ciegas?

¿Cómo llegar a él? Rememoraba los pocos conocimientos de magia que había aprendido en Avalen, siendo niña: cuerpo Y alma no están atados con firmeza: durante el descanso el alma abandona el cuerpo para ir al país de los sueños, donde todo es ilusión y locura: a veces, en el caso de los druidas, al país de la verdad, al que Merlín la había llevado aquella única vez.

Temblando bajo la capa, Igraine miró fijamente el fuego y, de pronto, concentró su voluntad en estar en otro sitio...

Lo logró. El cambio más notable era que ya no oía el gemido salvaje de la tormenta contra los muros del castillo. No volvió la vista atrás; se le había enseñado que, cuando se abandona el cuerpo, es preciso no mirar nunca atrás, pues el cuerpo atrae al alma. Aun así podía ver a su alrededor, y supo que su cuerpo continuaba inmóvil ante el fuego moribundo. En aquel momento tuvo miedo. «Tendría que haberlo avivado primero», pensó. Pero supo que, si regresaba a su cuerpo, ya no tendría valor para intentarlo otra vez.

Pensó en Morgana, el vínculo vivo entre ella y su marido. Aunque él rechazara a la criatura, el vínculo seguía allí y le permitiría encontrarlo. Y mientras el pensamiento se formaba en su mente se encontró... en otro sitio.

¿Dónde estaba? Vio el resplandor de una lámpara pequeña y, a su luz caprichosa, a su marido, rodeado por varias cabezas: hombres arracimados en una pequeña cabaña de piedra, en los páramos. Gorlois estaba diciendo:

—Durante muchos años he combatido junto a Uther. Lo conozco: sé que contará con el valor y la sorpresa. Sus hombres no conocen nuestro clima; ignoran que, cuando el sol se pone en medio de una tempestad, escampará poco después de medianoche. Y no avanzarán hasta que vuelva a amanecer. Si podemos rodearlos en esas horas, entre el final de la nevada y la salida del sol, podremos sorprenderlos cuando levanten el campamento. No estarán preparados para combatir, sino para marchar. Con un poco de suerte, los aplastaremos antes de que puedan desenvainar las armas. Una vez que el ejército de Uther esté hecho pedazos, si él sobrevive pondrá pies en polvorosa y no volverá jamás a Cornualles. —A la luz escasa de la lámpara, Gorlois mostró los dientes como un animal—. Y si muere, sus ejércitos se dispersarán como las abejas de una colmena cuando alguien mata a la reina.

Igraine retrocedió espantada. Aunque era un ser incorpóreo. Gorlois debió de percibir su presencia, pues alzó la cabeza con el entrecejo fruncido, tocándose la mejilla.

—Una corriente de aire... Hace frío aquí—murmuró.

Pero antes de que terminara la frase Igraine estaba lejos de allí, suspendida en un limbo inmaterial, ciega en la oscuridad, perdida en la nada: bastaría el más ínfimo pensamiento para encontrarse de nuevo en su cuarto de Tintagel, en su cuerpo helado y entumecido junto al hogar apagado. Luchó por mantenerse en aquella mortal penumbra, implorando sin palabras: «Permitidme llegar a Uther.» Sabía, no obstante, que las curiosas leyes del mundo en que se hallaba lo hacían imposible: en aquel cuerpo no tenía ningún vínculo con él.

«Pero mi vínculo con Uther es más fuerte que el de la carne, pues ha perdurado durante más de una existencia.» Igraine se descubrió discutiendo con algo impalpable, como si apelara a un juez superior. Las sombras parecieron oprimirla; no podía respirar: de algún modo sintió que el cuerpo abandonado allá abajo se estaba congelando, que le faltaba la respiración. Algo en ella gritó: «¡Regresa, regresa! Uther es todo un hombre: no necesita que cuides de él.» Y respondió luchando por seguir donde estaba. «Es sólo un hombre, vulnerable a la perfidia.»

En la opresiva oscuridad hubo una sombra más intensa. Igraine comprendió que no estaba ante su yo, sino ante algún otro. Trémula- sacudida por los escalofríos, oyó con todos sus nervios la orden:

—Regresa. Debes regresar. No tienes derecho a estar aquí. Las leyes están establecidas; no puedes permanecer aquí sin pagar el precio.

Y se oyó a sí misma decir a aquella extraña sombra:

—Si es preciso pagaré el precio que se me imponga.

—¿Por qué quieres ir donde está prohibido?

—Tengo que avisarle —explicó, frenética. Y de pronto la oscuridad desapareció. Igraine vio, enroscadas a sus brazos, las serpientes doradas que había lucido en aquel extraño sueño del círculo de piedras. Alzó los brazos, gritando una palabra en un idioma extraño. Más adelante sólo recordaría que era un verbo de gran poder. La sombra adusta se esfumó, dejándole ver una luz, la luz del sol naciente...

No: era la tenue luz de una lámpara en la penumbra glacial de una maltrecha cabaña de piedra, torpemente techada con manojos de juncos. Pero distinguió algunas caras, las mismas que había visto en Londínium acompañando a Uther: reyes, jefes soldados. Exhaustos y muertos de frío, se acurrucaban en torno a la diminuta llama. Y Uther estaba entre ellos, demacrado por la fatiga, con las manos ensangrentadas por los sabañones, la manta escocesa cubriéndole la nuca y la barbilla. Aquel no era el majestuoso sacerdote amante que había visto en su sueño, ni siquiera el joven tosco y desgarrado que interrumpiera la misa; pero aquel hombre cansado y ojeroso, de nariz enrojecida por el frío, le pareció más real y más hermoso que nunca. Igraine, sufriendo por la piedad, tuvo la sensación de haber gritado: «¡Uther!»

Comprendió que la había oído, pues le vio levantar la cabeza para mirar a su alrededor, estremecido. Y luego distinguió, a través de las capas y las mantas que lo cubrían, las serpientes enroscadas a sus brazos. Uther debió de verla también y abrió la boca para hablar. Imperativamente, ella le acalló con un gesto.

«Tienes que prepararte ahora mismo para marchar. De lo contrario, estás condenado.» El mensaje no se formó en palabras, sino que pasó de su mente a la de él. «La nevada cesará poco después de medianoche. Gorlois y sus hombres te creen inmovilizado aquí y caerán sobre vosotros para haceros pedazos. Tenéis que estar preparados para repeler su ataque.»

La fuerza de voluntad que la había llevado a través del abismo se estaba apagando. Ya no podía hacer más. La invadió un frío mortal, la debilidad del agotamiento absoluto; sintió que se esfumaba en el hielo y la sombra, como si la tempestad atravesara todo su cuerpo...

... Yacía en el suelo de piedra, ante las cenizas frías del hogar. Sobre ella soplaba un viento glacial: los postigos de las ventanas se sacudían, abiertos por los últimos embates de la tormenta, y dejaban entrar torrentes de lluvia helada.

Estaba congelada, hasta el punto que temió que no podría volver a moverse; el frío de su cuerpo se convertiría gradualmente en el frío de la muerte. Y en aquel momento no le importó.

«Tiene que haber un castigo por desobedecer una prohibición; así lo manda la ley. He desobedecido y no puedo salir indemne. Si Uther está a salvo, lo acepto, aunque mi castigo sea la muerte.» Y, acurrucada bajo el insuficiente abrigo de su capa, Igraine pensó que la muerte sería misericordiosa. Al menos no tendría tanto frío...

Pero Morgana dormía en la cama, cerca de aquella ventana abierta; si nadie la cerraba, podía coger frío y enfermar de los pulmones. Igraine, que no se habría movido por salvar su vida, se obligó a actuar por la de su hija y por su inocente hermana. Con torpeza, con movimientos de ebria, caminó hasta la ventana y cerró los postigos; aunque no sintió dolor, supo que se había arrancado una uña en el forcejeo. Por fin, pillándose un dedo frío y azul en el marco, logró asegurar la cuña de madera.

Aún hacía mucho frío en la habitación. Si no encendía el fuego, Morgana y Morgause caerían enfermas. Y aunque nada deseaba tanto como meterse en la cama con ellas, todavía envuelta en su capa, faltaban horas para el amanecer y había sido ella quien había dejado el hogar desatendido. Tiritando y arrebujándose en la capa, cogió un badil del hogar y bajó sigilosamente la escalera. En la cocina, tres criadas dormían amontonadas como perros frente a las ascuas; allí hacía calor. Una marmita humeante pendía de un gancho de la chimenea: gachas para el desayuno, sin duda. Hundió una taza en la marmita y bebió el caldo caliente, pero ni siquiera así pudo entrar en calor. Luego llenó el badil de brasas y, protegiéndolo con un pliegue de su falda, subió nuevamente la escalera. Estaba débil y temblorosa; a pesar del caldo, temblaba tanto que tuvo miedo de caer. «Si caigo no podré volver a levantarme. Y las brasas podrían incendiar algo...»

Se arrodilló ante el hogar de su habitación, sacudida por grandes temblores, con el pecho dolorido. Pero ya no tenía frío; el cuerpo entero le ardía. Alimentó pacientemente las ascuas con trocitos de yesca; luego, con palitos, hasta que el leño prendió y lanzó llamas rugientes. Ahora estaba tan acalorada que se quitó la capa. Llegó tambaleándose a la cama y se acostó con Morgana entre los brazos. Pero no supo si caía en el sueño o en la muerte.

No, no había muerto. La muerte no causaba esas sacudidas de calor y escalofríos. Pasó largo tiempo envuelta en paños humeantes, que eran reemplazados cuando se enfriaban; la obligaban a tragar líquidos calientes: a veces, repugnantes tisanas contra la fiebre; otras, licores fuertes mezclados con agua caliente. Días, semanas, años, siglos pasaron sobre ella, en tanto ardía y temblaba, soportando los repugnantes bebedizos que le vertían en la garganta cuando estaba demasiado débil para vomitarlos.

Cierta vez Morgause le preguntó, inquieta: «Si te encontrabas mal, Igraine, ¿por qué no me despertaste para que encendiera el fuego?» La silueta oscura que le había prohibido el paso estaba en un rincón; ahora Igraine podía verle la cara: era la Muerte, que custodiaba las puertas de lo prohibido, y ahora iba a castigarla... Morgana la miraba con miedo en su pequeño rostro sombrío, y ella quería tranquilizarla, pero estaba demasiado débil para hablar. Y Uther también estaba allí, pero nadie más podía verlo.

El padre Columba fue a murmurar frases latinas junto a ella. Eso la puso frenética: ¿con qué derecho la molestaba con sus últimos sacramentos cuando no podía defenderse? Según sus reglas, era una mala mujer por haber incurrido en hechicerías. La condenaría por traicionar a Gorlois; había ido para vengar a su amo. La tormenta había vuelto, y ella vagaba infinitamente en medio de la tempestad, tratando de hallar a Morgana, a quien había perdido. Pero era Morgause quien estaba allí, con la corona de los grandes reyes de

Britania. Y luego Morgana, en la proa de la barcaza que cruzaba el mar del Estío hacia las costas de Avalón; Morgana, con vestiduras de sacerdotisa, las mismas que usaba Viviana...

Y luego todo fue oscuridad y silencio.

Había sol en la habitación. Igraine se movió, sólo para descubrir que no podía incorporarse.

—Estaos quieta, señora —dijo Isolda—. Dentro de un rato os traeré el remedio.

Igraine dijo (y la sorprendió descubrirse susurrando):

—Si he sobrevivido a tus tisanas es probable que también sobreviva a esto. ¿Qué día es hoy?

—Faltan sólo diez para la mitad del invierno, señora. En cuanto a lo que ha sucedido..., bueno, sólo sabemos que vuestro hogar se apagó durante la noche y que se abrió la ventana. La señora Morgause dice que os vio cerrarla y encender el fuego, pero no dijisteis nada. Hasta la mañana siguiente no descubrió que estabais ardiendo de fiebre y no reconocíais a nadie.

Esa era la explicación sencilla. Sólo Igraine sabía que su enfermedad era algo más: el castigo por intentar una hechicería superior a sus fuerzas, agotando su cuerpo y su espíritu casi hasta el punto del que no hay retorno.

—¿Qué pasó con...? —se interrumpió. No podía preguntar por Uther—. ¿Hay noticias del señor, del duque?

—Ninguna, señora. Sabemos que hubo una batalla, pero no recibiremos noticias hasta que se despejen los caminos bloqueados por la tempestad —dijo la doncella—. No habléis más, señora. Tenéis que tomar unas gachas calientes y volver a dormir.

Igraine bebió pacientemente el caldo y se quedó dormida. Las noticias llegarían a su debido tiempo.

8

En la víspera del día señalado, el tiempo volvió a mejorar. Durante todo el día goteó la nieve fundida; los caminos se llenaron de lodo y la niebla cubrió delicadamente el mar y el patio; las voces y los susurros parecían despertar infinitos ecos cuando alguien hablaba. En las primeras horas de la tarde salió el sol e Igraine pudo salir al patio, por primera vez desde su enfermedad. Ya se encontraba muy repuesta, pero la inquietaba, como a todos, la falta de noticias.

Uther había jurado que llegaría la noche de mitad del invierno. ¿Cómo se las arreglaría si el ejército de Gorlois estaba entre los dos? Pasó el día entero callada y abstraída; incluso habló con dureza a Morgana, que correteaba como un animalillo salvaje, feliz de verse libre tras el confinamiento y el frío del clima invernal.

«No tengo que ser brusca con mi hija sólo porque estoy preocupada por mi amante», pensó enfadada consigo misma, y llamó a Morgana para darle un beso. Al posar los labios en la suave mejilla notó un escalofrío: al transgredir la prohibición para advertir a su amado sobre la emboscada de Gorlois, podía haber condenado a muerte al padre de la criatura. Pero no: Gorlois estaba señalado por la muerte y la merecía por su traición al gran rey.

El padre Columba fue a pedirle que prohibiera a sus damas y a sus criados encender las fogatas típicas de la fecha.

—Y vos misma tendríais que darles buen ejemplo asistiendo esta noche a misa —insistió—. Hace mucho tiempo que no recibís los sacramentos, señora.

—He estado enferma —dijo ella, indiferente—. En cuanto a los sacramentos, creo recordar que me disteis la extremaunción cuando estaba enferma. Aunque puedo haberlo soñado. Sueño tantas cosas...

—Y muchas son cosas que ninguna cristiana tendría que soñar. Señora, os administré los últimos sacramentos por el bien de mi señor, cuando no teníais oportunidad de confesar y recibirlos dignamente.

—Sí, bien sé que no fue por mi —dijo Igraine, torciendo levemente la boca.

—No oso poner límites a la misericordia de Dios —aseguró el sacerdote.

Y ella adivinó la parte inexpresada de su pensamiento: en caso necesario, prefería errar por exceso de misericordia y dejar que Dios fuera duro con ella.

Pero al fin aceptó ir a misa. Por poco que le gustara aquella nueva religión, Ambrosio había sido cristiano, el cristianismo era la religión de la gente civilizada de Britania y lo sería cada vez más; Uther la practicaría en público, cualesquiera que fuesen sus creencias privadas. Bajó la mirada y trató de prestar atención a la misa. Tras la puesta de sol, mientras Igraine charlaba en la cocina con sus mujeres, oyó un alboroto al final del acantilado, raido de jinetes y un grito en el patio. Se echó la capa en los hombros para salir a la carrera, seguida por Morgause. En la puerta había hombres abrigados con mantos romanos, como los que usaba Gorlois, pero los guardias les cerraban el paso con sus largas lanzas.

—Mi señor Gorlois dejó órdenes de no dar entrada a nadie durante su ausencia.

En el centro del grupo se irguió un hombre increíblemente alto.

—Soy Merlín de Britania —dijo, haciendo resonar la voz en la oscuridad y la neblina— Apártate, hombre. ¿Me negarías el paso?

El guardia se echó atrás con instintivo respeto, pero el padre Columba se interpuso con un gesto de rechazo.

—Yo os lo negaré. Señor, el duque de Cornualles ordenó que particularmente vos, anciano hechicero, no entraseis aquí en ningún momento. —Y alzó la gran cruz de madera que le colgaba del cinturón—. En el nombre de Cristo, ¡os ordeno desaparecer! Regresad a los reinos tenebrosos de donde venís. La risa de Merlín resonó en las murallas.

—Buen hermano en Cristo —le dijo—, tu Dios y mi Dios son uno y el mismo. ¿Crees realmente que me desvaneceré con tu exorcismo? ¿O me tornas por algún diabólico enemigo procedente de las tinieblas? NO, a menos que llames tinieblas a la noche de Dios. Vengo de una tierra no más tenebrosa que el país del Estío. Y mira: estos hombres que me acompañan portan el anillo de su señor, el duque de Cornualles. Mira.

La antorcha centelleó sobre la mano que extendía uno de los hombres encapuchados. En el índice refulgía el anillo de Gorlois.

—Ahora déjanos entrar, padre, pues no somos enemigos, sino mortales ateridos y cansados; hemos hecho un largo viraje, ¿O tenemos que santiguarnos y decir una oración para demostrarlo?

Igraine se adelantó, humedeciéndose los labios con nerviosismo. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cómo era posible que tuvieran el anillo de su esposo, a menos que fueran mensajeros suyos? Ninguno le resultaba conocido. Y Gorlois nunca habría escogido a Merlín como mensajero. ¿Acaso había muerto y así le llevaban la noticia de su fallecimiento? Dijo bruscamente, con voz áspera:

—Dejadme ver ese anillo. ¿Es en verdad el suyo o una falsificación?

—Es el suyo, señora Igraine —dijo una voz familiar.

Igraine, forzando la vista para observar el anillo a la luz de la antorcha, vio una mano conocida, grande, ancha y encallecida; y sobre ella, lo que sólo había visto en una visión: en los brazos velludos de Uther, tatuadas en color azul, se enroscaban dos serpientes, una en cada muñeca. Temió que le fallaran las rodillas, dejándola caer en las losas del patio.

Él lo había jurado: «Vendré por ti el día de mitad del invierno.» Y allí estaba, llevando el anillo de Gorlois.

—¡Mi señor duque! —exclamó impulsivamente el padre Columba, dando un paso adelante.

Pero Merlín alzó una mano para acallar esas palabras.

—¡Silencio! El mensajero es secreto —dijo—. No digáis nada.

Obediente a pesar del desconcierto, el cura retrocedió, pensando que el encapuchado era Gorlois.

Igraine le hizo una reverencia, luchando todavía con la incredulidad y la consternación.

—Entra, señor —invitó.

Y Uther, con el rostro siempre oculto bajo la capucha, alargó la mano enjoyada para estrecharle los dedos. Los de ella parecían de hielo; los de él, en cambio, estaban tibios y firmes. Igraine se refugió en una charla trivial.

—¿Te traigo un poco de vino, señor, o mando traer comida?

Él le murmuró al oído:

—Por Dios, Igraine. busca el modo de que podamos estar solos. Ese cura tiene una vista aguda, aun en la oscuridad, y quiero dar la impresión de que es realmente Gorlois quien ha venido.

Igraine se volvió hacia Isolda.

—Sirve comida y cerveza aquí, en el salón, para los soldados y el señor Merlín. Tráeles agua para que se laven y todo cuanto deseen. Yo voy a hablar con el señor en nuestras habitaciones. Haz que nos suban inmediatamente comida y vino.

Los criados corrieron hacia todos lados para obedecerle. Merlín dejó que un hombre se hiciera cargo de su capa y depositó cuidadosamente su arpa en uno de los bancos. Morgause apareció en el umbral de la puerta, espiando con audacia a los soldados. Cuando sus ojos cayeron sobre la alta silueta de Uther, hizo una reverencia.

—¡Mi señor Gorlois! ¡Bienvenido, querido hermano! —dijo, echando a andar hacia él.

Uther hizo un leve gesto e Igraine se apresuró a interponerse, con el entrecejo arrugado, pensando: «Esto es ridículo; aun encapuchado, se parece a Gorlois tanto como yo.»

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—El señor llega fatigado, Morgause —dijo con brusquedad—; no está de humor para la cháchara de los niños. Lleva a Morgana a tu alcoba; esta noche dormirá contigo.

Ceñuda y mohína, Morgause recogió a la pequeña y se la llevó escaleras arriba. A prudente distancia de ellas, Igraine subió de la mano de Uther. ¿Qué treta era ésa y qué objetivo tenía? Con el corazón acelerado, temiendo desmayarse antes de llegar, lo llevó a la alcoba conyugal y cerró la puerta.

Ya dentro, él se quitó la capucha, dejando al descubierto el pelo y la barba húmedos de niebla, y alargó los brazos. Ella no dio un solo paso.

—¿Mi señor rey! ¿Qué significa esto? ¿Por qué te confunden con Gorlois?

—Un poco de magia de Merlín —dijo él—. Es, sobre todo, obra de la capa y el anillo, pero también hay algo de magia; nada que pueda mantenerse si me ven a plena luz o desembozado. Veo que a ti no te engañé; tampoco lo esperaba. Te juré que vendría a ti en este día y he cumplido mi promesa. ¿No vas a darme siquiera un beso por todos mis desvelos?

Ella se adelantó para cogerle el manto, pero evitó tocarlo.

—¿Cómo lograste el anillo de Gorlois, señor?

Las facciones de Uther se endurecieron.

—¿Esto? Se lo arranqué de la mano en combate, pero el traidor volvió grupas y huyó. No te equivoques, Igraine: no he venido como ladrón en la noche, sino ejerciendo mi derecho. El encantamiento es sólo para proteger tu reputación a los ojos del mundo. No quiero que mi futura esposa sea considerada adúltera. Pero vengo con todo derecho; Gorlois recibió Tintagel por jurar vasallaje a Ambrosio Aureliano; después renovó ese juramento ante mí, pero ha faltado a su palabra. ¿Lo comprendes, señora Igraine? Ningún rey puede mantenerse si sus hombres rompen impunemente sus juramentos y se alzan en armas contra él.

Ella inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Esto ya ha costado un año de trabajo en la lucha contra los sajones. No pude impedirle que abandonara Londínium con sus hombres; fue menester que me hiciera a un lado y les permitiera saquear la ciudad, cuando había jurado defender a mi pueblo —Su voz sonaba amarga—. A Lot puedo perdonarlo, porque se negó a prestar juramento. En cambio, confiaba en Gorlois y me traicionó. He venido a recuperar Tintagel. Y me cobraré también con su vida. Él lo sabe.

Su rostro parecía de piedra. Igraine tragó saliva con dificultad.

—Y te cobrarás también con su esposa, ¿por conquista y por derecho, como en el caso de Tintagel?

—Ah, Igraine —exclamó él, atrayéndola hacia sí—, bien sé por quién te decidiste; lo supe cuando te vi, la noche de la tempestad. Si no me hubieras puesto sobre aviso habría perdido a mis mejores hombres y, sin duda, también la vida. Gracias a ti, Gorlois me encontró preparado. Fue entonces cuando le arranqué el anillo del dedo; le habría arrancado también la mano y la cabeza, pero se me escapó.

—Sé que en eso no tenías alternativa, señor —dijo ella.

En aquel momento alguien llamó a la puerta. Una de las criadas entró con una jarra de vino y comida.

—Mi señora —murmuró, haciendo una reverencia.

Mecánicamente, Igraine se liberó de las manos de Uther, cogió la bandeja y cerró la puerta tras la mujer. Luego colgó la capa en uno de los pilares de la cama para que se secara y le ayudó a quitarse el cinturón y las

botas. «Como una esposa abnegada», comentó una voz en su mente. Su decisión estaba tomada. Tal como Uther decía, Tintagel pertenecía al gran rey de Britania, al igual que su señora. Y era su voluntad.

Les habían llevado carne seca hervida con lentejas, una hogaza de pan recién horneado, un poco de queso fresco y vino. Uther comió como si estuviera famélico mientras decía:

—He pasado estas dos últimas lunas a cielo abierto, gracias a ese maldito traidor al que llamas esposo; ésta es la primera vez que como bajo techo desde el día Samhain... aunque el buen padre que está ahí abajo me recordaría que no se llama así sino «Todos los Santos».

—Esto es lo que teníamos para cenar los criados y yo, señor, nada adecuado para...

—Pues a mí me parece un banquete navideño después de lo que he estado comiendo a la intemperie.

—Masticaba ruidosamente, desgarrando el pan con fuertes dedos y cortando trozos de queso con su cuchillo—. ¿Piensas seguir llamándome «señor»? He soñado tanto con este momento, Igraine... —Dejó el queso para mirarla. Luego la abrazó por la cintura para acercarla a su silla—. ¿No hay una palabra cariñosa para mí? ¿Es posible que sigas siendo leal a Gorlois?

—He tomado una decisión—contestó ella dejándose atraer.

—He esperado tanto... —susurró el rey sentándola sobre sus rodillas. Luego siguió con la mano el contorno de su cara—. Empezaba a temer que este momento no llegaría jamás. Y ahora no me dedicas una sola palabra de amor o de ternura. Igraine, Igraine, ¿ha sido un sueño, después de todo, pensar que me amabas y me deseabas? ¿Tendría que haberte dejado en paz?

Ella tuvo frío; temblaba de pies a cabeza.

—No, no —musitó—. Si era un sueño, yo también lo soñé.

Lo miró sin saber qué más decir o hacer. No tenía miedo, como con Gorlois, pero ante la inminencia del momento se preguntó, con un súbito ataque de pánico, por qué había llegado tan lejos. Él la mantenía rodeada con el brazo, sentada en sus rodillas y con la cabeza apoyada en su pecho. Con la mano le abarcó toda la cintura.

—No me había percatado de lo esbelta que eres. Eres alta; te tomé por una mujer corpulenta y majestuosa, pero eres frágil, algo que podría quebrar con mis manos como los huesos de un pajarillo. Y tan joven...

—No soy tan joven —corrigió ella, riendo repentinamente—. Llevo cinco años de casada y tengo una hija.

—Pareces demasiado joven para eso. ¿Era la pequeña que vi abajo?

—Mi hija. Morgana. —Y de pronto Igraine comprendió que él también retrasaba el momento de la verdad, intranquilo. Supo por instinto que, pese a sus treinta y tantos años, sólo tenía experiencia con mujeres de la vida; una mujer decente, de su clase, era algo nuevo. Y lamentó no saber qué hacer ni qué decir.

Por ganar algo de tiempo, acarició las serpientes tatuadas en sus muñecas.

—No te las había visto antes.

—No —dijo él—. Me las hicieron en la isla del Dragón, al coronarme. Ojalá hubieras estado allí conmigo, mi reina. —Y le cogió la cara entre las manos inclinándola hacia atrás para besarla en los labios—. No quiero asustarte, pero he soñado tanto con este momento...

Ella se dejó besar, trémula, sintiendo que algo se agitaba extrañamente en su interior. Con Gorlois nunca había sido así... Y, de pronto, volvió a tener miedo. Con Gorlois no tomaba parte, era algo que él hacía y

que ella se limitaba a observar a distancia. Ahora, bajo los labios de Uther, supo que ya no podría permanecer ajena; no volvería a ser la de siempre. La idea la aterrorizó. Pero saber que él la deseaba tanto le aceleraba la sangre en las venas. Apretó las serpientes azules.

—Las vi en un sueño... pero pensé que era sólo un sueño.

Él asintió gravemente.

—Yo soñé con ellas antes de tenerlas. Y tú también llevabas algo parecido en los brazos, sólo que eran doradas.

Ella sintió que se le erizaba el vello de la nuca. No había sido un sueño, sino una visión del país de la Verdad.

—No recuerdo todo el sueño —dijo Uther, mirando por encima de su hombro—. Sólo que estábamos juntos en una gran llanura, ante algo parecido a un círculo de piedras. ¿Qué significa que compartamos los sueños, Igraine?

A ella se le quebró la voz como si estuviera a punto de echarse a llorar:

—Tal vez sólo signifique que estamos destinados el uno a la otra, mi rey... mi señor... y mi amor.

—Mi reina y amada. —De súbito la miró a los ojos; fue una larga mirada y una larga pregunta—. El tiempo de soñar ha terminado, Igraine.

Y se puso en pie, reteniéndola entre sus brazos. Cruzó la habitación en dos zancadas para depositarla en la cama y, arrodillándose a su lado, la besó otra vez.

—Mi reina —murmuró—. Ojalá te hubieran coronado junto a mí. Allí celebran ritos que ningún cristiano tendría que conocer. Pero sin ellos yo no sería reconocido como rey por el pueblo antiguo, el cual estaba aquí mucho antes de que los romanos llegaran a estas islas. Recorrí un largo camino para llegar aquí; parte de él, sin duda, no existe en el mundo que conozco.

—¿Te pidieron que celebraras el Gran Matrimonio con la tierra, como antaño? —La atravesó una súbita punzada de celos al pensar que una sacerdotisa podía haber simbolizado para él la tierra que juraba defender.

—No —dijo él—. No sé si lo habría hecho, pero no me lo pidieron. Merlín dijo que era él quien tenía que prestar juramento de sacrificarse por su pueblo, en caso necesario. —Se interrumpió—. Pero esto no ha de tener sentido para ti.

—No olvides que me crié en Avalón —observó ella—. Mi madre era sacerdotisa; mi hermana mayor es ahora la Dama del Lago.

—¿Tú también eres sacerdotisa, Igraine?

Negó con la cabeza. Iba a pronunciar un simple «no», pero dijo:

—En esta vida no.

—Acaso... —Uther volvió a trazar con el dedo las serpientes imaginarias, mientras se tocaba las suyas con la otra mano—. Siempre he sabido que tuve otras existencias; me parece que la vida es algo demasiado grande para vivirla de una sola vez y apagarla luego, como una lámpara al viento. ¿Y por qué, al verte por primera vez, tuve la sensación de conocerte desde siempre? De estos misterios tal vez sepas más que yo. Dices que no eres sacerdotisa, pero supiste venir a prevenirme... Tal vez no tengo que preguntar más, para no oír de ti lo que ningún cristiano tendría que saber. En cuanto a éstas —volvió a acariciar las serpientes con la yema

del dedo—, quizá las usé antes de esta existencia y por eso el hombre que me las tatuó dijo que eran mías por derecho. Las uso como símbolo de que extenderé mi protección sobre esta tierra igual que el dragón despliega las alas.

—En ese caso —susurró ella—, serás sin duda el más grande de los reyes, mi señor...

—¡No me llames así! —la interrumpió él con fiereza, inclinándose para cubrirle la boca con la suya.

—Uther —susurró ella, como en un sueño.

La besó en el hombro desnudo pero, cuando quiso quitarle el vestido, ella se apartó con un gesto de temor; tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía hablar. Uther le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos, diciendo delicadamente:

—¿Tan mal te han tratado, amada mía? Que Dios me castigue si alguna vez tienes algo que temer de mí, ahora o siempre.

—A la luz vacilante de la lámpara, las lágrimas oscurecían sus ojos aunque eran azules—. Igraine, te juro por mi corona y por mi hombría que serás mi reina y que nunca preferiré a otra mujer ni te apartaré de mi lado. ¿Crees acaso que te trato como a una cualquiera?

Su voz temblaba; Igraine comprendió que era porque tenía miedo de perderla. Y al saber que él también era vulnerable al miedo, el suyo desapareció. Le rodeó el cuello con los brazos, diciendo con claridad:

—Eres mi amor, mi señor y mi rey. Te amaré mientras viva y, después, hasta que Dios disponga.

Entonces se dejó desvestir y se refugió desnuda en sus brazos. Nunca había imaginado que pudiera ser así. Hasta aquel momento, pese a cinco años de matrimonio y el nacimiento de una hija, había sido una inocente e ignorante muchacha. Ahora cuerpo, mente y corazón se fundían, y se unía a Uther como nunca se había unido a Gorlois. Pensó fugazmente que no había intimidad como ésa, ni siquiera para un niño en el vientre de su madre...

Él se recostó en su hombro, fatigado, haciéndole cosquillas en los pechos con el pelo áspero.

—Te amo, Igraine —murmuró—. Surja de esto lo que surja, te amo. Y si viene Gorlois, lo mataré antes de que pueda volver a tocarte.

Ella no quería pensar en Gorlois. Le apartó de la frente el pelo claro, susurrando:

—Duerme, amor mío, duerme.

Igraine no quería dormir. Aun cuando la respiración de Uther se hizo pesada y lenta, siguió despierta, acariciándolo con suavidad. Su torso era casi tan suave como el de ella, cubierto por un vello ralo y rubio. Su olor era dulce pese al sudor. Nunca se cansaría de tocarlo. Al mismo tiempo que custodiaba celosamente su descanso, deseaba que despertara para tomarla nuevamente en sus brazos. Ya no sentía miedo ni culpa; lo que con Gorlois había sido deber y resignación se convertía en un deleite casi insoportable, como si se hubiera reencontrado con alguna parte perdida de su cuerpo y de su alma.

Por fin se quedó dormida, inquieta, acurrucada en la curva de su cuerpo. Apenas una hora después la despertó de repente una conmoción en el patio. Se incorporó mientras se apartaba el pelo del rostro. Uther la atrajo hacia el colchón, soñoliento.

—Duerme, amor mío. El alba aún está lejos.

—No —dijo ella, con seguro instinto—, no tenemos que retrasarnos más.

Después de echarse encima un vestido y una sobreveste, se recogió el pelo con manos trémulas. La lámpara se había extinguido y en la oscuridad no encontraba las horquillas, así que finalmente se cubrió con un velo y se calzó para correr abajo. Aún estaba demasiado oscuro para ver con claridad. En el gran salón sólo brillaba el pequeño resplandor del fuego cubierto. De pronto se detuvo en seco ante una ligera corriente de aire.

Allí estaba Gorlois, con un gran tajo de espada en el rostro, mirándola con indecible dolor, reproche y consternación. Era la visión que tuvo meses atrás, el espectro de la muerte. Cuando levantó la mano, Igraine notó que le faltaban tres dedos, uno de ellos el del anillo. Su palidez era fantasmagórica, pero la miraba con pena y amor, y sus labios se movieron formando su nombre. En aquel momento comprendió que Gorlois también la había amado a su manera. Por ese amor había traicionado a Uther, acabando con el honor y el ducado, sólo para que ella le respondiera con odio e impaciencia. Con la garganta atenazada por la angustia, quiso gritar su nombre, pero él desapareció en un movimiento del aire, como si nunca hubiera estado allí. Y en aquel momento el pétreo silencio que la rodeaba se convirtió en voces masculinas que gritaban en el patio:

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso! ¡Luces aquí, luces!

El padre Columba entró en el salón y metió una antorcha entre las ascuas para encenderla. Luego corrió a abrir la puerta de par en par.

—¿A qué viene ese alboroto?

—Han matado a vuestro duque, hombres de Cornualles —gritó alguien—. ¡Traemos el cadáver del duque! ¡Abrid paso! ¡Gorlois de Cornualles ha muerto y traemos su cuerpo para sepultarlo!

Igraine sintió que los brazos de Uther la sostenían por detrás; de lo contrario se habría caído. El padre Columba protestó en voz alta:

—¡No, no puede ser! El duque llegó anoche con algunos de sus hombres. En este momento duerme arriba, en la alcoba de su señora...

—No. —La voz de Merlín, aunque suave, resonó hasta en los últimos rincones del patio. Cogió una de las antorchas, la acercó a la del sacerdote para encenderla y se la entregó a uno de los soldados— El duque traidor nunca llegó a Tintagel como ser viviente. Vuestra señora está aquí, con vuestro rey y señor Uther Pendragón. Hoy mismo los casaréis, padre.

Hubo gritos y murmullos entre los soldados; los criados, habían acudido a la carrera, miraban estupefactos la tosca litera de cuero cosido que introducían en el salón. Igraine rehuyó aquel cuerpo cubierto. El padre Columba descubrió la cara, hizo la señal de la cruz y se apartó, dolorido y furioso.

—Esto es brujería —escupió, blandiendo la cruz entre ellos—. Esta sucia ilusión fue obra tuya, anciano hechicero.

Igraine intervino:

—¡Cuidado, cura, con lo que le dices a mi padre!
Merlín alzó una mano.

—No necesito la protección de ninguna mujer... ni de ningún hombre, señor Uther —dijo—. Y esto no ha sido hechicería. Visteis lo que deseabais ver: el regreso de vuestro señor. Sólo que vuestro señor no era el traidor Gorlois, que había perdido todo derecho sobre Tintagel, sino el verdadero gran rey y señor, que venía a coger lo que era suyo. Limitaos a vuestro sacerdocio, padre; tenéis que officiar un entierro y celebrar una misa nupcial entre vuestro rey y mi señora, a la que ha escogido como esposa.

Igraine, desde los brazos de Uther, devolvió la mirada resentida del cura; sin duda se habría vuelto contra ella, tratándola de bruja y puta, pero el miedo a Uther lo mantuvo callado. El padre Columba le volvió la espalda y se arrodilló junto al cadáver de Gorlois para rezar. Pasado un momento, Uther también se arrodilló; su pelo rubio relucía a la luz de las antorchas. Hizo lo propio a su lado. ¡Pobre Gorlois! «Había recibido la muerte del traidor y la tenía bien merecida, pero la había amado.»

Igraine se disponía a arrodillarse junto a Uther cuando una mano en su hombro se lo le impidió. Merlín la miró a los ojos.

—Así que ha sucedido, Grainné. Tu destino, tal como estaba predicho. Procura afrontarlo con todo tu valor.

Arrodillada junto a Gorlois, rezó por el difunto; después, sollozando, rezó por sí misma y por el destino desconocido que tenían ante ellos. Al contemplar el rostro de Uther, ya tan amado, comprendió que pronto tendría que tomar las riendas de su reino; nunca volvería a ser tan completamente suyo como la noche pasada. Así, arrodillada entre el cadáver de su esposo y el nombre al que amaría durante toda su vida, luchó contra la tentación de aprovecharse de su amor para alejarlo de los deberes de estado, obligándolo a pensar sólo en ella. Pero Merlín no los había unido para su placer; si trataba de conservarlo no haría más que destruirlo. Cuando el padre Columba se levantó para indicar a los soldados que llevaran el cuerpo a la capilla, ella le tocó el brazo. El cura se volvió, impaciente.

—¿Sí, señora?

—Tengo mucho que confesaros, padre, antes de que el duque vaya a su último descanso... y antes de casarme. ¿Queréis oír mi confesión?

Él la miró con el entrecejo fruncido. Por fin dijo:

—Cuando amanezca, señora.

Y se alejó.

Igraine se acercó a Merlín y le miró a los ojos.

—Eres testigo, padre mío, de que a partir de este momento renuncio para siempre a la hechicería. Hágase la voluntad de Dios.

Merlín contempló con ternura su expresión desolada. Su voz sonó más suave que nunca.

—¿Crees que nuestra hechicería puede conseguir algo que no sea voluntad divina, hija mía?

Ella se aferró a algún resto de aplomo, sin el cual se habría echado a llorar como una criatura ante todos aquellos hombres.

—Iré a vestirme, padre, y a ponerme presentable.

—Tienes que recibir este día como corresponde a una reina, hija mía.

Reina. La palabra le causó escalofríos. No obstante, a eso le conducía todo lo que había hecho, para eso había nacido. Subió lentamente la escalera. Tenía que despertar a Morgana y decirle que su padre había muerto; por suerte, la niña era demasiado pequeña para recordarlo o llorar su pérdida.

Mientras llamaba a sus mujeres para que la peinaran y le pusieran los mejores vestidos y joyas, se apoyó una mano inquisitiva en el vientre. De algún modo supo, con el último resto de la magia a la que acababa de renunciar, que de esa única noche en que habían sido sólo amantes, no todavía rey y consorte, nacería el hijo de Uther. Y se preguntó si Merlín lo sabía.

HABLA MORGANA...

Creo que mi primer recuerdo claro es la boda de mi madre con Uther Pendragón. Apenas recuerdo a mi padre. De pequeña, cuando era desdichada, creo recordarlo corpulento, de barba y pelo oscuros; me acuerdo de haber jugado con una cadena que llevaba en torno al cuello. Cuando mi madre o mis maestros me regañaban, o en las raras ocasiones en que Uther reparaba en mí con reprobación, solía consolarme imaginando que mi padre vivía y me sentaba en sus rodillas. Ahora, ya mayor y sabiendo cómo era, sé que probablemente me habría metido en un convento en cuanto hubiera nacido un hermano varón, para no volver a pensar en mí.

No puedo decir que Uther me tratara mal; simplemente, las niñas no le interesaban mucho. Era mi madre quien ocupaba el centro de su corazón, como él el corazón de ella. Eso me molestaba: haber perdido a mi madre por aquel torpe oso rubio. Cuando Uther estaba lejos, haciendo la guerra (y había mucha guerra en mis tiempos de doncella), mi madre se dedicaba a mí; me enseñaba personalmente a hilar y a tejer con colores. Pero en cuanto los hombres de Uther estaban a la vista, yo volvía a mis habitaciones, olvidada hasta su próxima ausencia. No es extraño que le odiara, que detestara con toda el alma la llegada a Tintagel de un jinete con el estandarte del dragón.

Cuando nació mi hermano aún fue peor. Allí estaba aquel niño llorón, rosado y blanco, cogido al pecho de mi madre. Y para colmo de males, ella pretendía que lo amara. «Es tu hermano —decía—; cuídalo bien, Morgana, y ámalolo.» ¿Amarlo? Le odiaba con todo mi corazón, pues ahora, si me acercaba a mi madre, ella se apartaba diciendo que ya era demasiado mayor para sentarme en su regazo, demasiado mayor para pedirle que me atara las trenzas, demasiado mayor para apoyar la cabeza en sus rodillas. Me habría gustado pellizcarlo, a no ser porque eso me hubiera ganado el odio de mi madre. De cualquier modo, a veces parecía odiarme. Y Uther se desvivía por mi hermano, aunque creo que siempre quiso tener otro hijo varón. Nunca me lo dijeron, pero yo lo sabía; tal vez oí comentarios entre las mujeres o quizá tenía el don de la videncia más desarrollado de lo que imaginaba. Sabía que había poseído a mi madre cuando aún era la esposa de Gorlois y algunos pensaban que ese hijo no era suyo, sino del duque de Cornualles.

Nunca comprendí cómo podían pensar tal cosa, pues dicen que Gorlois era moreno y aquilino, mientras que mi hermano era como Uther, rubio y de ojos grises.

Aun en vida de mi hermano, que fue coronado con el nombre de Arturo, oí todo tipo de leyendas sobre cómo recibió ese nombre. Se dice que provenía de Arth-Uther, «el oso de Uther», Pero no es cierto. Cuando era niño lo llamaban Gwydion, el brillante, por su pelo refulgente. El mismo nombre llevaría su hijo más tarde... pero ésa es otra historia. Los hechos son simples: cuando Gwydion tenía seis años lo enviaron al país del norte para que lo educara Héctor, uno de los vasallos de mi padrastro, y Uther quiso que recibiera el bautismo cristiano. Y en el bautismo le dieron el nombre de Arturo.

Pero desde que nació hasta los seis años vivió pegado a mis talones; en cuanto lo destetó, mi madre lo puso en mis manos, diciendo: «Éste es tu hermano; tienes que amarlo y cuidar de él.» Yo habría querido matara aquel pequeño llorón y arrojarlo desde los acantilados, para correr luego tras mi madre implorándole que volviera a ser mía. Pero a ella le importaba mucho la suerte del niño.

Cierta vez, cuando llegó Uther, ella se acicaló como siempre y nos dio a ambos un rápido beso, lista para correr a reunirse con su esposo, radiantes las mejillas. Yo quedé en lo alto de la escalera, llorando, odiando tanto a Uther como a mi hermano. Mientras esperábamos al aya, él echó a andar tras Igraine, diciendo: «¡Madre, madre!», aunque por entonces apenas sabía hablar, pero cayó y se hizo un corte en la barbilla. Llamé a gritos a mi madre, pero ella iba a reunirse con el rey y me regañó con irritación, sin detenerse: «Te dije que cuidaras del pequeño, Morgana.»

Alcé al niño que aullaba y le limpié la barbilla con mi velo. Se había herido el labio con los dientes (creo que sólo tenía ocho o diez, por entonces) y seguía llamando a mi madre. Como ella no vendría, me senté en el peldaño, con él en la falda; el pequeño me echó los bracitos al cuello y escondió la cara en mi pecho. Después de sollozar un rato, se quedó dormido. Me pesaba en el regazo. Tenía el pelo suave y mojado; también tenía mojada otra parte, pero eso no me molestó mucho. Y por su modo de aferrarse a mí comprendí que, en su sueño, había olvidado que no estaba en brazos de su madre. «Igraine nos ha olvidado a los dos —pensé—. Ahora tendré que servirle de madre.»

Lo sacudí un poco. Al despertar se abrazó a mi cuello para que lo llevara en brazos y yo lo apoyé en la cadera, como hacía el aya.

—No llores —le dije—. Te llevaré con el aya.

—Madre —gimoteó.

—Madre se ha ido; está con el rey —dije—. Pero yo cuidaré de ti, hermano.

Y con su manita regordeta en la mía comprendí lo que Igraine había querido decir: yo era demasiado mayor para llorar y llamar a mi madre, pues ahora tenía a un pequeño que cuidar.

Creo que por entonces tenía siete años cumplidos.

Cuando Morgause, la hermana de mi madre, se casó con el rey Lot de Orkney, sólo recuerdo que estrenaba mi primer vestido de mujer y un collar de ámbar y plata. Quería mucho a Morgause, que a menudo tenía tiempo para dedicarme cuando mi madre no lo tenía. Además, me contaba cosas de mi padre (creo que después de su muerte, Igraine no volvió a pronunciar su nombre). Pero también temía a Morgause, pues a veces me pellizcaba y me llamaba «mocosa malcriada». Fue la primera que me hizo llorar con una frase de la que ahora me enorgullezco: «Naciste del pueblo de las hadas. ¿Por qué no te pintas la cara de azul y vistes pieles de ciervo, Morgana de las Hadas?»

Yo sabía poco de los motivos de esa boda tan temprana: sólo que mi madre se alegraba de verla casada y lejos, pues imaginaba que Morgause miraba con lascivia a Uther; probablemente ignoraba que Morgause miraba con lujuria a cuantos hombres se le cruzaban. Durante la boda oí comentar que era gran suerte que Uther se hubiera apresurado a resolver sus diferencias con Lot de Orkney, hasta el punto de entregarle la mano de su cuñada. Lot me parecía encantador; creo que sólo Uther era inmune a ese encanto. Morgause parecía amarlo... o tal vez sólo le parecía conveniente actuar como si lo amara.

Creo que fue allí donde conocí a la Dama de Avalan. También era hermana de mi madre, y descendiente del pueblo antiguo: menuda, morena y radiante, con cintas carmesíes trenzadas en el pelo oscuro. Ya no era joven, pero siempre la vi bella; su voz era grave y sonora. Lo que más me gustaba de ella era que me hablaba como si yo fuera una persona de su edad, sin el tono fingido que usa la mayoría de los adultos para dirigirse a un niño.

Entré en el salón un poco tarde, pues mi aya no pudo trenzarme el pelo con cintas y al final tuve que hacerlo yo misma. Estaba muy ufana con mi vestido color azafrán y mi collar de ámbar; la edad de los corales había quedado atrás. Pero en la mesa principal no había asientos libres; la rodeé, desilusionada, sabiendo que, si en Cornualles era toda una princesa, en la corte real de Caerleon sólo era la hija de la reina y de un hombre que había traicionado a su rey.

De pronto, sentada en un taburete bordado, vi a una mujer morena y menuda (tanto que al principio la tomé por una niña algo mayor que yo). Me alargó los brazos, diciendo:

—Ven aquí, Morgana. ¿Te acuerdas de mí?

No la recordaba, pero observé su cara morena y radiante con la sensación de que la conocía desde el principio de los tiempos. Se sentó sonriendo en un extremo del taburete para hacerme sitio. Entonces me di cuenta de que no era una niña, sino una señora.

—Ninguna de las dos es muy grande —dijo—. Creo que aquí cabemos las dos.

Desde aquel momento la amé, tanto que a veces me sentía culpable, pues el padre Columba me había dicho que había que honrar a padre y madre por encima de todos los demás. Durante todo el banquete de bodas estuve sentada junto a Viviana; descubrí que había criado a Morgause: la madre de ambas había muerto en ese parto y Viviana la amamantó corno a su hija. Eso me fascinó, pues me había enfurecido que Igraine alimentara a mi hermano de su pecho en vez de entregarlo a una nodriza. Uther decía que era indigno de una reina y yo estaba de acuerdo. Supongo que estaba celosa, aunque me habría avergonzado reconocerlo.

—Tu madre, mi abuela, ¿era reina? —le pregunté, pues vestía tan lujosamente como Igraine y las demás reinas del norte.

—No, Morgana, no era reina sino una gran sacerdotisa, la Dama del Lago. Ahora yo soy la Dama de Avalón en su lugar. Puede que algún día tú también seas sacerdotisa. Llevas la sangre antigua y es posible que tengas también el don de la videncia.

—¿Qué es la videncia?

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Igraine no te lo ha explicado? Dime, Morgana, ¿sueles ver cosas que los demás no ven ?

—Constantemente —dije, comprendiendo que aquella mujer me conocía muy bien—. Pero el padre Columba dice que es obra del diablo. Y madre me ha dicho que tengo que guardar silencio, pues esas cosas no son correctas en una corte cristiana, y que si Uther se entera me enviará a un convento. No quiero entrar en un convento, vestirme de negro y no reír nunca más.

Viviana dijo una palabra que de ser pronunciada por mí, mi aya me habría lavado la boca con el cepillo de los suelos.

—Escucha, Morgana: tu madre tiene razón en cuanto a que no tienes que mencionar estas cosas al padre Columba. Pero cree siempre en lo que te revele la videncia, pues viene a ti directamente desde la Diosa.

—¿La Diosa es lo mismo que la Virgen María, madre de Dios?

Ella frunció el entrecejo.

—Todos los dioses son un mismo Dios y todas las diosas una misma Diosa. La Gran Diosa no se ofenderá si le das el nombre de María, que era buena y amaba a la humanidad Escucha, querida mía: ésta no es conversación para una fiesta. Pero te juro que, mientras haya un soplo de vida en mi cuerpo, no ingresarás en un convento, diga Uther lo que diga. Ahora que sé de tu videncia moveré cielo y tierra, si es necesario, para llevarte a Avalón. ¿Guardaremos este secreto entre las dos, Morgana? ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dije.

Ella se inclinó para besarme en la mejilla.

—Escucha: los arpistas comienzan a tocar para que se baile. ¿Verdad que Morgause está hermosa con su vestido azul?

9

Un día de primavera, durante el séptimo año del reinado de Uther Pendragón en Caerleon, Viviana, sacerdotisa de Avalón y Dama del Lago, salió al atardecer para mirar en su espejo mágico.

Aunque la tradición, de la cual la Dama era sacerdotisa, era más antigua que la de los druidas, compartía con éstos uno de sus dogmas de fe: las grandes fuerzas creadoras del Universo no podían ser dignamente veneradas en una casa construida por manos humanas, ni el Infinito contenido en nada fabricado por el hombre. Por lo tanto, el espejo de la Dama no era de bronce, ni siquiera de plata.

Detrás de ella se elevaban los muros de piedra gris del antiquísimo templo del Sol, construido por los Refulgentes que llegaron de la Atlántida siglos atrás. Ante ella se extendía el gran lago, rodeado de altos y ondulantes cañaverales y envuelto en la bruma que, aun en los días de sol, cubría ahora la tierra de Avalón. Sin embargo, más allá del lago había islas y más lagos, y el conjunto que formaban era llamado el país del Estío, porque en verano los pantanos y marismas se secaban y las tierras emergían. Pero la isla de Avalón permanecía eternamente rodeada de nieblas, oculta a la vista de todos, salvo de los fieles, y para los peregrinos del monasterio al que los monjes cristianos llamaban Pueblo de Cristal, el templo del Sol era

invisible, como si estuviera en otro extraño mundo. Si Viviana usaba su videncia, llegaba a ver la iglesia que habían construido.

Existía allí desde hacía mucho tiempo. Merlín le había contado que un pequeño grupo de sacerdotes había llegado a aquel lugar desde el sur, llevando a su profeta nazareno para que fuera educado en la morada de los druidas; y la historia dice que el mismo Jesús fue educado allí, donde una vez estuvo el templo del Sol, y que aprendió toda la sabiduría de aquéllos. Años después, cuando Cristo fue sacrificado, uno de sus discípulos regresó allí y clavó su cayado en el suelo de la colina santa, donde se convirtió en el espino que florece, no sólo a principios de verano, como todos los espinos, sino entre la nieve invernal. Y los druidas, en memoria del gran profeta que también conocieron y amaron, permitieron que José de Arimatea construyera, en la misma isla Sagrada, una capilla y un monasterio en honor de su Dios, pues todos los dioses son uno solo.

Durante un tiempo, cristianos y druidas convivieron adorando al Único, pero después llegaron los romanos; aunque tenían fama de tolerar las deidades locales, fueron implacables con los druidas: talaron y quemaron sus bosques sagrados y divulgaron falsamente que hacían sacrificios humanos. El verdadero crimen de los druidas había sido, desde luego, alentar a la gente a no aceptar las leyes y la paz de los romanos. Fue entonces cuando, en un gran acto de magia, a fin de proteger el último refugio de su preciada escuela, los druidas efectuaron el último cambio importante, el que retiró la isla de Avalón del mundo humano. Ahora estaba escondida entre las brumas, salvo para los iniciados o para aquellos a quienes se revelaban los caminos secretos del lago. Las Tribus sabían que estaba allí y allí practicaban su culto. Los romanos, cristianos desde los tiempos de Constantino, creían que los druidas habían sido eliminados por su Cristo, sin saber que los pocos que quedaban vivían y transmitían su antigua sabiduría en la tierra escondida.

Aunque todavía había luz suficiente para ver bien, la Dama había llevado consigo una pequeña lámpara de llama vacilante. Volviendo la espalda a los juncales y a los pantanos salobres, caminó tierra adentro, dejando atrás las antiguas columnas, ya podridas, sobre las que los antiguos habitantes habían construido sus casas a la orilla del lago, en tiempos remotos.

Su pequeña lámpara titilaba, haciéndose cada vez más visible en la oscuridad; por encima de los árboles asomó el arco creciente de la luna, apenas visible, como el collar de plata que rodeaba el cuello de la Dama. Continuó ascendiendo lentamente por el viejo sendero de las procesiones hasta llegar al estanque del espejo, formado entre grandes y antiquísimas piedras.

El agua clara reflejaba el arco de la luna y la diminuta lámpara de la sacerdotisa. Se inclinó para hundir la mano en el agua y bebió; estaba prohibido sumergir allí objetos contruidos por el hombre, aunque más arriba, donde el agua borboteaba de un manantial, los peregrinos podían llenar botellas y jarras.

Después de beber, con el respeto y la reverencia de siempre, Viviana dejó la lámpara en una roca plana, cerca de la orilla, a fin de que su luz se reflejara en el agua. Allí estaban los cuatro elementos: el fuego en su lámpara, el agua de la que había bebido, la tierra que pisaba, y una brisa errática que, como de costumbre, vio rizando la superficie del estanque al invocar los poderes del aire.

Dedicó un momento a la meditación. Luego se formuló la pregunta que iba a consultar con el espejo mágico:

«¿Cómo está Britania? ¿Cómo está mi hermana? ¿Y su hija, sacerdotisa nata? ¿Y el hijo que es la esperanza de Britania?»

Por un momento, al agitar el viento la superficie del estanque, sólo vio imágenes confusas: fugaces y borrosas escenas de batallas, el estandarte del dragón y sus Tribus combatiendo junto a Uther; Igraine, vestida y coronada como la había visto personalmente. Y por fin, en un atisbo que le aceleró el corazón, vio llorar a Morgana y, en un segundo y terrorífico atisbo, una criatura rubia que yacía inmóvil, inconsciente... ¿muerta o viva?

Luego, la luna se perdió de vista detrás de la bruma y la visión desapareció. Pese a todos sus intentos, Viviana no pudo invocar otra cosa que dudosas y momentáneas imágenes: Morgause con su segundo hijo

varón en brazos; Lot y Uther paseándose por un gran salón e intercambiando palabras furiosas, y el confuso recuerdo del niño magullado y moribundo. Pero todas esas cosas, ¿habían sucedido o eran sólo una advertencia de cosas venideras?

Mordiéndose los labios, Viviana se inclinó, arrojó el aceite restante a la superficie del estanque (el aceite quemado para la videncia no se podía usar después con fines mundanos) y bajó apresuradamente a la morada de las sacerdotisas.

Una vez allí llamó a su criada.

—Prepáralo todo para partir con la primera luz —dijo—; que mi novicia esté lista para prestar servicio hasta la luna llena, pues antes de que pase un día más tengo que estar en Caerleon. Envía recado a Merlín.

10

Viajaban sobre todo en las primeras horas del día, y a mediodía se ocultaban para volver a partir al crepúsculo. Aunque entonces el país estaba en paz, pues la guerra se libraba lejos, a veces, en el este, bandas de nórdicos o sajones caían sobre una aldea o una villa aislada. También los viajeros, a menos que llevaran custodia armada, andaban con cautela y sin confiar en nadie.

Viviana esperaba encontrar la corte de Uther medio desierta, abandonada a las mujeres, niños y quienes no podían combatir, pero desde lejos vio flamear el estandarte del dragón; eso significaba que el rey estaba en su residencia. Apretó los labios; Uther no sentía afecto ni confianza por los druidas de la isla Sagrada. Sin embargo, era ella quien lo había puesto en el trono, pese a su antipatía, porque era el mejor de los líderes de la isla. Y, de algún modo, su obligación era colaborar con él. Al menos no era un cristiano tan fervoroso que se dedicara a eliminar otras religiones. «Mejor tener por gran rey a un hombre sin dios que a un fanático religioso», pensó.

Desde su última visita habían elevado aún más la muralla fortificada, y los centinelas apostados sobre ella le dieron la voz de alto. Les había indicado a sus hombres que no mencionaran sus títulos; sólo tenían que decir que era la hermana de la reina. No era momento oportuno para exigir el respeto debido a la Dama de Avalón.

Les hicieron cruzar el patio, cubierto de hierbas crecidas. En algún lugar se oían los golpes en el yunque de un herrero. Algunos pastores, toscamente vestidos con pieles, estaban guardando a las ovejas. Viviana reconoció los preparativos para un sitio y enarcó las cejas.

Pocos años antes, en Tintagel, Igraine había corrido a su encuentro. Ahora fue un bien ataviado chambelán manco (sin duda, veterano al servicio de Uther) quien la recibió con una solemne reverencia y la condujo a una alcoba de la planta superior.

—Lo siento, señora —dijo—, pero estamos escasos de espacio. Tendréis que compartir esta habitación con dos de las damas de la reina.

—Será un honor —dijo Viviana, gravemente.

—Os enviaré a una criada. Si necesitáis algo, no tenéis más que pedirselo.

—Sólo necesito un poco de agua para lavarme. Y saber cuándo podré ver a mi hermana.

El veterano manco se mostró entonces menos formal, más humano.

—Señora, no dudo que la reina os recibiría de inmediato, pero habéis venido en un momento de tribulación y peligro. Esta mañana, el joven príncipe Gwydion se cayó de un caballo que no debería haber montado; la reina no se aparta de su lado ni por un instante.

—¡Por la Diosa! ¡Entonces he llegado demasiado tarde! —susurró Viviana para sus adentros. Y dijo en voz alta—: llévame de inmediato ante ellos. Soy hábil en el arte de curar y estoy segura de que Igraine mandaría por mí si supiera que he venido.

El chambelán le hizo una reverencia.

—Venid por aquí, señora.

Viviana lo siguió, sin haber tenido tiempo para cambiarse la ropa de viaje. El chambelán se detuvo ante una puerta.

—Molestar a la reina me costaría la cabeza. No deja siquiera que sus damas le traigan de comer o beber.

Viviana empujó la pesada puerta y entró en la habitación. El silencio era mortal; Igraine, pálida y demacrada, con la ropa arrugada, estaba arrodillada junto al lecho, como una figura de piedra. Un sacerdote de sotana negra murmuraba oraciones. Aunque se movió con suavidad, la reina la oyó.

—¿Cómo osáis...? —comenzó en un susurro furioso. Pero se interrumpió—. ¡Viviana! ¡Dios debe de haberte enviado!

—Recibí un aviso de que podías necesitarme. —No había tiempo para hablar de visiones mágicas—. No, Igraine, llorar no sirve de nada. Deja que le examine para ver si es grave.

—El médico del rey...

—... Es probablemente un anciano necio que sólo sabe preparar pócimas con estiércol de cabra—completó Viviana, tranquilamente—. Yo curaba heridas de este tipo cuando tú aún llevabas pañales, Igraine. Deja que vea al niño.

Sólo una vez, brevemente, cuando tenía tres años, había visto al hijo de Uther, y se parecía a cualquier otro pequeño rubio y de ojos azules. Ahora tenía una estatura desacostumbrada a su edad: piernas y brazos delgados, pero musculosos, muy arañados por espinas y abrojos, como los de cualquier chico inquieto. Al apartar las mantas vio los grandes cardenales.

—¿Escupió sangre?

—No, nada. La sangre que tenía en la boca era de un diente perdido, que de todas maneras estaba flojo.

Efectivamente, Viviana vio el labio magullado y un hueco en la dentadura. Más grave era la moradura de la sien, que le causó un momento de verdadero temor. ¿Terminarían así todos sus planes?

Deslizó los dedos por la cabeza de su sobrino; al tocar el cardenal vio que el niño hacía un gesto de dolor. Era la mejor señal: si hubiera hemorragia dentro del cráneo, a esas horas el niño estaría sumido en un sueño tan profundo que no habría sentido ningún dolor. Le dio un fuerte pellizco en el muslo y él gimió en sueños.

—¡Le estás haciendo daño! —protestó Igraine.

—No —corrigió su hermana—. Estoy tratando de averiguar si va a sobrevivir. Y vivirá, créeme. —Le dio una suave palmada en la mejilla; en aquel momento el niño abrió los ojos—. Traedme la vela.

La movió lentamente ante el niño, que la siguió con los ojos; luego volvió a cerrarlos, con un gemido de dolor.

Viviana se levantó.

—Cuida de que esté quieto. Durante un día o dos que no coma nada sólido, sólo agua o sopa. Y no remojes su pan en vino: sólo en caldo o leche. En tres días estará corriendo por toda la casa.

—¿Cómo lo sabéis? —interpeló el cura.

—Porque tengo experiencia en el arte de curar. ¿Cómo, si no?

—¿No sois una hechicera de la isla de las Brujas?

Viviana rió delicadamente.

—En absoluto, padre. Soy una mujer que, como vos, ha dedicado su vida al estudio de las cosas sagradas. Y Dios ha querido darme cierta habilidad para curar.

También podía utilizar la jerga de los cristianos. Sabía muy bien, aunque ellos lo ignoraran, que el Dios al que ambos adoraban era más grande y con menos prejuicios que un sacerdote cualquiera.

—Tengo que hablar contigo, Igraine. Acompáñame.

—Quiero estar aquí cuando vuelva a despertar. Me necesita...

—Tonterías. Llama a su aya. He de hablarte de algo importante.

Igraine la fulminó con la mirada.

—Que Isolda se siente junto a él —ordenó a una de las mujeres, antes de seguir a Viviana al pasillo.

—¿Cómo ha ocurrido esto, Igraine?

—No estoy segura..., dicen que montó el potro de su padre... Estoy confundida. Sólo sé que lo trajeron como si estuviera muerto.

—Y sólo por suerte no lo estaba —apuntó la sacerdotisa, sin rodeos—. ¿Así cuida Uther la vida de su único hijo?

—No me regañes, Viviana... he tratado de darle otros hijos. —La voz de Igraine temblaba—. Pero no puedo. Creo que es un castigo por mi adulterio.

—¿Estás loca? —estalló su hermana. Pero se contuvo. No era justo sermonearla cuando estaba afligida por su hijo enfermo—. He venido porque vi que el niño o tú estabais en peligro. Pero de eso hablaremos después. Llama a tus mujeres, cámbiate de ropa... ¿desde cuándo no comes?

—No sé. Creo que anoche comí un poco de pan y vino.

—Bueno, llama a tus mujeres y come algo —ordenó Viviana, impaciente—. Todavía traigo el polvo del viaje. Deja que vaya a lavarme y a vestirme decorosamente. Después hablaremos.

En su habitación habían encendido el fuego. Delante del hogar, sentada en un escabel, vio a una mujer pequeña, vestida con un atuendo tan oscuro y sencillo que Viviana la tomó por una de las criadas. Luego notó que la tela era finísima y el tocado, hilo bordado; entonces reconoció a la hija de Igraine.

—Morgana —dijo, besándola. La niña ya era casi tan alta como ella—. Te recordaba como una niña, pero eres casi una mujer.

—Me enteré de que habías venido, tía, y quise darte la bienvenida, pero me dijeron que habías acudido de inmediato al lecho de mi hermano. ¿Cómo está, señora?

—Lleno de golpes y magulladuras, pero se repondrá sin más tratamiento que el reposo —aseguró Viviana—. De tu madre no he logrado más que sollozos y gimoteos. ¿Podrías tú decirme cómo sucedió? ¿No hay nadie aquí que pueda cuidar debidamente de una criatura?

Morgana se retorció los dedos.

—No sé muy bien lo que pasó. Mi hermano es un niño valiente y siempre quiere montar caballos demasiado rápidos y fuertes para él, pero Uther ha dado órdenes de que sólo salga acompañado por un mozo de cuadra. Ese día, como su poni estaba cojo, pidió otro caballo. Lo que no se sabe es cómo llegó a montar el potro de Uther, al que le está prohibido acercarse. Aun así, dicen que Gwydion se mantuvo en la montura como una oveja en el *zarzal*, hasta que alguien soltó una yegua en celo. Tampoco hemos podido descubrir quién dejó libre a la yegua. Por supuesto, el potro fue tras ella y tiró a mi hermano en un abrir y cerrar de ojos.

—La carita morena y deslucida se estremeció—. ¿De verdad va a sobrevivir?

—De verdad.

—¿Alguien ha mandado aviso a Uther? Mi madre y el cura dijeron que de nada serviría su presencia junto al enfermo.

—Supongo que Igraine se ocupará de eso.

—Supongo.

Viviana sorprendió una sonrisa cínica en la cara de la niña. Obviamente, Morgana no le tenía ningún cariño a Uther, y no pensaba mejor de su enamorada madre. Sin embargo, era lo bastante responsable para recordar que era preciso dar al rey noticias de su hijo. No era una joven cualquiera.

—¿Qué edad tienes, Morgana? Los años pasan tan deprisa que ya no lo recuerdo.

—A comienzos del verano cumpliré once.

«Suficiente para iniciar el aprendizaje de sacerdotisa», pensó Viviana. Entonces cayó en la cuenta de que aún llevaba puesta la ropa de viaje.

—Morgana, ¿puedes ordenar a las criadas que me traigan un poco de agua para lavarme y que me ayuden a ponerme presentable?

—El agua ya está aquí, en el caldero del hogar —dijo Morgana. Luego añadió tímidamente—: Y para mí será un honor atenderte personalmente, señora.

—Como gustes.

Viviana dejó que su sobrina la ayudara a lavarse y escogió un vestido verde. Morgana tocó el paño con dedos admirados.

—Qué hermoso tinte. Nuestras mujeres no saben conseguir un verde tan bonito. Dime, ¿qué usáis para lograrlo?

—Sólo glasto, hierba pastel.

—Pero con esa planta sólo se hacen tintes azules.

—Ésta se prepara de otro modo. Más tarde hablaremos de tintes, si te interesan las hierbas —prometió Viviana—. Ahora tenemos otros asuntos que tratar. Dime: ¿tu hermano es dado a escapadas como ésta?

—En realidad, no. Es fuerte y robusto, pero muy dócil —dijo Morgana—. Dice que, como futuro guerrero, su primera obligación es respetar las órdenes. Por eso no me explico que haya montado a *Trueno*. Pero aun así, no se habría herido si no...

Viviana asintió con la cabeza.

—Me gustaría saber quién soltó a esa yegua y por qué.

La niña dilató los ojos al comprender lo que aquello implicaba. Su tía, que la observaba, dijo:

—Piensa: ¿ha tenido otros roces con la muerte?

Morgana vaciló.

—Tuvo la fiebre estival... pero ese año la tuvieron todos los niños. Uther dijo que no tenía que jugar con los niños de los pastores; murieron cuatro de ellos. Pero una vez fue envenenado.

—¿Envenenado?

—Isolda (y yo le confiaría mi vida, señora) jura que sólo puso hierbas inofensivas en la sopa. Sin embargo, cayó enfermo, como si le hubieran añadido setas venenosas. Pero ¿cómo pudo suceder? Ella sabe distinguir las comestibles de las otras, y todavía tiene buena vista. ¿Crees que alguien está conspirando contra la vida de mi hermano, señora Viviana?

La sacerdotisa la atrajo hacia sí.

—Vine porque recibí una advertencia. Aún no he preguntado de dónde viene el peligro; no tuve tiempo. ¿Todavía tienes la videncia, Morgana? La última vez que nos vimos me dijiste...

La niña bajó la mirada al suelo, ruborizada.

—Me ordenaste no hablar de eso. E Igraine dice que tengo que pensar en cosas reales, no en sueños, así que he tratado...

—De momento, Igraine tiene razón: no tienes que hablar ociosamente de estos temas con los que sólo han nacido una vez. Pero conmigo puedes hablar siempre libremente. Mi videncia sólo puede enseñarme lo que

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

incumbe a la seguridad de la isla Sagrada, pero el hijo de Uther es hijo de tu madre y, por medio de ese vínculo, tu videncia podrá determinar quién trata de matarlo. Bien saben los dioses que Uther tiene muchos enemigos.

—Pero no sé utilizarla.

—Yo te enseñaré, si lo deseas —dijo Viviana.

La niña levantó la mirada, atemorizada.

—Uther ha prohibido hechicerías en su reino.

—Uther no es mi amo —replicó la sacerdotisa lentamente—. Y nadie puede mandar sobre la conciencia de otra persona. Sin embargo... ¿crees que es ofender a Dios tratar de descubrir si alguien conspira contra tu hermano?

—No, no creo que sea malo. —Morgana tragó saliva. Finalmente dijo—: Y no creo que tú me indujeras a hacer nada incorrecto, tía.

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Viviana. ¿Qué había hecho para ganar aquella confianza? Lamentaba con toda el alma que esa niña no fuera su hija, la que nunca había podido ofrecer a la isla Sagrada.

«¿Estoy dispuesta a ser implacable también con ella? ¿Puedo adiestrarla con rigor o mi cariño me hará menos inflexible de lo necesario para preparar a una suma sacerdotisa? ¿Puedo usar su amor por mí, que no merezco, para ponerla a los pies de la Diosa?»

Usando años de disciplina, esperó a que su voz sonara límpida y perfectamente firme.

—Así sea, pues. Tráeme un cuenco de plata o de bronce, totalmente limpio y restregado con arena, y llénalo de agua de lluvia fresca. Una vez que hayas terminado, no hables con nadie, hombre o mujer.

Serenamente sentada junto al fuego, aguardó el regreso de Morgana.

—Tuve que restregarlo yo misma —dijo la niña, ofreciéndole una jofaina reluciente, llena hasta el borde de agua limpia.

—Ahora suéltate el pelo, Morgana.

La miró con curiosidad, pero Viviana dijo con voz severa:

—Sin preguntas.

Morgana se quitó la horquilla de hueso y largos mechones, gruesos, oscuros y completamente lacios, cayeron en masa en los hombros.

—Ahora quítate todas las joyas y ponlas aquí, lejos de la jofaina.

La niña tiró de los dos pequeños anillos sobredorados que llevaba en un dedo y desprendió el broche de su sobreveste. Sin comentarios, Viviana le ayudó a quitársela. Luego, abrió un saquito que llevaba colgado al cuello y sacó una pequeña cantidad de hierbas molidas que despedían un olor dulzón. Después de echar unos cuantos pellizcos en el agua, dijo en tono grave y neutro:

—Mira dentro del agua, Morgana. Serena tu mente y dime qué ves.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Su sobrina se arrodilló frente al cuenco, mirando atentamente la superficie clara. El cuarto estaba muy silencioso, tanto que se oía el leve chirriar de algún insecto en el patio. Entonces Morgana dijo, con voz vacilante:

—Veo una barca. Tiene colgaduras negras y en ella van cuatro mujeres... Cuatro reinas, pues llevan corona... y una de ellas eres tú... ¿o yo?

—Es la barca de Avalón —explicó Viviana—. Sé lo que ves. —Pasó levemente la mano por el agua—. Mira otra vez, Morgana.

En esa ocasión el silencio fue más prolongado. Al fin, la niña dijo:

—Veo ciervos, una gran manada de ciervos, y un hombre entre ellos con el cuerpo pintado... Lo atacan con los cuernos..., oh, ha caído, lo matarán...

Su voz tembló otra vez y Viviana volvió a pasar la mano por la superficie del agua.

—Basta —ordenó—. Ahora verás a tu hermano.

Volvió a quedar en silencio, un silencio que se alargaba pesadamente. Viviana sintió el cuerpo entumecido por la tensión de la inmovilidad, pese a la disciplina aprendida. Por fin Morgana murmuró:

—Qué inmóvil está... pero respira y pronto despertará. Veo a mi madre... No, no es mi madre, es tía Morgause, con todos sus hijos... Son cuatro..., qué extraño, todos llevan corona... y hay otro que tiene una daga... ¿por qué es tan joven? ¿Es hijo suyo? Oh, va a matarlo, va a matarlo... ¡Oh, no!

Su voz se elevó hasta el grito. Viviana la tocó en el hombro.

—Basta —dijo—. Despierta, Morgana.

La niña cabeceó como un cachorro que se desperezara después del descanso.

—¿He visto algo? —preguntó.

Su tía asintió con la cabeza.

—Algún día aprenderás a ver y recordar —dijo—. Por ahora es suficiente.

Ya estaba preparada para enfrentarse a Uther y a Igraine. Hasta donde ella sabía, Lot de Orkney era un hombre honorable y había jurado apoyar a Uther. Pero si el Pendragón moría sin heredero... Morgause ya le había dado dos hijos varones y probablemente habría más, puesto que la niña había visto cuatro. En el pequeño reino de Orkney no había lugar para cuatro príncipes. Al llegar a la edad adulta los hermanos se arrancarían mutuamente los ojos. Y Morgause... Viviana recordó con un suspiro la desmedida ambición de su hermana menor. Si Uther moría sin heredero, el candidato más lógico para el trono sería Lot, el cuñado de la reina. Sería el gran rey y sus hijos, herederos de los reinos menores.

¿Se rebajaría Morgause a conspirar contra la vida de un niño? Viviana no quería pensar eso de la criatura que ella misma había amamantado. Pero Morgause y Lot, juntos, con sus ambiciones... No sería difícil sobornar a un mozo de cuadra o introducir a uno de sus hombres en la corte de Uther, con órdenes de poner al niño en peligro con toda la frecuencia posible.

«Todos nuestros planes pudieron haber fracasado en un momento.»

A la hora de la cena encontró a Uther solo a la mesa principal, mientras los vasallos y los criados comían pan con tocino en otra. Se levantó para saludarla cortésmente.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—Igraine aún está con su hijo, cuñada; le imploré que se acostara, pero dijo que dormirá cuando el niño recobre la conciencia.

—Ya he hablado con ella, Uther.

—Ah, sí, me dijo que le disteis vuestra palabra de que vivirá. ¿Os parece prudente? Después de eso, si muriera...

Estaba ojeroso y preocupado. No parecía haber envejecido desde su boda con Igraine; su pelo era tan rubio que nadie sabía si estaba encanecido o no. Vestía lujosamente y se afeitaba a la manera romana. Aunque no portaba corona, lucía en los brazos dos ajorcas de oro puro y un collar del mismo material.

—Esta vez no morirá. Tengo alguna experiencia en lesiones de cabeza. Y los golpes del cuerpo no llegan a los pulmones. En uno o dos días estará corriendo.

Uther se relajó un poco.

—Si descubro quién soltó la yegua... ¡Tendría que despellejarlo a azotes por haber montado a *Trueno*

—No tendría sentido. Ya ha pagado el precio de su desobediencia —dijo Viviana—. Pero tendríais que tenerlo más vigilado.

—No puedo hacerlo vigilar día y noche —dijo Uther con mala cara—. Me ausento con mucha frecuencia para hacer la guerra. Y un niño tan mayor no puede vivir pegado a las faldas de su aya. No es la primera vez que estamos a punto de perderlo.

—Eso me dijo Morgana.

—Mala suerte, mala suerte. El hombre que sólo tiene un hijo varón está siempre a merced de cualquier golpe de mala suerte. Pero estoy faltando a la cortesía. Sentaos a mi lado y compartid mi plato, si deseáis. Sé que Igraine deseaba mandaros llamar y le di autorización para enviar a un mensajero. Pero habéis acudido mucho antes de lo que podíamos imaginar. ¿Es cierto, pues, que las brujas de la isla Sagrada pueden volar?

Viviana rió entre dientes.

—¡Ojalá pudiera! ¡Así no habría destrozado en el pantano dos pares de buen calzado! —Cogió un trozo de pan y algo de mantequilla— Vos, que lleváis serpientes en las muñecas, tendríais que saber que no se puede dar crédito a esas viejas tabulas. Pero entre Igraine y yo hay un vínculo de sangre y cuando me necesita, lo sé.

Uther apretó los labios.

—Demasiado he tenido de sueños y brujerías. No quiero más en toda mi vida.

Eso acalló a su cuñada, tal como él pretendía. Viviana se dejó servir cordero salado y habló cordialmente sobre las verduras frescas, las primeras del año. Después de comer con mesura dejó su cuchillo, diciendo:

—No importa cómo llegué aquí, Uther: fue buena suerte y eso es señal de que vuestro hijo está bajo la protección de los dioses porque será imprescindible.

—No puedo esperar mucho más de la buena suerte —dijo él, con voz tensa—. Si en verdad sois hechicera, cuñada, os ruego que deis a Igraine alguna pócima contra la esterilidad. Cuando nos casamos pensé que me daría muchos hijos, pero sólo hemos tenido uno y ya tiene seis años.

«Está escrito en las estrellas que no tendrás otro varón», pensó Viviana, pero en cambio dijo:

—Hablaré con Igraine para asegurarme de que no sea alguna enfermedad lo que le impide concebir.

—Oh, concibe sin dificultad, pero no puede gestar a la criatura durante más de una o dos lunas. Y uno que llegó a nacer se desangró cuando le cortaron el cordón umbilical —explicó Uther, ceñudo—. Tal vez fuera lo mejor, porque era deforme. Si pudierais hacerle algún hechizo para lograr un hijo sano... No sé si creo en esas cosas, pero estoy dispuesto a asirme a un clavo ardiendo.

—No cuento con esos hechizos —dijo Viviana compadecida—. Y en todo caso, no puedo entrometerme en el destino. ¿No os lo ha dicho vuestro sacerdote?

—Oh, sí. Pero mi sacerdote no tiene que gobernar un reino que caerá en el caos si muero sin heredero. ¡Ésa no puede ser la voluntad de Dios!

—Nadie sabe cuál es la voluntad de Dios. Pero me parece obvio que tenéis que cuidar la vida de este pequeño, puesto que ha de ocupar el trono.

Uther apretó los labios.

—Dios no lo permita —dijo—. El niño es bueno y prometedor, pero no puede heredar el trono de Britania. Todo el mundo sabe que fue engendrado cuando Igraine aún estaba casada con Gorlois. Y nació una luna antes de lo que habría debido. Claro que era pequeño y debilucho, como los niños que salen del vientre antes de tiempo, pero no puedo dar esas explicaciones a todos los que estaban contando con los dedos, ¿verdad?

—Se parece mucho a vos —observó Viviana—. ¿Creéis que en esta corte todos son ciegos?

—¿Y los que nunca han estado en la corte? No: es preciso que tenga un heredero de nacimiento sin mácula. Igraine tiene que darme un hijo varón.

—Dios así lo quiera —dijo la sacerdotisa—. Pero no podéis imponerle vuestra voluntad ni permitir que se pierda la vida de Gwydion. ¿Por qué no lo enviáis a Tintagel? Si lo mandáis tan lejos, a cargo de vuestro vasallo de mayor confianza, todos pensarán que es realmente hijo de Gorlois y que no tenéis la intención de nombrarlo gran rey. Tal vez así no se molesten en conspirar contra él.

Uther frunció el entrecejo.

—Aunque lo enviara a Roma o al país de los godos, sólo estará a salvo cuando Igraine me haya dado otro hijo varón.

—Y con los peligros del viaje, eso no es práctico —reconoció Viviana—. Tengo otra sugerencia. Enviadlo a Avalón. Allí nadie puede entrar, salvo los fieles que sirven a la isla Sagrada, y aprenderá todo lo que tiene que saber sobre la historia de este país, su destino y el de Britania. Ninguno de vuestros enemigos sabe dónde está la isla; en Avalón no sufriría ningún daño.

—Así estaría a salvo, pero no es posible, por razones prácticas. Mi hijo ha de ser educado en la fe cristiana. La Iglesia es poderosa y no aceptaría a ningún rey...

—¿No habéis dicho que no puede sucederos? —observó con sequedad.

—Bueno, la posibilidad existirá mientras Igraine no tenga otros varones —manifestó el rey desesperado—. Si se educa entre los druidas... Los sacerdotes dirán que eso es maligno.

—¿Os parezco maligna, Uther? ¿Os lo parece Merlín?

Le miraba directamente a los ojos. Él bajó la mirada.

—No, por supuesto. Pero yo también desconfío de la magia de Avalón. —Con un gesto nervioso, tocó las serpientes tatuadas en sus brazos—. En aquella isla vi cosas que harían palidecer a cualquier cristiano. Y cuando mi hijo sea hombre, toda esta isla será cristiana. No habrá necesidad de que el rey entienda de esas cosas.

Viviana tuvo deseos de gritarle: «¡Estúpido! No fueron tus curas cristianos los que te pusieron en ese trono, sino Merlín y yo.» Pero de nada serviría discutir.

—Tenéis que hacer lo que vuestra conciencia os indique, Uther. Pero os ruego que lo pongáis bajo la tutela de alguien de confianza en un lugar secreto. Divulgad que preferís criarlo en el anonimato, lejos de los halagos que rodean en la corte a un príncipe; eso es muy común. Haced creer que va a la baja Britania, como mi hijo Galahad, que pronto irá a educarse en la corte de Ban, su padre. Luego enviádselo a uno de vuestros vasallos más pobres y dignos de confianza.

Uther asintió lentamente.

—Para Igraine será un gran dolor separarse del niño —dijo—, pero un príncipe tiene que ser educado como convenga a su futuro y adiestrado en cuestiones militares. Ni siquiera a vos, cuñada, os diré dónde he de enviarlo.

Viviana sonrió para sí, pensando: «¿De verdad crees que podrías ocultármelo si yo deseara saberlo?» Pero era demasiado diplomática para decirlo en voz alta.

—Tengo otro favor que pidiros, cuñado —dijo—. Dadme a Morgana para que la eduque en Avalón.

Él la miró fijamente y negó con la cabeza.

—Imposible.

—¿Qué es imposible para un gran rey, Pendragón?

—Para Morgana sólo hay dos caminos posibles. Casarse con un hombre completamente leal a mí o, si no encuentro a semejante aliado, tomar el hábito de monja.

—No parece lo bastante religiosa para ser buena monja.

Uther se encogió de hombros.

—Con la dote que puedo darle, cualquier convento la aceptará con gusto.

De pronto Viviana se enfureció. Con la mirada clavada en el rey, dijo:

—¿Creéis poder conservar este reino por mucho tiempo sin la buena voluntad de las Tribus, Uther? A ellas no les interesa vuestro Cristo ni vuestra religión. Respetan Avalón. Os juraron Ciencia, pero si Avalón os retira su apoyo... Así como os encumbramos, Uther, así podemos abatiros.

—Grandes palabras, señora, pero ¿podéis cumplir vuestra amenaza? —contraatacó él—. ¿Haríais eso por una simple niña que, por añadidura, es hija de Cornualles? —ponedme a prueba.

Esta vez no bajó la mirada, la irritación le hizo mantenerla fija en ella. Era un adversario digno de su acero y Viviana decidió intentar que entrara en razón.

—Escuchadme, Uther. La niña tiene el don de la videncia; es innato. No hay modo de que pueda escapar de lo Invisible: la seguirá dondequiera que vaya. Y al jugar con esas cosas será tachada de bruja. ¿Es eso lo que deseáis para una princesa de vuestra corte?

—¿Dudáis que Igraine sea capaz de criar a su hija como conviene a una cristiana? En todo caso, tras los muros de un convento no podrá hacer ningún daño.

—¡No! —exclamó la Dama, en voz tan alta que algunos de los presentes se volvieron a mirarla—. La niña es una sacerdotisa nata, Uther. Metedla en un convento y languidecerá como una gaviota enjaulada. ¿Condenaríais a la hija de Igraine a la angustia eterna o a la misma muerte? Porque en verdad creo, después de haber hablado con ella, que allí dentro se mataría.

Viendo que el argumento había dado en el blanco, se apresuró a insistir:

—Ha nacido para Avalón. Dejad que cultive debidamente sus dones. ¿Tan feliz es aquí? ¿Tanto adorna vuestra corte que lamentéis dejarla ir?

El movió lentamente la cabeza.

—Por el bien de Igraine he tratado de amarla, pero es... extraña.

Viviana esbozó una sonrisa tensa.

—Cierto. Es como yo y como nuestra madre. No ha nacido para el convento ni para las campanas de la iglesia.

—Pero ¿cómo podría privar a Igraine de sus dos hijos al mismo tiempo? —inquirió el rey desesperado.

Ella también sintió una punzada de pena, casi de culpa, pero afirmó:

—Igraine también nació para sacerdotisa. Respetará su destino como vos respetáis el vuestro. Y si teméis la cólera de vuestro sacerdote —añadió, guiándose por una corazonada—, no digáis a nadie dónde la habéis enviado. Divulgad, si así lo preferís, que va a educarse en un convento. Es demasiado sabia y sobria para los coqueteos y las frivolidades de la corte. En cuanto a Igraine, si sabe que sus hijos son felices y están fuera de peligro, siguiendo cada uno su destino, se contentará con teneros a vos.

Uther inclinó la cabeza.

—Así sea —dijo—. El niño quedará bajo la tutela de mi vasallo más oscuro y leal. Pero ¿cómo viajará sin que se sepa? ¿No lo seguirá el peligro?

—Se le puede enviar por caminos ocultos y bajo un hechizo, tal como vos mismo llegasteis a Tintagel —apuntó la sacerdotisa—. Aunque no confiéis en mí, ¿confiáis en Merlín?

—Con mi vida—aseguró el rey—. Que él lo lleve. Y Morgana, a Avalón. —Apoyó la cabeza en las manos, como si la carga fuera demasiado grande—. Sois sabia —dijo. Luego la miró con un odio inflexible—. ¡Ojalá fuerais una pobre estúpida a la que pudiera despreciar, maldita seáis!

—Si vuestros curas están en lo cierto —señaló Viviana con serenidad—, ya estoy maldita. Podéis ahorrar saliva.

11

Llegaron al lago cuando ya se ponía el sol. Viviana se volvió en la montura para mirar a Morgana, que la seguía de cerca. La niña estaba demacrada por el hambre y el cansancio, pero no se había quejado. Su tía estaba satisfecha: la vida de las sacerdotisas de Avalón no era fácil; deliberadamente había llevado un paso vivo para saber si era capaz de soportar la fatiga. Por fin aminoró la marcha, permitiendo que ella se le adelantara.

—Ahí está el lago —dijo—. Dentro de un rato estaremos bajo techo, con el hogar encendido, comida y bebida. ¿Estás cansada?

—Un poco —dijo la niña con timidez—, pero lamento que termine el viaje. Me gusta ver cosas nuevas. Hasta ahora no había ido a ninguna parte.

Detuvieron los caballos al borde del agua. Viviana trató de ver aquella costa tan familiar con ojos de forastero: el lago gris y opaco, los altos juncos que lo bordeaban, las nubes silenciosas y bajas, los manojos de algas en el agua. Era una escena silenciosa. Casi podía oír los pensamientos de la niña: «Esto es solitario, tenebroso y tétrico.»

—¿Cómo se llega a Avalón? No hay ningún puente. ¿Tendremos que hacer nadar a los caballos?

—No; llamaré a la barca.

Viviana alzó las manos para cubrirse la cara y emitió la llamada silenciosa. Poco después apareció una barcaza en la superficie gris. En un extremo llevaba colgaduras negras y plateadas, y se deslizaba tan quedamente que parecía rozar el agua como un cisne. Los remeros eran hombrecillos atezados y medio desnudos, con dibujos mágicos tatuados en la piel. Morgana se sorprendió al verlos, pero no dijo nada.

«Lo acepta todo con demasiada serenidad —pensó su tía—. Es tan joven que no ve ningún misterio en lo que hacemos. Tendré que hacerla consciente de ello.»

Los callados hombrecillos amarraron la embarcación y condujeron los caballos a bordo. Uno de ellos ofreció a la niña una mano callosa y dura para ayudarla a subir. Finalmente Viviana ocupó su lugar en la proa y la barcaza partió, lenta y silenciosa.

Enfrente se elevaba la isla y el Tozal, con su alta torre dedicada a san Miguel; por encima del agua les llegó el sonido de las campanas que llamaban al Ángelus. Morgana se persignó por costumbre; uno de los hombrecillos la miró con un gesto tan ceñudo que ella dejó caer la mano, acobardada.

—¿Vamos a la iglesia de la isla, tía?

—No llegaremos a la iglesia —respondió Viviana, tranquilamente—, aunque es verdad que un viajero ordinario jamás podría llegar a Avalón. Espera y no hagas preguntas; ése será tu destino durante el aprendizaje.

Morgana calló, con las pupilas aún dilatadas por el miedo.

—Es como en la leyenda de la barca mágica —dijo en voz baja—, que parte de las islas hacia la tierra de la Juventud...

Su tía no le prestó atención. Erguida en la proa, respiraba profundamente, reuniendo fuerzas para el acto mágico que estaba a punto de llevar a cabo. Se preguntó si aún podría hacerlo. «Soy vieja —pensó con momentáneo pánico—, pero tengo que vivir hasta que Morgana y su hermano hayan crecido. La paz del país depende de lo que yo pueda hacer para protegerlos.»

Pero cortó aquel pensamiento; la duda era fatal. Se obligó a recordar que lo había hecho casi todos los días de su vida adulta; a aquellas alturas le resultaba tan natural que habría podido hacerlo incluso dormida o moribunda. Se mantuvo quieta, rígida, encerrada en la tensión de la magia; luego alzó los brazos por encima de la cabeza, con las palmas hacia el cielo. A continuación, exhalando bruscamente el aliento, los bajó... y con ellos descendieron las brumas, borrando la imagen de la iglesia, la isla de los Sacerdotes y hasta el mismo Tozal. La barca se deslizaba por una niebla densa e impenetrable, negra como la noche. En la oscuridad oyó que Morgana respiraba agitadamente, como un animalillo asustado. Iba a tranquilizarla, pero calló deliberadamente; la niña era ya una aprendiz de sacerdotisa y tenía que aprender a dominar el miedo, al igual que la fatiga y el hambre.

De pronto, como si alguien abriera un telón, la bruma desapareció. Ante ellas se extendía el agua iluminada por el sol y una costa verde. Allí estaba el Tozal, pero Viviana oyó que su sobrina lanzaba una exclamación de sorpresa y estupefacción: en su cima se alzaba un círculo de piedras, refulgentes bajo la luz del sol. Hacia allí se dirigía el gran camino de las procesiones ascendiendo en espiral en torno de la inmensa colina. A su pie se veían las viviendas de los sacerdotes; en la ladera, el pozo sagrado y el destello plateado del estanque. La costa estaba bordeada de manzanares; más allá se elevaban grandes robles, con ramas doradas de muérdago aferradas a sus ramas.

—Es muy hermoso —susurró Morgana, sobrecogida—. ¿Esto es real, señora?

—Más real que ningún otro lugar en que hayas estado —aseguró Viviana—. Pronto lo conocerás.

La barcaza llegó a la costa y rozó con fuerza el fondo arenoso; los callados remeros la amarraron y ayudaron a la Dama a desembarcar. Luego guiaron a los caballos; Morgana tuvo que hacerlo por sí sola.

Jamás olvidaría aquella primera imagen de Avalón en el crepúsculo. Prados verdes que descendían hasta los juncas del lago, donde los cisnes se deslizaban tan silenciosos como la barca. Debajo de los bosquecillos de robles y manzanos, una construcción de piedra gris, a lo largo de cuya columnata paseaban siluetas vestidas de blanco. Desde algún lugar le llegó el suave sonido de una lira. «Llego al hogar», pensó sin saber por qué, aunque nunca había visto aquel hermoso territorio.

Viviana dio las últimas indicaciones con respecto a los caballos y se volvió hacia ella. Viendo su expresión admirada prefirió no decir nada hasta que la niña aspiró hondo, estremecida, como si despertara de un sueño. Por el camino llegaban varias mujeres con vestido oscuro y pieles de ciervo; algunas tenían una media luna azul tatuada entre las cejas. Las había del tipo picto, menudas y morenas, como Viviana y Morgana, pero otras eran altas y esbeltas, de pelo rubio o castaño rojizo; dos o tres llevaban el sello inconfundible de la estirpe romana. Todas se inclinaron ante Viviana en callada muestra de respeto. Ésta levantó la mano en un gesto de bendición.

—Os presento a mi sobrina —dijo—. Se llama Morgana. Será una de vosotras. Llevadla...

En aquel momento miró a la niña y la vio fatigada y asustada. La esperaban demasiadas pruebas difíciles; no tenía por qué afrontarlas desde ese mismo instante.

—Mañana irás a la Casa de las doncellas —le dijo—. El hecho de que seas princesa y sobrina mía no señalará ninguna diferencia. Allí no tendrás nombre y no gozarás de más favores que aquellos que sepas ganarte. Pero sólo por esta noche puedes venir conmigo; durante el viaje hemos tenido poco tiempo para charlar.

Morgana notó que se le doblaban las rodillas del alivio. Aquellas mujeres desconocidas, con ropa extraña y marcas azules en la frente, la asustaban más que toda la corte de Uther. Su tía las despidió con un pequeño ademán y le ofreció la mano. Ella se aferró a aquellos dedos serenos y firmes.

Una vez más Viviana era la tía que conocía, aunque al mismo tiempo fuera la sobrecogedora figura que había hecho descender la bruma. Sintió nuevamente el impulso de persignarse y se preguntó si todo aquello desaparecería, puesto que, según el padre Columba, aquel gesto borraba todas las obras demoníacas y los encantamientos.

Pero no se persignó; de pronto supo que ya no volvería a hacerlo. Aquel mundo había quedado definitivamente atrás.

Al borde del manzanar, entre dos árboles que empezaban a florecer, se levantaba una casita de madera en cuyo interior ardía un fuego. Una joven les dio la bienvenida con una silenciosa reverencia; como las otras, llevaba un vestido oscuro y pieles de ciervo.

—No le hables —advirtió Viviana—. Ha hecho voto de silencio durante un tiempo. Es su cuarto año de sacerdotisa. Su nombre es Cuervo.

Siempre muda, Cuervo la liberó de las prendas exteriores y del calzado lleno de barro; a una señal de Viviana, hizo lo mismo con Morgana. Luego les llevó agua para lavarse y más tarde, pan de cebada y carne seca. Para beber sólo había agua fría, deliciosa y diferente al paladar.

—Es el agua del pozo sagrado —explicó Viviana—. Aquí no bebemos otra cosa; nos proporciona visiones claras. Y la miel es de nuestras colmenas. Come esta carne y disfrútala, pues no volverás a probarla en varios años; las sacerdotisas no comen carne hasta completar su aprendizaje.

—¿Por qué, señora? ¿Es malo comer carne?

—No, y llegará el día en que puedas comer lo que gustes. Pero una dieta libre de carne produce un alto nivel de conciencia, lo que tienes que tener para aprender a utilizar la videncia. Como los druidas en los primeros años de adiestramiento, las sacerdotisas sólo comemos pan y fruta; ocasionalmente, un poco de pescado del lago. Y sólo bebemos agua del Pozo.

—En Caerleon bebiste vino, señora —observó Morgana tímidamente.

—Cierto. Y tú también podrás cuando sepas en qué motos tienes que comer y beber y en cuáles abstenerte —apuntó Viviana secamente.

El comentario silenció a la niña, que siguió mordisqueando nan con miel. Aunque estaba hambrienta, parecía pegársele a la garganta.

—¿Ya has comido suficiente? —preguntó su tía—. Bien, deja que Cuervo retire los platos. Tienes que dormir, criatura. Pero siéntate a mi lado, junto al fuego, y charlemos un rato. Mañana Cuervo te llevará a la Casa de las doncellas y no volverás a verme, salvo durante los ritos. Pero esta noche eres sólo mi sobrina y puedes preguntarme lo que gustes.

Alargó una mano y Morgana fue a sentarse en el banco, junto a ella.

—¿Quieres quitarme la horquilla del pelo, Morgana? Cuervo ya se ha acostado y no quiero volver a molestarla.

Morgana le retiró del pelo la aguja de hueso tallado y su pelo cayó en un torrente, largo y oscuro, con una veta blanca a un lado. Con un suspiro, Viviana acercó los pies descalzos al fuego.

—Me alegra estar otra vez en casa. En los últimos años he tenido que viajar mucho —dijo—, y ya no soy tan fuerte para que me resulte placentero.

—Dijiste que te podía hacer preguntas —le recordó la niña tímidamente—. ¿Por qué algunas de las mujeres tienen signos azules en la frente y otras no?

—La media luna azul es señal de que se han consagrado al servicio de la Diosa para vivir y morir según su voluntad. Las que vienen sólo para adiestrarse en la videncia no hacen esos votos.

—¿Yo tengo que hacer esos votos?

—Eso lo decidirás tú —dijo Viviana—. La Diosa te dirá si desea poner la mano sobre ti. Solamente los cristianos usan el claustro como depósito de viudas e hijas no deseadas.

—Pero ¿cómo sabré si la Diosa me quiere?

La tía sonrió en la oscuridad.

—Te llamará con una voz que no puedes dejar de oír. Si oyes esa llamada no habrá sitio en el mundo en que puedas esconderte de su voz.

Aunque demasiado tímida para expresarlo en alta voz, Morgana se preguntó si Viviana habría hecho los votos. «¡Por supuesto! Es la suma sacerdotisa, la Dama de Avalón...»

—Yo presté ese juramento —dijo Viviana, con su habilidad de responder a las preguntas no formuladas—, pero la señal se ha ido borrando con el tiempo. Si miras bien aún se ve un poquito en la raíz del pelo, aquí.

—Sí, un poquito. ¿Qué significa consagrarse a la Diosa, señora? ¿Quién es la Diosa? Una vez pregunté al padre Columba si Dios tenía algún otro nombre y dijo que no, que sólo había un nombre por el que uno podía salvarse: Jesucristo. Pero... —se interrumpió avergonzada—. Soy muy ignorante en estas cuestiones.

—Saber que eres ignorante es el principio de la sabiduría. Así, cuando empieces a aprender, no tendrás que olvidar todas las cosas que creías saber. A Dios se le llama por muchos nombres, pero en todas partes es Uno; así que, cuando rezas a María, madre de Jesús, rezas sin saberlo a la Madre Mundo en una de sus muchas formas.

—Tu madre fue sacerdotisa antes que tú...

—Es cierto, pero no es sólo cuestión de sangre. Yo heredé su videncia, pero me consagré a la Diosa por propia voluntad. La Diosa no llamó a tu madre ni a Morgause. Igraine la sirvió con su boda. Sobre Morgause, la Diosa no tuvo poder ni convocatoria.

—Las sacerdotisas convocadas por la Diosa ¿nunca se casan?

—Generalmente no. No se consagran a nadie, exceptuando en el Gran Matrimonio, en el que un sacerdote y una sacerdotisa se unen como símbolos de Dios y Diosa; los niños nacidos de esa unión no son hijos de mortal, sino de la Diosa. Es un Misterio que aprenderás a su debido tiempo. Así nací yo y no tengo padre terrenal...

Morgana la miró fijamente, susurrando:

—¿Quieres decir que tu madre se acostó con un Dios?

—No, por supuesto que no. Sólo con un sacerdote, investido con el poder de Dios; probablemente, alguien cuyo nombre ella nunca supo.

Tenía la expresión ausente mientras recordaba cosas extrañas. Morgana las vio cruzar por su frente. Era como si el fuego dibujara imágenes en la habitación, la gran figura de un Astado... De pronto se estremeció.

—¿Estás cansada, niña? Tendrías que dormir.

Pero ella volvía a sentir curiosidad.

—¿Naciste en Avalón?

—Sí, aunque me eduqué en la isla de los Druidas, en el norte. Y cuando me hice mujer la Diosa puso la mano sobre mí; llevo la sangre de las sacerdotisas natas, y creo que tú también, hija mía.

Su voz sonaba remota. Se levantó para contemplar el fuego.

—Estoy tratando de recordar cuánto hace que llegué aquí, con la anciana... La luna estaba entonces más al sur, pues era época de cosecha y se acercaban los días oscuros de Samhain. Fue un invierno riguroso, aun en Avalón; por la noche se oían los lobos y la nieve se amontonaba; pasamos hambre, pues nadie podía viajar por el lago a través de las tormentas; algunos niños de pecho murieron al retirarse la leche a sus madres. Luego se congeló el lago y nos trajeron alimentos en trineos. Por entonces yo era doncella; aún no me habían crecido los pechos. Y ahora soy vieja, una anciana... Tantos años, hija...

Morgana notó que le temblaba la mano y se la estrechó con fuerza. Después de un momento, Viviana la atrajo a su lado y le rodeó la cintura con un brazo.

—Tantas lunas, tantos veranos... Y ahora parece que Samhain llega tras Beltane en menos tiempo que el que tardaba la luna en pasar de nueva a llena cuando yo era joven. Y tú también contemplarás este fuego y envejecerás como yo, a menos que la Madre te reserve otras tareas. Ah, Morgana, Morgana, pequeña, tenía que haberte dejado en casa de tu madre...

La niña la abrazó con fuerza.

—¡No podía quedarme allí! Habría preferido morir.

—Lo sé —reconoció Viviana suspirando—. Creo que la Madre ha puesto su mano también sobre ti, hija. Pero vienes de una vida fácil a una difícil y amarga, Morgana. No es fácil hacer la voluntad de Ceridwen; no sólo es la Gran Madre del amor y de la fecundidad, sino también la Dama de las tinieblas y de la muerte. —Acarició con un suspiro el suave pelo de su sobrina—. También es Morrigán, la mensajera de la contienda, el Gran Cuervo... Oh, Morgana, Morgana, ojalá hubieras sido hija mía, pero aun así no puedo protegerte. Tengo que utilizarte para los fines de la Diosa, como yo misma fui utilizada. —Apoyó la cabeza en el hombro de la niña—. Te amo, créeme, pues llegará un momento en que me odiarás tanto como ahora me amas.

Morgana cayó impulsivamente de rodillas.

—Nunca —susurró—. Estoy en las manos de la Diosa... y en las tuyas...

—Quiera Ella que jamás te arrepientas de estas palabras. —Viviana alargó las manos hacia el fuego. Eran pequeñas y fuertes, algo hinchadas por los años—. Con estas manos he ayudado a nacer; he visto correr entre sus dedos la sangre vital de un hombre. Una vez traicioné a alguien, enviándolo a la muerte; un hombre que había estado entre mis brazos y a quien había jurado amar. Acabé con la paz de tu madre y ahora le he quitado a sus hijos. ¿No me temes, no me odias, Morgana?

—Te temo —dijo la niña, todavía arrodillada a sus pies, con el rostro radiante a la luz del fuego—, pero nunca te odiaré.

Su tía suspiró profundamente, apartando de sí los presentimientos y el pavor.

—No es a mí a quien temes, sino a Ella. Ambas estamos en sus manos, hija. Tu virginidad es sagrada para la Diosa. Cuida de mantenerla hasta que la Madre te haga conocer su voluntad.

Morgana apoyó las manitas sobre las de Viviana.

—Que así sea —susurró—. Lo juro.

Al día siguiente fue a la Casa de las doncellas, donde permanecería varios años.

HABLA MORGANA...

¿Cómo escribir sobre la educación de una sacerdotisa? Lo que no es obvio, es secreto. Quienes hayan recorrido ese camino lo sabrán; las que no, nunca podrán imaginarlo, aunque revelara todas las cosas prohibidas. Siete veces Beltane llegó y se fue; siete veces los inviernos nos helaron de frío. La videncia resultaba fácil; Viviana había dicho que yo era sacerdotisa nata. Lo que ya no era tan fácil era convocarla a voluntad o evitarla cuando no era oportuna.

Era la pequeña magia la que más costaba: forzar la mente a recorrer caminos desacostumbrados. Convocar el fuego, las brumas, atraer la lluvia... todo eso era fácil; era mucho más complicado saber cuándo atraer la lluvia o la niebla y cuándo dejarlo en manos de los dioses. Había otros temas en los que la videncia no me ayudaba en absoluto: la ciencia de las hierbas y la ciencia de curar, los largos cánticos de los que no se podía escribir una sola palabra, pues ¿cómo confiar el conocimiento de los Grandes a algo hecho por manos humanas? Algunas de las lecciones eran gozo puro, pues se me permitió aprender a tocar la lira y fabricar una para mí, utilizando maderas sagradas y las tripas de un animal sacrificado en un rito. Otras lecciones eran terroríficas.

La más difícil de todas fue, quizá, mirar dentro de mí misma, bajo la influencia de drogas que liberaban la mente del cuerpo, y leer en las páginas del pasado y del porvenir. Pero de eso no puedo decir nada. Finalmente me arrojaron de Avalón, vestida sólo con una camisa larga y sin más armas que mi pequeña daga de sacerdotisa, para que regresara... si podía. Si no lo conseguía me llorarían como si hubiera muerto, pero las puertas no volverían a abrirse ante mí a menos que lo hiciera con mi voluntad. Y cuando las brumas se cerraron a mi alrededor, vagué largamente por la orilla del lago extraño, oyendo sólo las

campanas y los dolientes cánticos de los monjes. Y por fin me abrí paso entre la niebla y la convoqué, con los pies en la tierra y la cabeza entre las estrellas, esparcidas por todo el horizonte, y pronuncié en voz alta el gran verbo del Poder...

Y las brumas se abrieron y vi ante mí la misma costa soleada a la que había llegado con la Dama siete años atrás, y planté los pies en la tierra sólida de mi hogar y lloré, como lo había hecho al llegar por primera vez, como una niña asustada. Entonces la mano de la Diosa puso entre mis cejas la señal de la media luna... Pero éste es un Misterio del que está prohibido escribir. Quienes han sentido arder la frente con el beso de Ceridwen sabrán a qué me refiero.

La segunda primavera a partir de entonces, cuando ya se me había liberado del silencio, Galahad volvió a Avalón, ya diestro en la lucha contra los sajones a las órdenes de su padre, el rey Ban de la baja Britania.

12

Alcanzado cierto grado, las sacerdotisas se turnaban para servir a la Dama del Lago, sobre todo en la temporada en que estaba muy atareada con los preparativos para la fiesta de mitad del verano. Era tan temprano que el sol aún estaba escondido en la neblina, en la línea del horizonte, pero Viviana entró en el cuarto contiguo donde dormía su ayudante y la despertó sin hacer ruido.

La mujer se levantó de la cama, poniéndose la sobreveste sobre el vestido.

—Di a los barqueros que se preparen. Y dile a mi sobrina Morgana que venga a atenderme.

Al poco Morgana se detuvo respetuosamente ante la entrada; tras nueve años de aprendizaje en las artes sacerdotales, sabía moverse tan silenciosamente que ni una pisada ni un soplo de aire delataban su paso. Pero ya no le extrañaba que Viviana se volviera de inmediato, diciendo:

—Pasa, Morgana.

Contrariamente a su costumbre, no la invitó a sentarse. La dejó en pie para observarla atentamente.

Morgana no era alta: sólo medía un par de pulgadas más que la Dama. Llevaba el pelo oscuro trenzado desde la nuca y atado con una cinta de piel de ciervo; vestía la túnica azul oscuro y las pieles de ciervo de las sacerdotisas; entre sus cejas brillaba la media luna azul. Por delicada y anónima que pudiera parecer, en sus ojos había un destello y, cuando así lo deseaba, podía arrojar sobre sí misma un hechizo que la hacía crecer,

no sólo en estatura, sino en majestuosidad. Ya parecía no tener edad; su aspecto sería el mismo cuando asomaran las canas en su pelo oscuro.

«No, no es hermosa —pensó Viviana con cierto alivio: luego se preguntó qué importancia tenía—. Cuando tengas mi edad, hija, no importará que seas hermosa o no, pues todo el mundo te tendrá por una belleza cuando así lo desees; y cuando no podrás sentarte en un rincón y fingir que eres una simple anciana, lejos ya de esos pensamientos.» Ella misma había tenido que librar aquella batalla más de veinte años atrás, al ver que Igraine se hacía mujer con la belleza felina por la que ella, aún joven, habría dado con gusto su alma y todo su poder.

Entonces cayó en la cuenta de que Morgana aún esperaba en silencio.

—Me estoy haciendo vieja —dijo con una sonrisa—. Me he perdido entre los recuerdos. Ya no eres la criatura que llegó aquí hace muchos años, pero a veces lo olvido.

La sonrisa transformó la cara de Morgana, que en reposo parecía muy mohína. «Como la de Morgause —pensó Viviana—, aunque por lo demás no se parecen en nada. Es la sangre de Taliesin.»

—Creo que no olvidas nada, tía.

—Tal vez no. ¿Has desayunado, hija?

—No, pero no tengo hambre.

—Muy bien. Quiero que vayas en la barca.

La muchacha, que se había habituado al silencio, respondió sólo con un gesto de respeto y asentimiento. La petición no era extraña, por supuesto: la barca de Avalón tenía que ser guiada siempre por una sacerdotisa que conociera el camino secreto a través de la niebla.

—Es una misión familiar —dijo Viviana—. Mi hijo se aproxima a la isla y me parece conveniente que alguien de la familia esté allí para darle la bienvenida.

Morgana sonrió.

—¿Balan? Y Balin, ¿no temerá por el alma de su hermano de leche si éste se aleja de las campanas de iglesia?

Una chispa de humor iluminó los ojos de la tía.

—Los dos son hombres orgullosos y guerreros abnegados, que llevan vidas intachables, siempre buscando deshacer entuertos. No me arrepiento de haber hecho que Balan se educara en el mundo exterior, pues no tenía vocación de druida. Pero no: él está lejos, combatiendo contra los sajones junto a Uther. Me refería a mi hijo menor.

—Suponía que Galahad aún estaba en Britania.

—Yo también, pero anoche la videncia me lo mostró. Está aquí. La última vez que nos vimos tenía sólo doce años. Ha crecido mucho; debe de tener dieciséis años, o más, y está listo para ser armado caballero. Pero no estoy segura de que lo logre.

Morgana sonrió. A su llegada a la isla, cuando era una niña solitaria, a veces le habían permitido pasar sus ratos libres con Galahad.

—Ban de Benwick ya debe de ser anciano —comentó.

—Anciano, sí. Y como tiene muchos hijos varones, el mío es sólo uno más entre los bastardos del rey. Pero un hijo del Gran Matrimonio no puede ser tratado como cualquier otro bastardo. —Viviana había respondido a la pregunta no formulada—. Su padre le habría dado tierras y propiedades en Britania, pero antes de que cumpliera seis años me ocupé de que el corazón de Galahad estuviera siempre aquí, en el lago.

Viendo el destello en los ojos de su sobrina, volvió a responder al comentario callado.

—¿Te parece cruel hacer que sea desdichado para siempre? Quizá. Pero la crueldad no fue mía, sino de la Diosa. Su destino está en Avalón; la videncia me lo mostró arrodillado ante el sagrado cáliz.

Una vez más, con una inflexión irónica, Morgana hizo el pequeño gesto de asentimiento con que las sacerdotisas bajo voto de silencio aceptan una orden.

De pronto, Viviana se enfadó consigo misma. «Heme aquí, justificándome por lo que he hecho con mi vida y la de mis hijos ante una simple niña. ¡No le debo ninguna explicación!» Luego dijo con voz glacial:

—Ve con la barca, Morgana, y tráelo a mí.

Por tercera vez, Morgana hizo un gesto afirmativo y dio media vuelta para salir.

—Un momento —dijo su tía—. Desayunarás con nosotros cuando volváis. También es tu primo.

Cuando Morgana volvió a sonreír, Viviana se dio cuenta sorprendida de que había estado tratando de provocar aquel gesto.

Morgana bajó por el sendero hasta la orilla del lago. Su corazón latía más rápidamente que de costumbre. Últimamente le sucedía que, cuando hablaba con la Dama, a menudo se mezclaban afecto y enfado; no podía expresar ninguno de esos sentimientos, lo cual provocaba reacciones extrañas en su mente. Era sorprendente, pues le habían enseñado a dominar sus emociones tanto como sus palabras e, incluso, sus pensamientos.

Recordaba a Galahad de sus primeros años en Avalón: un niño escuálido, moreno y apasionado. No le había inspirado mucho cariño, pero como echaba de menos a su hermano pequeño permitió que el solitario niño correteara tras ella. Después lo enviaron a educarse lejos; desde entonces sólo había vuelto a verlo a los doce años, todo ojos, dientes y huesos asomando entre la ropa, que se le había quedado estrecha. Por entonces Galahad manifestaba un intenso desdén por todo lo femenino y, como ella estaba ocupada con la parte más difícil de su aprendizaje, le prestó poca atención.

Los hombres menudos y atezados que impulsaban la barca se inclinaron ante Morgana en silenciosa muestra de respeto. Les hizo una muda señal y ocupó su lugar en la proa.

Veloz y silenciosa, la barca se deslizó por la bruma. Morgana notó que la humedad se le adhería a la frente y al pelo; estaba hambrienta y helada hasta los huesos, pero se le había enseñado a no hacer caso de tales sensaciones. Cuando salieron de la niebla, en la orilla opuesta había salido el sol; allí esperaba un caballo con su jinete.

El hombre era esbelto, de rostro aquilino y morena belleza, destacada por una gorra carmesí con una pluma de águila en la cinta y una amplia capa roja que acentuaba su apostura. Cuando desmontó, la elegancia natural de sus movimientos dejó sin aliento a Morgana. ¿Cómo había podido lamentar no ser rubia y rolliza, cuando había tanta hermosura en un cuerpo moreno y esbelto? Los ojos también eran oscuros y brillaban con un asomo de picardía. Sólo por ese rasgo supo Morgana quién era; por lo demás, no quedaba ni rastro del niño flacucho, de piernas huesudas y pies muy grandes.

—Galahad —dijo, dando a su voz un tono grave para evitar que temblara (truco de sacerdotisa)—. No os habría reconocido.

El se inclinó con garbo, arremolinando la capa. ¿Y ella despreciaba aquel gesto como truco de acróbata? En él parecía nacer del cuerpo mismo.

—Señora —saludó él.

«No me ha reconocido. Dejémoslo así.»

¿Por qué recordó en aquel momento las palabras de Viviana? «Tu virginidad es sagrada para la Diosa. Cuida de conservarla hasta que la Madre te haga saber su voluntad.» Sorprendida, Morgana reconoció que había mirado a un hombre con deseo por primera vez en su vida. Puesto que aquello no estaba hecho para ella, que tenía que emplear su vida tal como la Diosa decretara, hasta entonces había mirado a los hombres con desdén, como si fueran víctimas naturales de la Diosa bajo la forma de sus sacerdotisas y hubieran de ser aceptados o rechazados según lo indicara el momento. Viviana le había dicho que aquel año no estaba obligada a participar de los ritos de Beltane, de los que algunas sacerdotisas salían embarazadas por voluntad de la Diosa; si no abortaban mediante el desagradable proceso de las hierbas y las drogas, llegaban inevitablemente al nacimiento, proceso aún más desagradable y peligroso, y tenían niños molestos que eran criados o puestos bajo tutela, según lo decretara la Dama. Morgana se había alegrado de escapar una vez más, pues sabía que Viviana tenía otros planes para ella.

Le indicó con un gesto que subiera a bordo. «Nunca toques a un forastero —se le había enseñado—, una sacerdotisa de Avalón tiene que parecer un visitante del otro mundo.» Se preguntó por qué había tenido que contenerse para no tocarle la muñeca. Y supo que bajo la piel suave habría músculos duros, palpitantes de vida, y deseó mirarlo otra vez a los ojos. Le volvió la espalda, tratando de dominarse. La voz del muchacho era profunda y musical:

—Vaya, ahora que movéis las manos os reconozco. En todo lo demás habéis cambiado. Sacerdotisa, ¿no fuisteis en otro tiempo mi prima Morgana? —Los ojos oscuros centelleaban—. Ya nada es como cuando os llamaba Morgana de las Hadas...

—Ésa fui y ésa soy. Pero han pasado algunos años —dijo Morgana, mientras indicaba con un gesto a los silenciosos remeros que apartaran la embarcación de la costa.

—Pero la magia de Avalón no cambia nunca —murmuró él, sin dirigirse a nadie.

La barca cruzó quedamente el lago. Hacía años, Morgana había aprendido que no era magia, sino un intenso adiestramiento lo que acallaba los remos, pero aún la impresionaba el místico silencio con que se movían. Se preparó para convocar la bruma, consciente de que el joven, a su espalda, mantenía fácilmente el equilibrio al lado de su caballo, desplazando el peso del cuerpo al compás del balanceo de la barca. Morgana lo hacía gracias a un largo aprendizaje; él, en cambio, parecía dominarlo por gracia natural.

Al alzar los brazos casi pudo sentir los ojos oscuros de Galahad en la espalda, como un calor palpable. Aspiró hondo, concentrándose para el acto mágico, sabiendo que tenía que reunir todas sus fuerzas y furiosa consigo misma por estar atenta a la mirada del hombre.

«¡Que vea, pues! ¡Que me tema y me reconozca como la imagen de la Diosa!» Una parte rebelde de sí misma, reprimida mucho tiempo, gritaba: «¡No! No quiero que vea a la Diosa, ni siquiera a la sacerdotisa, sino a la mujer.» Pero respiró hondo nuevamente y exhaló con el aire incluso el recuerdo de ese deseo.

Alzó los brazos hacia el arco del cielo; los bajó, y la niebla siguió el descenso de sus largas mangas. La niebla y el silencio cerraron, tenebrosos, a su alrededor. Morgana permaneció inmóvil, percibiendo muy cerca el calor de aquel cuerpo joven. A poco que se moviera le tocaría la mano. Y supo que el contacto sería ardiente. Se apartó, arremolinando un poco sus vestiduras, creando un espacio a su alrededor de la misma manera que si hubiera extendido un velo. Mientras tanto, estupefacta, se decía: «Es sólo mi primo, es el hijo de Viviana, el que solía sentarse en mi regazo cuando era pequeño y se sentía solo.» Deliberadamente evocó la imagen del niño torpe, cubierto de rasguños, pero cuando salieron de la bruma vio que los ojos oscuros le sonreían y se encontró mareada.

«Es lógico que me maree; aún no he desayunado», se dijo. Y observó la impaciencia con que Galahad contemplaba Avalón. De pronto lo vio persignarse. Viviana se habría enfadado.

—Es, en verdad, el país de las hadas —dijo en voz baja—. Y vos, Morgana de las Hadas, como siempre. Pero ahora sois una mujer hermosa, prima.

Ella pensó, impaciente: «No soy hermosa; lo que ve es el hechizo de Avalón.» Y su parte rebelde exclamó: «¡Quiero que me vea hermosa sin el hechizo!» Apretó los labios con fuerza para mostrarse severa e intimidatoria, sacerdotisa de pies a cabeza.

—Por aquí —dijo secamente.

Cuando la quilla de la barca rozó el fondo arenoso, indicó por señas a los remeros que se ocuparan del caballo.

—Con vuestro permiso, señora —intervino él—, lo haré yo mismo. No es una silla común.

—Como gustéis —dijo Morgana.

Y se apartó para observarlo mientras desensillaba al animal. Todo lo relacionado con él le despertaba una curiosidad tan intensa que no pudo guardar silencio.

—Sí que es extraña esa silla de montar. ¿Qué son esas correas largas?

—Las usan los escitas. Se llaman estribos; con esto dominan los caballos y los frenan en plena carga, de ese modo pueden combatir montados. E incluso con la armadura liviana de los jinetes, el caballero montado es invencible cuando se enfrenta a los que combaten a pie. —La sonrisa le iluminó el rostro moreno y apasionado—. Los sajones me llaman Alfgar, la lanza elfo, que surge de la oscuridad y se clava sin ser vista. En la corte de Ban han adaptado ese nombre a su lengua y me llaman Lanzarote. Algún día tendré toda una legión de caballos así equipados. Y entonces ¡ya pueden temblar los sajones!

—Vuestra madre me dijo que ya erais guerrero —dijo Morgana, olvidando el tono serio.

Él volvió a sonreír.

—Ahora reconozco tu voz, Morgana de las Hadas. ¿Cómo te atreves a presentarte ante mí como sacerdotisa, prima? Bueno, supongo que es voluntad de la Dama. Pero me gustas más así que con la solemnidad de la Diosa —afirmó con su familiar picardía, como si se hubieran separado el día anterior. Morgana se aferró a los restos de su dignidad.

—Sí, la Dama nos aguarda y no podemos hacerla esperar.

—Oh, por supuesto —se mofó él—. Es preciso correr siempre a cumplir con su voluntad. Supongo que eres una de las que la sirven, siempre pendiente de cada palabra suya. Yo también solía correr a servirla y temblaba ante un gesto suyo, pero al fin descubrí que no era simplemente mi madre, sino que se creía más grande que cualquier reina.

—Y lo es —aseveró Morgana, áspera.

—Sin duda. Pero he vivido en un mundo donde los hombres no van y vienen según el capricho de una mujer.

—Tenía los dientes apretados y de sus ojos había desaparecido el brillo pícaro—. Preferiría tener una madre afectuosa a una Diosa adusta, con el poder de la vida y la muerte sobre los hombres.

Ante aquello Morgana no encontró nada que decir. Echó a andar a un paso tan veloz que lo obligó a correr para mantenerse a la par.

Cuervo, todavía muda, pues había hecho voto de silencio perpetuo y sólo hablaba en estado de trance, los hizo pasar a la vivienda con una inclinación de cabeza. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, Morgana vio que Viviana, sentada junto al fuego, había descartado la ropa ordinaria de las sacerdotisas y recibía a su hijo con un vestido carmesí y el pelo recogido hacia arriba con piedras preciosas. Aun ella, que conocía las tretas del encantamiento, ahogó una exclamación ante tanta magnificencia. Era como si la Diosa recibiera a un peticionario en su altar subterráneo.

Galahad se mantenía erguido, pero sus nudillos se destacaban muy blancos en los puños morenos. Al oír su respiración adivinó el esfuerzo que le costaba afirmar la voz.

—Señora y madre mía —dijo al incorporarse después de la reverencia—, os saludo.

—Galahad —dijo ella—. Ven, siéntate a mi lado.

Él ocupó en cambio el asiento de enfrente. Morgana permanecía junto a la puerta. Su tía la llamó por señas.

—He esperado para desayunar con vosotros.

Había pescado fresco, perfumado con hierbas y cubierto de mantequilla derretida; pan de cebada recién horneado y fruta; eran alimentos que Morgana rara vez probaba en la austera morada de las sacerdotisas. Las dos mujeres comieron con parquedad, pero Galahad se sirvió de todo con el saludable apetito de los jóvenes que aún están creciendo.

—Vaya, habéis preparado una comida digna de un rey, madre.

—¿Cómo está tu padre? ¿Y cómo está Britania?

—Muy bien, aunque no he pasado mucho tiempo allí en el último año. Me envió a un largo viaje para que estudiara la nueva caballería de los pueblos escitas. Ahora he venido a informar al Pendragón de que hay otra agrupación de ejércitos sajones. No dudo que atacarán en pleno antes de San Juan. ¡Ojalá tuviera tiempo y oro suficientes para adiestrar a una legión de jinetes!

—Los caballos te gustan mucho —observó Viviana.

—¿Os sorprende, señora? Con las bestias uno siempre sabe a qué atenerse, pues ni mienten ni fingen ser lo que no son.

—Cuando regreses a Avalón para vivir como druida, se abrirán ante ti todos los caminos de la naturaleza.

—¿Todavía con la misma canción, señora? —protestó él—. Creía haberos dado mi respuesta la última vez que nos vimos.

—Tenías doce años, Galahad. Es una edad muy temprana para conocer la mejor parte de la vida.

Él movió la mano en un gesto impaciente.

—Ya nadie me llama Galahad, excepto vos y el druida que me dio ese nombre. En Britania y en los campos de batalla soy Lanzarote.

Ella sonrió.

—¿Crees que me importa lo que digan los soldados?

—¿Me obligaríais a quedarme en Avalón, tocando el arpa, Centras en el mundo real se libra una lucha a vida o muerte, señora?

Viviana pareció enfadarse.

—¿Quieres decir que este mundo no es real, hijo mío?

—Es real, sí —concedió Lantarote—, pero de un modo diferente, aislado de la lucha exterior. Un país de hadas, paz eterna... Oh, sí, es mi patria porque así lo determinasteis, señora. Pero se diría que incluso el sol brilla aquí de un modo diferente. Y no es el lugar donde se libran las verdaderas batallas de la vida. Hasta Merlín ha tenido la inteligencia de comprenderlo.

—Merlín ha llegado a ser como es tras haber pasado muchos años aprendiendo a distinguir lo real de lo irreal

—dijo Viviana—, y lo mismo tienes que hacer tú. En el mundo hay guerreros de sobra, hijo mío. Tu misión es ver más allá y quizás ordenar los movimientos de los guerreros.

Él negó con la cabeza.

—¡No! No digáis más, señora; ése no es mi camino.

—Aún no has crecido lo suficiente para saber lo que quieres —dijo secamente su madre—. ¿Nos darás siete años, como diste a tu padre, para ver si tu camino es éste?

—Dentro de siete años —adujo Lantarote sonriendo—, espero ver a los sajones expulsados de nuestras costas con mi ayuda. No tengo tiempo para la magia y los misterios de los druidas, señora, ni quiero tenerlo. No, madre mía: os ruego que me permitáis abandonar Avalón con vuestra bendición, pues a decir verdad, señora, me iré con vuestra bendición o sin ella. He vivido en un mundo donde los hombres no esperan la orden de una mujer para moverse.

Morgana dio un respingo al ver la palidez iracunda que invadía la cara de Viviana. Se levantó; aunque menuda, la furia aumentaba su estatura.

—¿Desafías a la Dama de Avalón, Galahad del Lago?

El no se acobardó, pero palideció bajo el bronceado; Morgana comprendió que bajo su gracia y su amabilidad había un temple equivalente al de la Dama.

—Si me hubierais ordenado esto cuando aún deseaba vuestro amor y vuestra aprobación, señora, sin duda os habría obedecido. Pero ya no soy una criatura, madre y señora mía; cuanto antes lo reconozcamos, antes estaremos en armonía y dejaremos de discutir. La vida de los druidas no es para mí.

—¿Te has hecho cristiano? —preguntó ella en un murmullo iracundo.

Él negó con la cabeza, suspirando.

—En realidad, no. Hasta ese consuelo me es negado, aunque en la corte de Ban podía pasar por tal cuando así lo deseaba. Creo que no tengo fe en más Dios que éste —dijo apoyando la mano en la espada.

La Dama se dejó caer en el banco, aspirando profundamente. Luego sonrió.

—Así que ya eres hombre y no hay modo de obligarte. Me gustaría que hablaras de esto con Merlín.

Morgana, que lo observaba todo sin llamar la atención, vio que el joven relajaba las manos. «Cree que ha cedido —pensó—; no la conoce; ignora que está más furiosa que nunca»... Lantarote era lo bastante joven para permitir que el alivio aflorara en su voz.

—Os agradezco esa comprensión, señora. Y con gusto pediré consejo a Merlín, si eso os place. Pero hasta los curas cristianos saben que la vocación religiosa es un don de Dios, no algo que sobrevenga por deseo propio, Dios (o los dioses, si así lo preferís) no me ha llamado; ni siquiera me ha dado ninguna prueba de su existencia.

Morgana pensó en lo que le había dicho Viviana muchos años atrás: «Es una carga demasiado pesada para llevarla sin estar de acuerdo.» Pero por primera vez se preguntó qué habría hecho Viviana si, en algún momento, hubiera ido a decirle que deseaba abandonar la isla. «La Dama está muy segura de conocer la voluntad de la Diosa.» Como esos pensamientos herejes la turbaban, los descartó de prisa y fijó la mirada en Lanzarote.

Al principio sólo la había deslumbrado con su apostura y la gracia de su cuerpo. Ahora veía detalles específicos: la primera sombra de barba en la barbilla; las manos finas, exquisitamente formadas para tañer las cuerdas de la lira o empuñar las armas, pero algo encallecidas; una pequeña cicatriz en el antebrazo y otra en la mejilla izquierda. Tenía las pestañas largas, como de muchacha, pero sin el aspecto andrógino que suele verse en los donceles antes de que les salga barba. Morgana se dijo que nunca había visto un animal tan masculino. «No tiene en absoluto la blandura de la educación femenina, que lo haría dócil a cualquier mujer. Ha rehusado al toque de la Diosa; algún día tendrá dificultades con ella.» Y una vez más pensó en el día en que le tocara desempeñar el papel de Diosa en una de las grandes fiestas. «Ojalá él representara al Dios», se dijo, notando en el cuerpo un calor agradable. Perdida en su ensoñación no oyó lo que Lanzarote y la Dama decían; sólo volvió en sí al oír que Viviana pronunciaba su nombre.

—¿Morgana? —repitió—. Mi hijo lleva mucho tiempo lejos de Avalón. Llévalo a pasear; pasad el día en la orilla, si queréis. Por hoy estás libre de obligaciones. Recuerdo que cuando erais niños os gustaba mucho caminar por la orilla del lago. Esta noche cenarás con Merlín, Galahad, y te alojarás entre los jóvenes sacerdotes que no han hecho voto de silencio. Y mañana, si aún lo deseas, podrás partir con mi bendición.

Galahad le hizo una profunda reverencia y ambos salieron. El sol estaba alto: Morgana cayó en la cuenta de que había faltado a las saluciones del amanecer, aunque con permiso de la Dama.

—Iré a la cocina —dijo— en busca de un poco de pan para llevar. Podemos ir a cazar aves acuáticas, si quieres. ¿Te gusta cazar?

Él asintió, sonriente.

—Tal vez mi madre se ablande un poco si le obsequio algunas aves. Me gustaría hacer las paces con ella. Sigue siendo temible cuando se enfada. Pero no tendría que hablar así de ella; veo que la tratas con devoción.

—Le soy tan devota como a una madre adoptiva —dijo Morgana, lentamente.

—Tu madre, si mal no recuerdo, era la esposa del duque de Cornualles y ahora está casada con el Pendragón, ¿verdad?

Ella asintió. Apenas recordaba ya a Igraine; a veces le parecía que llevaba mucho tiempo sin madre. Había aprendido a vivir sin más madre que la Diosa.

—Hace mucho tiempo que no la veo.

—Vi a la reina una sola vez, desde lejos. Es muy hermosa, pero también parece fría y distante. —Lanzarote dejó escapar una risa inquieta—. No sé mucho de mujeres. Tampoco tú eres como las que he tratado.

Morgana sintió que se ruborizaba.

—Soy sacerdotisa, como tu madre —le recordó en voz baja.

—Ah, pero tan diferente de ella como el día de la noche. Ella es grandiosa, terrible y bella; sólo es posible amarla, adorarla y temerla. Tú eres de carne y hueso, muy real, pese a todos los misterios que te rodean. Aunque vistas como sacerdotisa y parezcas una de ellas, cuando te miro a los ojos veo una mujer real a la que podría tocar.

Reía con apasionamiento. Ella le dio las manos y rió también.

—Oh, sí, soy real, tan real como el suelo que pisas o los pájaros posados en ese árbol.

Caminaron juntos hasta la orilla del agua. Morgana lo condujo por un pequeño sendero, evitando los bordes del camino de las procesiones.

—¿Este lugar es sagrado? —preguntó Lanzarote—. ¿Está prohibido escalar el Tozal a quien no sea sacerdotisa o druida?

—Sólo en las grandes fiestas. Y puedes ir conmigo. Ahora no hay nadie en el Tozal, salvo ovejas pastando. ¿Quieres escalarlo?

—Sí —dijo él—. Recuerdo haber subido una vez, cuando era niño. Creía que estaba prohibido y que me castigarían si alguien me veía. Aún recuerdo el panorama desde lo alto. Me pregunto si realmente será tan grande como lo vi entonces.

—Podemos ir por el camino de las procesiones, si quieres. No es muy empinado, pero sí más largo, pues sube dando vueltas a la montaña.

—No —resolvió él—. Me gustaría trepar directamente por la pendiente... pero ¿no es demasiado larga y empinada para una muchacha? ¿Podrás arreglártelas con esa falda?

Ella le dijo, riendo, que había subido muchas veces.

—En cuanto a la falda, estoy habituada a ella —explicó—. Pero si me estorba no vacilaré en recogerla por encima de las rodillas.

La sonrisa de Lanzarote fue lenta y deliciosa.

—Casi todas las mujeres que conozco son demasiado pudorosas para enseñar las piernas.

Morgana enrojeció.

—Nunca pensé que el pudor tuviera mucho que ver con descubrir las piernas para escalar. Sé que eso dicen los curas cristianos, pero es como si pensarán que el cuerpo humano no es obra de Dios, sino de algún demonio, y que nadie puede ver la carne de una mujer sin enloquecer por poseerla.

Vio que él apartaba la vista y comprendió con placer que, bajo su aparente aplomo, aún era tímido. Iniciaron juntos el ascenso. Morgana, a quien correr y caminar habían hecho fuerte y resistente, marcó un paso que lo dejó atónito; después de un rato se le hizo difícil seguirla. Hacia la mitad de la cuesta Morgana se detuvo; le daba verdadera satisfacción oírlo jadear mientras ella respiraba con facilidad. Sujetó el borde de la falda a la cintura, de manera que ésta sólo le cubría hasta las rodillas, y continuó por la parte más rocosa y empinada de la cuesta. Hasta entonces nunca había vacilado en descubrir las piernas, pero ahora, sabiendo que él la estaba mirando, no pudo dejar de recordar que las tenía fuertes y bien torneadas. ¿La consideraría impúdica después de todo?

Al llegar arriba se sentó a la sombra del círculo de piedras. Poco después él asomó por el borde y se dejó caer, jadeante. Cuando pudo volver a hablar le dijo:

—Supongo que cabalgo mucho y no camino lo suficiente, Tú no has perdido el aliento.

—Es que estoy acostumbrada a subir hasta aquí, y no siempre uso el camino de las procesiones —explicó ella.

—Y en la isla de los Sacerdotes ni siquiera se ve la sombra del anillo de piedras —comentó Lantarote.

—No. En su mundo sólo existen la iglesia y su torre. Si usáramos los oídos del espíritu podríamos oír las campanadas. Aquí son sombras; en su mundo, las sombras somos nosotros.

Lantarote se estremeció y pareció que una nube hubiera cubierto el sol.

—Y tú, ¿tienes el don de la videncia? ¿Puedes ver a través del velo que separa los mundos?

—Todo el mundo lo tiene —aseveró Morgana—, pero yo he aprendido a usarlo mejor que la mayoría. ¿Te gustaría ver, Galahad?

Él volvió a estremecerse.

—No me llames por ese nombre, prima, te lo ruego.

Ella se echó a reír.

—Vives entre cristianos, pero aún crees, como el pueblo de las hadas, que quien conozca tu verdadero nombre puede mandar sobre tu espíritu. Tú sabes mi nombre, primo. ¿Cómo quieres que te llame? ¿Lanza?

—Como gustes, salvo por el nombre que me dio mi madre. Su voz aún me asusta cuando lo pronuncia con según que tono. Es como si hubiera mamado el miedo en sus pechos.

Ella le apoyó la punta de los dedos en el entrecejo, el sitio sensible a la videncia, y sopló delicadamente allí. El joven lanzó una exclamación: por encima de ellos, el círculo de piedras pareció fundirse en sombras. Ante ellos se extendía ahora la cima del Tozal, con su pequeña iglesia de adobe al pie de una torre de piedra en la que se veía un ángel toscamente pintado.

Lantarote se persignó rápidamente al ver que una fila de siluetas grises iba hacia ellos.

—¿Nos ven, Morgana? —Su voz era un susurro áspero.

—Puede que algunos de ellos nos vean como sombras. Pensarán que somos de los suyos o que el sol los ha deslumbrado haciéndoles ver algo que no existe. —Morgana hablaba con voz sofocada, pues acababa de revelar un Misterio que no habría debido mencionar a un no iniciado. Pero nunca en su vida había sentido tal intimidad con nadie.

Y lo oyó cantar delicadamente:

—Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros...

Y mientras musitaba aquella canción, la iglesia se desvaneció y el círculo de piedras volvió a levantarse a su lado.

—Por favor —pidió ella, quedamente—. Es una ofensa a la Gran Diosa cantar eso aquí. El mundo que ella creó no tiene pecados.

—Como quieras. —Lantarote guardó silencio. Una vez más, la sombra de una nube pasó por su rostro. Su voz era tan musical y dulce que cuando dejó de cantar, ella la echó de menos.

—¿Tocas el arpa. Lanza? Tienes la hermosa voz de los bardos.

—Me enseñaron de pequeño. Después sólo recibí el adiestramiento que corresponde a un caballero. Mi gran amor por la música sólo sirve para que me disgusten los sonidos que emito.

—¿De veras? Los aspirantes a druidas tienen que ser bardos antes de ser sacerdotes, pues la música es una de las claves para entender las leyes del universo.

El suspiró.

—¡Qué tentación! Sería uno de los pocos motivos para abrazar esa vocación. Pero ¿has visto alguna aldea saqueada por los sajones, Morgana? —Él mismo respondió—: No, claro; vives protegida aquí, fuera del mundo donde suceden esas cosas. Pero yo tengo que pensar en ellas.

Se quedó absorto, como si contemplara cosas horribles.

—Si la guerra es tan mala —observó ella—, ¿por qué no protegerte de ella aquí? Muchos de los ancianos druidas murieron en el último acto mágico que sirvió para apartar este lugar de la profanación, y no tenemos suficientes hijos varones para que los reemplacen.

El suspiró.

—Si consiguiera que todos los reinos fueran tan apacibles como Avalón, me quedaría con gusto para siempre. Pero no me parece digno de un hombre esconderme mientras otros tienen que sufrir fuera de aquí. No hablemos ahora de esto, Morgana. Déjame olvidarlo por hoy, te lo ruego. He venido en busca de unos días de paz. ¿No me la concedes?

Su voz, musical y grave, tembló un poco. Su dolor hirió tan profundamente a Morgana que por un momento temió echarse a llorar. Le apretó la mano.

—Ven —dijo—. Querías ver el panorama.

Se apartaron del círculo de piedras para contemplar el lago. Alrededor de la isla se extendía el agua refulgente, que ondulaba ligeramente a la luz del sol; otras islas se elevaban en la neblina, difuminadas por la distancia y por el velo mágico que retiraba a Avalón del mundo.

—No muy lejos de aquí —dijo él— existe una antigua fortaleza de las hadas, en la cima de la colina; desde su muralla se pueden ver el Tozal y el lago, y una isla que tiene forma de dragón enroscado... —Hizo un gesto con su bien formada mano.

—Conozco ese lugar —dijo Morgana—. Está en una de las antiguas líneas de poder que cruzan la tierra. Una vez me llevaron allí para que percibiera las energías terrestres. El pueblo de las hadas sabía de esas cosas; yo las percibo un poco, siento el cosquilleo de la tierra y del aire. ¿Y tú? Siendo hijo de Viviana tienes la misma sangre.

Él comentó en voz baja:

—Aquí, en esta isla mágica, resulta fácil sentir el cosquilleo de poder en el aire y en la tierra.

—Apartó la mirada y se desperezó con un bostezo—. La escalada debe de haberme fatigado más de lo que esperaba; además, he pasado gran parte de la noche cabalgando. Me gustaría sentarme al sol y comer un poco de ese pan que trajiste.

Morgana lo condujo hasta el centro mismo del círculo de piedras, pensando que, si tenía alguna sensibilidad, no dejaría de captar aquel gran poder.

—Acuéstate en la tierra y ella te llenará de energías —dijo mientras le entregaba un pedazo de pan bien untado de mantequilla y miel. Comieron lentamente. Él le cogió la mano, juguetón, para chuparle un poquito de miel de los dedos.

—Qué dulce eres, prima —rió.

Ella sintió que todo su cuerpo cobraba vida ante el contacto. Le cogió la mano para devolver el gesto, pero de pronto se la soltó como si quemara: lo que para él era sólo un juego para ella no lo sería jamás. Le volvió la espalda, escondiendo en la hierba la cara ardiente. El poder de la tierra parecía correr por ella, colmándola con la energía de la misma Diosa.

—Eres hijo de la Diosa —dijo por fin—. ¿No sabes nada de sus Misterios?

Muy poco, aunque mi padre me contó una vez cómo fui concebido: soy hijo del Gran Matrimonio entre el rey y la tierra. Por eso tendría que ser leal al suelo de Britania, que es mi madre y mi padre. —De pronto la miró a la cara—. Tú eres como la Diosa de este lugar. Sé que en el culto antiguo, hombres y mujeres se unen bajo su poder, aunque los sacerdotes querrían prohibirlo, así como preferirían derribar todas las piedras antiguas como éstas y las de Karnak. Ya lo han intentado, pero la tarea es muy grande. —La Diosa lo impedirá —se limitó a decir Morgana.

—Tal vez. —Lanzarote alzó una mano para tocarle la media luna azul de la frente—. Éste es el punto donde me tocaste para hacerme ver el otro mundo. ¿Tiene algo que ver con la videncia, Morgana, o es otro de esos Misterios de los que no puedes hablar? Bueno, no te lo preguntaré. Pero siento como si hubiera sido llevado a una de las antiguas fortalezas de las hadas donde, según dicen, pueden pasar cien años en una sola noche.

—No tanto —corrigió Morgana riendo—, aunque es cierto que allí el tiempo transcurre de otro modo. Pero dicen que algunos de los bardos aún pueden ir y venir entre el mundo y el país de los duendes. Se ha adentrado en las brumas más que Avalen, eso es todo. —Y al hablar se estremeció.

—Tal vez —dijo Lanzarote—, cuando vuelva al mundo real los sajones habrán desaparecido, definitivamente derrotados.

—¿Y llorarás por no tener ya motivos para vivir?

Él cabeceó, riendo, sin soltarle la mano. Al poco rato dijo en voz baja:

—¿Has ido a los fuegos de Beltane para servir a la Diosa?

—No —respondió Morgana con voz queda—. Seré virgen mientras la Diosa lo desee; lo más probable es que se me reserve para el Gran Matrimonio.

Inclinó la cabeza, dejando que el pelo le cayera sobre la cara. Ante él era tímida, como si lo creyera capaz de leerle el pensamiento y adivinar el deseo que la invadía. ¿Estaría dispuesta a abandonar su virginidad si él se lo pedía? Hasta entonces la prohibición nunca le había resultado penosa; ahora era como si entre los dos se interpusiera una espada de fuego. Hubo un largo silencio, y mientras, tanto las nubes pasaban delante del sol proyectando sus sombras; no se oía más que el zumbido de pequeños insectos en la hierba. Por fin Lanzarote la acercó a él para depositar un beso suave, que ardió como fuego, en la media luna de su frente. Su voz sonó suave e intensa.

—Todos los dioses me prohíben invadir lo que la Diosa ha reservado para sí misma, querida prima. Te considero tan sagrada como a la Diosa misma.

La retuvo contra sí. Al percibir que él temblaba, la felicidad de Morgana fue tan intensa que la recorrió como un ramalazo de dolor.

Nunca había sentido semejante dicha; la felicidad era algo que casi ni recordaba de los tiempos en que era pequeña, antes de que su madre la cargara con un hermano. Allí, en la isla, la vida se había elevado por los amplios espacios del espíritu, haciéndole conocer la exaltación y el sufrimiento, pero nunca la maravillosa felicidad que en aquel momento experimentaba. El sol parecía más intenso; las nubes cruzaban el cielo como grandes pájaros y cada trébol brillaba con una luz interior propia, que también parecía emanar de ella. Se vio reflejada en los ojos de Lanzarote y supo que era hermosa, y que la deseaba, y que su amor y su respeto por ella eran tan grandes como para obligarlo a ponerse límites. Y creyó estallar de gozo.

El tiempo se detuvo. El placer la embargaba. El no hacía más que acariciarle la mejilla, sin que ninguno de los dos deseara otra cosa. Después de largo rato, Lanzarote la envolvió con los bordes de la capa. Se acostaron juntos, casi sin tocarse, dejando que el poder del sol, la tierra y el aire circularan por ellos en armonía. Morgana durmió sin soñar, consciente de que aún tenían las manos enlazadas. Más tarde, al despertar, se sentó a memorizar cada línea del rostro de Lanzarote con feroz ternura.

El sol ya había pasado el cenit cuando Lanzarote despertó, sonriéndole, y se desperezó como un gato. Aún encerrada en la burbuja de su alegría, ella le oyó decir:

—¡bamos a cazar aves acuáticas. Me siento feliz y no quiero maltratar a ningún ser vivo, pero me gustaría hacer las paces con mi madre. Tal vez los espíritus de la naturaleza nos envíen algún ave cuyo destino sea ofrecernos una buena comida.

Ella lo cogió de la mano, riendo.

—Te llevaré a donde van las aves a pescar. Si la Diosa así lo quiere, no cazaremos nada y no tendremos que sentirnos culpables por turbar su destino. Pero allí hay mucho barro; tendrás que quitarte las botas y yo que recogerme otra vez el vestido. ¿Usas jabalina, como los pictos? ¿Dardos envenenados? ¿O las atrapas con redes y les retuerces el pescuezo?

—Creo que sufren menos si las atrapas y las matas de inmediato—dijo él, reflexivo.

Ella asintió.

—Voy a traer una red y una trampa.

Bajaron del Tozal sin cruzarse con nadie, deslizándose por la pendiente en mucho menos tiempo del que habían tardado en «calarla. Morgana entró en el edificio donde se guardaban las redes y cogió dos. Ya en los juncas del extremo opuesto de la isla vadearon descalzos el agua, escondiéndose entre los juncos con las redes extendidas. Allí, a la sombra de la montaña, el aire era frío; los pájaros ya empezaban a descender en bandadas para alimentarse. Al poco rato, uno empezó a debatirse y aletear, con las patas enredadas en la red de Morgana; ella lo sujetó deprisa y enseguida le retorció el pescuezo. Lanzarote no tardó en atrapar otros dos. Después de atarlos por el cuello con un tallo de junco, dijo:

—Con éstos basta. Hay uno para mi madre y dos para Merlín. ¿Quieres uno para ti?

Ella negó con la cabeza.

—No como carne.

—Claro, siendo tan menuda... supongo que necesitas poca comida. Yo soy corpulento y siempre tengo apetito.

—¿Ahora también? Aún no es la temporada de las bayas, pero tal vez queden algunos frutos de espino.

—No, ahora no. La cena será más apetitosa después de haber pasado un poco de hambre.

Subieron a la orilla, empapados. Morgana extendió la sobreveste de ciervo sobre un matorral para que no se endureciera; luego se quitó también la falda para escurrirla, mostrándose sin timidez en camisa de hilo. Se sentaron en la hierba todavía descalzos, cogidos de la mano, para observar en silencio las zambullidas de las aves en busca de pequeños peces.

—Qué tranquilo es esto —comentó Lanzarote—. Es como si fuéramos las únicas personas vivas en el mundo, fuera del tiempo y del espacio, lejos de todas las tribulaciones y de todas las batallas.

Ella dijo con voz trémula:

—¡Ojalá este día no acabara nunca!

—¿Lloras, Morgana? —preguntó, súbitamente solícito.

—No —respondió ella con fiereza, secándose una única lágrima de las pestañas. Nunca había podido llorar; en todos sus años de duro aprendizaje nunca había derramado una lágrima de miedo o dolor.

—Prima Morgana —murmuró acariciándole la mejilla.

La muchacha se aferró a él y escondió la cara en su pecho tibio, donde se oía el latir de su corazón. Un momento después él le alzó la barbilla con una mano y sus labios se encontraron.

—Ojalá no estuvieras consagrada a la Diosa —murmuró.

—Ojalá —dijo ella suavemente.

—Ven, ven... deja que te abrace así. He jurado no... pecar.

Ella cerró los ojos; ya no importaba. Su juramento parecía estar a mil leguas y mil años de distancia; ni siquiera la ira de Viviana podría haberla detenido. Años después se preguntaría qué habría sucedido si hubieran permanecido así un poco más. Pero cuando volvían a unir los labios, Lanzarote se puso tenso, como si oyera algo imperceptible.

Ella se apartó.

—¿Qué es eso, Morgana?

—No oigo nada —dijo aguzando el oído para intentar oír por encima del chapoteo del lago, el susurro del viento en los juncos y el salto ocasional de un pez.

Les llegó de nuevo, algo parecido a un leve suspiro... a un sollozo.

—Alguien llora —dijo Lanzarote estirando rápidamente sus largas piernas para levantarse—. Por allí. Parecía una niña.

Morgana lo siguió deprisa, descalza y en camisa. Era posible que alguna de las novicias se hubiera perdido, aunque no debían abandonar la Casa de las doncellas. Una de las sacerdotisas ancianas había dicho una vez que la Casa de las doncellas era para niñas cuya única misión consistía en volcar, romper y olvidar cosas, hasta haber volcado, roto y olvidado todo lo posible, abriendo así espacio en su vida para un poco de sabiduría.

Siguieron la dirección del sonido. Era muy vago; desaparecía durante un buen rato para volver luego con mucha claridad. La niebla empezaba a elevarse desde el lago en espesas volutas. Morgana no habría sabido decir si era neblina común, nacida de la humedad y el ocaso cercano, o el velo de bruma que rodeaba al reino mágico.

—Allí —exclamó Lantarote zambulléndose bruscamente en la niebla.

Ella lo siguió. En el agua, saliendo de las sombras a la realidad para volver otra vez, había una llorosa joven sumergida hasta los tobillos.

«Sí, está realmente aquí —se dijo Morgana—. Y no es una sacerdotisa.»

Su belleza era deslumbrante: era blanca y dorada, con la piel clara como el marfil, ligeramente teñida de coral; los ojos, de un clarísimo azul celeste; la cabellera, larga y reluciente en la neblina, como oro vivo. Llevaba un vestido blanco que intentaba, sin éxito, mantener fuera del agua. Y de algún modo se las componía para derramar lágrimas sin desfigurar el rostro, de modo que al llorar parecía aún más hermosa.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Morgana—. ¿Estás perdida?

Ella los miró fijamente, susurrando.

—¿Quiénes sois? Temía que nadie pudiera oírme. Llamé a las hermanas, pero ninguna me oyó. Y luego la tierra comenzó a moverse; estaba en suelo firme y de pronto me encontré aquí, en el agua, rodeada de juncos y me asusté... ¿Qué lugar es éste? Nunca lo había visto, aunque ya hace casi un año que estoy en el convento..

Y se persignó.

De pronto Morgana comprendió lo sucedido. El velo se había debilitado, como sucedía ocasionalmente en puntos de poder muy concentrado; la muchacha debía de ser muy sensible, puesto que lo percibía. Aunque se presentaba a veces como una visión fugaz, era raro que alguien se viera trasladado al otro mundo.

La niña dio un paso hacia ellos, pero el fondo cenagoso se movió bajo sus pies y ella se detuvo, presa del pánico.

—No te muevas —dijo Morgana, delicadamente—. Aquí el suelo es algo inseguro. Te ayudaré, conozco los senderos.

Pero mientras avanzaba con la mano extendida, Lantarote se interpuso y alzó a la joven en brazos, para depositarla en suelo seco.

—Tienes los zapatos mojados —dijo—. Si te los quitas, los pondremos a secar.

Ella lo miró con extrañeza. Ya no lloraba.

—Eres muy fuerte. Aún más que mi padre. Y creo haberte visto en otro lugar, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Lantarote—. ¿Quién eres? ¿Quién es tu padre?

—Soy hija del rey Leodegranz —explicó ella—. Pero estoy en la escuela del convento. —La voz le temblaba otra vez—. ¿Dónde está? No veo por ninguna parte el edificio ni la iglesia.

—No llores —dijo Morgana adelantándose.

La niña retrocedió un paso.

—¿Sois del pueblo de las hadas? Tenéis el signo azul en la frente. —Levantó una mano para persignarse otra vez. Luego dijo con voz dubitativa—: No, no podéis ser un demonio, pues no desaparecisteis con la señal de la cruz. Pero sois pequeña y fea como el pueblo de las hadas.

Lanzarote dijo con firmeza:

—No, ninguno de nosotros es un demonio. Y creo que podemos hallar el camino hacia ese convento tuyo.

El corazón de Morgana dio un vuelco al ver que él miraba ahora a la desconocida como la había mirado a ella momentos antes: con amor y deseo, casi con veneración.

—Podemos ayudarla, ¿verdad? —preguntó con impaciencia.

Se vio a sí misma con los ojos de Lanzarote y de la extraña doncella dorada: pequeña, morena, con el bárbaro signo azul en la frente, la camisa llena de barro hasta las rodillas, los brazos impúdicamente desnudos, los pies sucios, el pelo suelto. «Pequeña y fea como el pueblo de las hadas. Morgana de las Hadas.» Así la habían provocado desde su infancia. Con súbito sentimiento de odio contra sí misma, arrebató de la mata su falda húmeda para ponérsela; luego se echó encima la sobreveste sucia. Por un momento, bajo la mirada de Lanzarote, pensó que también tenía que encontrarla fea, bárbara, extraña. Aquella exquisita criatura dorada, en cambio, era de su mismo mundo.

Él se acercó a la desconocida para tomarla delicadamente de la mano, con una reverencia respetuosa.

—Ven. Te enseñaremos el camino.

—Sí —dijo Morgana, inexpresiva—. No te separes de mí, pues el suelo es traicionero y podrías quedar atrapada durante mucho tiempo.

Durante un momento de furia sintió la tentación de guiarlos a ambos hacia la ciénaga y dejarlos allí, para que se ahogaran o vagaran eternamente entre la neblina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lanzarote.

—Ginebra —respondió la rubia niña.

—Qué nombre tan bonito —murmuró él—, digno de la señora que lo lleva.

Morgana sintió un odio tan grande que temió desvanecerse; en aquel momento deseaba la muerte. Los colores del día se habían perdido en la bruma, el pantano y los horribles juncas. Y con ellos, toda su felicidad.

—Ven —repitió con voz helada.

Mientras marchaba los oyó reír a su espalda y se preguntó si se estarían burlando de ella. La voz infantil de Ginebra comentó:

—Pero vos no pertenecéis a este lugar horrible, ¿verdad? No sois pequeño ni feo.

No: era hermoso. Ella, en cambio, era pequeña y fea. Las palabras se le grabaron a fuego en el corazón. Olvidó que se parecía a Viviana, tan bella.

—No, no —oyó decir a Lanzarote—, me encantaría regresar contigo, de veras, pero he prometido cenar con un pariente. Ya he hecho enfadar a mi madre y no quiero ofender también a ese anciano caballero. Pero no, no vivo en Avalón... —Al poco le oyó decir—: No, ella es... bueno, una prima por parte de madre o algo así. Nos conocimos cuando éramos niños, eso es todo.

Entonces comprendió que hablaba de ella. ¡Qué pronto se había reducido todo a un parentesco lejano! Luchando ferozmente contra las lágrimas que no harían sino afearla aún más. pisó suelo seco.

—Allí está tu convento, Ginebra. Cuida de no apartarte del sendero si no quieres perderte nuevamente en la niebla.

Vio entonces que Lanzarote la llevaba de la mano; le pareció que la soltaba contra su voluntad. La niña dijo:

—Gracias, ¡gracias!

—Es a Morgana a quien tienes que dárselas —le recordó él—. Es ella quien conoce los caminos para entrar y salir de Avalón.

La joven la miró tímidamente de soslayo y le hizo una cortés reverencia:

—Os doy las gracias, señora Morgana.

Ella respiró hondo, rodeándose nuevamente con la capa de la sacerdotisa, ese encantamiento que podía convocar a voluntad. Pese a su ropa sucia y desgarrada, los pies descalzos y el pelo que se le pegaba a los hombros, mojado, supo que ahora parecía alta e imponente. Hizo un remoto gesto de bendición y giró en silencio, llamando a Lanzarote con otro gesto. Aun sin ver, adivinó que a los ojos de la niña había vuelto el temor respetuoso y sobrecogido, pero se alejó en silencio, con el paso silencioso de las sacerdotisas de Avalón. Lanzarote la siguió de mala gana.

Después de un momento miró hacia atrás, pero la niebla se había cerrado, borrando a la muchacha. Lanzarote preguntó conmovido:

—¿Cómo lo has hecho, Morgana?

—¿Cómo he hecho qué?

—De pronto te pareciste mucho a mi madre. Alta, lejana y... no del todo real. Como una diablesa. No tendrías que haberlo hecho; asustaste a esa pobre niña.

Morgana se mordió la lengua con súbita ira. Luego dijo con voz enigmática:

—Soy lo que soy, primo.

Y apretó el paso por el sendero. Tenía frío y estaba cansada, como si estuviera enferma por dentro. Deseaba la soledad de la Casa de las doncellas. Lanzarote parecía haber quedado muy atrás, pero ya no le importó.

Que buscara el camino por sí solo.

13

En la primavera del año siguiente, en medio de una tormenta torrencial, Merlín llegó a Avalón ya avanzada la noche. La Dama se quedó atónita al enterarse.

—En una noche como ésta, cuando hasta las ranas se ahogan—comentó—. ¿Qué le trae con semejante tiempo?

—No lo sé, señora —dijo el joven aprendiz de druida que le había llevado la noticia—. Ni siquiera mandó buscar la barca, sino que llegó por sí solo, utilizando los caminos ocultos; dijo que tenía que veros esta misma noche. Preguntó si podía cenar con vos.

—Dile que será un placer —dijo Viviana, con una expresión premeditadamente impasible. Pero cuando el joven se fue, se permitió fruncir el entrecejo, asombrada.

Hizo llamar a las mujeres que la atendían para que avivaran el fuego y llevaran, no su parca cena habitual, sino comida y vino para Merlín.

Al entrar, fue directamente hacia el hogar. Taliesin estaba ahora encorvado, con el pelo y la barba completamente blancos; había cambiado su ropa mojada por una túnica verde de novicio, demasiado corta para él. Viviana lo hizo sentar junto al fuego, al ver que aún temblaba, y puso a su lado un plato de comida y una taza de plata con buen vino de manzana. Luego se instaló en un taburete cercano para comer pan y frutos secos. Cuando le vio apartar el plato, dijo:

—Ahora cuéntamelo todo, padre.

El anciano le sonrió.

—Nunca pensé que te oiría llamarme así, Viviana. ¿Acaso crees que chocheo y que me he ordenado en la Iglesia?

Ella negó con la cabeza, diciendo:

—No, pero fuiste el amante de mi madre y engendraste a dos de mis hermanas. Juntos hemos servido a la Diosa y a Avalón durante más años de los que puedo contar. Tal vez ansió el consuelo de una voz paterna. No sé, pero en noches como ésta me siento muy vieja.

El druida sonrió:

—Sé qué edad tienes, Viviana, y pareces una muchacha. Aún podrías tener amantes, si así lo quisieras.

Ella desechó la idea con un gesto.

—Nunca conocí a un hombre que no fuera para mí una necesidad, una obligación o una noche de placer. Y sólo a uno, aparte de vos, que pudiera comparármeme en fuerza. —Se echó a reír—. Aunque si hubiera tenido diez años menos... ¿cómo me habría sentado el título de consorte del gran rey? ¿Y el trono a mi hijo?

—No creo que Galahad (o Lanzarote, como se hace llamar ahora) tenga madera de rey. Es un visionario, un junco sacudido por el viento.

—Pero si hubiera sido engendrado por Uther Pendragón...

Taliesin negó con la cabeza.

—De nada sirve llorar por la leche derramada, Viviana. De Uther vengo a hablarte. Está agonizando. Ella levantó la cabeza para mirarlo fijamente.

—Conque ya ha sucedido. —Sintió que se le aceleraba el corazón—. Es demasiado joven para morir.

—Aún combate a la cabeza de sus hombres; a su edad tendría que dejar ese cometido a sus generales. Fue herido y eso le causó fiebre. Ofrecí mis servicios de sanador, pero Igraine y los curas lo prohibieron. De cualquier modo, no habría podido hacer nada. Ha llegado su hora; se lo vi en los ojos.

—¿Y cómo se comporta Igraine en el papel de reina?

—Como cabía esperar —dijo el anciano druida—. Es bella, digna y piadosa; viste siempre de luto por los hijos que ha perdido. El día de Todos los Santos tuvo otro varón, pero vivió sólo cuatro días. Y su sacerdote la ha convencido de que es el castigo por sus pecados. Desde que se casó con Uther no la ha rozado el escándalo, a no ser por el nacimiento de ese primer hijo, demasiado prematuro. Pero con eso bastó. Le pregunté qué haría tras la muerte de Uther y cuando hubo dominado el llanto me dijo que se retiraría a un convento. Le ofrecí el amparo de Avalón, donde estaría cerca de su hija, pero dijo que no era decoroso para una reina cristiana.

La sonrisa de Viviana se endureció un poco.

—Nunca pensé oír eso de Igraine.

—No la culpes por lo que tú misma tramaste, Viviana. Avalón la echó cuando ella más lo necesitaba y la pobre muchacha ha buscado consuelo en un credo más sencillo que el nuestro.

—Eres el único hombre de Britania que ve a la gran reina como una muchacha.

—Incluso tú me pareces a veces una niña, la misma que se subía a mis rodillas para pulsar las cuerdas de mi arpa.

—Y ahora apenas puedo tocar. Con los años, mis dedos han perdido la flexibilidad.

Merlín negó con la cabeza.

—Ah, no, querida —dijo enseñando sus dedos deformados—. Tus manos son jóvenes en comparación con éstas. Sin embargo, con ellas hablo diariamente con mi arpa. Pero las tuyas prefirieron el poder a la música.

—De no ser así, ¿qué habría sido de Britania? —le espetó ella.

—No te censuro, Viviana —dijo él con severidad—. Simplemente digo las cosas como son.

Ella apoyó la barbilla en las manos, suspirando.

—No mentí al decir que esta noche necesitaba a un padre. Así que ya ha sucedido lo que temíamos. ¿Y qué hay del hijo de Uther, padre mío? ¿Está listo?

—Tiene que estarlo —dijo Merlín—. Uther no llegará al verano. Y ya se están reuniendo a su alrededor las aves carroñeras, como cuando Ambrosio agonizaba. En cuanto al muchacho, ¿lo has visto?

—De vez en cuando veo un destello suyo en el espejo mágico. Parece sano y fuerte, pero eso no me dice nada, salvo que puede desempeñar el papel de rey llegado el caso. Lo has visitado, ¿verdad?

—Por voluntad de Uther iba de vez en cuando para ver cómo crecía. Vi que leía los mismos libros en los que tu hijo aprendió tanto de estrategia bélica. Héctor, que es romano hasta la médula, ha educado a sus hijos con las conquistas de César y Alejandro.

—Si Arturo es tan romano —objetó Viviana—, ¿estará dispuesto a entenderse con las Tribus y con los pictos?

—Ya me ocupé de eso —dijo Merlín—, pues lo induje a tratar con algunos, diciéndole que eran aliados de Uther en la defensa de nuestra isla. Con ellos ha aprendido a lanzar flechas encantadas y a moverse sin ruido... —Luego añadió con intención—: Sabe acechar a los ciervos y no teme caminar entre ellos.

Viviana cerró los ojos un momento.

—Es tan joven...

—La Diosa siempre escoge a los más jóvenes y fuertes para conducir a sus guerreros —dijo Taliesin.

Ella inclinó la cabeza.

—Que así sea. Será puesto a prueba. Si puedes, tráelo antes de que muera Uther.

—¿Aquí? —Merlín negó con la cabeza—. Sólo después de la prueba podemos enseñarle el camino de Avalón y los dos reinos sobre los que tiene que gobernar.

Viviana cedió una vez más.

—A la isla del Dragón, pues.

—¿Para el antiguo desafío? Uther no fue probado de ese modo.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

—Uther era un guerrero; bastaba con hacerlo señor del dragón. Este muchacho es joven y no ha derramado sangre. Es preciso ponerlo a prueba.

—Y si fracasa...

Viviana apretó los dientes.

—¡No debe fracasar!

Taliesin esperó a que ella levantara la vista para repetir:

—Si fracasa...

—Lot ha de estar dispuesto, si llegara el caso —suspiró ella.

—Tendrías que haber educado en Avalón a uno de los hijos de Morgause. Gawaine es simpático. Apasionado y pendenciero... un toro, mientras que el hijo de Uther es un ciervo. Pero tiene madera de rey y también nació de la Diosa. Morgause y sus hijos llevan la sangre real de tu madre.

—No confío en Lot —aseveró la Dama con vehemencia—. Y en Morgause, menos aún.

—Sin embargo, él maneja a los clanes del norte. Y creo que las Tribus lo aceptarían.

—Pero no los que se aferran a Roma. Tendríamos dos reinos en guerra en Britania. No: el hijo de Uther no puede fallar. —Viviana se cubrió la cara con las manos—. ¿Has previsto qué pasará si esto fracasa, padre?

El anciano negó con la cabeza blanca. Su voz sonó compasiva:

—La Diosa no me ha dado conocer su voluntad. Has gobernado bien Avalón, Viviana, pero ten cuidado con el orgullo.

—Soy vieja —dijo ella alzando el rostro—. Un día de éstos, cuando ya no pueda ver lo que nos espera, habrá llegado el momento de ceder el mando. Y si ocurre demasiado pronto...

—Ocurrirá en su momento, Viviana. —Merlín se levantó, alto e inseguro, apoyándose pesadamente en el bastón—. Llevaré al muchacho a la isla del Dragón en el deshielo de primavera, para que veamos si está listo para ser gran rey. Entonces le darás la espada y la copa, como símbolo de que hay un vínculo eterno entre Avalón y el mundo exterior.

—La espada, al menos —dijo Viviana—. En cuanto a la copa..., no sé.

Él inclinó la cabeza.

—Dejo eso a tu juicio. Eres la voz de la Diosa, pero no serás la Diosa con él.

Viviana negó con la cabeza.

—Cuando triunfe conocerá a la Madre y de su mano recibirá la espada de la victoria. Pero antes tiene que probar su fuerza y enfrentarse a la Doncella cazadora. —El destello de una sonrisa le cruzó la cara—. Y después, suceda lo que suceda, no nos arriesgaremos como con Uther e Igraine. Tenemos que asegurar la sangre real.

Cuando Merlín se fue, Viviana pasó largo rato contemplando imágenes en el fuego, viendo sólo el pasado, sin la intención de mirar hacia el futuro a través de las nieblas del tiempo.

También ella, muchos años atrás, había entregado su virginidad al Astado, al Gran cazador, al Señor de la danza espiral. Casi sin pensar en la virgen que desempeñaría aquel papel en la próxima coronación, recordó otros tiempos y otras veces en que había representado a la Diosa en el Gran Matrimonio.

Nunca había sido más que una obligación, a veces placentera, a veces desagradable. De pronto, envidió a Igraine; una parte de su mente se extrañó de envidiar a una mujer que había perdido a todos sus hijos y que ahora tenía que soportar la viudez y los muros de un convento.

«Lo que le envidio es el amor que ha conocido. No tengo hijas: sólo varones que son extraños a mí. Nunca he amado —pensó—. Miedo, reverencia, respeto... eso se me ha dado. Amor, nunca. Y a veces creo que lo cambiaría todo por una mirada como la que Uther dedicó a Igraine durante la boda.»

Suspiró con tristeza, repitiendo en voz baja lo que había dicho Merlín:

—Bueno, de nada sirve llorar por la leche derramada.

Levantó la cabeza y su ayudante se acercó sin hacer ruido.

—¿Señora?

—Llama a... No —dijo cambiando bruscamente de idea. «Dejemos dormir a la muchacha. No es cierto que no haya conocido el amor. Amo a Morgana sin medida, y ella a mí.»

Ahora ese amor también podía terminar. Pero eso también estaba en manos de la Diosa.

14

Un pálido reflejo de la luna nueva se veía al oeste de Avalen. Morgana subía lentamente por el camino en espiral, callada y pálida como la luna virgen. Llevaba el pelo suelto y una única prenda sin ceñir a la cintura. Sabía que guardias y sacerdotisas la vigilaban mudos, para que nadie turbara su silencio. Tenía los ojos cerrados bajo el telón oscuro de la cabellera, pero se movía por el sendero sin vacilar. Cuervo la seguía en silencio, también descalza y sin cinturón, con el pelo suelto cubriéndole la cara.

Siempre hacia arriba en el anochecer, con unas cuantas estrellas en el cielo añil. En el anillo de piedras, grises y tenebrosas, parpadeaba la luz fantasmagórica de un fuego fatuo.

Con el último resplandor de la luna, reflejado momentáneamente en el lago, una sacerdotisa doncella se acercó a Morgana para ofrecerle una copa. Ella bebió en silencio y entregó la copa a Cuervo, que apuró las últimas gotas. Oro y plata centellearon a la luz agonizante. De manos invisibles Morgana cogió la gran espada, lanzando una pequeña exclamación ante su inesperado peso. Descalza, sin darse cuenta de que estaba helada, trazó el círculo bajo el anillo de piedras. Cuervo, a su espalda, cogió una gran lanza y la hundió en el corazón del fuego fatuo. La punta se encendió y la mujer la llevó detrás de Morgana, siguiendo el círculo. Al regresar al centro vieron el rostro de Viviana: intemporal, sin edad, flotando incorpóreo en el aire; era el rostro brillante de la Diosa. Aun sabiendo que era efecto de una sustancia luminosa untada en la frente y las mejillas, el contraste con la oscuridad del círculo y de la vestimenta no dejaba de impresionar a Morgana.

Dos manos relucientes pusieron algo en las de Morgana y en las de Cuervo. La muchacha mordió la madera amarga y picante, obligándose a tragar a pesar de la náusea. Cayó el silencio. Brillaban los ojos en la oscuridad. Era como estar entre la multitud en lo alto del Tozal, sin ver una sola cara. Incluso el rostro incorpóreo de Viviana se había desvanecido. Sentía cerca del cuerpo el calor de Cuervo. Trató de dejar la mente en calma y meditación, sin saber para qué la habían llevado allí.

Pasó el tiempo; las estrellas refulgían en el cielo, cada vez más oscuro. «El tiempo corre en Avalón de un modo distinto —pensó Morgana—, o tal vez no existe.» Muchas veces, en aquellos largos años, había ascendido por el camino en espiral, hurgando en los misterios del tiempo y el espacio. Pero aquella noche parecía más extraño, más oscuro; nunca se la había convocado para que desempeñara el papel principal. Sabía lo que le habían dado: el festín mágico, una hierba utilizada para fortalecer la videncia pero que no le restaba potencia ni magia.

Pasado un rato comenzó a ver imágenes en la mente, como desde muy lejos. Vio una manada de ciervos corriendo. Vio nuevamente la gran oscuridad que había descendido sobre la tierra al apagarse el sol con un viento frío, al cruzarse la luna en su camino. Vio con la videncia interior los ciclos del año en torno de las grandes piedras, las grandes procesiones que ascendían hacia el robledal, antes de que se construyera el círculo. El tiempo era transparente; había perdido significado. Los pequeños seres pintados llegaron, maduraron y fueron derribados; luego, las Tribus; después, los romanos, y altos extranjeros de las costas de la Galia, y después... El tiempo se detuvo, dejando sólo el movimiento de los pueblos y el crecer del mundo; los hielos se adelantaron, retrocedieron, se acercaron otra vez. Vio los grandes templos de la Atlántida, ya ahogados para siempre en el océano; vio el amanecer y el ocaso de mundos nuevos... Silencio, y más allá de la noche, las grandes estrellas que giraban y giraban...

Detrás de ella sonó un grito espectral que le heló la piel. Era Cuervo quien gritaba; Cuervo, cuya voz nunca había oído, ni siquiera el día en que se quemó con aceite hirviendo. En una ocasión, al mirarle las cicatrices, Morgana había pensado: «El voto que hice es poca cosa comparado con el suyo; sin embargo, estuve muy cerca de romperlo por la dulce voz de un hombre.»

Y ahora Cuervo, en la noche sin luna, gritaba con voz aguda, como una parturienta. Tres veces tembló el alarido en el Tozal y Morgana se estremeció otras tantas veces, sabiendo que hasta los sacerdotes de la otra isla tenían que estar persignándose en sus celdas solitarias, despertados por aquel clamor fantasmal que resonaba entre los mundos.

Después del grito, silencio, un silencio que pareció cargado de alientos. Luego, jadeante y sofocada, como si su voz estuviera incapacitada por la falta de uso, Cuervo gritó:

—Ah... Siete veces la Rueda, la rueda de trece radios, ha girado en el cielo. Siete veces la Madre ha parido a su hijo oscuro...

Nuevamente el silencio, acentuado por el contraste, exceptuando los jadeos sofocados de la profetisa en trance.

—Ah, ah... Me quemo, me quemo... Ha llegado la hora, ha llegado la hora...

Y cayó nuevamente en el silencio preñado de espanto.

—¡Corren! Corren primavera bramando, corren. Luchan, eligen a su rey... Ah, la sangre, la sangre... y el mayor de todos corre, y hay sangre en las astas de su orgullo...

Una vez más se hizo el silencio. Tras la oscuridad de sus párpados, Morgana vio otra vez lo que había entrevisto y olvidado en el cuenco de plata: un hombre entre los ciervos, luchando, combatiendo.

—Es el hijo de la Diosa, corre, corre... El Astado tiene que morir... y el Astado tiene que ser coronado... La Virgen Cazadora tiene que atraer al rey y entregar su virginidad al Dios... Ah, el antiguo sacrificio, el antiguo sacrificio... Me quemo, me quemo...

Y las palabras empezaron a atropellarse entre sí, hasta morir en un grito largo y sollozante. Detrás de ella, a través de los párpados cerrados, Morgana vio caer a Cuervo sin sentido y quedar tendida en el suelo. Sus jadeos eran el único ruido en el silencio, cada vez más profundo.

En algún lugar cantó un búho: una, dos, tres veces.

De la oscuridad salieron las sacerdotisas, mudas y oscuras, con el destello azul en la frente. Levantaron tiernamente a Cuervo para llevársela. Levantaron también a Morgana, y una le apoyó dulcemente la cabeza en su pecho. Luego no supo más.

Tres días después, cuando hubo recobrado un poco las fuerzas, Viviana mandó a buscarla.

Morgana trató de vestirse sola, pero aún estaba débil y tuvo que aceptar la ayuda de una de las sacerdotisas jóvenes. El largo ayuno, la terrible debilidad causada por las hierbas rituales y la tensión de la ceremonia, aún le agarrotaban el cuerpo. Había comido algo, pero le palpitaba la cabeza y en su ciclo de la luna nueva sangraba con una violencia inusitada; también debía de ser efecto de las hierbas sagradas. Habría preferido que su tía la dejara recuperarse en calma, pero su voluntad era la de la Diosa. Una vez vestida, peinada y con la media luna azul retocada con tinta fresca, marchó hacia la casa de la suma sacerdotisa.

Aquel día el hogar no estaba encendido y Viviana se paseaba por el fondo de la habitación con una sencilla túnica de lana sin teñir y el pelo cubierto por una capucha. Estaba arrugada y ojerosa. Morgana pensó: «Por supuesto; si los ritos nos hicieron caer enfermas a Cuervo y a mí, que somos jóvenes y fuertes, ¿cómo no a Viviana, que ha envejecido al servicio de la Diosa?»

Entonces su tía se volvió hacia ella con una sonrisa afectuosa y Morgana volvió a sentir la vieja oleada de amor y ternura.

Viviana le señaló un asiento.
—¿Te has recuperado, hija?

Morgana se dejó caer en el banco: pese a lo breve de la caminata, estaba exhausta. Respondió con un gesto negativo.

—Lo sé —dijo la Dama—. A veces, cuando no saben cómo vas a reaccionar, te dan demasiado. La próxima vez no te lo tragues todo; calcula tú misma la cantidad que te dará videncia sin ponerte enferma. Ya has llegado a una etapa en que puedes atemperar la obediencia a tu criterio.

Por algún motivo, aquellas palabras quedaron resonando en la mente de Morgana, hasta que cabeceó para despejarla y escuchar a Viviana.

—¿Cuánto entendiste de la profecía de Cuervo?

—Muy poco —reconoció—. Para mí fue misteriosa. No sé muy bien para qué estaba yo allí.

—En parte para prestarle tu fuerza —dijo su tía—. No es fuerte; vomitó sangre y aún sigue. Pero no morirá.

Morgana alargó una mano para apoyarse, invadida por una náusea que la dejó pálida y mareada. Sin excusarse, se levantó para salir y vomitó el pan y la leche que había comido aquella mañana. Al terminar, una de las jóvenes ayudantes estaba allí para limpiarle la cara con un paño húmedo, que olía a hierbas perfumadas. Viviana la sostuvo para que volviera a entrar y le entregó una taza pequeña.

—Bébelo despacio—dijo.

Ardía en la lengua y, por un momento, tuvo más náuseas: era el fuerte licor que destilaban las Tribus del norte. Pero después de tragarlo notó un fuerte calor en el estómago vacío, y al poco rato se encontró mejor, más segura, casi eufórica.

—Esta noche podrás comer —dijo la Dama. Y sonó como una orden—. Bueno, hablemos de la profecía de Cuervo.

En los tiempos antiguos, mucho antes de que los druidas llegaran aquí desde los templos hundidos, en las costas del mar interior habitaba el pueblo de las hadas, del que descendemos tú y yo. Y como vivían de la caza y la recolección de frutos, su reina y sacerdotisa aprendió a convocar a los ciervos para pedir a sus espíritus que sacrificaran la vida por la de la Tribu. Pero un sacrificio ha de ser pagado con otro: los ciervos morían por la Tribu y uno de los nuestros tenía, a su vez, que correr el riesgo de que a cambio los ciervos le quitaran la vida. De ese modo se mantenía el equilibrio. ¿Lo comprendes, querida?

Ante la desacostumbrada expresión cariñosa, Morgana se preguntó vagamente: «¿Me está diciendo que seré yo la sacrificada por la Tribu? No me importa. Mi vida está consagrada a la Diosa.»

—Comprendo, madre. Al menos, eso creo.

—La Madre de la Tribu escogía un consorte todos los años. Y como éste aceptaba entregar su vida por la tribu, siempre tenía alimentos en abundancia y todas las mujeres eran suyas, a fin de que él, por ser el mejor y el más fuerte, engendrara a sus hijos. Pasado el año, el elegido se ponía una cornamenta y una túnica de piel sin curtir, para que los ciervos lo tomaran por uno de ellos; luego corría con el rebaño, impelido por el encantamiento de la Madre Cazadora. Pero por entonces la manada también había escogido a su Macho rey, que a veces olfateaba al desconocido y se lanzaba contra él. Entonces el Astado moría.

A Morgana volvió a recorrerla el mismo escalofrío que había experimentado al ver aquel rito en el Tozal. «El rey del año tiene que morir para que viva su pueblo.»

—Bueno, ha pasado el tiempo, Morgana —continuó Viviana con voz queda—, y esos ritos antiguos ya no son necesarios, pues cultivamos cebada y no derramamos sangre en el sacrificio. Sólo en períodos de gran peligro exige la Tribu un conductor así. Y Cuervo ha previsto ese peligro. Por eso, una vez más, será preciso poner a prueba a quien arriesgue la vida por su pueblo, a fin de que éste lo siga hasta la muerte. ¿Me has oído mencionar el Gran Matrimonio?

Morgana asintió; de él había nacido Lanzasote.

—Las Tribus de las hadas y las del norte han recibido un gran conductor. El elegido será puesto a prueba por el rito antiguo. Y si sobrevive (lo cual dependerá, hasta cierto punto, de la fuerza con que la Doncella cazadora pueda encantar a los ciervos), se convertirá en el Astado, el Macho rey, consorte de la Virgen cazadora, coronado con la cornamenta del dios. Hace años, Morgana, te dije que tu virginidad pertenecía a la Diosa. Ahora ella requiere que la sacrifiques al dios Astado. Vas a ser la Virgen cazadora, la esposa del Astado. Has sido escogida para tal servicio.

En el cuarto reinaba un gran silencio, como si estuvieran nuevamente en el centro del círculo de piedras. Morgana no se atrevió a quebrarlo. Por fin, sabiendo que Viviana esperaba alguna palabra de consentimiento, inclinó la cabeza.

—Mi cuerpo y mi alma pertenecen a ella para hacer su voluntad —susurró—. Y tu voluntad es la suya, madre. Que así sea.

15

Desde su llegada, Morgana había salido de Avalón sólo dos o tres veces y por poco tiempo.

Ahora el tiempo y el espacio ya no le interesaban. La habían sacado de la isla al amanecer, en silencio, envuelta en mantos y velos y en una litera cerrada, para que ni siquiera el sol pudiera iluminar su cara. En menos de un día de viaje perdió toda noción del rumbo y de la distancia, sumida en la meditación. En ocasiones se había resistido al trance del éxtasis. Ahora lo recibía de buen grado, abriendo la mente a la Diosa e implorándole que la poseyera en cuerpo y alma.

Cayó la noche; una luna casi llena asomó entre las cortinas de la litera. Cuando los portadores se detuvieron no supo dónde estaba ni le interesó. Iría a donde la llevaran, pasiva, ciega, en trance, consciente sólo de que iba al encuentro de su destino.

Estaba dentro de una casa. Una mujer desconocida le llevó pan y miel, que ella no tocó (no quebraría el ayuno hasta la comida ritual), y agua, que bebió con fruición. Había una cama puesta de modo que la luna cayera sobre ella; cuando la mujer quiso cerrar los postigos, Morgana se lo impidió con un gesto imperioso. Pasó gran parte de la noche en trance, sintiendo el tacto del claro de luna, vagando entre el sueño y la vigilia como un viajero inquieto. En su mente parpadeaban imágenes extrañas: su madre, inclinada hacia el rubio intruso Gwydion, más adusta que acogedora. Viviana, llevándola en el extremo de una cuerda, como a una bestia para el sacrificio. Cuervo, gritando sin sonido. Una gran figura astada, mitad hombre, mitad animal,

que apartaba bruscamente una cortina para entrar a grandes pasos. Despertó, incorporándose, pero allí no había nadie; sólo el claro de luna y la desconocida que dormía a su lado. Se acostó inmediatamente; esta vez durmió profundamente y sin soñar.

La despertaron una hora antes del amanecer. Ahora estaba espabilada y muy consciente de todo: el aire frío, la neblina rosada, el fuerte olor de la mujercilla morena, con sus prendas de piel mal curtida. Todo tenía bordes nítidos y colores intensos, como si acabara de surgir de la mano de la Diosa. Las mujeres morenas intercambiaban susurros en un lenguaje del que sólo comprendió algunas palabras.

Después de un rato, la más anciana le llevó agua fresca. Morgana se lo agradeció inclinándose en el saludo de una sacerdotisa a otra: luego se preguntó por qué. La mujer era anciana; su pelo era casi completamente blanco y en su piel oscura se veían borrosas manchas azules, pero lucía sobre las prendas imperfectas una capa de piel de ciervo con símbolos mágicos. Su porte era tan autoritario como el de la misma Viviana; la joven comprendió que era la madre y sacerdotisa tribal.

Con sus propias manos, la mujer comenzó a prepararla para el rito. La desnudó por completo y le pintó de azul las plantas de los pies y de las manos; renovó la media luna de su frente; en el pecho y en el vientre le dibujó la luna llena y, encima del vello pubiano, la luna nueva. Brevemente, casi como por compromiso, le separó las piernas para hurgar un poco. No encontró nada, pues Morgana estaba intacta, pero ésta experimentó un momento de temor casi placentero. Y en aquel momento se percató de que tenía un hambre casi feroz. Se le había enseñado a no hacer caso del hambre, y al cabo de un rato ésta desapareció.

Al amanecer la sacaron cubierta por una capa como la de la anciana, con los signos mágicos de la luna y la cornamenta. Una parte de su mente, muy remota, sintió un momentáneo desprecio por aquellos símbolos de un misterio mucho más antiguo que la sabiduría druida, pero desapareció de inmediato. La casa de piedra quedó atrás; frente a ella había otra, hacia la que estaban conduciendo a un joven. No pudo verlo con claridad, pues el sol naciente le daba en los ojos, pero era alto, de pelo rubio y cuerpo musculoso. Los hombres de la tribu, sobre todo un anciano con músculos de herrero, lo estaban pintando con hierba pastel; lo untaron con grasa de ciervo y lo cubrieron con una piel de ciervo sin curtir. En la cabeza le pusieron la cornamenta. A una indicación, él cabeceó para comprobar que se mantuviera firme. Morgana observó el orgulloso balanceo de aquella cabeza joven y sintió de pronto un ramalazo de sensibilidad en lo más íntimo de su cuerpo.

«Éste es el Astado, el dios, el consorte de la Virgen cazadora...»

Le ataron el cabello con una guirnalda de bayas carmesíes y la coronaron con las primeras flores de primavera. La Madre de la tribu se quitó un precioso collar de oro y hueso para ponérselo al cuello; pesaba como la magia misma. Le pusieron algo en la mano: un tambor de cuero tensado, y oyó que su mano lo hacía sonar.

Estaba en la ladera de una colina, encima de un valle desbordante de bosques, desierto y silencioso; sin embargo, Morgana percibió la vida: ciervos que pisaban con pezuñas delgadas y silenciosas, animales que trepaban a los árboles, pájaros que anidaban, impulsados por la marea de la primera luna llena primaveral. Dio media vuelta para mirar atrás. Sobre ellos, tallada en blanco en la piedra caliza, se veía una figura monstruosa: ¿un ciervo lanzado a la carrera, un hombre con el falo erecto?

No vio al joven que estaba a su lado: sólo percibió el torrente de la vida. El tiempo cesó, volvió a ser transparente. El tambor estaba otra vez en manos de la anciana, aunque Morgana no recordara habérselo devuelto. Con los ojos deslumbrados por el sol, sintió la cabeza del Dios entre las manos y lo bendijo. Había algo en su rostro... Antes de que se levantaran aquellas colinas había conocido aquel rostro, aquel hombre, su consorte, desde el principio del mundo. No oyó sus palabras rituales, pero sí la fuerza que las impulsaba: «Ve y conquista..., corre con los ciervos... veloz y fuerte como las mareas de primavera... por siempre benditos los pies que aquí te trajeron...

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

»Los ciervos corren en el bosque y con ellos nuestra vida. El Macho rey del mundo los derribará, el rey ciervo, el Astado bendecido por la Madre ha de triunfar...»

Era como un arco tensado con la flecha del poder. Tocó al Astado, liberándolo, y todos se alejaron corriendo como el viento en la ladera. Morgana sintió que el poder la abandonaba y se derrumbó silenciosamente; un frío húmedo le subió por el cuerpo, pero estaba inconsciente, en trance de videncia.

Aunque parecía yacer sin vida, una parte de ella corría con los hombres de la tribu. Los seguían gritos, como ladridos: eran las mujeres, que aceleraban la persecución.

En el cielo se elevaba el sol, la gran Rueda de la Vida que giraba en el firmamento, persiguiendo infructuosamente a su divino consorte, el Hijo oscuro.

De pronto se los tragó la penumbra del bosque; dejaron de correr para moverse pausadamente con pies silenciosos, imitando el paso delicado de los ciervos. Eran, en verdad, ciervos que seguían la cornamenta del Dios, vistiendo los mantos que hechizaban a los animales, llevando los collares que simbolizaban la vida como cadena infinita: vivir, comer, reproducirse, morir y ser comido, para alimentar a los hijos de la Madre. «Abraza a tus hijos, Madre, que tu Macho rey tiene que morir para alimentar la vida de su Hijo oscuro...»

La tiniebla, la vida interior de la selva; el silencio de los ciervos... Morgana arrojó su poder y su bendición sobre el bosque. Una parte de ella yacía en la colina soleada, en trance; la otra corría con los ciervos y los hombres, hasta que fueron uno, fundidos en uno.

Sintió que, en lo más profundo del bosque, el Macho rey alzaba la cabeza, olfateando el viento, captando el olor de un enemigo, uno de los suyos, uno de la tribu extraña. La cornamenta se agitó, buscando la presa, el rival donde no puede haber ninguno.

«¡Ah, Diosa...!» Ya corrían a través de la maleza. Y tras ellos, los hombres. Correr, correr hasta que el corazón se salga del pecho, hasta que la vida se imponga a todo conocimiento o idea. Correr con los ciervos que huyen y los hombres que persiguen, correr con el sol y las mareas de primavera, correr con el flujo de la vida...

Inmóvil, con la cara apretada contra la tierra y el sol quemándole la espalda, Morgana empezó a ver. Fue como si lo hubiera visto antes, mucho tiempo atrás: el joven alto y fibroso, apretando el cuchillo con la mano, cayendo entre los ciervos, entre las pezuñas. Supo que gritaba con todas sus fuerzas y, simultáneamente, que su grito había resonado por todas partes. Incluso el Macho rey se detuvo en plena carga, horrorizado. Y en aquel instante Morgana vio al joven levantarse trabajosamente, jadeando, para lanzarse al ataque con la cabeza gacha, balanceando la cornamenta, y lo vio luchar con el ciervo, las manos fuertes y el cuerpo joven. Una puñalada hacia arriba; sangre vertida en la tierra. El astado también sangraba por un largo tajo abierto en el costado: sacrificio ofrendado a la Madre para alimentar la vida. Después su espada halló el corazón, y la sangre del Macho rey lo cubrió como un torrente. Y los hombres que lo rodeaban acudieron con sus lanzas...

Morgana vio que lo llevaban cubierto por la sangre de su gemelo y rival, el Macho rey. A su alrededor, los hombrecillos morenos blandían sus cuchillos y le colocaban el pellejo, crudo y aún caliente, en los hombros. Volvían triunfantes, y las fogatas se alzaron en la creciente oscuridad. Y cuando las mujeres la levantaron, no la sorprendió ver que el sol se estaba poniendo.

Y se tambaleó, como si también ella hubiera corrido todo el día con los hombres y los ciervos.

La coronaron otra vez con el carmesí del triunfo. Le llevaron el Astado sangrante para que lo bendijera y le señalara la frente con la sangre del ciervo. Cortaron la cabeza con la cornamenta que derribaría al próximo Macho rey; la que se había usado aquel día, partida y astillada, fue arrojada al fuego. Pronto se alzó el olor a carne quemada y Morgana se preguntó si era carne de hombre o de ciervo macho.

Los sentaron juntos y les llevaron las primeras porciones, rezumando sangre y grasa. Morgana notó que la cabeza le daba vueltas: después de su largo ayuno, el sabor de la carne era excesivo; por un momento temió vomitar otra vez. A su lado, él comía con apetito; sus manos eran fuertes y hermosas... Morgana parpadeó: en un extraño momento, había creído ver serpientes enroscadas a ellas, pero desaparecieron. A su alrededor, los hombres y mujeres de la Tribu compartían el banquete ritual y cantaban el himno del triunfo, en un lenguaje antiguo que entendió sólo a medias:

*Ha triunfado, ha matado...
...la sangre de nuestra Madre, derramada en la tierra...
...la sangre del Dios, derramada en la tierra...
... y él se alzaré y reinará por siempre...
... ha triunfado, triunfará por siempre hasta el fin del mundo...*

La anciana sacerdotisa que la había ataviado por la mañana le acercó una copa de plata a los labios. Fuego, con un fuerte regusto a miel. Ya estaba ebria de carne, pues sólo la había probado unas cuantas veces en los siete últimos años. Se la llevaron para desnudarla y adornarle el cuerpo con más pintura y más guirnaldas, marcándole los pezones y la frente con la sangre del ciervo muerto.

«La Diosa recibe a su consorte y volverá a matarlo al final de los tiempos, parirá a su Hijo oscuro que derribará al Macho rey...»

Una niña, pintada de azul de pies a cabeza, corrió por los campos arados con una bandeja, esparciendo gotas oscuras. Morgana oyó el gran grito que se alzaba tras ella.

—Los campos han sido bendecidos. ¡Danos alimento, oh Madre nuestra!

Y durante un instante, una pequeña parte de Morgana, mareada y borracha, pensó fríamente que debía de estar loca: ella, una mujer educada, princesa, sacerdotisa y descendiente de la estirpe real de Avalón, pintada como una salvaje, oliendo a sangre, tolerando esa barbarie...

Y todo volvió a desaparecer, en tanto la luna llena, serena y orgullosa, se elevaba por encima de las nubes que la habían ocultado a la vista. Bañada por la luz de la Diosa, que la inundaba, dejó de ser Morgana. No tenía nombre; era sacerdotisa, doncella y madre. Le colgaron una guirnalda de bayas carmesíes sobre la ingle; el brutal simbolismo la llenó de súbito miedo. Sintió todo el peso de la virginidad recorriéndola como la marea primaveral. Una antorcha resplandeció ante sus ojos; la llevaron a la oscuridad, a una cueva llena de silencios y ecos. Alrededor, en los muros, se veían los símbolos sagrados del ciervo y los cuernos, el hombre astado, el vientre hinchado y los pechos plenos de La Que Da la Vida...

La sacerdotisa acostó a Morgana en el lecho de pieles de ciervo. Tuvo frío y miedo, y se estremeció, y la anciana arrugó la frente en un gesto de compasión. Luego la rodeó con sus brazos y la besó en los labios, y Morgana se asió a ella con súbito terror, como si fuera su madre. Luego la mujer volvió a besarla, sonriente, y le tocó los pechos en señal de bendición. Y se fue.

Se quedó acostada allí, rodeada por la vida de la tierra; tenía la sensación de expandirse, de llenar toda la cueva. Por encima de ella, la gran figura de yeso, hombre o ciervo, marchaba con el falo erecto. La luna invisible de fuera le llenó el cuerpo de luz, en tanto la Diosa corría por su interior, cuerpo y alma. Alargó los brazos, sabiendo que fuera de la caverna, a la luz de los fuegos fecundos, hombres y mujeres se unían atraídos por las corrientes palpitantes de la vida. La niña pintada de azul cayó envuelta por los brazos de un anciano cazador; Morgana percibió su breve forcejeo y su grito, antes de abrir las piernas a la irresistible fuerza de la naturaleza. Veía sin ver, con los ojos cerrados por el fulgor de la antorcha, oyendo los gritos. Ahora él estaba a la entrada de la cueva, ya sin los cuernos, con el pelo manchado, el cuerpo untado de azul y de sangre, blanca la piel como el blanco yeso de la gran figura. El Astado, el consorte. Él también se movía como aturdido, sin más vestimenta que una guirnalda colgándole sobre la ingle, erecta la vida en él. Se arrodilló a su lado; era casi un niño, alto y rubio. «¿Por qué eligieron a un rey que no es uno de ellos?», el pensamiento le cruzó la mente como un rayo de luna y desapareció; ya no pensaba.

Ha llegado el momento de que la Diosa dé la bienvenida al Astado... El se arrodilló junto a las pieles, bamboleándose, deslumbrado por la antorcha. Ella le asió las manos para atraerlo sobre sí, sintiendo el suave calor, el peso de su cuerpo. Tuvo que guiarlo. Soy la Gran Madre que lo sabe todo, doncella, madre y omnisciente, que guía a la virgen y a su consorte... Aturdida, aterrada, exaltada, consciente sólo a medias, movió el cuerpo involuntariamente, guiándolo fieramente hasta que ambos se movieron juntos, sin saber de qué poder eran presas. Ella se oyó gritar, como desde muy lejos, y oyó la voz estremecida de él en el silencio. Nunca sabría qué clamaron los dos en aquel instante. La antorcha chisporroteó antes de apagarse. Y él estalló con toda la furia de su vida joven, vaciándose en el vientre.

Gimió y cayó sobre ella, sin más señal de vida que su respiración agitada. Morgana lo apartó con suavidad, sosteniéndolo con calidez, y recibió su beso en el pecho desnudo. Lenta, cansadamente, volvía a respirar con normalidad. Un momento después dormía en sus brazos. Ella le besó el pelo y la mejilla suave con salvaje ternura. Después se quedó dormida.

Cuando despertó, la noche estaba muy avanzada; el claro de luna se filtraba en la cueva. Estaba totalmente agotada y con el cuerpo dolorido; al tocarse entre las piernas notó que sangraba. Se echó el cabello húmedo hacia atrás, observando la figura laxa y pálida que dormía a su lado, totalmente exhausta. Era alto, fuerte y hermoso, aunque no llegaba a ver con claridad sus facciones. La mágica videncia la había abandonado. Ya no era la sombra de la Gran Madre, sino Morgana. Todo lo sucedido estaba claro en su mente.

Pensó fugazmente en Lanzarote, a quien habría querido entregar ese regalo. Y se lo había dado a un desconocido sin rostro... Pero había aceptado su destino como sacerdotisa de Avalón. Y en la noche pasada había sucedido algo de crucial importancia.

Tuvo frío y se tendió para cubrirse con las pieles, arrugando la nariz al percibir su hedor. Calculó que faltaba una hora Para el amanecer. El muchacho, a su lado, se incorporó con aire soñoliento.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Ah, sí, ya recuerdo. En la cueva. Vaya, ya está aclarando. —Sonrió y la atrajo hacia sí, y ella se dejó besar—. Anoche eras la Diosa —murmuró—, pero al despertar descubro que eres una mujer.

Ella rió delicadamente.

—¿Y tu no eres el Dios, sino un hombre?

—Estoy harto de ser Dios; además, me parece presuntuoso —La estrechó contra su cuerpo—. Me conformo con ser sólo un hombre.

—Tal vez haya un tiempo para ser dioses y otro para ser sólo de carne y hueso.

—Anoche te temía—confesó él—. Te veía inmensa, como la Diosa... ¡y eres tan menuda! —De pronto parpadeó—. ¡Vaya, hablas mi idioma! ¿No eres de esta tribu?

—Soy sacerdotisa de la isla Sagrada.

—Y la sacerdotisa es mujer —comentó él, acariciándole delicadamente los pechos, que cobraron vida súbitamente bajo sus manos—. ¿Crees que la Diosa se irritará conmigo si prefiero a la mujer?

Ella volvió a reír.

—La Diosa conoce a los hombres.

—¿Y su sacerdotisa?

—No —reconoció ella con súbita timidez—. Nunca había conocido a un hombre. Y no fui yo, sino la Diosa.

En la penumbra, él la estrechó contra sí.

—Puesto que los dioses han disfrutado, es justo que ahora disfruten el hombre y la mujer.

Sus manos se hacían audaces. Ella lo abrazó.

—Es justo —confirmó.

Esta vez pudo saborearlo a conciencia, riendo de placer, percibiendo su gozo. Nunca había sido tan feliz. Quedaron exhaustos, con los miembros entrelazados, acariciándose en placentera fatiga. Por fin él suspiró.

—Pronto vendrán por mí —dijo—. Y aún me queda mucho más. Van a llevarme no sé adonde para darme una espada y otras cosas. —Se incorporó sonriente—. Me gustaría lavarme toda esta sangre y esta pintura azul, y ponerme ropa civilizada... Mira, a ti también te he cubierto de sangre.

—Creo que me bañarán cuando vengan por mí. Y a ti también, en un arroyo.

Él suspiró con melancolía juvenil. Aún estaba cambiando la voz. ¿Cómo podía ser tan joven, aquel gigante que había vencido al macho rey?

—Supongo que no volveremos a vernos, puesto que estás consagrada a la Diosa, pero quiero decirte algo. —Se inclino para besarla en un seno—. Has sido la primera. Y por muchas mujeres que conozca, te recordaré, amaré y bendeciré durante toda mi vida. Te lo prometo.

Había lágrimas en sus mejillas. Morgana cogió su vestido para secarle tiernamente las lágrimas, y lo acunó en su regazo. Ante aquel gesto él pareció quedar petrificado.

—Tu voz —susurró—, y lo que acabas de hacer... ¿Por qué tengo la sensación de conocerte?

Se incorporó para cogerle la cara entre las manos, rígido. A la luz creciente, sus facciones juveniles se endurecieron, convirtiéndose en líneas de hombre.

—¡Morgana! ¡Eres Morgana! ¡Mi hermana! Dios mío, Virgen María, ¿qué hemos hecho?

Ella se cubrió lentamente los ojos, murmurando:

—Mi hermano. ¡Mi hermano! Gwydion...

—Arturo —murmuró él.

Lo estrechó con fuerza. Un momento después, él sollozaba sin soltarla:

—Ahora comprendo por qué creía conocerte desde la creación del Mundo. Siempre te he amado, y esto... Dios mío, ¿qué hemos hecho?

—No llores —dijo Morgana indefensa—. No llores. Estamos en manos de la que nos trajo aquí. No importa. Ante la Diosa no somos hermanos, sino hombre y mujer.

«Y nunca volveré a conocerte. Hermano mío, mi niño, el que se apoyaba en mi pecho como una criatura. Morgana, Morgana, te dije que cuidaras del niño, y se marchó dejándonos. Y él lloró hasta dormirse en mis brazos. Y yo no lo sabía.»

—No importa —repitió, meciéndolo—. No llores, hermano mío, mi amado, mi pequeño, no llores, no importa.

Pero mientras lo consolaba sentía el embate de la desesperación.

«¿Por qué nos hiciste esto? Gran Madre. Señora, ¿por qué?»

Y no supo si se dirigía a Viviana o a la Diosa.

16

Morgana recorrió el largo trayecto a Avalón tendida en su litera, con la cabeza palpitante y aquella pregunta en la mente: «¿Por qué?» Estaba exhausta por los tres días de ayuno y el largo rito. Sabía vagamente que el festín y el amor de la noche estaban destinados a liberar esa fuerza, retornándola a la normalidad. Y lo habrían hecho, a no ser por la desagradable sorpresa de la mañana.

Se conocía lo bastante bien para saber que, pasados el horror y el agotamiento, sobrevendría la ira; por eso deseaba llegar hasta Viviana antes de estallar, mientras aún pudiera conservar algo de calma.

Mientras cruzaban el lago en la barca, se le pidió que convocara las brumas para abrir la puerta de Avalón. Se levantó para hacerlo casi con negligencia, a tal punto ese misterio se había convertido en parte de su vida. No obstante, al levantar los brazos para la invocación, experimentó un súbito y paralizante momento de duda. Le parecía haber sufrido un cambio tan grande que no estaba segura de tener aún la fuerza necesaria para crear la puerta. Tan grande era su rebeldía que vaciló por un instante y los hombres de la barca la miraron con una preocupación cortés.

Las campanas de la iglesia resonaron serenamente sobre el lago. De pronto, Morgana se encontró nuevamente en su infancia, oyendo al padre Columba que hablaba enérgicamente de la castidad como lo más cercano a la santidad de María, Madre de Dios, quien por milagro había concebido a su Hijo sin mancharse

con el pecado del mundo. Incluso entonces Morgana había pensado: «¡Qué tontería! ¿Cómo puede una mujer concebir a un hijo sin conocer a un hombre?» Pero al oír las campanas sagradas algo en ella pareció desmoronarse y desprenderse. Las lágrimas le corrieron súbitamente por la cara.

—¿Estáis enferma, señora—.

Morgana negó firmemente con la cabeza.

—No; por un momento me encontré mareada.

Aspiró profundamente. Arturo no estaba en la barca, por supuesto; Merlín lo había llevado por el Camino escondido. «La Diosa es Una: la Virgen María, la Gran Madre, la Cazadora... y yo tengo una parte que desempeñar en Su grandeza.» Lo borró todo con un gesto y alzó los brazos otra vez, bajando velozmente el telón de la bruma por la que llegarían a Avalón.

Estaba cayendo la noche y Morgana estaba hambrienta y cansada, pero fue de inmediato a casa de la Dama, en la puerta la detuvo una sacerdotisa.

—En este momento la Dama no puede recibir a nadie.

—Tonterías —dijo Morgana, sintiendo el principio de la cólera abriéndose paso a través del misericordioso aturdimiento—. Soy su sobrina. Pregúntale si puedo entrar.

La mujer volvió muy pronto.

—La Dama ha dicho: «Que Morgana vaya inmediatamente a la Casa de las doncellas. Hablaré con ella cuando llegue el momento.»

Por un instante la joven sintió una ira tan grande que estuvo a punto de apartar a la sacerdotisa para entrar por la fuerza. Pero la detuvo su gran respeto. Ignoraba cuál sería la pena por desobediencia, pero una voz fría y racional le dijo que no le convenía averiguarlo así. Aspiró largamente, componiendo el semblante decoroso de una sacerdotisa: luego hizo una reverencia y se fue.

Las lágrimas comenzaban a aflorar. Por un momento deseó dejar que brotaran. Ya sola en su cuarto podría llorar, si era preciso. Pero las lágrimas no llegaron: sólo desconcierto, dolor y la ira que no tenía modo de expresar. Era corno si todo su cuerpo y su alma formaran un gran nudo de angustia.

Pasaron diez días antes de que Viviana mandara por ella: la luna llena se había reducido a un reflejo moribundo. Cuando al fin Viviana requirió su presencia. Morgana había cedido a una furia que ardía sordamente.

«Ha manejado los hilos de mi vida como yo lo haría con las cuerdas del arpa.» Las palabras resonaban en su mente de tal modo que, al oír música en la vivienda de su tía, la tomó por un eco de sus pensamientos. Luego pensó que sería Viviana quien tocaba. No obstante, conocía su manea de tocar; la Dama era, en el mejor de los casos, una arpista mediocre.

Escuchó, preguntándose quién sería el músico. ¿Taliesin? Había sido el más grande de los bardos, renombrado en toda Britania, pero sus manos ya estaban viejas. Aquél era un arpista desconocido, alguien a quien no había oído nunca. Aun antes de verla, supo que era una lira muy grande. Y los dedos del músico hablaban con las cuerdas como si las hubiera encantado.

Permaneció inmóvil ante la puerta, mientras todo en ella se desvanecía en la música. Repentinamente sintió que el llanto contenido en aquellos diez días podía surgir otra vez, que su ira podía disolverse en lágrimas

capaces de arrasarlo todo, dejándola débil como una niña. De pronto empujó la puerta para entrar sin ceremonias.

Allí estaba Taliesin, Merlín, pero no tocaba: tenía las manos cruzadas en el regazo y escuchaba atentamente. Viviana, vestida con ropa sencilla, no ocupaba su asiento de costumbre, sino otro más lejos del fuego: había cedido el sitio de honor al arpista extraño.

Era un hombre joven, con la túnica verde de los bardos y afeitado a la manera romana; su pelo rizado era más oscuro que el hierro oxidado. Tenía los ojos hundidos bajo una frente casi demasiado grande para él; aunque Morgana supuso que serían oscuros, resultaron inesperadamente azules y penetrantes. El arpista frunció el entrecejo ante la interrupción y detuvo las manos a mitad de un acorde. Viviana también parecía disgustada, pero pasó por alto la descortesía.

—Ven, Morgana, siéntate a mi lado. Sé que amas la música y supuse que te gustaría escuchar a Kevin, el bardo.

—Estaba escuchándole fuera.

Merlín sonrió.

—Pasa, pues. Acaba de llegar a Avalón, pero creo que tiene mucho que enseñarnos.

La muchacha fue a sentarse junto a Viviana, que la presentó:

—Mi sobrina Morgana, señor; también es de la estirpe real de Avalón. Tenéis ante vos. Kevin, a quien será Dama del Lago en años venideros.

Morgana hizo un gesto de sorpresa; ignoraba que aquellos fueran los planes de Viviana. Pero la ira ahogó su arrebato de agradecimiento. «¡Cree que puede calmarme con una palabra halagüeña, para que corra a lamerle los pies como un cachorrillo!»

—Que sea en un día muy remoto, señora de Avalón, y que vuestra sabiduría continúe guiándonos por mucho tiempo —dijo Kevin con desenvoltura.

Hablaba el idioma de la isla como si lo conociera muy bien, aunque pudo apreciar que no era su lengua materna por una leve vacilación antes de pronunciar la frase, aunque el acento era casi impecable. Claro que tenía oído de músico. Morgana le calculó unos treinta años, tal vez un poco más. Pero la gran arpa que tenía entre las rodillas concentró su mirada.

Tal como había adivinado, era grande, más que la que tocaba Taliesin en las grandes fiestas. Estaba hecha de una madera rojiza y reluciente, completamente distinta al pálido sauce con que se fabricaban en Avalón; se preguntó si sería eso lo que le daba ese matiz brillante y sedoso. El borde arqueado se curvaba en una línea tan grácil como una nube, las clavijas estaban talladas de un extraño hueso claro; tenía como adorno letras rúnicas que le eran desconocidas. Kevin, reparando en su atento escrutinio, pareció menos molesto.

—Estáis admirando a mi señora. —Deslizó las manos acariciantes sobre la madera oscura—. Es el nombre que le di cuando me la construyeron; fue regalo de un rey. Es la única mujer, doncella o matrona, de cuyas caricias y de cuya voz nunca me canso.

Viviana le sonrió.

—Pocos hombres pueden jactarse de tener una amante tan leal.

La sonrisa del arpista tenía un toque de cinismo.

—Oh, como todas las mujeres, responde a cualquier mano que la acaricie, pero parece saber que yo le provoco mayores emociones y, lasciva como todas, me prefiere a los demás.

Viviana dijo:

—Se diría que no tenéis buena opinión de las mujeres de carne y hueso.

—En efecto, señora. A excepción de la Diosa —pronunció las palabras con una vaga cadencia que se aproximaba a la sorna—, me satisface no tener más mujer que mi señora aquí presente, pues nunca me regaña si la desatiendo y es siempre la misma amante dulce.

Morgana levantó la mirada.

—Quizá porque la tratáis mejor que a las mujeres de carne y hueso y ella os recompensa como es debido.

Viviana frunció el entrecejo, haciéndole notar que se había excedido. Kevin la miró súbitamente a los ojos. Por un momento le sostuvo la mirada. Morgana quedó atónita ante su amarga hostilidad. Tuvo la sensación de que él comprendía en parte su ira, pues había luchado contra la propia.

Tal vez iba a decir algo, pero Taliesin le hizo una seña y él volvió a inclinar el rostro hacia el arpa. Entonces la muchacha notó que tocaba de un modo diferente: la mayoría de los arpistas sostenían el pequeño instrumento cruzado contra el cuerpo y tocaban con la mano izquierda. Él la sujetaba entre las rodillas y se inclinaba hacia delante para pulsarla. Cuando la música empezó a llenar la habitación, ella olvidó su extrañeza; notó que la expresión del forastero cambiaba, tornándose calma y distante, sin la ironía de sus palabras. Pensó que le gustaba más tocando que hablando.

El sonido borró todo lo demás; Morgana se echó el velo sobre el rostro para dejar correr las lágrimas. Era como si en la música pudiera oír el influjo de la primavera, la dulce conciencia que le colmó el cuerpo aquella noche, mientras esperaba el alba a la luz de la luna. Viviana le cogió la mano para acariciarle delicadamente los dedos, uno tras otro. Morgana no pudo contener el llanto. Se llevó la mano de su tía a los labios para besarla con una aplastante sensación de pérdida. «Es anciana —pensó—: ha envejecido desde que llegué a la isla.» Hasta entonces siempre la había visto inalterable, sin edad, como la Diosa misma. «Pero yo también he cambiado. Ya no soy una niña. Me dijo al traerme que llegaría el día en que la odiaría tanto como la amaba. Entonces no pude creerla.»

Luchó contra su llanto, temerosa de hacer algún ruido que la delatara y, peor aún, interrumpiera el fluir de la música. «No, no puedo odiar a Viviana», pensó. Y toda su ira se fundió en dolor: por sí misma, por los cambios que había experimentado; por Viviana, que había sido tan bella y ahora estaba más próxima a la Parca; por la seguridad de que con los años también ella sería muy anciana; por el día en que había escalado el Tozal con Lanzarote, anhelante de su contacto sin saber del todo qué deseaba: y por algo que había perdido irremediablemente. No sólo la virginidad, sino la confianza, una fe que jamás volvería a conocer. Y Morgana supo que también Viviana, a su lado, sollozaba en silencio bajo el velo.

Levantó la mirada. Kevin estaba inmóvil; sólo sus dedos vivían entre las cuerdas. Luego la música se acalló con un estremecimiento. El bardo levantó la cabeza y pulsó las cuerdas arrancando una melodía alegre, de las que cantaban los campesinos durante la cosecha de la cebada, con ritmo bailable y letra muy poco decorosa. Ahora cantaba con voz fuerte y clara. Morgana apartó el velo para observarle las manos, ingeniándose para enjugar una lágrima delatora.

Entonces notó que, pese a toda su habilidad, en aquellas manos había algo extraño. Parecían contrahechas; a uno o dos dedos les faltaba la última falange y no tenía meñique en la mano izquierda. Por bellas y ágiles que parecieran en movimiento, estaban cubiertas de manchas lívidas. Cuando el bardo dejó el arpa y se inclinó para afirmarla, la manga cayó hacia atrás, descubriendo la muñeca: allí había horrendos parches blancos, como cicatrices de quemaduras o macilentas marcas de mutilación. Al observarlo con más atención,

Morgana vio en su cara una fina red de cicatrices a lo largo del mentón y la mandíbula. Notándose observado, el bardo le sostuvo la mirada con furia. La joven apartó la suya, ruborizada.

—Bueno —dijo Kevin, abruptamente—, para mi señora y para mí es un placer cantar para quienes aman su voz. pero supongo que no me convocasteis sólo para que os entretuviera, señora. Ni tampoco vos, señor Merlín.

—No del todo —reconoció Viviana, con su voz grave y rica—, pero nos habéis ofrecido un deleite que recordaré por muchos años.

—Y yo —añadió Morgana. Ahora se sentía tan tímida como audaz antes. Aun así se inclinó para estudiar el arpa con más atención, diciendo—: Nunca había visto una de este tipo.

—No lo dudo —confirmó Kevin—, pues la fabricaron según mis indicaciones. El arpista que me enseñó el oficio se horrorizó como si yo hubiera blasfemado contra sus dioses, jurando que el clamor de este instrumento sólo serviría para asustar a los enemigos. Como las grandes arpas de guerra, dos veces más altas que un hombre, que los galos instalaban en las colinas, para que el viento les arrancara ruidos fantasmales con los que asustaban a las mismísimas legiones de Roma. Bueno, yo toqué una de esas arpas de guerra y cierto rey agradecido me dio autorización para que se fabricara una conforme a mis deseos.

Taliesin interrumpió.

—Lo que dice es cierto —explicó a Viviana—, aunque al principio me costó creerlo. ¿Qué mortal podría tocar uno de esos monstruos?

—Yo lo hice —aseveró Kevin— y así obtuve a mi señora. Encargué otra menor con la misma forma, pero no tan buena.

—Es hermosa, en verdad —comentó Morgana—. ¿De qué son las clavijas? ¿De hueso de foca? El negó con la cabeza.

—Según me han dicho, las tallan con los colmillos de una gran bestia que vive en los países cálidos del sur. Sólo puedo decir que el material es suave, pero resistente y duradero. Resulta más costoso que el oro, aunque menos ostentoso.

—Tampoco la sujetáis como la mayoría de los arpistas.

—No —dijo Kevin, con su sonrisa torcida—. Tengo poca fuerza en los brazos y me fue preciso experimentar hasta encontrar el modo mejor de hacerlo. Cuando tenía seis años, los sajones incendiaron la casa donde vivía; me sacaron, pero demasiado tarde. Todos se sorprendieron de que sobreviviera. Y como no podía caminar ni combatir, me dejaron en un rincón, pensando que quizá pudiera hilar y tejer con las mujeres. Un día vino un anciano arpista y, a cambio de un plato de sopa, convino en distraer al inválido. Traté de tocar e hice música, a mi modo. Durante todo aquel invierno y el siguiente, el anciano se ganó el pan enseñándome a tocar y a cantar, prometiendo ponerme en condiciones de ganarme la vida con la música. Durante diez años no hice otra cosa que tocar en mi rincón, hasta que se me fortalecieron las piernas y pude volver a caminar. Se encogió de hombros y sacó un paño con el que envolvió el arpa; luego la guardó en un estuche de piel con signos bordados.

—Llegué a ser el arpista de una aldea y, con el tiempo, de un rey. Cuando el anciano rey murió, como su hijo no tenía oído para la música, me pareció mejor alejarme todo lo posible antes de que empezara a mirar con codicia el oro de mi arpa. Así llegué a la isla de los Druidas, donde estudié el oficio de bardo. Y al fin me enviaron a Avalón. Y aquí estoy —concluyó, con un último encogimiento de hombros—. Pero aún no me habéis dicho para qué me hicisteis venir.

—Porque soy viejo—dijo Taliesin—. Y los acontecimientos que desencadenamos anoche pueden no dar fruto hasta la próxima generación. Cuando llegue ese momento, yo me habré ido. Por eso he traído a Kevin.

el bardo, a fin de que alguien más joven pueda estar atento a lo que suceda cuando yo no exista. Oíd mis noticias: Uther Pendragón agoniza en Caerleon. Hemos recibido la nueva de que en la región de Kent se está congregando un gran ejército; los pueblos del tratado han decidido allí que ha llegado el momento de alzarse y arrebatarlos los restos de Britania. Han mandado por mercenarios de tierra adentro, al norte de la Galia, a fin de que los ayuden a expulsar a nuestra gente y deshacer lo que Uther ha hecho. Es hora de que todos los nuestros combatan tras el estandarte por el que trabajamos desde hace años. No queda mucho tiempo: es preciso que tengan su rey cuanto antes. Si perdemos una luna más caerán sobre nosotros. Lot quiere el trono, pero los del sur no lo seguirán. Hay otros: el duque Marco de Cornualles, Uriens de Gales del norte... pero ninguno logrará apoyo fuera de sus tierras. Y nosotros no podemos hacer como el pollino, que murió de hambre entre dos fardos de heno, sin haber decidido por cuál comenzaría a comer. Necesitamos al hijo del Pendragón, por joven que sea.

Kevin comentó:

—Ignoraba que el Pendragón tuviera un hijo. ¿Acaso ha reconocido al que su mujer engendró de Cornualles poco antes de la boda? Uther debía de tener mucha prisa por casarse, si no podía esperar a que ella tuviera a ese crío para llevársela al lecho.

Viviana alzó una mano.

—El joven príncipe es hijo de Uther—aseguró—. Después de verlo nadie puede dudar.

—¿De veras? Entonces Uther hizo bien en esconderlo —comentó el bardo—, pues tener un hijo de una mujer ajena...

La Dama lo acalló con un gesto.

—Igraine es hermana mía, de la estirpe real de Avalón. Este hijo de Uther e Igraine es el que está anunciado, el rey que fue y será. Ya ha cogido la cornamenta y ha sido coronado por las Tribus.

—¿Qué rey de Britania aceptará a un muchacho de diecisiete años como gran rey? —inquirió Kevin, escéptico.

—Ha sido adiestrado para la guerra y los cometidos de un hijo de rey —aseveró Taliesin—. Lo que tenemos que preguntarnos no es si lo aceptarán, sino qué podemos hacer para investirlo de toda la majestad del gran rey, para que todos los jefes unan las manos contra los sajones, en vez de guerrear entre sí.

—He hallado un modo de lograrlo —dijo Viviana—, y lo haré durante la luna nueva. Tengo para él una espada legendaria, jamás blandida por héroe vivo. —Después de una pausa añadió con lentitud—: Y a cambio de esa espada le exigiré un juramento: que sea fiel a Avalón, pese a lo que los cristianos puedan hacer. Quizá de ese modo se invierta la marea y Avalón vuelva de entre las brumas.

—Un plan ambicioso —reconoció Kevin—. Pero si en verdad el gran rey de Britania jurara fidelidad a Avalón...

—Así fue planeado desde antes de su nacimiento.

Taliesin dijo lentamente:

—El niño ha sido educado como cristiano. ¿Prestará un juramento así?

—¿Qué peso tiene para un muchacho la palabra de los dioses, comparada con una espada legendaria con la que podría conducir a su pueblo y obtener fama heroica? —Viviana se encogió de hombros—. Salga de esto lo que salga, ya hemos llegado muy lejos y estamos comprometidos. Dentro de tres días la luna volverá a ser nueva y bajo tal auspicio recibirá la espada.

No había mucho más que decir. Morgana escuchaba en silencio, con horror y entusiasmo a la vez. Quizás había pasado demasiado tiempo en Avalón, sin acordarse de que existía un mundo exterior. Nunca había llegado a percatarse de que Uther Pendragón, el marido de su madre, era el gran rey de Britania, ni de que su hermano tenía que sucederlo. «Aun con la duda que pende sobre su nacimiento», pensó con un toque de ese nuevo cinismo. Ya había sido aceptado por las Tribus, por el pueblo picto y por Avalón... Al recordar la parte que ella había desempeñado en todo aquello volvió la ira.

El arpa de Kevin, con su estuche de cuero ornamentado, era difícil de cargar y lo hacía parecer torpe: tenía una rodilla rígida y arrastraba un pie. «Es feo —pensó—. es un hombre feo y grotesco. Pero cuando toca, ¿quién lo diría? En este hombre hay más de lo que ninguno de nosotros sabe.» Y entonces recordó lo que había dicho Taliesin; supo que acababa de conocer al siguiente Merlín de Britania, así como Viviana la había presentado como la próxima Dama del Lago. El pronunciamiento no le causó regocijo: le ensombrecía aquello que le había sucedido.

«Con mi hermano, con mi hermano. Eso no importaba mientras éramos dios y diosa, unidos bajo el poder ritual. Pero por la mañana, cuando despertamos, hombre y mujer juntos... eso fue real, eso fue pecado.»

Viviana, en el umbral, los seguía con la mirada.

—Se mueve bien, para las lesiones que tiene —comentó—. Fue una suerte para el mundo que sobreviviera y que no lo pusieran a mendigar en las calles. Una habilidad como ésta no podía permanecer en la oscuridad, ni siquiera en la corte de un rey. Una voz y unas manos como las suyas pertenecen a los dioses.

—Tiene un gran don, ciertamente —dijo Morgana—. pero ¿será también sabio? No basta con que Merlín de Britania sea culto y dotado; también tiene que ser sabio. Y virtuoso.

—Dejo eso en manos de Taliesin —dijo Viviana—. Lo que ha de ser, será; no soy yo quien tiene que ordenarlo.

Y de pronto desbordó la ira de la joven.

—¿Por fin reconoces que algo hay en esta tierra que no puedes ordenar, señora?. Te suponía convencida de que tu voluntad es la de la Diosa, y todos nosotros, marionetas para servirte.

—No hables así, hija mía —musitó la Dama, mirándola con estupefacción—. No es posible que seas tan insolente conmigo.

Si le hubiera respondido con arrogancia, la ira de Morgana habría hecho explosión, pero su suavidad la desconcertó.

—¿Por qué, Viviana?. —Y sintió, avergonzada, que las lágrimas subían otra vez para sofocarla. La voz de Viviana sonó fría.

—Parece que te dejé demasiado tiempo entre los cristianos, que tanto hablan del pecado —dijo—. Piensa, hija. Eres de la estirpe real de Avalón. Él también. ¿Podía entregarte a un plebeyo? ¿Podía dar menos al futuro gran rey?.

—Y yo te creí cuando dijiste... Creí que era decisión de la Diosa...

—Pero si lo fue —explicó la Dama gentilmente, sin comprender—. Aun así no podía entregarte a nadie indigno de ti, Morgana. Era tan niño cuando os separasteis... Lamento que lo hayas reconocido, pero de todos modos tenías que enterarte, tarde o temprano. Y él no necesita saberlo por mucho tiempo.

Morgana tensó el cuerpo contra la ira.

—Ya lo sabe. Lo sabe. Y se horrorizó más que yo misma.

Viviana suspiró.

—Bueno, ya no hay nada que podamos hacer —dijo—. Lo hecho, hecho está. Y en este momento la esperanza de Britania es más importante que tus sentimientos.

Morgana le volvió la espalda, sin querer oír más.

17

La luna estaba oscura en el firmamento; era el momento en que la Diosa vela su rostro a los ojos de la humanidad para buscar consejo en los mismos cielos y en los dioses. Viviana también se mantenía recluida durante la luna nueva, con dos jóvenes sacerdotisas para que custodiaran su intimidad.

Pasó casi todo el día en la cama, con los ojos cerrados, preguntándose si, al fin y al cabo, era cierto lo que Morgana pensaba de ella: si estaba ebria de poder, persuadida de que todo estaba bajo su mando.

«Todo lo que he hecho —pensó—, lo hice para salvar este país y a su pueblo del saqueo y la destrucción, del retorno a la barbarie.»

Deseaba mandar por su sobrina, anhelando su antigua intimidad. Si en verdad la muchacha llegaba a odiarla, sería el precio más alto que hubiera pagado por sus actos. Morgana era el único ser humano que amaba plenamente. «La estirpe real de Avalón no debe ser contaminada por sangre de plebeyos.» Pensó en Morgana con la apenada esperanza de que comprendiera algún día; de cualquier modo, Viviana estaba segura de haber hecho lo que debía y nada más.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

Aquella noche durmió poco. Tenía sueños y visiones caóticas, pensaba en los hijos que había alejado de sí, en el mundo exterior por el que viajaba el joven Arturo, junto a Merlín. ¿Habría llegado a tiempo junto a su padre moribundo? Uther Pendragón había pasado seis semanas muy enfermo; aunque se hubiera repuesto un poco, parecía improbable que viviera mucho tiempo más.

Al acercarse el alba se levantó para vestirse, tan silenciosa que ninguna de sus ayudantes se movió. Salió calladamente al jardín trasero. Los pájaros dormían, y de los manzanos que daban su nombre a Avalón caían flores dulcemente perfumadas.

«A su debido tiempo darían fruto, así como lo que estoy haciendo fructificará cuando llegue el momento. Yo, en cambio, no volveré a florecer ni a fructificar.» Llegaría el momento (en verdad estaba muy cercano) en que tendría que dejar la carga y puesto sagrado, entregando el gobierno de Avalón a la siguiente Dama para permanecer tras ella, en las sombras, como la Sabia... o la misma Parca.

«Morgana aún no está preparada. Aún vive según el tiempo del mundo; todavía tiembla y llora por lo que no se puede evitar.» No había en Avalón otra sacerdotisa a la que pudiera confiar las riendas de aquella tierra. ¿Qué sería de Britania si moría antes de que su sobrina hubiera desarrollado plenamente sus poderes?

Arriba, el cielo aún estaba oscuro, aunque hacia el este la neblina empezaba a aclararse con el amanecer. La luz aumentó ante sus ojos; las nubes rojas se formaron lentamente, retorciéndose hasta adquirir la forma de un dragón encendido, curvado a lo largo del todo el horizonte. De pronto una gran estrella fugaz llameó en el firmamento, empañando la forma del dragón rojo; su fulgor cegó por un momento a Viviana; cuando pudo ver otra vez, el dragón había desaparecido y las nubes tenían la blancura del sol naciente.

Un escalofrío le recorrió la columna. Señales como aquélla no se veían dos veces en una misma vida; toda Britania debía de estar vibrando. «Ahí se va Uther —pensó—. Adiós al dragón que ha extendido sus alas sobre nuestra costa. Ahora los sajones se lanzarán sobre nosotros».

Suspiró. De pronto, sin previo aviso, hubo una agitación en el aire y un hombre apareció ante ella, en el jardín. Viviana se estremeció, no por miedo, sino porque hacía mucho tiempo que no experimentaba una verdadera visión. Si la visión se le imponía sin ser invocada, debía de ser muy poderosa.

«Como la estrella fugaz . Un augurio como ése no se ha visto en toda mi vida...»

Por un momento no reconoció al hombre que tenía ante sí; tenía el pelo rubio encanecido por la enfermedad, los hombros encogidos y la espalda encorvada, la piel amarillenta y los ojos hundidos por el dolor. Aun así Uther Pendragón parecía, como siempre, más imponente que la mayoría de los hombres. Y como siempre le habló con aspereza, sin calidez.

«Conque nos vemos por última vez, Viviana. Entre nosotros hay un vínculo, aunque yo no lo haya deseado. No hemos sido amigos, cuñada. Pero confío en tu visión, pues lo que tú anunciaste siempre se tornó verdad. Y sólo tú puedes garantizar que el próximo gran rey de Britania reciba lo que le corresponde por derecho.»

Ella vio entonces que tenía en el pecho la señal de una gran herida. ¿Cómo era posible que Uther Pendragón, que yacía enfermo en Caerleon, no hubiera muerto por su larga dolencia, sino por una herida?

«He muerto como tiene que morir un guerrero. Las tropas del tratado volvieron a quebrar su juramento. Como mis ejércitos no podían resistirles, me hice llevar para que me vieran en el campo de batalla, para darles ánimos; pero Aesc el jefe de los sajones, se abrió paso y mató a tres de mis hombres: yo lo maté antes de que su cuerpo de guardia acabase conmigo. Pero ganamos la batalla. La próxima será para mi hijo, si llega al trono.»

Viviana se oyó decir en voz alta:

—Arturo es rey por la antigua estirpe real de Avalón. No necesita la sangre del Pendragón para ocupar el puesto que le corresponde.

Pero eso que en vida hubiera hecho estallar de cólera a Uther, sólo causó en su fantasma una sonrisa irónica. Ella creyó oír su voz por última vez.

«Sin duda se requeriría algo más que tu magia, cuñada, para que los reyes menores de Britania vieran las cosas así. Puedes menospreciar la sangre del Pendragón, pero a ella deberá recurrir Merlín para poner a Arturo en mi trono.»

Y entonces la silueta de Uther Pendragón se desvaneció ante sus ojos. En su lugar quedó otro hombre, a quien Viviana sólo había visto en sus sueños. Y en un momento ardiente comprendió por qué nadie había sido para ella otra cosa que obligación, un camino para lograr el poder o una noche placentera. Por un momento se encontró en una tierra sumergida, antes de que se levantara el círculo de piedras del Tozal, con serpientes de oro enroscadas a los brazos... la media luna desteñida ardía entre sus cejas como dos grandes cuernos lunares. Y ella lo conocía, con un conocimiento que iba más allá del tiempo y del espacio... Lanzó un gran grito de duelo por todo lo que nunca había conocido en esta vida, con el tormento de un luto insospechado hasta ese momento. Luego el jardín quedó desierto; las aves gorjeaban ignorantes de todo en el húmedo silencio de las brumas que ocultaban el sol naciente.

«Y muy lejos, en Caerleon, Igraine, al saberse viuda, llora por su amor... a ella le toca llorarlo, ahora»... Viviana se apoyó en el tronco empapado de rocío y se recostó contra él, desgarrada por un dolor inesperado. Él nunca la conoció. La detestaba.

Había desconfiado de ella hasta el momento mismo de su muerte, cuando se desprendió del disfraz mortal de esa existencia. «Que la Diosa tenga piedad de nosotros... toda una vida sin conocerlo... Se ha ido otra vez. ¿Lo reconoceré cuando nos volvamos a encontrar? ¿O continuaremos ciegos otra vez, cruzándonos como desconocidos?»

Pero no hubo respuesta; sólo el silencio. Y Viviana no podía siquiera llorar.

«Igraine llorará por él. Yo no puedo.»

Se dominó rápidamente. No era un buen momento para sufrir por un amor que era como un sueño dentro de un sueño. El tiempo volvió a avanzar, y Viviana dejó atrás la visión con leve contrariedad. Ya no encontraba en sí misma dolor por el muerto: sólo exasperación. Tendría que haber previsto que moriría en el peor momento posible, sin haber tenido tiempo para proclamar a su hijo ante los reyezuelos rivales que se disputaban la corona. ¿Por qué no se había quedado en Caerleon? ¿Por qué tuvo que ceder al orgullo de exhibirse en la batalla una vez más? ¿Habría visto a su hijo? Y Merlín, ¿habría llegado a tiempo?

Viviana miró hacia arriba. Aún no había señas de la luna creciente en el cielo; tal vez estuviera a tiempo de ver algo en su espejo. ¿Tenía que mandar por Morgana? Se acobardó ante la idea de enfrentarse a sus ojos.

«¿Pasará toda su vida como yo, con el corazón muerto en el cuerpo?»

Lanzó un trémulo suspiro y se volvió para abandonar el jardín. Aún hacía mucho frío y humedad; el amanecer continuaba escondido en la niebla. Caminó rápidamente hacia el estanque del espejo, sin encontrar a nadie. Llevaba tantos años sirviendo en aquel altar que había llegado a dar por supuesta su facultad de videncia. Pero aquella mañana, contra su costumbre, rezó.

«Diosa, no me quites el poder. Todavía no. Espera un tiempo. Tú sabes, Madre, que no lo pido por mí, sino para que esta tierra esté a salvo hasta que pueda ponerla en las manos que he preparado para su custodia.»

Por un momento sólo vio el ondular del agua; apretó los puños, como si con ello pudiera forzar la videncia. Luego, lentamente, empezaron a formarse algunas imágenes. Vio a Merlín recorriendo la tierra por sus caminos ocultos, ya como druida y bardo, ya como anciano mendigo o vendedor ambulante, ya como simple

arpista. El rostro se movió, cambiante; vio entonces a Kevin, el bardo, con las vestiduras blancas del Mensajero de Avalón, a veces con ropajes de noble, enfrentándose a los sacerdotes cristianos... y había una sombra detrás de su cabeza, estaba rodeado de sombras: la de un robledal, la de la cruz; lo vio con el tazón sagrado de la regalía druídica... Vio al joven Arturo, con la frente aún manchada con la sangre del ciervo vencido, y a Morgana riendo, coronada de flores, con la cara marcada con sangre... No quería verlo y deseó ferozmente apartar los ojos, pero no osó quebrar el flujo de las visiones. Vio una villa romana y a Arturo entre dos muchachos; uno era Lanzarote, su hijo menor; el mayor debía de ser Cay, su hermano de leche, el hijo de Héctor... Vio a Morgause rodeada de sus hijos varones; uno a uno se arrodillaban a los pies de Arturo. Luego vio la barca de Avalón, envuelta en negros paños de luto, y a Morgana en la proa; sólo que Morgana era mayor... y lloraba.

Impaciente, Viviana pasó la mano por la superficie del agua. No podía perder el tiempo allí, buscando consejo en visiones que parecían no tener sentido, por el momento. Bajó rápidamente la colina hacia su morada y convocó a las sacerdotisas que la asistían.

—Vestidme —dijo secamente—. Y mandad llamar a Merlín. Tiene que partir hacia Caerleon y traerme al joven Arturo antes de que la luna tenga más de un día. No hay tiempo que perder.

18

Pero Arturo no llegó a Avalón con la luna nueva.

Morgana, en la Casa de las doncellas, vio nacer la luna. pero no quebró su ayuno. Se encontraba mal y no quería vomitar, como le sucedía a veces cuando estaba a punto de menstruar; más tarde se encontraría mejor. Y en verdad fue así; bebió un poco de leche y comió algo de pan. Por la tarde Viviana mandó por ella.

—Uther ha muerto en Caerleon —dijo—. Si consideras que tienes que acompañar a tu madre...

Morgana lo pensó por un rato, pero al fin negó con la cabeza.

—Yo no amaba a Uther —dijo—; Igraine lo sabe bien. Alguno de sus curas consejeros la consolará mejor que yo.

Viviana suspiró. Parecía cansada y vencida: Morgana se preguntó si también ella sufriría las tensiones de la luna nueva.

—Lamento decirlo, pero creo que tienes razón. Ya habrá tiempo para que vuelvas a Avalón, antes de... —se interrumpió—. Sabes que Uther, en vida, tuvo a raya a los sajones, aunque a costa de batallas constantes; en el mejor de los tiempos sólo hemos tenido unas cuantas lunas de paz. Temo que ahora será peor; es posible que lleguen hasta las puertas de Avalón. Ya eres toda una sacerdotisa, Morgana, y has visto las armas sagradas.

Morgana respondió con un signo. Su tía asintió con la cabeza.

—Quizá llegue un día en que la espada tenga que ser usada en defensa de Avalón y de toda Britania.

«¿Por qué me dice esto? —pensó Morgana—. No soy guerrera, sino sacerdotisa. No puedo coger la espada en defensa de la isla.»

—¿Recuerdas la espada?

«Descalza, con frío, recorriendo el círculo con el peso de la espada en la mano, oyendo el terrorífico grito de Cuervo...»

—La recuerdo.

—Entonces tengo una misión para ti —dijo Viviana— Cuando esa espada sea llevada a la batalla, tiene que ser rodeada con toda nuestra magia. Tienes que hacerle una vaina. Morgana, y poner en ella todos los hechizos que conozcas, para que quien la lleve no pierda una gota de sangre. ¿Podrás hacerlo?

«Olvidaba que no sólo el guerrero, sino también la sacerdotisa puede tener una misión que cumplir.»

Y Viviana, con su habilidad para adivinar el pensamiento, dijo:

—Tú también tendrás parte en la batalla por la defensa de nuestro país.

—Así sea —dijo Morgana. Se preguntaba por qué la suma sacerdotisa de Avalón no asumía aquella tarea por sí misma. Su tía no le dio respuesta, pero dijo:

—Para esto tienes que trabajar en presencia de la espada. Ven. Cuervo te ayudará con el silencio de la magia.

Morgana, exaltada, se dejó conducir hasta el sitio secreto donde se realizaban aquellos trabajos. La rodeaban las sacerdotisas que se anticiparían a cualquier necesidad que tuviera, a fin de que no quebrara el silencio necesario para acumular el poder. Tenía la espada ante sí, sobre un lienzo de lino; a un lado, el cáliz de plata con borde de oro, lleno de agua del pozo sagrado. No era para beber (la comida y el agua le estaban prohibidas), sino para que viera en su interior lo que precisara para el trabajo.

El primer día cortó, usando la espada, un forro de fino ante. Era la primera vez que disponía de tan buenos útiles para trabajar, y estaba tan orgullosa de sus puntadas que, aun cuando se pinchó un par de veces, ni siquiera lanzó una exclamación. En cambio, no pudo contener un pequeño suspiro de placer cuando le enseñaron el costosísimo terciopelo carmesí que cubriría la piel de cierva. Allí tendría que bordar, con hilos de seda y oro, los hechizos mágicos y sus símbolos.

En cortar la vaina se le fue el primer día. Antes de dormir, sumida en la meditación, casi en trance, se hizo un pequeño corte en el brazo y manchó la piel de gacela con su sangre.

«¡Diosa! ¡Gran Cuervo! Se ha derramado sangre sobre esta vaina. Ya no hará falta que reciba ninguna más cuando se la lleve al combate.»

Durmió mal, soñando que estaba en una alta colina, contemplando toda Britania y bordando hechizos en la trama de la misma tierra. Más abajo corría el Macho rey: un hombre subía a grandes pasos hacia ella y cogía la espada de su mano...

Despertó con sobresalto, pensando: «¡Arturo! Es Arturo quien portará la espada. Es el hijo del Pendragón.» Y pensó que por eso Viviana le había encargado a ella hacer la vaina mágica para la espada que él portaría, como símbolo de todo su pueblo. Era Arturo quien había derramado la sangre de su virginidad; sería ella, también de la estirpe sagrada de Avalón, quien forjaría los hechizos protectores que tenían que proteger la sangre real.

Todo aquel día trabajó en silencio, mirando en el interior del cáliz, dejando que se elevaran las imágenes. Bordó los cuernos de la luna, para que la Diosa montara guardia sobre la espada; parecía a veces como si una luz invisible siguiera los dedos de Morgana cuando bordaba la luna nueva, la luna llena y el cuarto menguante, pues todas las cosas tienen que seguir su tiempo. Después, el símbolo de la amistad entre cristianos y druidas: la cruz dentro de los tres círculos alados. Y los símbolos de los elementos mágicos, y el cáliz que tenía ante ella. Trabajó tres días, durmiendo poco, comiendo sólo algunos frutos secos, bebiendo sólo agua del Pozo.

Hacia el anochecer del tercer día el trabajo estaba terminado: cada palmo de la vaina estaba cubierto de símbolos enlazados, algunos de los cuales ella misma no reconocía. Sin duda habían llegado directamente de manos de la Diosa, a través de las suyas. Introdujo la espada en ella y la sopesó: luego dijo en voz alta, quebrando el silencio ritual:

—Está hecho.

Al desaparecer la tensión se dio cuenta de que estaba exhausta, débil y descompuesta. Tal solía ser el efecto del uso ritual prolongado de la videncia; sin duda había interrumpido también sus ciclos, que habitualmente se presentaban durante la conjunción entre la luna y el sol. Esto se consideraba afortunado, pues en aquellos días las sacerdotisas se apartaban para proteger su poder, coincidiendo con la reclusión ritual de la luna nueva, cuando la misma Diosa se encerraba para salvaguardar la fuente de sus poderes.

Viviana, al coger la vaina, no pudo contener una exclamación de asombro. En verdad, a la propia Morgana le parecía una obra superior al trabajo humano, preñada de magia. Su tía, tocándola levemente, la envolvió en un largo paño de seda blanca.

—Lo has hecho bien —dijo.

Y Morgana pensó, con la mente hecha un torbellino: «¿Cómo se atreve a juzgarme? Yo también soy sacerdotisa y he ido más allá de sus enseñanzas»... y se escandalizó de su pensamiento.

Viviana le tocó delicadamente la mejilla.

—Ve a dormir, queridísima; esta gran obra te ha agotado.

Durmió larga y profundamente, sin soñar. Pero después de medianoche la despertó súbitamente un salvaje clamor de las campanas tocando a rebato, campanas de alarma, campanas de iglesia, un terror surgido de su infancia: «¡Nos atacan los sajones! ¡Despertad y armaos!»

Creyó despertar con sobresalto. No estaba en la Casa de las doncellas, sino en una iglesia; en la piedra del altar descansaba un juego de armas; en una mesa de caballete, a poca distancia, había un hombre con armadura, cubierto por un paño mortuario. Sobre su cabeza el toque a rebato continuaba sonando, como para despertar a un muerto... No, puesto que el caballero muerto no se movía. Y de súbito, pidiendo perdón con una plegaria, ella arrebató la espada... Esta vez despertó del todo a la luz y el silencio de su habitación. Ni siquiera las campanadas de la otra isla podían llegar a la quietud de su alcoba de piedra. Las campanas, el caballero muerto y la capilla con las velas encendidas, las armas en el altar, la espada, todo había sido un sueño. «¿Cómo pude verlo? La videncia nunca se presenta sin que se la invoque. ¿Fue, entonces, sólo un sueño?»

Algo más tarde la mandaron llamar; su conciencia recordaba algunas de las visiones que habían flotado en su mente mientras bordaba la vaina, con la espada ante sí. La caída de un meteoro, un estrépito de truenos, un gran estallido de luz; extraída, aún humeante, para que la forjaran los pequeños herreros atezados que vivían en la tierra caliza, antes de que se levantara el círculo de piedras: un arma poderosa, digna de un rey, quebrada y vuelta a forjar, templada a sangre y fuego, endurecida... Una espada forjada tres veces, doblemente sagrada por no haber sido arrancada del vientre de la tierra...

Le habían dicho su nombre: *Escalibur*, que significa «*la que corta el acero*». Las espadas de hierro de meteorito eran raras y preciosas; ésta bien podía valer un reino.

Viviana le indicó que se cubriera con el velo para acompañarla. Mientras descendían lentamente la colina, vio la alta figura de Taliesin Merlín, acompañado por Kevin, el bardo, que se movía con su andar vacilante y grotesco; parecía más torpe y feo que nunca, tan fuera de lugar como una bola de sebo adherida a una palmatoria de plata labrada. Y con ellos... Morgana quedó petrificada al reconocer el cuerpo esbelto y musculoso, la brillante melena dorada.

Arturo. Si la espada le estaba destinada, ¿no era natural que viniera a recibirla?

«Es un guerrero, un rey, el hermano que tuve en mi regazo» Le parecía irreal. Pero a través de aquel Arturo, del muchacho solemne que caminaba entre los dos druidas, vio al joven que se había puesto la cornamenta del Dios Astado: no ya niño, sino hombre, guerrero y rey.

A un susurro de Merlín, Arturo se arrodilló con reverencia ante la Dama del Lago. Luego vio a Morgana y se inclinó también ante ella, murmurando su nombre.

Ésta le respondió con una inclinación de cabeza: la había reconocido a pesar del velo. Se preguntó si tenía que arrodillarse ante el rey. Pero una Dama de Avalón no dobla la rodilla ante ningún poder humano. Y Morgana ya no volvería a hincarse.

La Dama del Lago alargó la mano hacia el joven para que se levantara.

—Habéis hecho un viaje largo —dijo—, y estáis fatigado. Morgana, llévalo a mi casa y dale algo de comer antes de continuar.

Entonces él sonrió, no como un futuro rey, no como un Elegido, sino como un simple muchacho hambriento.

—Os lo agradezco, señora.

Ya en la casa de Viviana, dio las gracias a la sacerdotisa que le llevó la comida y se lanzó sobre el plato. Algo más satisfecho, preguntó a Morgana:

—¿También vives aquí?

—La Dama vive sola, pero atendida por las sacerdotisas que se turnan para servirla. Habité aquí cuando me tocó servirla.

—¡Servir tú, la hija de una reina!

Morgana dijo adustamente:

—Es preciso servir antes de mandar. Viviana también sirvió en su juventud. Y en ella sirvo a la Diosa. Arturo quedó pensativo.

—No conozco a esa gran Diosa —dijo al fin—. Merlín me dijo que la Dama era pariente tuya..., nuestra.

—Es hermana de Igraine, nuestra madre.

—Vaya, entonces es mi tía —comentó Arturo, como probando palabras que no acababan de encajar—. Esto es muy extraño para mí. Siempre intenté creer que mis padres eran Héctor y Flavila. No ignoraba que había algún secreto, desde luego.

Y como Héctor no hablaba de ello, suponía que era algo vergonzoso, que era hijo bastardo o algo peor. No recuerdo a Uther, mi padre. Ni a mi madre, aunque a veces, cuando Flavila me castigaba, solía soñar que vivía en otro sitio, con una mujer que me llenaba de mimos para luego apartarme de sí. Igraine, nuestra madre, ¿se parece mucho a ti?

—No. Es alta y pelirroja.

Arturo suspiró.

—Entonces supongo que no la recuerdo en absoluto. La que veía en mis sueños era como tú. Eras tú...

Se interrumpió; le temblaba la voz. «Terreno peligroso —pensó Morgana—; no nos atrevemos a hablar de eso.» Y dijo tranquilamente:

—Come otra manzana. Se cultivan en la isla.

—Gracias. —Cogió otra y le dio un mordisco—. Todo es tan nuevo y extraño, me han sucedido tantas cosas desde que... desde que... —Le falló la voz—. Pienso en ti constantemente. No puedo evitarlo. Lo que dije era verdad, Morgana: que te recordaría siempre por haber sido la primera. Siempre pensaré en ti con amor.

Ella comprendió que tenía que decir algo duro e hiriente. En cambio dio a sus palabras un tono amable, aunque distante.

—No tienes que pensar en mí de ese modo. Para ti no soy una mujer, sino una representante de la Diosa que vino a ti. Es una blasfemia recordarme como si fuera sólo una mortal. Olvídate de mí y recuerda a la Diosa.

—Lo he intentado —dijo con aire grave—: tienes razón. Es la manera de recordarlo, como una más entre las cosas extrañas que han sucedido desde que me sacaron de la casa de Héctor. Cosas misteriosas y mágicas. Como la batalla con los sajones. —Alargó el brazo y se arremangó para enseñar un vendaje, densamente cubierto con resina de pino ya ennegrecida—. Allí fui herido. Pero fue como un sueño, mi primera batalla. El rey Uther... —Tragó saliva, con los ojos gachos—. Llegué demasiado tarde para conocerlo. Su cuerpo yacía en la capilla, con sus armas en el altar; me dijeron que era la costumbre: cuando muere un bravo caballero se lo vela junto con sus armas. Y de pronto, mientras el sacerdote cantaba el *Nunc Dimittis*, las campanas tocaron a rebato. Era un ataque sajón. Los vigías entraron directamente en la iglesia, arrebataron las cuerdas al monje que estaba tocando a difuntos y dieron la alarma. Todos los hombres del rey tomaron sus armas y salieron corriendo. Yo sólo tenía mi puñal, pero arrebaté una lanza a uno de los soldados. «Mi primera batalla», pensaba. Pero entonces Cay, mi hermano de leche el hijo de Héctor, dijo que había olvidado su espada en el alojamiento y me ordenó que fuera a traerla. Comprendí que lo hacía sólo para alejarme de la batalla, pues él y mi tutor decían que no estaba listo para el bautismo de sangre. En vez de correr a buscarla, entré en la iglesia y cogí la espada del rey, que estaba en el catafalco de piedra. Entonces vi a Merlín, que me dijo con la voz más potente que haya oído en mi vida: «¿De dónde sacaste esa espada, muchacho?»

»Me ofendió que me llamara muchacho, después de todo lo que había hecho en la isla del Dragón. Le dije que la espada del rey era para combatir a los sajones, no para permanecer inútil en una piedra vieja. En aquel momento se acercó Héctor y, al verme con la espada en la mano, ¡él y Cay se arrodillaron ante mí! Me pareció muy extraño. "Padre, ¿por qué os arrodilláis? Oh, levantaos, esto es terrible." Y Merlín clamó, con esa voz tremenda: "Es el rey, justo es que tenga la espada".

»Entonces los sajones traspasaron la muralla, oímos sus cuernos y no hubo tiempo para decir nada más. Cay cogió la lanza, yo aferré la espada, y arremetimos. De la batalla no recuerdo mucho; creo que siempre sucede así. Cay resultó malherido en la pierna. Después Merlín me vendó el brazo y, mientras tanto, me dijo quién

era yo. Y Héctor vino a arrodillarse ante mí, y prometió ser mi fiel caballero, como antes lo había sido a mi padre y a Ambrosio... y sólo me pidió que nombrara a Cay chambelán de mi corte. Hubo mucho alboroto por la espada, pero Merlín dijo a todos que yo la había cogido por obra del destino y todos le creyeron. Sonrió. Su confusión provocó en Morgana un acceso de amor y piedad. Las campanas que la habían despertado. Había visto sin saber qué veía.

Bajó los ojos. Ahora había entre ambos un vínculo eterno. ¿Acaso cada golpe que él sufriera la afectaría así, como una espada en el corazón desnudo?

—Y ahora voy a recibir otra espada —concluyó Arturo—. Después de no haber tenido ninguna, de pronto me encuentro con dos muy especiales —Y agregó con un suspiro, casi quejumbroso—: No sé cómo se relaciona todo esto con ser rey.

Por mucho que viera a Viviana con los ropajes de suma sacerdotisa de Avalón, Morgana nunca se habituaba. Notó que Arturo las estudiaba a ambas, notando el parecido. Estaba nuevamente silencioso y sobrecogido. Al menos no lo habían obligado a observar el ayuno mágico. Quizás habría tenido que comer con él pero la sola idea de la comida le daba náuseas. Era lo normal tras un trabajo prolongado con la magia; no era de extrañar que Viviana estuviera tan consumida.

—Venid —dijo la Dama de Avalón, abriendo la marcha como correspondía a su cargo.

Por las orillas del lago, llegaron al edificio que albergaba a los sacerdotes. Arturo caminaba silenciosamente junto a Morgana. Detrás de ellos iba Merlín; a su lado, Kevin.

Al bajar un estrecho tramo de escalera los rodeó un olor húmedo a subterráneo. Morgana no vio que nadie encendiera luces, pero de pronto apareció un pálido resplandor a su alrededor. Viviana se detuvo abruptamente y cogió a Arturo por la muñeca; su mano pequeña y morena no llegaba a rodearla por completo.

—Arturo, hijo de Igraine de Avalón y del Pendragón, legítimo rey de toda Britania —dijo—, he aquí los objetos más sagrados de vuestro país.

La luz centelló sobre el oro y las piedras preciosas del cáliz y la bandeja, sobre la lanza, sobre las hebras carmesíes, doradas y plateadas de la vaina. Y de ella Viviana extrajo la hoja larga y oscura. En su pomo relucían unas piedras.

—La espada de la Sagrada Regalía de los Druidas —dijo en voz queda—. Jurad ahora ante mí, Arturo Pendragón, rey de Britania, que cuando recibáis la corona trataréis con tanta justicia a los druidas como a los cristianos y que os guiaréis por la magia sagrada de quienes os han puesto en este trono.

Arturo alargó la mano hacia la espada. Morgana vio en sus pupilas dilatadas que sabía lo que era. Viviana se lo impidió con un gesto rápido.

—Tocar los objetos sagrados sin estar preparado equivale a la muerte —advirtió—. Jurad, Arturo. Con esta espada en la mano no habrá jefe de tribu ni rey, pagano o cristiano, que pueda levantarse contra vos. Pero no es para un rey que sólo se comprometa a oír a los sacerdotes cristianos. Si no estáis dispuesto a jurar, podéis iros y blandir las armas que vuestros seguidores cristianos os proporcionen. Entonces las gentes que siguen la guía de Avalón os acompañarán sólo cuando nosotros se lo indiquemos. Si juráis, contaréis con su fidelidad a través de las sagradas armas de Avalón. Decidid, Arturo.

Él la miró algo ceñudo.

—Sólo puede haber un gobernante en esta tierra —dijo—. No debo dejarme mandar por Avalón.

—Tampoco tenéis que dejar que os manden sacerdotes que convertirán en un títere de su Dios muerto —apuntó quedamente Viviana—. Pero no os urgiremos. Decidid si cogéis esta espada o si la rechazáis para gobernar en vuestro nombre, despreciando el auxilio de los dioses antiguos.

Morgana vio que aquello daba en el blanco: los dioses antiguos le habían dado la victoria sobre los ciervos, haciendo que las Tribus fueran las primeras en proclamarlo rey.

—No permita Dios que yo desprecie... —Y se interrumpió, tragando saliva con dificultad—. ¿Qué tengo que jurar, señora?

—Sólo esto: tratar a todos con justicia, sean o no seguidores del Dios de los cristianos, y reverenciar siempre a los dioses de Avalón, puesto que todos los dioses son un mismo Dios y todas las diosas, una misma Diosa. Jurad ser leal a esa verdad en vez de aferraras a uno y desdeñar a los otros.

—Habéis visto —dijo Merlín, con voz grave y resonante— que he reverenciado a Cristo y me he arrodillado ante el altar.

—Eso es verdad, señor Merlín —dijo Arturo, preocupado—. Y sois el consejero que más confianza me inspira. ¿Me ordenáis que jure?

—Rey y señor mío —dijo Taliesin—, sois joven para este cargo. Puede que vuestros curas y obispos quieran mandar sobre la conciencia de un rey. Pero yo no soy cura, sino druida. Y sólo digo que la sabiduría y la verdad no son propiedad exclusiva de ningún sacerdote. Consultad con vuestra conciencia si ese juramento es perjudicial, Arturo.

El joven dijo delicadamente:

—Bien, juraré y cogeré esa espada.

—Arrodillaos —dijo Viviana—, en señal de que un rey no es sino un hombre y una sacerdotisa, incluso una suma sacerdotisa, sólo una mujer, mientras que los dioses están por encima de todos nosotros.

Arturo se arrodilló. La luz, sobre su pelo rubio, parecía una corona. Viviana le puso la espada en las manos y él cerró los puños en torno del pomo, aspirando largamente.

—Tomad esta espada, mi rey —dijo ella—, y usadla con justicia. No fue hecha de hierro arrebatado al cuerpo de nuestra madre tierra, sino santamente forjada con metal que cayó del cielo, cuando los druidas aún no habían llegado a estas islas.

Arturo se levantó con el arma en la mano.

—¿Qué os gusta más? —preguntó la Dama—. ¿La espada o la vaina?.

El joven observó con admiración la funda ricamente trabajada, pero dijo:

—Soy guerrero, señora. Aunque la vaina sea bella, prefiero la espada.

—Aun así, llevad siempre la vaina con vos: fue hecha con toda la magia de Avalón. Mientras la tengáis ceñida, aunque seáis herido no sangraréis mucho. Es rara, preciosa y mágica.

Él sonrió.

—¡Ojalá la hubiera tenido cuando me hirieron los sajones! ¡Sangré como una oveja en el matadero!

—Entonces no erais rey, señor. Ahora tenéis la protección de la vaina mágica.

—Aun así, mi rey —dijo la melodiosa voz de Kevin, el bardo, medio escondido tras Merlín—, por mucho que confiéis en la vaina, os aconsejo practicar siempre con vuestros maestros de armas.

Arturo se ciñó la espada, riendo entre dientes.

—No lo dudéis, señor. Un rey no es más que carne y huesos; recordad que cogí mi primera espada de la capilla donde yacía Uther. No tentaré de ese modo a Dios.

De algún modo, con la espada de la Sagrada Regalía a la cintura, Arturo parecía más alto, más imponente. Morgana lo imaginó coronado y con vestiduras de rey... y por un momento la pequeña habitación pareció poblarse de otros hombres, sombras armadas, ricamente vestidas, sus compañeros. Un momento después desaparecieron y él volvió a ser un joven que sonreía con incertidumbre, como si el rango le resultara todavía algo incómodo.

Salieron de la capilla subterránea. Pero antes Arturo se volvió un momento para observar los otros objetos de la Regalía, que permanecían en las sombras. La duda fue casi visible en su rostro: «¿Hice bien o estaré blasfemando contra el Dios que se me enseñó a adorar como Único?»

Sonó la voz de Taliesin, baja y amable.

—¿Sabéis cuál es mi mayor deseo, mi rey y señor?

—¿Cuál, señor Merlín?

—Que un día, cuando el país esté listo, druida y cura oficien juntos, celebrando la Sagrada Eucaristía con ese cáliz, como señal de que todos los dioses son un mismo Dios.

Arturo se persignó, diciendo casi en un susurro:

—Amén, señor Merlín, y que Jesucristo lo permita.

Morgana notó que se le erizaba la piel de los brazos. Sin saber que hablaba, se oyó decir:

—Ese día llegará. Arturo, pero no como tú piensas. Cuida de qué manera lo haces realidad, pues podría ser la señal de que tu obra está cumplida.

—Si ese día llegara, señora —dijo él, con voz apagada—. En verdad lo veré como señal de que he cumplido y quedaré contento.

—Cuidad lo que decís —advirtió Merlín, muy delicadamente—, pues las palabras son como sombras premonitorias de lo que ha de acontecer y al pronunciarlas hacemos que se cumplan, mi rey.

Cuando salieron a la luz del día Morgana parpadeó, tambaleándose. Kevin alargó una mano para sostenerla.

—¿Estáis enferma, mi señora?

Ella negó con la cabeza con impaciencia, aclarando la vista a fuerza de voluntad. Arturo la miró con preocupación. Pero su mente volvió enseguida al tema pendiente.

—Voy a ser coronado en Glastonbury, la isla de los Sacerdotes. Si os es posible salir de Avalón, Dama, ¿estaréis presente?

Viviana le sonrió.

—Creo que no, pero os acompañará Merlín. Y Morgana puede presenciar vuestra coronación, si así lo deseáis.

Morgana se preguntó por qué lo habría dicho y por qué sonreía.

—Morgana, hija mía —añadió la Dama—, ¿irás con ellos en la barca?

Desde la proa, que ahora sólo llevaba a Arturo y a Merlín, la joven vio que varios hombres armados esperaban al joven en la costa. Leyó en sus ojos el sobrecogimiento que les causaba la embarcación de Avalón, al surgir inesperadamente de entre la niebla. Uno de ellos le era conocido: Lanzarote no había cambiado en aquellos dos años; sólo estaba más alto y más apuesto, vestido ricamente de carmesí oscuro y ciñendo espada y escudo. El también le hizo una reverencia al reconocerla, diciendo:

—Prima...

—Mi hermana, la señora Morgana, duquesa de Cornualles y sacerdotisa de Avalón —presentó Arturo—. Morgana, te presento a mi queridísimo amigo, nuestro primo.

—Nos conocemos.

Lanzarote se inclinó en el besamanos y otra vez, pese a su resentimiento. Morgana sintió un súbito acceso del anhelo que jamás la abandonaría del todo. «Él y yo estábamos hechos el uno para el otro: aquel día debí tener valor, aunque significara quebrar mis votos.» Por la expresión de su primo y la ternura con que le tocaba la mano, comprendió que él también estaba recordando. Luego alzó la vista con un suspiro. Le presentaron a los otros.

—Cay, mi hermano de leche —dijo Arturo.

Cay era corpulento, moreno y romano hasta la médula; trataba a Arturo con deferencia y afecto naturales. Morgana se dio cuenta de que su hermano contaría con dos fuertes capitanes para poner a la cabeza de sus ejércitos. Los otros caballeros le fueron presentados como Bedwyr, Lucano y Balin. Este último nombre la sorprendió, al igual que a Merlín: era el hermano de leche de Balan, el hijo mayor de Viviana. Balin era rubio y ancho de hombros; vestía pobremente, pero se movía con tanta elegancia como Lanzarote, y mantenía sus armas relucientes. Morgana se alegró de dejar a Arturo con sus caballeros. Pero antes él le besó ceremoniosamente la mano.

—Ven a mi coronación, hermana, si te es posible —dijo.

19

Pocos días después, Morgana y otras personas de Avalón fueron a la coronación de Arturo. En todos los años que llevaba allí, salvo en la ocasión en que abrió las brumas para que Ginebra hallara su convento, nunca había pisado el suelo de la isla de los Sacerdotes: Ynis Witrin. «isla de vidrio». El sol parecía refulgir allí con extraña aspereza, diferente de la luz tenue y neblinosa de Avalón. Pero tenía que recordar que, para casi todos los habitantes de Britania, aquél era el mundo real y la tierra de Avalón. sólo un sueño encantado.

Del suelo, frente a la iglesia, parecían haber brotado tiendas y pabellones multicolores, como extrañas setas. Morgana tuvo la sensación de que las campanas de las iglesias tañían día y noche, hora tras hora, excitándole los nervios. Arturo le presentó a Héctor, el buen caballero que lo había criado, y a su esposa Flavila.

Para aquella salida al mundo exterior, por consejo de Viviana, Morgana había descartado las túnicas azules y la manchada sobreveste de ciervo, cambiándolas por un sencillo vestido de lana negra, sobre otro de hilo blanco, con un velo también blanco cubriéndole la cabellera trenzada. Pronto cayó en la cuenta de que así parecía una matrona: entre los britanos, las doncellas jóvenes llevaban el pelo suelto y vestidos de colores intensos. Todos la tornaron por una de las monjas de Ynis Witrin y Morgana no hizo nada por desengañarlos. Tampoco Arturo, aunque enarcó las cejas con una gran sonrisa. Luego dijo a Flavila:

—¿Queréis llevar a mi hermana a donde está nuestra madre?

«Nuestra madre —pensó Morgana—. Pero ahora es una extraña para nosotros.» Buscó en su mente alguna ilusión por el reencuentro y no encontró ninguna. Igraine se había conformado con perder a sus dos hijos: ¿qué clase de mujer era?. Se sorprendió endureciendo la mente y el corazón contra ella. «Ni, siquiera recuerdo su rostro», pensó.

Sin embargo, la habría reconocido en cualquier parte.

—¡Morgana! —Había olvidado lo rico y cálido de su voz—. ¡Mi querida niña! Vaya, pero si ya eres toda una mujer. En mi corazón siempre te veo pequeña... Qué cansada parece.. ¿Te ha fatigado esta ceremonia?

Besó a su madre con un regusto de lágrimas en la garganta. Igraine era hermosa, mientras que ella... Otra vez le invadieron la mente las palabras de un recuerdo difuso: «Pequeña y fea como el pueblo de las hadas». ¿Su madre también la vería fea?

—Pero ¿qué es esto? —Igraine rozó la media luna que tenía en la frente—. Pintada como el pueblo de las hadas... ¿Te parece decente, Morgana?

Ésta respondió con voz tensa:

—Soy sacerdotisa de Avalón y luzco con orgullo la marca de la Diosa.

—Bueno, cúbretela con el velo, hija, para no ofender a la abadesa. Te alojarás conmigo en el convento.

Morgana apretó los labios. «Si la abadesa viniera a Avalón, ¿escondería su crucifijo para no ofendernos a mí o a la Dama?»

—No deseo ofenderos a vos, madre, pero no sería adecuado que me alojara en un convento; a la abadesa no le gustaría y tampoco a la Dama del Lago, bajo cuyas leyes vivo.

La idea de pasar siquiera tres noches entre esos muros, bajo el infernal tañido de aquellas campanas, le enfriaba la sangre.

—Bueno, será como tú quieras —dijo Igraine, atribulada—. Tal vez puedas alojarte con mi hermana, la reina de Orkney. ¿Te acuerdas de Morgause?

—Será un gusto tener conmigo a mi sobrina Morgana —dijo una voz suave.

Al levantar la vista, la joven se encontró con la viva imagen de su madre, tal como la recordaba: majestuosa, ricamente vestida y enjoyada, con el cabello trenzado en una brillante diadema sobre la frente.

—¡Vaya, la pequeña ha crecido y es sacerdotisa! —La envolvió en un cálido y perfumado abrazo—. Bienvenida, sobrina. Ven a sentarte a mi lado. ¿Cómo está mi hermana Viviana? Se dice que es la fuerza impulsora de todos los grandes acontecimientos que han puesto en el trono al hijo de Igraine. El mismo Lot no pudo contra el apoyo de Merlín. el pueblo de las hadas, todas las Tribus y todos los romanos. ¡Así que tu hermano va a ser rey! ¿Vendrás a la corte para asesorarlo, Morgana? Uther habría hecho bien en contar con la Dama de Avalón.

La joven se echó a reír, relajándose en el abrazo de Morgause.

—Un rey ha de hacer lo que le parezca oportuno; ésa es la primera lección que tienen que aprender cuantos se le acercan. Supongo que Arturo, tan parecido a Uther, lo aprenderá sin mucha dificultad.

—Sí, ya no cabe duda de quién fue su padre, pese a todo lo que se murmuró en aquellos tiempos

—dijo su tía. De inmediato hizo un gesto de arrepentimiento—. No, Igraine. no vuelvas a llorar. Tendrías que alegrarte de que tu hijo se parezca tanto a su padre y sea aceptado por todo Britania.

Igraine parpadeó: al parecer había llorado excesivamente en los últimos días.

—Me alegro por Arturo —dijo. Pero se le ahogó la voz y no pudo seguir hablando.

Morgana le acarició el brazo, pero se sentía impaciente; desde que tenía memoria, su madre no había pensado nunca en sus hijos: sólo en Uther. Aun ahora que él estaba enterrado, Arturo y ella desaparecían ante el recuerdo del hombre que había amado tanto. Fue un alivio volverse nuevamente hacia Morgause.

—Viviana me dijo que tenías hijos varones.

—Cierto, aunque casi todos son todavía pequeños. Pero el mayor ha venido a jurar lealtad al rey. Si Arturo muriera en combate (y ni el mismo Uther fue inmune a ese destino), mi Gawaine es su pariente más próximo... A menos que tú tengas un hijo varón, Morgana. ¿Verdad? ¿Acaso las sacerdotisas de Avalón también han adoptado la castidad? ¿O has perdido a tus hijos al nacer, como tu madre? Perdona, Igraine; no era mi intención recordártelo.

Igraine parpadeó para alejar las lágrimas.

—No tendría que llorar por la voluntad de Dios. Tengo más que muchas mujeres: una hija que sirve a la Diosa y un hijo que va a heredar la corona de su padre. Mis otros hijos están en el seno de Cristo.

«¡Qué manera de pensar en un Dios —pensó Morgana—, con todas las generaciones de muertos aferradas a él!» Entonces recordó que Morgause le había hecho una pregunta.

—No, no he tenido hijos. Hasta Beltane de este año se me conservó virgen para la Diosa.

Se interrumpió abruptamente; no debía decir más. Igraine era ahora más cristiana de lo que ella pensaba y se habría horrorizado al pensar en el rito. Y de inmediato la invadió un segundo horror, al que siguió un acceso de náuseas. Aquello había sucedido en la luna llena, la luna había menguado ya dos veces sin que ella sangrara durante el novilunio. Un rito para la renovación y la fertilidad de los sembrados, de la tierra y de los vientres de las mujeres de la tribu. Había visto a otras sacerdotisas jóvenes enfermar y palidecer después de las hogueras de Beltane, hasta que empezaba a madurar su fruto; había visto nacer a los niños, ayudando con sus manos adiestradas. Y ni una sola vez, en su estúpida ceguera, se le había pasado por la mente que ella también podía salir del rito con el vientre grávido.

Viendo que Morgause le clavaba una mirada penetrante, bostezó largamente para disimular el silencio.

—He estado viajando desde el amanecer y no he desayunado —dijo—. Tengo hambre.

Igraine, tras disculparse, mandó por pan y cerveza de cebada que Morgana se obligó a comer, aunque la comida no le sentaba bien; ahora sabía por qué.

«¡Diosa! ¡Madre Diosa! ¡Viviana sabía que podía suceder esto, pero no me protegió!» Sabía lo que era preciso hacer. Aunque la acobardaran la violencia y la enfermedad, tenía que hacerlo sin demora; de lo contrario, hacia Navidad tendría un hijo de su hermano. Además, Igraine no tenía que enterarse; para ella sería un pecado inimaginable. Morgana se obligó a comer, a hablar de naderías, a chismorrear como todas las mujeres.

Pero mientras parloteaba su mente no descansaba. Sí, el fino hilo que lucía había sido tejido en Avalón; no había otro igual. Y en el fondo pensaba: «Que Arturo no lo sepa; demasiado tiene ya con esta coronación: si puedo soportar esta carga en silencio para darle calma, lo haré.» Sí, le habían enseñado a tocar la lira... Oh, qué tontería, madre, creer impropio de una mujer hacer música, aunque alguna de las Escrituras les ordene guardar silencio en la iglesia. ¿Acaso la Madre de Dios no había elevado su voz para cantar alabanzas al saber que iba a tener un hijo del Espíritu Santo? Morgana cogió la lira y cantó para su madre, pero tras el

estribillo había desesperación; sería la siguiente Dama de Avalón y tenía que dar a la Diosa al menos una hija. Era impío deshacerse de un hijo concebido en el Gran Matrimonio. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba habituada a vivir en dos planos al mismo tiempo, pero aun así el esfuerzo la hizo palidecer. Se alegró de que Morgause la interrumpiera.

—Tienes una voz encantadora, Morgana. y me gustaría oírla en mi corte. También a ti, Igraine, espero verte muchas veces antes de que terminen estas festividades. Pero ahora tengo que ir a ver si están atendiendo bien a mi hijo. Y Morgana parece cansada por el viaje. Creo que la llevaré a mi campamento para que se acueste. Así por la mañana estará descansada para presenciar la coronación.

Igraine no se molestó en disimular su alivio.

—Sí. Yo tendría que estar ya en el oficio de mediodía —dijo—. Como sabéis, después de la coronación viviré en el monasterio de Tintagel. Arturo me ha pedido que me quede a su lado, pero espero que pronto tenga su reina y ya no me necesite.

Sí, todos insistirían en casar a Arturo cuanto antes. Morgana se preguntó cuál de aquellos reyezuelos obtendría el honor de ser el suegro del rey. «Y mi hijo podría ser el heredero de la corona... No, no, no quiero siquiera pensar en eso.»

Una vez más la invadió un amargo enfado; ¿por qué Viviana le había hecho aquello? Igraine besó y abrazó a ambas, prometiendo verlas más tarde. Mientras se alejaban hacia el colorido grupo de pabellones, Morgause comentó:

—Tu madre está tan cambiada que me cuesta reconocerla. ¿Quién habría pensado que se tornaría tan piadosa? Seguramente acabará siendo el terror de toda una hermandad de monjas. Aunque me duela decirlo, me alegra no ser una de ellas. No tengo vocación para el convento.

Morgana se obligó a sonreír.

—No, supongo que no. El matrimonio y la maternidad parecen haberte sentado bien. Floresces como las rosas silvestres, tía.

La otra sonrió perezosamente.

—Mi esposo me trata bien y me gusta ser reina —dijo—. Es nórdico; por eso no le parece incorrecto aceptar el consejo de una mujer, como a esos necios de los romanos. Espero que esa familia romana no haya echado a perder a Arturo; aunque hayan hecho de él un gran guerrero, si desprecia a las Tribus no podrá gobernar. Incluso Uther tuvo la prudencia de hacerse coronar en la isla del Dragón.

—También Arturo —aseguró Morgana. No podía decir nada más.

—Cierto. Oí algo de eso y me parece que hizo bien. Por mi parte, soy ambiciosa. Lot me pide consejo y en nuestro territorio todo marcha bien. Los curas me critican mucho, diciendo que no sé guardar mi lugar de mujer. Sin duda me creen bruja o hechicera, porque no me dedico pudorosamente a la rueca y el telar. Pero Lot no da ninguna importancia a los curas, aunque su pueblo es muy cristiano. A decir verdad, a la mayoría le importa muy poco quién sea el Dios de esta tierra, siempre que haya cosechas abundantes y panzas llenas. Mejor así: un país gobernado por sacerdotes es un país de tiranos en la Tierra y en el Cielo. Creo que en los últimos años Uther se había inclinado mucho en esa dirección. Quiera la Diosa que Arturo tenga más tino.

—Juró tratar con justicia a los Dioses de Avalón, antes de que Viviana le diera la espada de los druidas.

—¿Se la dio? —se extrañó Morgause—. ¿De dónde sacó esa idea? Pero basta ya de dioses, reyes y todo eso, Morgana. Cuéntame tu problema. —Como la joven no respondiera, continuó—: ¿Crees que no sé reconocer un embarazo? Igraine no se dio cuenta porque sólo tiene ojos para su dolor.

Morgana se obligó a decir con liviandad:

—Bueno, podría ser. En Beltane participé de los ritos.

Su tía rió entre dientes.

—Si ésa fue la primera vez, quizá no lo sepas durante una o dos lunas. Pero te deseo buena suerte. Ya has dejado atrás los mejores años para dar a luz; a tu edad yo tenía tres hijos. No te aconsejo que se lo digas a Igraine; se ha vuelto demasiado cristiana para aceptar a un hijo de la Diosa. Oh, bueno, supongo que todas envejecemos, tarde o temprano. También Viviana debe de estar entrada en años. No la he visto desde que nació Gawaine.

—Yo la veo más o menos como siempre —dijo Morgana.

—Y no ha venido a la coronación de Arturo. Bueno, podemos arreglarnos sin ella. Pero no creo que se conforme con permanecer en segundo plano. No dudo que algún día impondrá su voluntad y veremos el caldero de la Diosa reemplazar al cáliz del amor cristiano en el altar de la corte. Y no lamentaré que llegue ese día.

Morgana sintió un escalofrío profético. En su mente vio a un sacerdote con sotana elevando el cáliz de los Misterios ante el altar del Cristo. Y luego visualizó claramente a Lanzarote arrodillado, con la cara iluminada como nunca... Negó con la cabeza para borrar la videncia no deseada.

El día de la coronación de Arturo amaneció luminoso y despejado. Durante toda la noche habían estado llegando gentes de todos los rincones de Britania para ver la entronización del gran rey en la isla de los Sacerdotes. Menudos y morenos: pelirrojo del norte, altos y barbados: romanos de las tierras civilizadas: rubios y corpulentos, anglos y sajones de las tribus del tratado, establecidas en Kent, que llegaban para renovar la alianza truncada. Las laderas estaban a rebosar. Morgana, que no había visto tanta gente reunida ni aun en las fiestas de Beltane, sintió miedo.

Estaba en un sitio privilegiado, con Igraine, la familia de Morgause y la de Héctor. El rey Lot, esbelto, moreno y encantador, le besó la mano, la abrazó y se esmeró en llamarla «parienta» o «sobrina», pero bajo la sonrisa superficial había amargura. Lot había conspirado e intrigado para impedir la llegada de aquel día. Ahora su hijo Gawaine sería el heredero más cercano de Arturo: ¿satisfacería aquello su ambición? Morgana lo miró con ojos entornados y descubrió que él no le gustaba en absoluto.

Sonaron las campanas de la iglesia y un grito se elevó desde todas las laderas; del templo salió un joven esbelto, con el pelo refulgente de sol. El sacerdote le puso en la cabeza la delgada diadema de oro. Arturo alzó la espada y dijo algo que ella no pudo oír. Pero le llegó repetido de boca en boca, inspirándole la misma emoción que había sentido al verlo regresar triunfalmente, tras vencer al Macho rey.

«Para todos los pueblos de Britania —había dicho—. mi espada para vuestra protección y mi mano para la justicia.»

Merlín se adelantó, vestido con túnicas blancas, reposado y cordial junto al venerable obispo de Glastonbury. Arturo les hizo una breve reverencia y los cogió de la mano. «Eso te lo inspiró la Diosa», pensó Morgana. Y un momento después Lot dijo algo muy parecido.

—Muy astuto, poner a Merlín y al obispo juntos, como señal de que pedirá consejo a ambos.

Morgause comentó:

—No sé quién se encargó de educarlo, pero el hijo de Uther no es estúpido, creedme.

—Nos toca a nosotros —dijo Lot. Y se puso de pie, ofreciendo una mano a su esposa—. Venid, señora, y que no os preocupe ese montón de ancianos barbudos. No me avergüenza reconocer que os considero mi igual en todo. No como el necio de Uther, que no hizo lo mismo con vuestra hermana.

Morgause esbozó una sonrisa irónica.

—Y quizá fue una suerte para nosotros que Igraine no tuviera fuerza de voluntad para insistir.

Morgana se puso de pie para acompañarlos llevada por un súbito impulso. La pareja le hizo una cortés indicación para que les precediera. Ella no se arrodilló, pero inclinó levemente la cabeza.

—Os traigo el homenaje de Avalón, mi señor Arturo, y de quienes servimos a la Diosa.

Detrás de ella se oyó el murmullo de los sacerdotes. Igraine, entre las monjas del convento, dijo: «Audaz, temeraria y terca como cuando era niña.» Se obligó a no escuchar. No era una de esas gallinas encerradas, sino una sacerdotisa de Avalón.

—Os doy la bienvenida, a vos y a Avalón. Morgana. —Arturo le cogió la mano y la hizo sentar a poca distancia—. Os honro por ser mi única hermana por parte de madre y duquesa de Cornualles por derecho propio.

Cuando le soltó la mano, Morgana inclinó la cabeza para no desmayarse, pues se le había empañado la vista. «¿Por qué tengo que sentirme así en este momento? Es obra de Arturo. No, de él no: de la Diosa. Es su voluntad.»

Lot se adelantó para arrodillarse ante Arturo y éste lo hizo levantar.

—Bienvenido, querido tío.

«Si no me equivoco —pensó Morgana—, ese querido tío se habría alegrado de verle morir cuando era pequeño.»

—Lot de Orkney, ¿defenderéis vuestras costas contra los nórdicos y acudiréis en mi ayuda si algo amenaza las costas de Britania?

—Lo haré, señor, lo juro.

—En ese caso, os ordeno que conservéis en paz el trono de Orkney y Lothian; jamás lo reclamaré ni combatiré contra vos por él. —Arturo se inclinó para besarle en la mejilla—. Que vos y vuestra señora gobernéis por mucho tiempo en el norte, tío.

Lot se levantó.

—Os pido autorización para ofreceros a un caballero a vuestro servicio. Tened a bien hacer de él uno de vuestros compañeros, señor Arturo. Mi hijo Gawaine.

Gawaine era alto, corpulento y de complexión fuerte, casi la versión masculina de Igraine y la misma Morgause. Tenía la cabeza coronada de rizos rojos y, aunque algo menor que Arturo, era ya un joven gigante de dos varas de estatura. Se arrodilló ante su primo, que lo hizo levantar para abrazarlo.

—Bienvenido, primo. Con gusto haré de ti el primero de mis compañeros. Espero que seas bien acogido por mis queridísimos amigos. —Y se volvió hacia los tres jóvenes que tenía a su lado—. Gawaine es primo nuestro, Lanzarote. Cay y Bedwyr, mis hermanos adoptivos. Ahora tengo compañeros, como Alejandro, el griego.

Durante todo el día los reyes de Britania se acercaron a Arturo para jurar fidelidad al trono del gran rey, comprometiéndose a defender sus costas. El rubio rey Pelinor, señor del país de los lagos, dobló la rodilla ante Arturo y pidió autorización para partir antes de que terminara el festín.

—¿Tú, Pelinor, en quien esperaba hallar al más incondicional de mis partidarios? ¿Tan pronto me abandonas?

—He recibido noticias de que un dragón está asolando mi patria, señor, y tengo que perseguirlo hasta matarlo.

Arturo, después de abrazarlo, le entregó un anillo de oro.

—No puedo alejar a un rey del pueblo que lo necesita. Ve a matar a ese dragón y tráeme su cabeza.

Anohecía ya cuando juró el último de los nobles. Aunque Arturo no era sino un muchacho, siempre era cortés y hablaba con cada uno como si fuera el primero. Sólo Morgana adivinaba las señales del cansancio. Pero al fin aquello terminó y los criados empezaron a servir el festín.

Pese a haber atendido sus deberes durante todo el día con tanta concentración, Arturo no se sentó a comer entre sus jóvenes compañeros, sino con los obispos y los reyes ancianos que formaban el consejo de su padre. Morgana se alegró de que Merlín estuviera entre ellos; al fin y al cabo era el abuelo del rey, aunque no estaba segura de que Arturo lo supiera. Después de comer (y engulló como un hambriento mozo en pleno desarrollo), se levantó para pasearse entre los invitados.

Con su sencilla túnica blanca, adornado sólo con la fina corona de oro, se destacaba entre esos nobles enjoyados como un ciervo blanco en la oscura selva. Lo rodeaban sus compañeros: el corpulento Gawaine; Cay, el moreno romano de facciones aguileñas y sonrisa sardónica, que tenía una cicatriz en la comisura de la boca, aún roja y fea, sin la cual habría sido apuesto; Lanzarote, a su lado, parecía hermoso y masculino como un gato salvaje. Morgause lo contempló con ojos codiciosos.

—¿Quién es ese apuesto joven, Morgana? El que está junto a Cay y Gawaine, vestido de carmesí.

Ella se echó a reír.

—Tu sobrino, tía; Galahad, el hijo de Viviana. Ahora lo llaman Lanzarote.

—¿Quién habría pensado que Viviana, tan poco atractiva, pudiera tener un hijo tan gallardo! Balan, el mayor, no es así: es recio, fuerte y de confianza como un perro viejo, pero se parece a Viviana. ¡Y nadie diría que es hermosa!

Esas palabras hirieron a Morgana profundamente. «Dicen que me parezco a Viviana. ¿Acaso todo el mundo me ve fea?»

—Yo la encuentro muy bella —adujo fríamente.

Morgause lanzó una risita burlona.

—Se nota que te has criado en Avalón, un lugar más aislado que los mismos conventos. No parece saber qué buscan los hombres en una mujer.

—Bueno, bueno —intervino Igraine, pacificadora—, hay otras virtudes aparte de la belleza. Lanzarote tiene los ojos de su madre, y nadie puede negar que Viviana los tiene muy bellos. Su encanto es tal que a nadie le importa si es hermosa o no, pues a todos seduce con sus ojos y su bonita voz. La belleza no es sólo cuestión de estatura, cutis claro y rizos dorados, Morgause.

—Ah, no conoces el mundo, hermana. Eres reina; una reina es hermosa para todos. Y te casaste con el hombre al que amabas. La mayoría no tiene esa suerte; es un consuelo saber que otros hombres te admiran por tu hermosura. Si te hubieras pasado la vida con el anciano Gorlois, también tú te alegrarías de tener buen cutis y pelo bonito. Los hombres son como los recién nacidos: lo único que ven es lo que desean y eso suele ser un pecho henchido.

—¡Hermana! —protestó Igraine.

Y Morgause añadió con una sonrisa irónica:

—Ah, a ti no te ha costado ser virtuosa, hermana, pues el hombre al que amabas era rey. No todas tenemos esa suerte.

—¿No amas a Lot, después de tantos años?

Morgause se encogió de hombros.

—El amor es una diversión para los días de invierno. Lot me pide consejo en todo, me permite administrar la casa y elegir lo mejor del botín. Y como le estoy agradecida, no le he dado ningún motivo para temer que está criando al hijo de otro hombre. Pero eso no me obliga a cerrar los ojos ante un joven de buenas facciones y hombros de toro.

«Sin duda se cree virtuosa por ello», pensó Morgana con aversión. Por primera vez en muchos años se sentía confundida. Los cristianos apreciaban la castidad más que nada, mientras que en Avalón la mayor virtud era entregar el cuerpo a la unión de los dioses. Lo que para unos era una virtud para los otros era el más oscuro de los pecados.

Volvió los ojos hacia los jóvenes que se acercaban: Arturo, rubio y de ojos grises; Lantarote, esbelto y elegante, y el corpulento pelirrojo Gawaine, que sobresalía entre los otros como un toro entre dos buenos caballos hispánicos. Arturo se acercó para hacer una reverencia a su madre.

—Mi señora, madre, ¿te ha parecido muy largo este día?

—No más que a ti, hijo mío. ¿Quieres sentarte aquí?

—Sólo un momento. —Aunque había comido mucho, Arturo cogió distraídamente un puñado de dulces, revelando lo joven que era. Mientras masticaba la pasta de almendras dijo—: ¿Quieres volver a casarte, madre? Si es así te buscaré al rey más rico y bondadoso. Uriens, de Gales del norte, es viudo; estoy seguro de que se alegraría mucho de tener una buena esposa.

Igraine sonrió.

—Gracias, querido hijo, pero tras haber sido la esposa del gran rey no aceptaría a un hombre inferior. Y amé mucho a tu padre; no deseo reemplazarlo.

—Será como quieras, madre. Sólo temo que te sientas sola.

—Es difícil sentirse sola en un convento, hijo, entre tantas mujeres. Y allí está Dios.

Morgause intervino con una sonrisa provocativa.

—¿Y vos, Lantarote? ¿Estáis ya casado o comprometido?

Negó con la cabeza, risueño.

—No, tía. Sin duda mi padre, el rey Ban, me buscará esposa. Por el momento quiero servir a mi rey.

Arturo le dio una palmada en el hombro.

—Con estos dos fuertes primos estoy tan bien custodiado como los antiguos Césares.

Igraine comentó en voz baja:

—Creo que Cay está celoso, Arturo; dile algo amable.

Morgana, al oírla, levantó la mirada hacia aquella cara ceñuda y marcada. Sin duda le era difícil, tras años de tratar a Arturo como a un hermano menor, verlo convertido en rey y con dos nuevos amigos a los que entregaba el corazón.

—Cuando el país esté en paz —dijo Arturo—. os buscaremos esposas y castillos a todos. Pero tú, Cay, permanecerás en el mío como chambelán.

—Con eso me basta, hermano... Perdona; debí decir «mi rey y señor».

—No. —Arturo se volvió para abrazarlo—. Que Dios me condene si alguna vez te exijo que me llames así, hermano.

Igraine tragó saliva con dificultad.

—Cuando hablas de esta manera, Arturo, me parece oír la voz de tu padre.

—Por mi bien, señora, me gustaría haberlo conocido mejor. Pero sé que los reyes no siempre pueden obrar como les gustaría.

Viéndolo besar la mano de Igraine. Morgana se dijo: «Conque ya ha aprendido esa habilidad de su cargo.»

—Supongo —dijo su madre— que ya te han aconsejado tomar esposa.

Arturo se encogió de hombros.

—Todos los reyes tienen una hija que desean casar con el gran rey. Creo que preguntaré a Merlín con cuál tendría que casarme. —Sus ojos buscaron los de Morgana; por un momento parecieron encerrar una terrible vulnerabilidad—. Después de todo, no sé gran cosa de mujeres.

Lanzarote intervino alegremente.

—En ese caso tendremos que buscarte la mujer más hermosa y de más alta cuna del reino.

—No —dijo Cay lentamente—. Buscadle la que tenga mejor dote.
Arturo rió entre dientes.

—Lo dejo de tu cuenta, Cay, y no dudo que me casaréis bien. ¿Y tú, Morgana? ¿Hemos de buscarte esposo o prefieres ser una de las damas de mi reina? ¿Quién ha de ser más encumbrada en el reino que la hija de mi madre?

Morgana recuperó el uso de su voz.

—Mi rey y señor: estoy contenta en Avalón. No os molestéis en buscarme esposo, por favor.

Y pensó fieramente: «¡No, aunque esté embarazada! ¡Ni aun así!»

—Que así sea, hermana, aunque no dudo que Su Santidad tendrá su opinión: asegura que todas las mujeres de Avalón son malvadas hechiceras o arpías.

Morgana no contestó. Él echó una mirada a los consejeros casi con sentimiento de culpabilidad; entre ellos lo observaba Merlín.

—Bueno, ya he dedicado a mi familia y a mis compañeros todo el tiempo que se me permitía. Tengo que volver al oficio de rey. Señora...

Hizo una reverencia a Igraine y otra más formal a Morgause. pero al acercarse a su hermana le dio un beso en la mejilla. Morgana se puso rígida.

«Madre Diosa, qué lío hemos armado. Él dice que me amará siempre y no tiene que ser así. Si Lantarote tuviera esos sentimientos...»

Suspiró. Igraine la cogió de la mano.

—Estás cansada, hija, por estar tanto tiempo de pie y al sol. ¿Realmente no prefieres venir conmigo al convento para estar tranquila? ¿Estás segura? Bien. Morgause, llévala a tu tienda, si quieres.

—Sí, querida hermana. Ve a descansar.

Los jóvenes se alejaban. Arturo ajustaba cortésmente su paso al andar vacilante de Cay.

Morgana volvió al campamento con su tía: aunque estaba fatigada, tuvo que ser atenta y cortés con Lot. que estudiaba las tácticas de Arturo para combatir a caballo contra los sajones.

—Ese muchacho es un maestro de la estrategia. Podría resultar, pues los jinetes siempre llevan ventaja sobre los soldados de infantería. Me han dicho que la caballería romana era la que obtenía las mayores victorias.

Morgana recordó que Lantarote le había hablado con pasión de sus teorías bélicas. Si Arturo compartía su entusiasmo y estaba dispuesto a trabajar con él, podría llegar un tiempo en que expulsaran a las hordas sajonas del país. Entonces reinaría una calma mayor que los legendarios doscientos años de la *Pax romana*. Y con la espada de Avalón y la Regalía druídica en manos del rey, la próxima época sería un reino de prodigios. Y la Diosa podría imperar otra vez en Britania, no el Dios muerto de los cristianos, con su dolor y su muerte... Cayó en una ensoñación de la que sólo despertó cuando Morgause la sacudió delicadamente por el hombro.

—Vaya, querida, estás medio dormida. Ve a acostarte. —Y le envió a su doncella para que la ayudara a desvestirse.

Morgana durmió larga y profundamente, sin soñar, vencida por el cansancio de muchos días. Pero al despertar apenas sabía dónde estaba ni qué había sucedido; se encontraba muy descompuesta y tuvo que salir de la tienda para vomitar. Cuando se incorporó, con un zumbido en la cabeza, Morgause estaba allí y la ayudó a entrar con mano firme y bondadosa. Le enjugó la frente sudorosa con un paño húmedo y luego se sentó junto a ella para hacerle beber una copa de vino.

—No, no. no quiero. Volvería a vomitar.

—Bébela—dijo su tía, severa—. Y trata de comer un poco de pan duro. En momentos así hay que tener algo en el estómago. —Se echó a reír—. En realidad, lo que te causa todos estos contratiempos es tener algo en el vientre.

Morgana apartó la mirada, humillada.

—Anda. niña, todas hemos pasado por lo mismo. Estás embarazada, ¿y qué? No eres la primera ni serás la última. ¿Quién es el padre? ¿O no tengo que preguntar? Te vi observar al apuesto hijo de Viviana. ¿Fue él el

afortunado? ¡Quién podría criticarte! Así pues, fue en los fuegos de Beltane. Ya lo sospechaba. ¿Y por qué no?

Morgana apretó los puños para resistir aquella locuacidad bien intencionada.

—No voy a tenerlo. Sé lo que tengo que hacer cuando regrese a Avalón.

—Oh, querida —exclamó Morgause afligida—. ¿es preciso?. En Avalón, un hijo de la Diosa tiene buena acogida. Y tú eres de sangre real. Reconozco que yo también lo hice: como te dije, siempre tuve la precaución de no gestar ningún hijo que no fuera de Lot, aunque en su ausencia no durmiera sola. Pero una anciana partera me dijo que, cuando te deshaces del primer hijo que concibes, el vientre queda dañado e inútil para tener más.

—Soy sacerdotisa y Viviana envejece. No quiero que el niño me impida cumplir con mis obligaciones en el templo.

Pero sabía que estaba ocultando la verdad. En Avalón había mujeres que continuaban con su trabajo hasta el último mes del embarazo; después las otras se dividían alegremente sus tareas, a fin de que pudiera descansar antes del parto y amamantar después al recién nacido, hasta que llegaba el momento de ponerlo bajo tutela. A algunas niñas se las educaba en Avalón como sacerdotisas.

Morgana la miró con astucia.

—Sí, creo que todas nos sentimos así la primera vez: atrapadas, furiosas, víctimas de algo que no podemos cambiar y que nos asusta. —Alargó los brazos para estrechar a su sobrina—. Pero la Diosa es buena, querida. Cuando el niño empiece a crecer, ella te pondrá amor en el corazón, aunque no sientas nada por el hombre que te lo hizo. Ah, no llores —añadió, acariciándole el pelo—. Pronto te encontrarás mejor. Tampoco a mí me gusta andar con una panza voluminosa, pero el tiempo pasa y un recién nacido en los brazos es tan placentero como penoso el parto. Yo he tenido cuatro y aún me gustaría tener otro. Lástima que ninguno haya sido niña. Si no quieres criar a tu recién nacido en Avalón, yo lo criaré por ti. ¿Qué opinas?

Morgana apartó la cabeza de su hombro, aspirando hondo.

—Perdona. He estado llorando sobre tu bonito vestido.

Morgause se encogió de hombros.

—No importa. ¿,Ves? Una vez que se pasan las náuseas te encuentras bien el resto del día. ¿Crees que Viviana te permitiría visitarme? Podrías venir a Lothian con nosotros. Nunca has estado en las islas Orkney y el cambio te haría bien.

Morgana le dio las gracias, y le dijo que tenía que regresar a Avalón. Y todavía tenía que presentar sus respetos a Igraine.

—Te aconsejo que no le hagas confidencias —dijo su tía—. Se ha vuelto tan santa que se escandalizaría o creería que es su deber hacerlo.

Morgana sonrió débilmente; no tenía ninguna intención de confesarse con Igraine ni con nadie. La propia Viviana se enteraría cuando ya fuera irremediable. Aunque agradecía la buena voluntad de Morgause, no pensaba guiarse por sus consejos. Se dijo con rabia que tenía el privilegio de decidir: era sacerdotisa y su criterio era más que suficiente.

Durante su tensa visita de despedida a Igraine pensó que Morgause se parecía más a la madre que recordaba. Igraine se había hecho vieja, severa y beata; separarse de ella fue un alivio. Al regresar a Avalón supo que volvía al hogar. Pero ¿y si no fuera así?

20

Era muy temprano cuando Morgana se escabulló de la Casa de las doncellas para ir al pantano. Rodeó el Tozal para llegar al bosque: con un poco de suerte hallaría lo que deseaba allí mismo, sin adentrarse en la bruma.

Necesitaba una raíz, la corteza de un arbusto y dos tipos de hierba. Podría haberlas cogido de las despensas, pero no quería verse obligada a explicar para qué las pedía. Y como no deseaba las bromas ni la compasión de las otras mujeres, prefería buscarlas ella misma.

Recorrió una distancia considerable antes de notar que aún no se había adentrado en las brumas. Al mirar a su alrededor cayó en la cuenta de que se encontraba en una zona desconocida para ella... y eso era una locura. Llevaba más de diez años viviendo en Avalón; conocía cada loma, cada camino, casi todos sus árboles. Era imposible que se hubiera perdido, pero así era. Caminaba por un bosque más denso, donde los árboles eran más viejos. Había arbustos y hierbas que nunca había visto.

¿Era posible que, de algún modo, hubiera penetrado entre las nieblas sin darse cuenta? ¿Estaría ya en las tierras que rodeaban el lago y la isla? No: quien traspasaba los límites de Avalón se encontraba forzosamente

con las aguas del lago. Incluso Ginebra había aparecido, no en el bosque, sino en el pantano. No se encontraba, pues, en la isla de los Sacerdotes ni en tierra firme. Tampoco en ninguna parte de Avalón. Al levantar la vista para orientarse por el sol, no pudo verlo. Aunque ya era pleno día, la luz era como un suave resplandor que parecía brotar de todo el cielo.

Morgana empezaba a notar el sudor frío del miedo. No estaba en el mundo que conocía. ¿Acaso existía, dentro de la magia druídica que había retirado Avalón del mundo, otro país desconocido, más allá del suyo o superpuesto a él? Echó un vistazo a los gruesos árboles: vetustos robles y avellanos, sauces... Nunca los había visto. Había un roble retorcido tan viejo que no le hubiera pasado por alto en Avalón.

«¡Por la Diosa! ¿Dónde estoy?» Tenía que continuar caminando hasta hallar algún detalle que le fuera conocido o bien hasta encontrarse con la bruma, para regresar a través de ella.

Avanzó lentamente por el bosque, cada vez más denso. Más adelante parecía haber un claro, rodeado de avellanos que nunca habían sido tocados, ni siquiera por el cuchillo de los druidas: aquel no era el bosquecillo de avellanos de Avalón. Al llegar vio una pequeña mata de la hierba que buscaba. Se arrodilló, con la falda protegiéndole las rodillas, y comenzó a excavar en torno de la raíz.

En dos ocasiones tuvo la sensación de que la observaban, pero cuando alzaba la vista sólo quedaba una sombra de movimiento entre los árboles. La tercera vez trató de no levantar la cabeza, diciéndose que allí no había nadie. Cuando hubo arrancado la hierba, empezó a mondar la raíz, murmurando el encantamiento correspondiente: una oración a la Diosa para que diera vida a otras matas en el mismo lugar. Pero la sensación de ser observada se tornó más fuerte. Por fin Morgana alzó la vista. Casi invisible, a la sombra de los árboles, una mujer la observaba.

No era una de las sacerdotisas. Morgana no la había visto nunca. Vestía de color verde grisáceo, como las hojas de sauce a finales de verano, y una especie de capa oscura. Ceñido al cuello se vislumbraba un brillo de oro. Su porte era el de una sacerdotisa o una reina. Morgana no habría podido calcular su edad, pero las arrugas que le rodeaban los ojos hundidos indicaban que ya no era joven.

—¿Qué haces, Morgana de las Hadas?

Algo helado le corrió por la espalda. ¿Cómo podía saber su nombre? Pero disimuló su temor con habilidad de sacerdotisa.

—Si conocéis mi nombre, señora, sin duda sabéis lo que estoy haciendo.

Apartó con decisión los ojos de aquella mirada oscura y continuó mondando la raíz. Luego volvió a levantar la vista, con la esperanza de que la extraña mujer hubiera desaparecido. Pero aún estaba allí, observándola serenamente. Ahora contemplaba sus manos sucias, la uña que se había roto al arrancar la hierba.

—Sí, ya veo lo que estás haciendo y lo que piensas hacer. ¿Por qué?

—¿Qué importancia tiene para vos?

—Para mi pueblo la vida es preciosa —dijo la mujer—, aunque no gestamos ni morimos tan fácilmente como vosotros. Pero tú, Morgana, llevas la sangre real del pueblo antiguo y, por lo tanto, somos parientas lejanas. Por eso me extraña que quieras deshacerte del único hijo que tendrás.

Morgana tragó saliva con dificultad y se puso de pie, consciente de sus manos sucias, de las raíces a medio mondar, de la falda arrugada: parecía una pastora ante una suma sacerdotisa.

—¿Por qué lo decís? —la desafió—. Todavía soy joven. ¿Qué os hace pensar que, si me deshago de esta criatura, no tendré otras diez o doce?

—Había olvidado que, cuando la sangre del pueblo de las hadas se ha diluido, la videncia llega mutilada e incompleta —dijo la desconocida—. Basta decir que lo he visto. Piénsalo dos veces, Morgana, antes de rechazar lo que la Diosa te envió del Macho rey.

Súbitamente Morgana se echó a llorar.

—¡No lo quiero! —tartamudeó—. ¡No lo busqué! ¿Cómo pudo la Diosa hacerme esto? Si te envía ella, ¿puedes darme una explicación?

La extraña la miró con tristeza.

—Yo no soy la Diosa, Morgana, ni siquiera su emisaria. Mi pueblo no conoce dioses: sólo el pecho de la madre, la que tenemos bajo los pies y sobre la cabeza, de la que provenimos y a la que volvemos cuando acaba nuestro tiempo. Por lo tanto, protegemos la vida y nos duele verla malograda. —Se adelantó para coger la raíz que Morgana tenía en las manos y la dejó caer al suelo—. No la necesitas.

—¿Cómo os llamáis? —exclamó Morgana—. ¿Qué lugar es éste?

—En tu idioma no podrías pronunciar mi nombre —dijo la extraña. Y de pronto Morgana se preguntó en qué idioma estaban hablando—. En cuanto a este lugar, es el bosque de los avellanos y es lo que es. Conduce a mi tierra. Y aquel camino —señaló— te llevará a la tuya, a Avalón.

Morgana siguió con la mirada la dirección del dedo. Sí, allí había un sendero, aunque habría jurado que a su llegada no existía. La extraña continuaba de pie, a poca distancia. Olía de una manera extraña: no era la fetidez del cuerpo sin lavar, sino una fragancia curiosa e indefinible, como de alguna hierba desconocida, un olor fresco, casi amargo. De la misma manera que las hierbas rituales para la videncia, le dio la sensación de que hechizaba sus ojos, permitiéndole ver más que de costumbre, como si todo fuera límpido y nuevo.

La mujer dijo con voz grave e hipnótica:

—Puedes quedarte conmigo, si quieres; te haré dormir para que alumbres a tu hijo sin dolor. Lo ampararé porque la vida es muy fuerte en él. y aquí vivirá más tiempo que entre los de tu especie. Pues veo un destino para él en tu mundo: tratará de hacer el bien y, como la mayoría de los tuyos, sólo hará daño. Pero si permanece aquí, entre los míos, vivirá mucho tiempo (tú dirías que por siempre) y llegará a ser un mago o un hechicero; vivirá entre árboles y criaturas salvajes que nunca fueron domesticadas por el hombre. Quédate aquí, pequeña; dame al hijo que no quieres tener y podrás volver con los tuyos sabiendo que es feliz y está libre de todo mal.

Morgana tuvo de pronto un frío mortal. Sabía que aquella mujer no era del todo humana; ella misma tenía algo de aquella antigua sangre de duendes. Se apartó de la extraña y echó a correr. Corrió hacia el sendero que le había señalado, corrió con desesperación, como si la persiguiera un demonio. Detrás de ella la mujer alzó la voz:

—Deshazte de tu hijo o estrangúlalo al nacer, Morgana de las Hadas, pues tu pueblo ya tiene su destino y ¿cuál es el del hijo del Macho rey? El rey tiene que morir y ser abatido a su vez...

Pero la voz se apagó al internarse Morgana en la bruma, corriendo y tropezando, entre abrojos que la retenían en su despavorida fuga, hasta que salió de la niebla al sol deslumbrante y al silencio. Entonces supo que estaba otra vez en las orillas familiares de Avalón.

Volvía a haber luna nueva. Avalón estaba cubierto de brumas y nieblas estivales, pero Viviana conocía los cambios de la luna como si fueran los flujos de su sangre. Durante un rato se paseó en silencio por la casa. Al fin dijo a una de las sacerdotisas:

—Tráeme la lira.

Pero cuando se sentó con el instrumento en las rodillas no hizo sino pulsar indolentemente las cuerdas, sin ánimo para hacer música.

Cuando la noche empezaba a palidecer, Viviana cogió una lámpara pequeña. Su ayudante salió deprisa del cuarto interior, pero ella negó con la cabeza sin decir nada y se alejó por el sendero, callada como un espectro, hacia la Casa de las doncellas.

Ya en el cuarto donde dormía Morgana, se acercó para contemplar aquel rostro tan parecido al suyo. Morgana, dormida, volvía a ser la niña que había llegado a Avalón, tanto tiempo atrás, invadiendo el corazón de Viviana. Bajo las pestañas negras tenía profundas sombras oscuras; el borde de los párpados estaba enrojecido, como si hubiera llorado hasta quedarse dormida.

Con la lámpara en alto, la Dama contempló largo rato a su joven sobrina. La amaba como no había amado a sus hermanas ni a ninguno de los hombres que compartieron su lecho, ni siquiera a Cuervo, a quien había instruido desde los siete años. Sólo una vez había experimentado ese fiero amor, ese tormento interno, por la hija que tuvo en su primer año de sacerdotisa y a la que había enterrado seis meses después, llorando por última vez, antes de cumplir los dieciséis años.

La mujer que se alejó de aquella tumba diminuta, sin derramar lágrimas, era una persona completamente distinta, que en adelante se mantendría ajena a cualquier emoción humana. Amable, satisfecha y hasta feliz en ocasiones, pero jamás la misma. Había amado a sus hijos varones, pero al alumbrarlos ya estaba resignada a que los criara una madre adoptiva. En ocasiones, Viviana sentía, en el fondo de su corazón, que la Diosa le había devuelto a su difunta hija bajo la forma de Morgana.

«Y ahora solloza y es como si cada lágrima me quemara el corazón. Me diste a esta niña para que la amara, Diosa, y no obstante tengo que entregarla a este tormento...» Se llevó rápidamente una mano a los ojos, sacudiendo la cabeza para que la única lágrima desapareciera sin dejar rastro. «Ella también ha jurado aceptar lo que deba ser; sus sufrimientos aún no han comenzado.»

Morgana se agitó en el lecho. Viviana, temiendo tener que enfrentarse a la acusación de sus ojos si despertaba, salió rápidamente para volver a su vivienda.

Trató de dormir, pero no pudo. Ya casi había amanecido cuando vio una sombra que cruzaba la pared, formando una cara en la penumbra: era la Parca; la esperaba con la figura de una anciana vestida de harapos y jirones de sombra.

«¿Has venido por mí, madre?»

«Todavía no, hija mía y mi otro yo. Espero aquí para recordarte que te aguardo, como a todos los mortales.» Viviana parpadeó. Cuando abrió los ojos el rincón estaba oscuro y desierto. «No necesito ningún recordatorio de lo que me espera.»

Aguardó en silencio hasta que el alba penetró en el cuarto. Luego llamó a la sacerdotisa que la asistía y le ordenó:

—Tráeme a la señora Morgana.

Morgana se presentó con el atuendo de las sacerdotisas de más alto rango, con el pelo recogido en una trenza y la pequeña hoz colgada de su cordón negro. La boca de Viviana se tensó en una seca sonrisa. Después de intercambiar un saludo, cuando tuvo a la joven sentada a su lado, le dijo:

—Ya han pasado dos lunas nuevas. Dime, Morgana, ¿ha sembrado tu vientre el Astado del bosque?

Su sobrina la miró como animalillo asustado dentro de una trampa. Luego dijo, colérica y desafiante:

—Me dijiste que tenía que obrar según mi criterio. Me he deshecho de él.

—No es cierto —aseveró Viviana, dando a su voz un tono firme y distante—. ¿Por qué me mientes? Sé que no lo has hecho.

—¡Lo haré!

Viviana sintió el poder de la muchacha; por un momento, al verla levantarse precipitadamente del banco, le pareció alta e imponente. Pero era un truco de sacerdotisa que ella también dominaba.

«Me ha superado. Ya no puedo imponerle respeto.» Aun así invocó toda su autoridad.

—No lo harás. La sangre real de Avalón no se puede malograr.

De pronto Morgana cayó al suelo. Por un momento, Viviana temió que rompiera en un llanto salvaje.

—¿Por qué me hiciste esto, Viviana? ¿Por qué me utilizaste de ese modo? ¡Yo creía que me amabas!

Tenía el rostro contraído, aunque no lloraba.

—Pongo a la Diosa por testigo de que te amo como nunca he amado a ser humano sobre la tierra —dijo la Dama con voz serena, pese al dolor que le atravesaba el corazón—. Pero ya te dije al traerte aquí que llegaría el momento en que me odiaras tanto como me amabas entonces. Soy la Dama de Avalón y no me justifico por mis acciones. Hago lo que debo, ni más ni menos. Y también lo harás tú cuando llegue el día.

—¡Ese día no llegará jamás! —exclamó Morgana—. ¡Aquí y ahora te digo que te he servido de títere por última vez! ¡Nunca más!

Viviana mantuvo la voz serena, como corresponde a una sacerdotisa, que ha de mantener la calma aun cuando se derrumbe el cielo.

—Cuida de no maldecirme. Morgana; las palabras pronunciadas tienen la mala costumbre de regresar cuando menos conviene.

—¿Maldecirte? No era mi intención —contestó la joven de inmediato—. Pero no seguiré siendo tu juguete. En cuanto a este hijo por el que moviste cielo y tierra, no lo alumbraré en Avalón para que puedas jactarte de tu obra.

—Morgana... —dijo Viviana alargando la mano.

Pero aquélla retrocedió un paso.

—Que la Diosa te trate como me has tratado, señora.

Sin una palabra más, dio media vuelta y abandonó la habitación sin esperar autorización. La Dama se quedó petrificada, como si las últimas palabras de Morgana hubieran sido, en verdad, una maldición.

Cuando al fin pudo pensar con claridad llamó a una de las sacerdotisas. El día ya estaba avanzado y la luna, una finísima hoz creciente, era visible en el cielo de occidente.

—Di a mi sobrina, la señora Morgana, que venga a asistirme; no le di autorización para retirarse.

La sacerdotisa tardó mucho tiempo en regresar. Al oscurecer, Viviana ordenó a la otra ayudante que le llevara comida, a fin de romper su largo ayuno. Entonces volvió la primera.

—Señora —saludó, muy pálida.

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

A Viviana se le hizo un nudo en la garganta. Por algún motivo se acordó de cierta sacerdotisa que, después de alumbrar a una criatura no deseada, se había ahorcado en el robledal. «¡Morgana! ¿Aquella era, acaso, la advertencia de la Muerte?»

—Te ordené que me trajeras a la señora Morgana —dijo con la boca seca.

—No puedo, señora.

Viviana se levantó, su expresión era terrible. La joven sacerdotisa retrocedió tan precipitadamente que estuvo a punto de tropezar con sus faldas.

—¿Qué le ha pasado a la señora Morgana?

—Señora... —tartamudeó la joven—... no estaba en su cuarto. Pregunté por todas partes. En su cuarto... encontré esto.

Le mostró el velo y la sobreveste de ciervo, la medialuna de plata y la pequeña hoz que le habían entregado en la ceremonia de iniciación.

—En la orilla me dijeron que había llamado a la barca para ir a tierra. Todos pensaron que era por orden vuestra.

Viviana aspiró largamente; luego cogió la daga y la medialuna. Mientras contemplaba el plato servido la asaltó una terrible sensación de debilidad. Entonces se sentó a comer un poco de pan y bebió una taza de agua del pozo sagrado. Luego dijo:

—No es culpa tuya. Perdóname por haberte hablado con dureza.

Mantuvo una mano apoyada en el pequeño cuchillo de su sobrina. Por primera vez en su vida vio palpar la vena en la muñeca y se preguntó si sería fácil abrirla, dejando manar la vida. «Así la Parca habría venido, no por Morgana, sino por mí. Si ha de correr sangre, que sea la mía.»

Pero Morgana no se había matado. Sin duda alguna había ido a reunirse con su madre, en busca de consuelo y consejo. Ya regresaría. Y si no, estaba en manos de la Diosa.

Ya sola otra vez, Viviana abandonó su casa y, bajo el pálido resplandor de la luna recién nacida, subió por el sendero hacia su espejo.

«Arturo ya ha sido coronado rey —pensó—; todo aquello por lo que he trabajado durante los últimos veinte años está cumplido. No obstante, heme aquí, sola y doliente. Hágase la Diosa su voluntad, pero quiero ver una vez más la cara de mi hija, de mi única hija, antes de morir. Quiero saber que estará bien. En tu nombre, Madre.»

Pero en la cara del espejo sólo había silencio y sombras, y más allá y a través de ellos, una espada en manos de su hijo Balan.

HABLA MORGANA...

Los pequeños remeros morenos no me miraron dos veces; estaban habituados a que Viviana fuera y viniera vestida como se le antojaba; lo que una sacerdotisa decidiera hacer estaba bien para ellos. Ninguno tuvo la presunción de dirigirme la palabra. En cuanto a mí, no aparté la mirada del mundo exterior.

Podría haber huido de Avalón por el camino escondido. Si usaba la barca, Viviana se enteraría... Pero lo que me impedía usar el sendero oculto era el miedo a que mis pasos no me llevaran a tierra firme, sino a aquel país desconocido, de flores y árboles extraños, jamás tocados por la mano del hombre, donde el sol no brillaba nunca y los ojos burlones del hada me negaban al fondo del alma. Aún tenía las hierbas guardadas en una bolsita atada a la cintura, pero mientras la embarcación se adentraba en las brumas del lago la dejé caer al agua. Me pareció que algo brillaba bajo la superficie... un destello de oro, quizás una joya. Pero apañé la vista, pues sabía que los remeros estaban esperando a que levantara las brumas.

Avalan quedaba airas. Renunciaba a ella. No sería títere de Viviana; no daría un hijo a mi hermano para cumplir algún secreto objetivo de la Dama del Lago. Por algún motivo, nunca dudé que fuera varón. Si hubiera pensado que era niña habría permanecido en Avalan para dársela a la Diosa. En todos los años

Marion Zimmer Bradley
Libro I

Las Nieblas de Avalón
Maestra de Magia

transcurridos nunca he dejado de lamentar que la Diosa me enviara un varón, y no una niña para servir en su templo y en su bosque.

Pronuncié las palabras mágicas por última vez (eso creía entonces) y las brumas se retiraron. Cuando llegamos a la costa observé los tristes juncos, pensando: «Sólo esto es real. Los años pasados en Avalón son sólo un sueño que desaparecerá cuando despierte».

Llovía; las gotas alzaban frías salpicaduras en el lago. Cubriéndome la cabeza con el grueso manto, desembarqué en la costa real. Por un momento seguí con la mirada la barca que se esfumaba nuevamente en la niebla; luego le volví resueltamente la espalda.

Sabía con certeza adonde tenía que ir. A Cornualles no, aunque anhelaba con toda el alma el país de mi infancia; Igraine me habría recibido bien, pero estaba contenta entre los muros del convento y era mejor que permaneciera allí, sin tribulaciones. Tampoco se me ocurrió acudir a Arturo, aunque sin duda me habría compadecido y amparado; pero había recibido una educación cristiana, y no tenía que saber jamás que había engendrado un hijo en lo que, para él, era un horrible pecado.

En cuanto a mí, ningún sacerdote me asediaba. El niño que llevaba en el vientre (concluí con firmeza) no había sido engendrado por hombre mortal, sino por el Astado, el Macho rey, tal como correspondía al primer hijo de una sacerdotisa consagrada.

Así encaminé mis pasos hacia el norte, sin que me acobardara el largo viaje por pantanos y colinas que me llevarían finalmente al reino de Orkney y a mi tía Morgause.